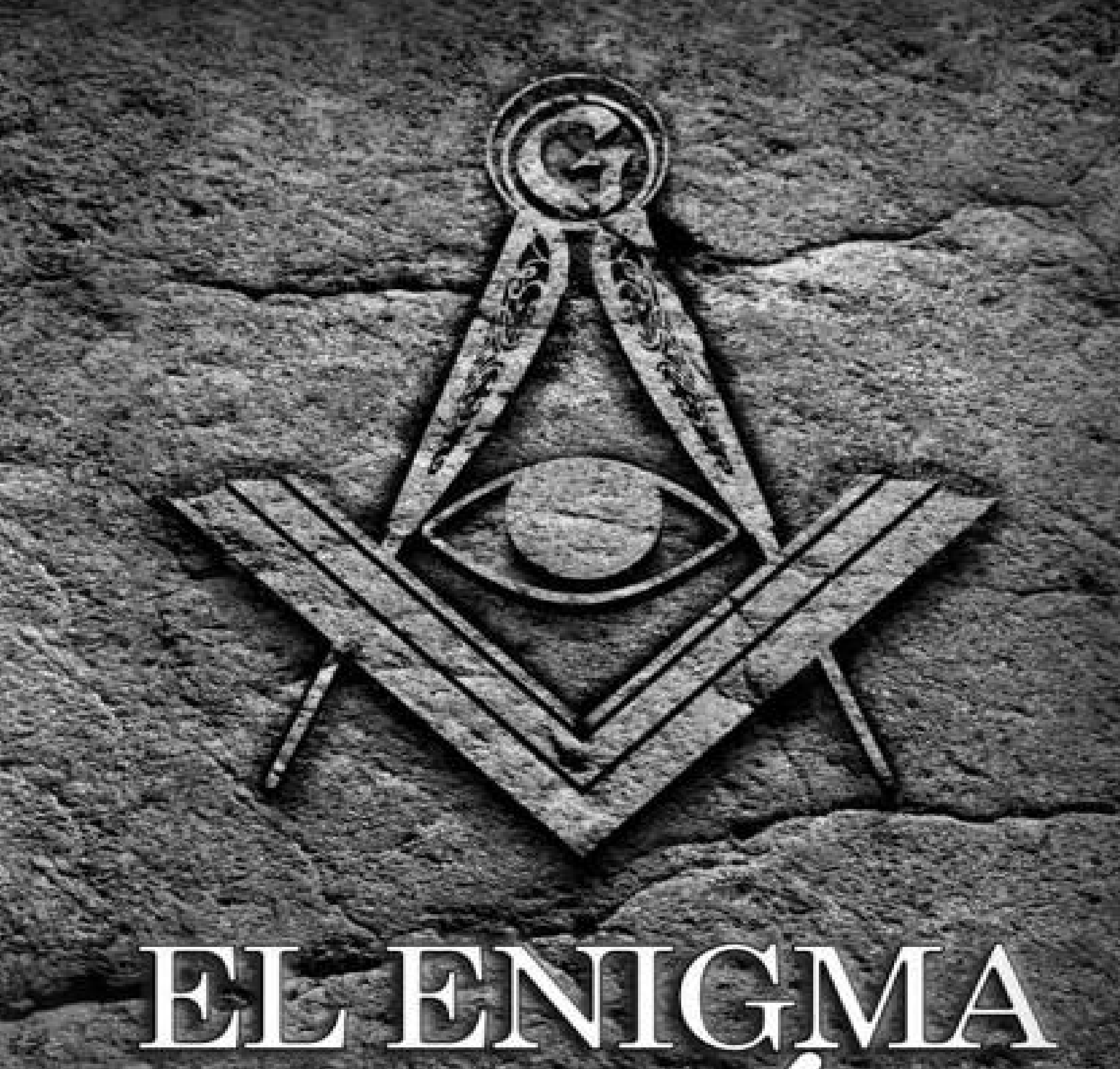


EL ENIGMA MASÓN

VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ



EL ENIGMA MASÓN

VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

El enigma masón

Verónica Caballero Sánchez

Ebook: febrero 2022

Índice

«Dios sabe quién se equivoca y ha pecado, y la desgracia se abatirá pronto sobre aquellos que nos han condenado sin razón. Dios vengará nuestra muerte. Señor, sabed que, en verdad, todos aquellos que nos son contrarios, por nosotros van a sufrir, Clemente, y tú también, Felipe, traidores a la palabra dada, ¡os emplazo a los dos ante el Tribunal de Dios!... A ti, Clemente, antes de cuarenta días, y a ti, Felipe, dentro de un año…».

James de Molay (El último gran maestre de la Orden de los Templarios).

Capítulo 1

El incendio

París, 13 de octubre del 2020

Francia inauguró las noticias de medianoche con el incendio más grande visto desde hacía muchos años. La catedral de Notre Dame había comenzado a arder a las doce de la noche del día trece de octubre.

Por suerte para los franceses, el fuego se pudo sofocar rápido, sin causar daños que hicieran peligrar la estructura de la catedral. Nada pudieron hacer por las pérdidas que ocasionó el fuego.

Multitud de personas se acercaron a los alrededores de la catedral para comprobar la ferocidad de las llamas y ver la triunfal entrada de los coches de bomberos y voluntarios con el ritual del agua.

Se hicieron corrillos de personas comentando aquel desastre. Era la segunda vez que la catedral se incendiaba. Los franceses, no era de extrañar, tuvieron la rara sensación de que algo estaba ocurriendo. Un hecho ajeno a los simples mortales se estaba tramando, y la quema del edificio era una señal inequívoca. Sin embargo, también había escépticos ante la improvisada teoría.

Se formó tal revuelo, consecuencia del incendio, que multitud de franceses dejaban caer sus lágrimas contemplando, ya por segunda vez, la quema de su famoso monumento.

Los bomberos, después de un gran esfuerzo, consiguieron acabar con las llamas, y el edificio, aún humeante, lo agradeció.

Quedarían señales en la estructura y en su imagen exterior, pero nada que no se pudiera restaurar. El primer incendio en la catedral, hizo que se volcara el interés de los franceses en aquel edificio con tanta historia a la cual habían dejado de prestar atención hasta que sintieron que lo podían perder. Ahora, unos meses después de su restauración completa, volvía a arder. Era un suceso más que premeditado*,* decían los franceses.

La Policía llegó a las doce y veinte a las puertas de la catedral de Notre Dame. Se quedaron petrificados ante la estampa que contemplaron. No solo el fuego llamó su atención. Aquel incendio había traído más

sorpresas de las esperadas o, mejor dicho, deseadas, tanto para los franceses como para los policías.

En el interior de la catedral, había dos cuerpos crucificados en el altar. Uno de ellos vestía unas ropas que en otra época serían dignas de un monarca, y el otro, el atuendo de papa. Eran dos hombres de mediana edad y, por su aspecto, los policías pensaron que serían franceses.

Ambos cuerpos habían sido crucificados y colocados en el fuego. Por los restos encontrados, verificarían de manera posterior que habían sido quemados vivos mientras estaban clavados en aquellas cruces.

Fuera de la catedral, se encontraba la archiconocida estatua de Goya, decapitada, con la cabeza en los pies. Una cuerda de color blanco rodeaba su cuello, simbolizando una soga.

La cabeza se encontraba con los ojos tapados, dentro de una bolsa de lino, de la misma manera que los cuerpos de los dos hombres que ardieron en el interior de la catedral.

A los pies de Francisco de Goya, una de sus grandes obras: *Toros*.

Otro detalle aún más llamativo era que, colgando de la mano, había una cuerda que terminaba con una piedra cuadrada.

La Policía no entendía ese crimen tan atroz cometido contra la catedral y la estatua del artista español. Pensaron que se podría tratar de cualquier crimen juvenil que destruía patrimonio público por sentir la subida de adrenalina al ser localizados, sin más. Pero en esta ocasión, parecía algo más que eso.

Los agentes, ante el bullicio y asombro de los allí presentes, hicieron su trabajo contra reloj. Fotografiaron las escenas de las fechorías. Tendrían que recomponer aquel lugar lo antes posible para que volviera a ser el barrio de la catedral de nuevo, lleno de turistas buscando la foto más bonita para subir a las redes sociales.

Capítulo 2
«El Capricho»

Madrid, 17 de diciembre 2020

Las personas encargadas del mantenimiento de parques y jardines de Madrid se disponían a hacer su trabajo como todos los días. Debido al número de trabajadores, cada uno de ellos tenía asignada una zona de la cual se encargaba durante su jornada laboral.

Los jardineros responsables del distrito de Alameda de Osuna, entraron en la finca El Capricho, ubicada en la zona. Era muy conocida en Madrid por sus amplios jardines y las peculiaridades que la caracterizaban. El personal comenzó a trabajar en la multitud de plantas presentes en cada uno de los rincones.

Una de las personas encargadas del mantenimiento destinada aquel día a la zona de la estatua de Saturno, divisó de lejos una bolsa blanca a los pies de la estatua. En un primer momento, no le llamó mucho la atención, ya que en alguna ocasión se habían encontrado con paquetes o bolsas olvidadas. Aunque no era lo habitual, el lugar estaba controlado por unos accesos restringidos. Solo eran posible las visitas los fines de semana y los días festivos. Siempre se podía entrar, si no llevabas comida, bebida, o cualquier vehículo de ruedas como bicicletas o patinetes. El cuidado de la finca rozaba la perfección. Había estado años cerrado al público, su apertura suponía grandes sumas de dinero por parte del ayuntamiento para el mantenimiento, cuyo objetivo era conseguir que aquel lugar resplandeciera. Por lo que a nadie le extrañaba aquellas restricciones. Merecía la pena visitar la finca, no había otra igual en el mundo con tantos rincones para contemplar.

La persona se acercó a la bolsa de lino blanco con mucha decisión. Esperaba alguna broma de los viandantes que frecuentaba la zona. Su gesto de pánico junto al chillido que se ahogó en su garganta, provocó que los compañeros se acercaran rápido a la zona.

Dentro había una cabeza humana.

Capítulo 3

Vivian se encontraba en su mesa de trabajo en la comisaría de Alameda de Osuna. Era inspectora.

Su compañero de trabajo, Jesús, se sentaba al lado de ella y eran amigos desde hacía mucho tiempo. Se conocieron cuando Vivian entró como inspectora. Desde entonces, siempre habían trabajado juntos. Los casos a los que se enfrentaban día a día no eran lo que ellos esperaban.

Cuando entraron en el cuerpo de Policía, se esperaban acabar con la sociedad de delincuencia y corrupción que acechaba las calles de Madrid, pero poco a poco ese interés fue descendiendo. La gran desgracia que tenían los policías, y por lo que muchos acababan con un trabajo muy desmotivador, era que las leyes de la justicia hacían precisamente lo contrario. Daban tantas garantías a los delincuentes que se podían acumular infracciones sin que los propios agentes pudieran hacer nada, solo detenerlos, y en menos de veinticuatro horas estaban nuevamente robando en la calle.

Ni Vivian ni Jesús se esperaban una carrera de Policía tan triste y poco útil para la ciudadanía. Esa mañana iba a ser diferente. La vida de ambos iba a cambiar para siempre, nunca sería la misma. La perspectiva de su trabajo daría un giro de ciento ochenta grados.

En la comisaría tenían puesta siempre la radio como ruido de fondo. Al comisario le parecía que estaba mejor con algo de sonido que en un silencio sepulcral. Así el ambiente era más cercano para los ciudadanos.

Vivian llevaba diez años viviendo en Madrid. Había nacido en Teruel, pero al aprobar las oposiciones de Policía no se pudo quedar en su ciudad natal, pues no había tantas plazas vacantes como en las grandes ciudades.

Durante el año de prácticas, conoció en la academia de Ávila a quien sería después su marido: Raúl. Ambos estuvieron juntos en la academia, pero sabían que su relación no tendría mucho recorrido debido a que todavía no sabían dónde terminarían en la asignación de plazas. Se

equivocaron. El destino los quiso volver a juntar en Madrid, en la misma comisaría, en Alameda de Osuna.

Raúl era una persona optimista y trabajadora, pero sin grandes pretensiones en su vida. No tenía interés en una exitosa carrera profesional, solo buscaba ser feliz en su vida personal, y eso lo había conseguido cuando volvió a coincidir con Vivian y siguieron con la relación amorosa que habían empezado. Sin embargo, Vivian tenía una personalidad muy distinta a la tranquila de Raúl. Tenía la necesidad de demostrarse a sí misma que podía ser una inspectora que dirigiera grandes casos de asesinato.

Había conseguido ser inspectora, pero tenía el reto personal de seguir su sueño hasta donde la llevara. No podía jubilarse sin haber resuelto un gran caso de asesinato. Después del ascenso, valoró las posibilidades para entrar en la científica, y estaba intentando realizar los cursos de la Policía para acceder al departamento.

Era de un pueblo pequeño de Teruel, sus padres le habían dado la oportunidad de que estudiara lo que quisiera y no se sintiera en la obligación de quedarse donde estaba la felicidad de ellos. «Tienes que buscar tu felicidad, Vivian. Puede ser que la tuya no se encuentre donde está la nuestra». Las palabras de sus padres le hicieron decidirse. Quería ser policía. Siempre lo supo. Solo tenía que esperar al momento adecuado, que llegaría cuando estuviera en el puesto y con la formación correcta.

Vivian se encontraba mirando la pantalla de su ordenador cuando Jesús asomó la cabeza por uno de los laterales.

—Eh, ¿no te has enterado? —preguntó Jesús.

—No, ¿qué ha pasado? —respondió Vivian frunciendo el entrecejo.

—Acaba de haber un asesinato en la finca El Capricho.

—Imposible, si está cerrado de lunes a jueves.

«¿En El Capricho? ¡No me lo puedo creer! Tengo que hacer lo posible para participar en la investigación».

—Bueno, chica, ¿y yo qué quieres que te diga? Ha aparecido un muerto decapitado.

—¿Saben quién es el muerto?

—No, pero está en nuestra zona. A lo mejor el comisario se tira el pisto y te vas con él. —Le guiñó el ojo Jesús.

—Ya quisiera yo que fuera así, pero me tiene aquí todo el día haciendo papeles. Estaría bien que por una vez me dejara salir a llevar un caso. Con la supervisión de él, por supuesto.

—Entonces, ¿para qué te lo va a dar a ti? —preguntó Jesús.

—Tú eres tonto. ¿Sabes que, para aprender, alguien te tiene que enseñar? —respondió Vivian con ironía.

—Claro que lo sé —contestó Jesús con retintín—. Que sepas que, por chulita, como me pregunte el comisario le voy a decir que no estás preparada. Por no decir, por supuesto, que se lo voy a contar a Raúl. Has tratado mal a uno de sus mejores amigos, ¿sabes?

—¡Venga, Jesús, no seas tonto!

—Lo estás deseando. Levántate y vete a hablar con él. Es tu oportunidad, Vivian. Sabes que si necesitas cualquier cosa te vamos a ayudar todos. ¡Ah!, si tengo que pringar contigo por ser tu compañero, estaré encantado. —Hizo una exagerada reverencia a Vivian mientras sonreía.

—Tienes razón. Voy al despacho. Tampoco pierdo nada, y creo que es la única oportunidad de hacer realidad mi sueño.

Vivian se levantó de la silla, temerosa por la decisión que acababa de tomar. Sabía que era una oportunidad única, pero el comisario quizá no la viera como la persona idónea para un asesinato tan estrambótico.

El despacho del comisario estaba al final del pasillo. Siempre estaba enfadado, pero Vivian sabía que era un hombre de gran corazón y, en el fondo, sensible. Se tomaba en serio su trabajo, no le gustaban las cosas mal hechas. Ese era el principal motivo de sus grandes enfados: «Si se puede hacer bien, no entiendo por qué lo hacéis mal».

Su nombre era Carlos. Entre los altos cargos, era un hombre muy conocido por su personalidad única y difícil de olvidar. Tenía cuarenta y cinco años, alto, delgado y atlético. Las características de su físico eran consecuencia de su gran nerviosismo y estrés. No era capaz de desconectar

del trabajo. Siempre estaba pensando, aun sin estar en horario laboral. No soportaba que los agentes veteranos dejaran a un lado los grandes casos para continuar con sus vidas.

Vivian recorrió todo el pasillo de la comisaría, ante la atenta mirada de Jesús. Se notaba cómo el caminar era indeciso, pero a mitad del recorrido, cambió su actitud. «Si no te lo crees tú misma, él tampoco lo hará». Tenía que dejar de ser aquella chica indecisa e insegura. «El problema que tienes es que no te lo crees», recordó las palabras de su marido.

Comenzó a avanzar el pasillo de manera diferente. Ese era el caso de su vida, lo sabía. Tenía una sensación extraña, como si formara parte de él. No lo podría explicar con palabras, tampoco lo iba a intentar. Nadie lo entendería.

Llevaba años esperando su momento, tendría que brillar como nunca lo había hecho. La actitud que mantuviera en la charla con el comisario cambiaría, sin duda, su vida. Lo necesitaba. En pocos minutos supo que ese caso podría ser el trampolín que la llevaría a la cúspide de su reconocimiento como buena policía e inspectora. Había decidido no dejar pasar aquella oportunidad. El sacrificio de llegar hasta el puesto le había resultado doloroso, la separación de sus padres no fue fácil. Muchas noches se sentía culpable por haberlos dejado solos en el pueblo y haberse trasladado a la capital. «Tienes que perseguir tu sueño, nosotros estaremos siempre contigo. Tus triunfos son nuestros triunfos, Vivian. Nunca dejes de luchar», recordó las palabras de su madre. «Esa mujer es única», pensó.

Se transformó en la chica segura que nunca fue. «Si consigo el caso, no pararé hasta encontrar al asesino. Es mi deber. Por lo que siempre he luchado. Tengo, debo, conseguirlo. Tiene que ser mío». Y eso era lo que iba a hacer.

Al llegar a la puerta, vio cómo el comisario estaba enfrascado en una multitud de papeles encima de su mesa. No dejaba de mover las piernas y el bolígrafo corría por entre sus dedos a una gran velocidad.

La decisión estaba tomada. Tenía que entrar y darse prisa. Nadie podía quitarle el caso, no había ningún inspector que fuera más entregado a la causa que ella. Se lo merecía.

Con la cara pegada a cinco milímetros del cristal del despacho, comprobó que el comisario levantó la cabeza de los papeles. Al verla, cogió una gran bocanada de aire. Le hizo un gesto con la mano para que pasara dentro. Vivian notó cómo su pulso se aceleró de una manera apresurada, igual que cuando estás llegando a la meta de una carrera en la que ves que tienes el premio rozando tus manos.

Abrió la puerta y se quedó paralizada ante la atenta mirada del comisario.

—Buenos días, Vivian, ¿qué querías? —dijo Carlos rompiendo el silencio.

—Hola, comisario, digo… Carlos.

Vivian dejó patente el nerviosismo que viajó con ella hasta la entrada del despacho.

—A ver, Vivian, sé que quieres algo, pero ahora mismo estoy ocupado. No sé si te habrás enterado, pero acaba de aparecer un cadáver decapitado, y tengo prisa. Tengo que elegir inspector para el caso. —Movió la cabeza hacia los lados, sin dar crédito a las palabras que acababa de pronunciar: decapitado.

Vivian se dio cuenta de que Carlos acababa de sacar el tema, era el momento idóneo para la moción que había sido apoyada por Jesús minutos antes.

—Verás, Carlos, ya sé que no tengo experiencia, pero me gustaría dejar de hacer el papeleo de los demás y poder hacer trabajo de campo de inspectora. Ya sé que me vas a decir que no tengo experiencia en dichas funciones, pero he pensado que, si nunca me dejas comenzar, nunca la tendré. Podrías incluso supervisar mi trabajo, Jesús me ayudaría. Quiero este trabajo. Este caso, mejor dicho. Sé que tú eres el jefe, pero es mi oportunidad, no puedo desperdiciarla. Hay algo en él. No me vas a entender, pero siento como una especie de conexión, no sé explicarlo.

—Entiendo —interrumpió Carlos—. ¿Me estás queriendo decir qué tienes una corazonada?

—Sí, eso es, una corazonada. Lo siento, Carlos, ya sé que no es muy profesional. —Vivian, abatida, se sentó en la silla—. Puede parecer algo

absurdo, pero es lo que siento.

Carlos se levantó de su silla y se apoyó en la mesa, al lado de Vivian. Miró fijamente a la agente, se quitó las gafas y miró hacia el techo. Se quedó en silencio, pensativo. «Una corazonada, hacía años que no lo oía». Le recordó a cuando él comenzó a ser policía y sus instintos le llevaron al puesto que hoy regentaba con mano firme y buena fama.

Se volvió a levantar y cerró las persianas que rodeaban el despacho. Empezó a andar de un lado a otro del despacho en silencio. Pasaron segundos, aunque a Vivian le parecieron horas, mirando al comisario andar una línea recta imaginaria, poniéndose y quitándose las gafas, símbolo del nerviosismo de su superior.

—Vivian, creo que sé lo que te pasa. A mí también me ha pasado. Nunca he contado esto a nadie, pero es necesario que conozcas la sensación que muchos agentes sentimos con determinados casos. A veces las corazonadas existen, y te hacen vincularte con el caso. Es un sentimiento extraño que muchos agentes no conocen, pero a su vez es algo único.

—Eso es, Carlos. Cuando Jesús me lo ha contado, lo he sentido mío.

—Pero tengo una duda sobre ti. No has estado al mando de ningún caso como este, que, por suerte, no suelen ocurrir. Necesito que me dejes pensarlo. Estos casos son muy complicados, y no es fácil, tienes que asumir que tienes que dar el cien por cien de tu tiempo en dar caza al asesino. Si te desentiendes nunca lo resolverás.

—Claro, Carlos, es *mi caso*, ya te lo he dicho. Noto la conexión, ¿me entiendes? —respondió Vivian.

—No hay tiempo que perder —afirmó el comisario sentándose en la silla, sin dejar de mover la pierna.

—Por supuesto que no —confirmó Vivian con rotundidad.

—¡Vámonos! —contestó, levantándose rápido de la silla y cogiendo todo lo necesario de la mesa.

—¿A dónde?

—Estás a prueba —zanjó Carlos, echándose hacia atrás el pelo canoso—. No hagas que me arrepienta, Vivian. Hacía muchos años que

ningún agente me hablaba de corazonadas. Es la diferencia entre los buenos y los malos policías. Para mí es importante, es la clave, lo que nos hace ser especiales.

—¡Vaya! No sabía que eras tan místico.

—No es eso, es el gusanillo de saber que es tu caso, de saber que lo resolverás a cualquier precio. Eres una persona insegura en ocasiones, Vivian. Si no dejas de serlo, no podrás llegar nunca al fondo de ningún caso. Las inseguridades son muy malas, no te dejan continuar. —Abrió la puerta del despacho—. Vivian, el miedo y la indecisión no son buenas compañeras de viaje. Estás a prueba, si veo que no cumples lo prometido y no te involucras, estarás fuera más rápido que canta un gallo, ¿estamos?

—Por supuesto, jefe. —Sonrió de la alegría y le dio un abrazo a Carlos—. No te arrepentirás.

—Más te vale. Venga, rápido. Ve a por tus cosas y coge a Jesús. Tres vemos más que dos. Os espero abajo, en el coche.

Capítulo 4

Vivian no podía creer la buena suerte que había tenido. Nunca hubiera imaginado que iba a ser tan fácil. «El comisario me entendió a la perfección».

Jesús corroboró cómo había salido triunfante de la charla, con una sonrisa de oreja a oreja. Lo supo en cuanto vio a Vivian salir del despacho. Su cara simbolizaba el fiel reflejo del triunfo de aquella conversación. Jesús era un amigo de verdad, su amistad estaba por encima del cargo de inspectora. Jamás le hizo sentirse inferior a ella. Se alegraba de que la conversación hubiera salido como él esperaba. «Se lo merecía».

Cuando el comisario desapareció de las dependencias, Jesús se levantó rápidamente hasta que llegó a la altura de su amiga.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras le cogía la mano.

—Me ha dicho que sí, pero estoy a prueba. Le he dicho que tenía una corazonada, y de repente todo comenzó a tener sentido para él. Me entendió —explicó Vivian emocionada—. Tú también te vienes.

Los ojos de Jesús se llenaron de satisfacción, era una oportunidad irrechazable para él. Estaba convencido de que eran los mejores compañeros. La motivación de ambos amigos era extrema. Sabía que lo conseguirían o, al menos, lo intentarían.

—Está genial. Sabía que lo ibas a conseguir.

—Vamos, rápido. Nos está esperando abajo —informó a Jesús mientras recogía su mesa.

—Claro, vamos.

Con una felicidad que nunca habían sentido, los compañeros salieron de la comisaría rumbo al aparcamiento de los coches policiales.

Carlos les esperaba dentro del vehículo con el motor encendido. Al verlos bajar, les gritó. La escena del crimen les estaba esperando. Algo, quizá esa corazonada, le decía lo inusual de aquel asesinato.

—¡Vamos, chicos! ¡Es para hoy! —gritó el comisario.

Vivian y Jesús llegaron corriendo al coche. Carlos enseguida se percató de las caras de felicidad. «He hecho bien». Conocía esa sensación, él también la había tenido, y era fantástica. «Los agentes motivados realizan mejor el trabajo que los más experimentados. Los datos se aprenden o se estudian, pero la motivación se tiene o no».

El que les esperaba era un trabajo complicado, pero, si hacían un buen equipo, serían imparables hasta conseguir encontrar al asesino.

Recorrieron Madrid en el coche patrulla, iban con la sirena puesta. La situación requería llegar lo antes posible. Era necesaria rapidez en las escenas de los asesinatos. La Policía científica también estaba en camino, llegarían a la misma hora a El Capricho. No le habían dado mucha explicación en la llamada, tampoco quiso preguntar. La jardinera que llamó estaba demasiado nerviosa para responder a nada. A veces es mejor dejar pasar un tiempo prudencial para que las personas que se encuentran con un muerto, en ese caso, además decapitado, se relajaran. «La gente no suele encontrarse muertos todos los días».

Madrid siempre estaba repleto de coches, daba igual la hora que fuera, por lo que no era de extrañar que, ante la premura que llevaba el comisario, se saltara multitud de semáforos, con prudencia. Necesitaban llegar pronto. A veces los curiosos tocan pruebas sin saberlo. El hecho de que los trabajadores fueran de mantenimiento de jardines, le hizo temblar. Esperaba que no hubieran tocado nada que fuera importante para resolver aquella misteriosa muerte.

Tuvieron que atravesar Ciudad Lineal en toda su extensión. Aquella calle era una de las más largas de Madrid. Su arquitecto fue el famoso Arturo Soria, el cual estaba empecinado en convertir todo Madrid en una gran Ciudad Lineal. A él le pareció una gran idea, pero era realmente incómodo andar por aquella calle tremendamente larga, llena de semáforos y raquetas por todos lados. La obra de Arturo Soria no fue terminada, y el resto de zonas siguieron su curso. Siempre que existiera una ruta alternativa, cualquier madrileño evitaba aquella calle. Cruzarla era realmente tener una paciencia de hierro.

Finalmente, tras pasar por la zona de Alameda de Osuna y mirar desde el coche aquellas fantásticas casas, llegaron al parking que estaba al lado de la finca.

El parking se encontraba a pocos metros de la entrada de El Capricho. No era horario de visitas para la finca, pero aun así estaba repleto de coches. Esa zona era restringida y había que pagar según fuera zona verde o azul, motivo por el cual muchos madrileños dejaban el coche en el parking, para no pagar el dinero de la zona de color, y la razón de más peso aún, no estar pendiente cada dos horas para reponer el tique y volver a echar más dinero.

Capítulo 5

Finalmente llegaron a la finca. Durante el viaje, Carlos les había estado poniendo en antecedentes sobre la poca información que tenía.

Unos guardias que estaban cerca de El Capricho fueron hasta allí para custodiar la zona. Se habían acercado a la escena del crimen y llamaron al comisario para informar. «La escena es espantosa», dijo uno de los agentes. Tras las preguntas de rigor de Carlos, les ordenó que se fueran a la puerta y sacaran de los jardines a todo el personal de mantenimiento. No quería a nadie pululando por allí hasta que él llegara.

La poca información de la escena se la trasladó durante el viaje a los agentes.

—A ver, chicos, es importante que sepáis cómo ha aparecido el cuerpo. Me imagino que ya habréis oído que está en la finca El Capricho, y la víctima se encuentra decapitada. El cuerpo está en una zona y la cabeza en otra.

—Lo que quiere decir que ha sido premeditado —interrumpió Vivian.

—Exacto. Pero no solo eso, sino que la escena tiene multitud de simbología, o al menos eso creo yo. No quiero que paséis nada por alto. Sed muy observadores. ¡Ojalá me equivoque! Pero tengo la extraña sensación de que no va a ser el último crimen que el asesino tiene en la cabeza —añadió Carlos.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Jesús.

—No quiero que escuchéis mis conjeturas y veáis la escena del crimen por mis ojos. Tenéis que ver con los vuestros. Quiero que digáis lo que pensáis, aunque os parezca una locura. Los asesinos no están cuerdos, por eso asesinan. Lo que en un trabajo normal sería una barbaridad, en este nos puede dar una pista. Así que no os cortéis. Yo no soy especialista en conducta criminal, pero al menos lo intento. Para encontrar a un asesino, hay que empatizar con ellos. Si no pensamos como él, nunca lo localizaremos.

Llegando a la entrada de El Capricho, Carlos se acercó a los agentes de la puerta.

—Buenos días, agentes, ¿hay alguien dentro?

—No, señor. Como usted nos ordenó, están todos fuera. —Señaló el agente a su mano derecha.

En la entrada de la finca había una gran explanada de tierra. Se formaba un círculo justo en la gran puerta de forja blanca que sostenía el nombre de la finca encima. En el círculo se podía leer: El Capricho.

—Está bien, vamos a hablar con la persona que lo vio. ¿Saben quién es? —preguntó Carlos.

—Sí, es la chica más joven. La morena. —Volvió a señalar hacia el grupo de personas que había en uno de los lados.

—Está bien, agentes. Muchas gracias. Vamos a ir a hablar con ellos. Aunque no creo que sirva de mucho. Necesitamos que se queden aquí, en la puerta, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, sin problemas —respondió uno de ellos.

Se acercaron hacia donde estaban los trabajadores públicos encargados del mantenimiento de la finca. Tendrían que hablar con la chica que encontró el cadáver.

—Ahora estad atentos. No os distraigáis con nada. Es importante hablar con la chica y escuchar los detalles que nos cuenta. A veces puede ocurrir que hayan modificado algo al verlo y ni siquiera se acuerden. Para ellos es algo traumático. Todos son sospechosos hasta que no encontremos un motivo para descartarlos, ¿estamos? —argumentó Carlos sin dejar de tocarse el pelo.

El comisario sacó la libreta para comenzar a apuntar lo que declararía la persona que encontró el cuerpo.

Vivian y Jesús estaban muy nerviosos, pero eran profesionales y sabían que la concentración era importante. No debían decepcionar a Carlos bajo ningún concepto. Ambos sacaron las libretas y siguieron los pasos del comisario.

—Buenos días. ¿La persona que ha encontrado el cuerpo? —preguntó Carlos.

—Buenos días, agente, yo encontré la cabeza —respondió la chica morena que les indicó el policía de la puerta.

—Está bien. Si es tan amable, acompáñenos.

—Perdonen, agentes, yo encontré el cuerpo —interrumpió un hombre.

—Perfecto, espere aquí. Tendremos que hablar primero con su compañera. Luego vendremos a hablar con usted.

—Vale. Esperare aquí entonces.

—Gracias por vuestra paciencia, pero tienen que entender que no es algo usual, y que quizá les hagamos esperar a todos para hablar con ustedes y tomarles los datos.

El grupo de quince personas asintió.

Capítulo 6

Se apartaron del grupo y comenzaron a hablar con la chica. En primer lugar, le tomaron los datos para de manera posterior identificar la declaración, así como los datos de contactos.

—Dígame, ¿qué es lo que ha pasado? —comenzó a hablar Carlos.

—Verá, hemos llegado esta mañana como todos los días que nos toca esta zona, y el jefe me ha mandado a la zona de la estatua de Saturno. Al llegar vi desde lejos, a medida que me iba acercando, una bolsa blanca. Me pareció extraño, y no, a la vez. En alguna ocasión, nos han dejado bolsas olvidadas dentro, con pertenencias de un visitante, pero esa bolsa, a medida que me acerqué, me iba asustando más. Tenía una parte roja, por supuesto, luego, al ver la cabeza, supe que era sangre.

—¿Tocó la bolsa? —preguntó Carlos.

—Claro, no quise pensar que era sangre al principio, hasta que vi la cabeza dentro. Sé que es una prueba. Si sirve de consuelo, me dio asco y no la toqué mucho. Un poco así con los dedos. —Reprodujo con gestos cómo abrió la bolsa.

—Está bien, no se preocupe, le cogeremos las huellas para descartarlas. Continúe —dijo Carlos, sin dejar de apuntar en la libreta.

Vivian y Jesús estaban igual de atentos a la conversación que Carlos. Apuntaban la declaración sin cesar.

—Cuando vi la cabeza me puse a gritar como una loca. Vinieron todos corriendo y mi compañera llamó a la Policía. Eso es todo —terminó de hablar la trabajadora.

—¿Su compañero encontró el cuerpo a la misma vez?

—No lo sé, creo que no. Algo después, tampoco le puedo ayudar mucho, porque me quedé en *shock*. No recuerdo con claridad lo que pasó después. Solo pensaba en quién sería la persona y, sobre todo, en si el cuerpo estaría cerca. —Comenzó a llorar.

—No se preocupe, su reacción es normal. No todos los días se encuentra alguien una cabeza en una bolsa —dijo Carlos para tranquilizar a la chica.

—¿Algo característico de la bolsa o la cabeza?

—Solo miré una vez, y no sé si mi mente me ha jugado una mala pasada, pero creo que tenía los ojos vendados —contestó con la voz angustiada.

—¿Tienen todos los trabajadores acceso a la llave de El Capricho?

—Sí, todas las llaves de la zona están guardadas en el mismo sitio. Normalmente las coge el encargado, pero si su pregunta es si podríamos haberlas cogido cualquiera de nosotros, la respuesta es sí. —Asintió.

—De acuerdo, entonces, ¿cualquiera podría haber entrado y colocado el cuerpo?

—No lo creo, el encargado hace revisión de llaves todos los días, precisamente para evitar pérdidas y cosas así —contestó sin dejar de llorar.

—De acuerdo, ¿hay algo que le haya llamado la atención? ¿Algo extraño entre sus compañeros? ¿Reacciones?

—No, creo que no. ¿Me puedo ir ya?

—Sí, claro. Por favor, si recuerda algo, llámenos —terminó de decir.

—Por supuesto. Gracias —respondió la chica y se alejó hacia donde estaban sus compañeros.

Una vez que la chica estaba lo suficiente lejos, comenzaron a hablar los policías.

—¿Qué pensáis? —preguntó Carlos a sus compañeros.

—No sé, yo creo que ella no ha sido. Está bastante afectada, no la veo capaz de matar a nadie. Ni siquiera ha podido tocar la sangre —argumentó Jesús.

—Sí, yo también creo lo mismo —añadió Vivian.

—En eso coincido con vosotros, pero no olvidéis que conoce dónde están las llaves. A veces hay alguien que no es el autor material del crimen,

pero eso no quiere decir que no esté involucrado —explicó Carlos—. De todas formas, todavía es pronto. Ahora mismo es solo ver, oír y callar. Tenemos que ver el cuerpo y la cabeza todavía, ¿vale?

—Claro, Carlos. Todavía no hemos visto nada, no podemos sacar conjeturas —dijo Vivian.

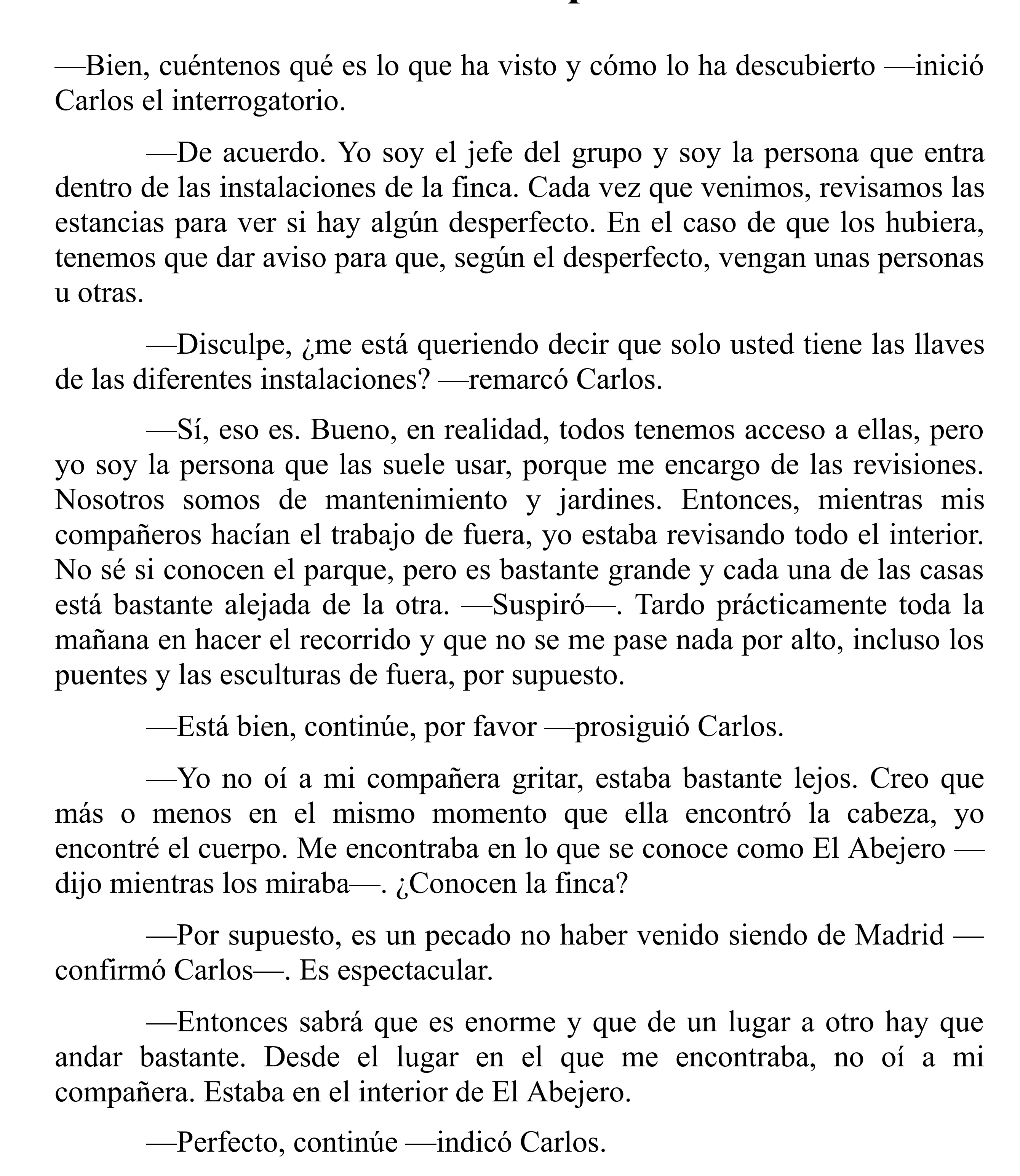
—Eso es. ¿Seguimos?

—Claro —respondió Jesús.

—Esperad aquí, voy a llamar al hombre que encontró el cuerpo —explicó Carlos.

Se alejó de sus compañeros y se acercó a donde estaba el grupo de los trabajadores de mantenimiento. Con la compañía del jardinero volvió a deshacer el camino para pararse a la altura de Jesús y Vivian.

Capítulo 7



—Bien, cuéntenos qué es lo que ha visto y cómo lo ha descubierto —inició Carlos el interrogatorio.

—De acuerdo. Yo soy el jefe del grupo y soy la persona que entra dentro de las instalaciones de la finca. Cada vez que venimos, revisamos las estancias para ver si hay algún desperfecto. En el caso de que los hubiera, tenemos que dar aviso para que, según el desperfecto, vengan unas personas u otras.

—Disculpe, ¿me está queriendo decir que solo usted tiene las llaves de las diferentes instalaciones? —remarcó Carlos.

—Sí, eso es. Bueno, en realidad, todos tenemos acceso a ellas, pero yo soy la persona que las suele usar, porque me encargo de las revisiones. Nosotros somos de mantenimiento y jardines. Entonces, mientras mis compañeros hacían el trabajo de fuera, yo estaba revisando todo el interior. No sé si conocen el parque, pero es bastante grande y cada una de las casas está bastante alejada de la otra. —Suspiró—. Tardo prácticamente toda la mañana en hacer el recorrido y que no se me pase nada por alto, incluso los puentes y las esculturas de fuera, por supuesto.

—Está bien, continúe, por favor —prosiguió Carlos.

—Yo no oí a mi compañera gritar, estaba bastante lejos. Creo que más o menos en el mismo momento que ella encontró la cabeza, yo encontré el cuerpo. Me encontraba en lo que se conoce como El Abejero —dijo mientras los miraba—. ¿Conocen la finca?

—Por supuesto, es un pecado no haber venido siendo de Madrid —confirmó Carlos—. Es espectacular.

—Entonces sabrá que es enorme y que de un lugar a otro hay que andar bastante. Desde el lugar en el que me encontraba, no oí a mi compañera. Estaba en el interior de El Abejero.

—Perfecto, continúe —indicó Carlos.

Jesús y Vivian escuchaban sin pestañear las declaraciones del hombre. Ambos también habían visitado la finca. Vivian la conocía muy bien, había estado en diferentes ocasiones. Ante la majestuosidad del parque, se interesó por la historia de aquellos jardines de recreo de los duques de Osuna. Aquel parque tenía una historia detrás demasiado interesante para pasarla por alto, a la vez que extraña y oscura. Aquellas paredes y jardines guardaban una historia misteriosa. Por esa razón, cuando escuchó que el cuerpo se había encontrado en la finca El Capricho supo que tenía que colaborar en la investigación de alguna manera.

—Entré en El Abejero, como siempre que me toca revisión. Primero revisé la entrada y los abejeros de fuera. A veces los visitantes se entretienen metiendo papelitos por ellos. Después entré para comprobar que estaba todo en orden. Me paré ante la estatua de Venus, que se encuentra en la entrada, me detuve a mirarla detenidamente. Observé el suelo, que no había ninguna mancha ni rotura, así como todo lo demás, ventanas, adornos… Después de un rato, al lado de las escaleras que te llevan a la parte donde estaban antiguamente las abejas, me encontré el cuerpo. ¡Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí! —exclamó, moviendo la cabeza de un lado para otro.

—Está bien, continúe.

—Me asusté muchísimo —dijo con la voz entrecortada—, nunca había visto un muerto, y menos sin cabeza. Todo estaba lleno de sangre. No entiendo cómo no me pude dar cuenta antes.

—Tranquilo, es normal. Relájese, tómese su tiempo —dijo Carlos con voz suave, sin dejar de apuntar.

—Me encontré con el muerto, con la soga, y con todo lleno de sangre. Salí corriendo de allí, buscando a mis compañeros. Cuando los encontré estaban al lado de la cabeza metida en la bolsa. Eso es todo. En ese momento los llamamos y no tocamos nada más.

—¿Alguna reacción extraña de algún compañero?

—No, claro que no. Estábamos todos muy asustados.

—De acuerdo. Necesitamos que nos haga llegar una lista de quién pudo tener acceso a la finca. Con esto, me refiero a esas llaves. ¿La puerta

no estaba forzada? —preguntó Carlos.

—No, o al menos eso pienso yo —contestó el hombre.

—Está bien. Si recuerda algo más, aunque le parezca una estupidez, llámenos. Por último, dejen todos los datos y los teléfonos de contacto. ¡Ah! y una lista de las personas que tienen acceso a las llaves del lugar.

—Claro. ¿Ya está?

—Sí, muchas gracias por su paciencia y su ayuda. Ahora los compañeros les cogerán todos los datos que le he comentado. Si necesitamos algo de ustedes, les llamaremos. De nuevo, muchas gracias —terminó Carlos.

Capítulo 8

—Bueno, chicos, ahora vamos a ver a la víctima con nuestros ojos. Por favor, es muy importante que apuntéis todo, hasta el más mínimo detalle. Quiero que recordéis que la memoria visual es la menos duradera, igual que los testigos visuales. Con esto, lo que os quiero decir es que es mejor apuntarlo todo, aunque penséis que luego os vais a acordar. Si está apuntado no se escapa nada, de la otra manera, puede que sí. Para cualquier pregunta, ya sabéis. No supongáis nada y, sobre todo, no penséis que me voy a enfadar o cosas así, siempre es mejor preguntar que equivocarse, ¿de acuerdo? —finalizó Carlos sin dejar de andar.

—Perfecto, jefe —dijo Vivian.

—¿Jesús?

—Oído, Carlos.

—Venga, vamos, que hay que atrapar al cabrón que ha hecho esto —dijo, andando aún más deprisa.

Carlos conocía aquel parque a la perfección. Había ido en muchas ocasiones, ya que le gustaba ver los jardines y contemplar la ría que atravesaba los jardines y las estatuas. Sabía de la existencia de un búnker en el interior de la finca. Había servido como una especie de base militar para la Guerra Civil. Motivo por el cual hicieron aquella fortaleza. Sabía que se podía ver mediante una visita guiada, pero siempre le dio mucha pereza apuntarse a aquella lista porque nunca había hueco. «Por vago, nunca visito el búnker, de este fin de semana no pasa», se recriminó.

—¡Este sitio es precioso! —exclamó Vivian—. Cada vez que vengo, veo cosas nuevas, ¿no os pasa a vosotros?

—Sí, la verdad es que sí. Esta finca está llena de historia oculta. No sabemos si leyendas o no, pero algo de cierto siempre hay —afirmó Carlos.

—Son más que leyendas. Aquí había hasta cuadros de Goya, el predilecto por la marquesa de Osuna —dijo Jesús.

—¡Vaya!, ¡vaya!, eso sí que no me lo esperaba. O sea, que eres de esos.

—Sí, eso parece —dijo Jesús, que comenzó a ponerse nervioso y rascarse la cabeza.

—Es cierto, Carlos, yo también estoy intrigada por la historia de El Capricho y la gran marquesa. Dicen que cada lugar tenía un motivo para su construcción y que se copiaba de lo que veía en otra finca en Francia. Creo recordar que tienen hasta partes en común como la Casa del Ermitaño, la Casa de Baile, El puente…

—Estoy empezando a pensar que no nos va a costar mucho resolver el crimen. —Sonrió Carlos—. Somos unos frikis del tema.

Según pasaron la puerta de forja, se encontraron a la izquierda la casa hecha de piedra vista (conocida como la Casa de la Vieja), según decían, era la casa que la marquesa utilizaba para jugar a ser una campesina. Era el pasatiempo preferido por la realeza y burguesía de la época. La marquesa de Osuna copió aquel juego y, según decían, pasaba horas en aquella casita de campesina, jugando.

Siguieron el camino lleno a ambos lados de multitud de flores y plantas. La ría que estaba en la finca atravesaba multitud de caminos y nacía y moría en el mismo sitio.

Anduvieron el camino mirando hacia todas partes, intentando encontrar alguna pista que les ayudara a esclarecer los hechos o algún detalle que les condujera a una nueva pista para encontrar al asesino.

No se detuvieron mucho durante el trayecto, era importante ver el cuerpo lo antes posible. La Policía científica no tardaría en llegar y sacar las pruebas pertinentes para comenzar con la investigación.

Al llegar al Abejero, comprobaron que la puerta estaba abierta.

—Por favor, Jesús, da una vuelta para comprobar las instalaciones por fuera, y que no se escape ninguna pista. Algo hay que encontrar. La persona que trajo el cuerpo lo haría de alguna manera, tiene que haber dejado alguna pista por algún sitio. Necesitamos algo —murmuró Carlos entre dientes.

—De acuerdo. Estaré atento y miraré con atención.

—Jesús, por favor, no pierdas detalle. El asesino realizó aquí el crimen, o bien lo mató en otro lugar y después trajo el cuerpo. Lo que quiero decir es que, en cualquiera de los casos, ha entrado a la finca de alguna manera y por cojones ha tenido que dejar algún rastro —dijo Carlos mirando fijamente a Jesús en la entrada del Abejero.

—No te preocupes, Carlos, estaré atento a todo. Espero encontrar algo.

—Vamos dentro, pero ahora te ayudamos —confirmó Carlos—. Tenemos que esperar a que venga la científica, pero también revisaremos el exterior contigo.

—Perfecto —respondió Jesús.

—Chicos, tenemos que ayudar a la científica a recopilar las pruebas. Ellos saben lo que tienen que hacer, pero si les ayudamos, ganamos todos. Sobre todo, hay que ser compañero. Somos todos un equipo, si uno de nosotros falla, fallamos todos. Eso no lo olvidéis nunca, ¿de acuerdo? —terminó Carlos.

—Claro, Carlos. Oído —dijo Vivian.

—Venga, entonces vamos dentro, Vivian. Tú, Jesús, vete fuera y mira a ver qué encuentras. Entra ahora. Estoy pensando que es mejor que veas también la escena con detalle, la revisión exterior también la podemos hacer ahora con los agentes de la científica, ¿te parece?

—Vale. Así veo la escena del crimen. Voy fuera —Comenzó a andar.

—Vamos, Vivian.

Capítulo 9

Carlos entró por la puerta del Abejero y se encontró con la estatua de Venus tan famosa. Miraron las columnas que rodeaban la estatua y daba forma a la estancia circular. Los agentes buscaban algún rastro que les dijera por dónde comenzar la investigación. A primera vista, no parecía haber sangre. Decidieron bajar los escalones para ver la escena y comprobar el cadáver.

—Vivian, vamos a ver el cuerpo. Ahora, si es necesario, volvemos a subir —ordenó Carlos.

—Claro, vamos —respondió.

Los agentes bajaron las escaleras y dieron con el suelo de ajedrez. Las baldosas eran de color blanco y negro, y en el lateral se encontraba lo que daba nombre al lugar. Antiguamente, había abejas trabajando y, gracias a que se había construido con cristal, se podía ver desde fuera el gran trabajo que hacía la colmena.

—¿Habías entrado alguna vez? —preguntó Vivian.

—Sí, una vez. Normalmente está cerrado o lleno de gente. Este parque es muy exclusivo y no es fácil acceder a los sitios. ¿Y tú?

—Sí, también. Una vez.

Se pararon ante el charco de sangre y el cuerpo decapitado que había justo frente al abejero del cristal.

—Pues aquí está —dijo Carlos agachándose sin tocar nada. No quería contaminar ninguna prueba.

—Es raro estar aquí, ante un cuerpo de estas características.

—La verdad es que sí. Es triste ver un asesinato tan cruel. Todos los crímenes lo son, pero algunos son especialmente impactantes.

—Sí. ¿Sabemos quién es?

—No, de momento no —respondió Carlos, sin dejar de mirar y apuntar en la libreta, igual que Vivian.

—Algo muy grave ha tenido que hacer para acabar así, ¿no?

—No tiene por qué, a veces el cerebro de los asesinos deja de hacer conexión sin motivo.

—Sí, tienes razón, pero morir de esta manera… Además, tiene un aura de misterio y, sobre todo… cómo va vestido, ¿no te parece?

—Sí, es un poco raro.

El cuerpo estaba vestido con ropa blanca de gasa, llevaba una camisa desabrochada, con el pecho al descubierto. En cuanto al pantalón, una pierna estaba tapada y la otra tenía el pantalón subido. En la parte del cuello tenía atada una soga. El calzado parecía antiguo, como una especie de alpargata.

El cuerpo estaba lleno de picaduras.

En la parte de la cabeza se había creado un pequeño charco.

—¿Sabes a qué me recuerda la forma de vestir? —dijo Vivian.

—Sorpréndeme.

—Me recuerda a la manera en la que llevaban vestidos a los herejes cuando iban a ser juzgados por la Inquisición —respondió Vivian apuntando lo que acababa de decir.

—¿Cómo? —preguntó Carlos sorprendido.

—Sí, incluso lo de la bolsa en la cabeza —afirmó Vivian—. La chica que encontró la cabeza ha dicho que estaba en una bolsa blanca, con los ojos tapados. Así es como los llevaban.

—No me jodas. ¿Tú cómo sabes eso? —preguntó intrigado Carlos, sin dejar de mirarla fijamente.

Vivian se dio cuenta de cómo la miraba. Le pareció que no debía saber nada de aquel tema y que sería bueno compartir aquella información, por si sirviera de algo para encontrar pistas sobre el caso. «Vaya, parece que voy a ser de utilidad».

—Me gusta la historia de la religión y todo eso. Leo un blog que tiene una chica que escribe artículos y hace publicaciones en revistas y páginas web de estos temas —continuó hablando ante la mirada de Carlos

—. Bueno, ya sabes, de la Inquisición, la Orden del Temple y todo lo relacionado.

—¿Tú crees que tiene relación?

—No sé, pero al menos lo parece —dijo indecisa Vivian.

—¿Quién es esa chica?

—¿La del blog?

—Sí, eso es.

—Es una chica que trabaja en la biblioteca de la Universidad Carlos III de Madrid. Es historiadora y sabe mogollón de los temas que te he dicho —contestó Vivian.

—Perfecto, de Madrid —murmuró Carlos rascándose la barbilla—. Creo que nos va a ser de utilidad. ¿Sabes la manera de contactar con ella?

—Claro, podemos mandarle un mail por el blog. Si no contesta, siempre podemos ir a buscarla a la biblioteca —añadió Vivian.

—Eso está muy bien, Vivian. Creo que acabas de dar en el clavo —dijo orgulloso Carlos.

Varias personas con chalecos de policía entraron en el Abejero. La Policía científica acababa de llegar.

Jesús entró detrás de ellos.

—Buenos días, Carlos, ya estamos aquí. Ahora mismo empezamos. ¿Algo que debamos saber?

—Buenos días, chicos, en principio no sabemos mucho, acabamos de llegar también. La única conclusión que hemos sacado es que tiene algo que ver con la herejía, por cómo va vestido. Pero vete tú a saber —añadió Carlos.

—De acuerdo, nos ponemos a ello. ¿Habéis visto la cabeza?

—No, vamos para allá mientras vosotros recogéis pruebas.

—Vale, ahora hablamos. Tenemos para rato aquí. Si queréis, podéis venir cuando terminéis allí.

—Claro —respondió Carlos—. Espero que saquéis algo en claro.

—Eso esperamos nosotros también. Te mando a dos agentes de la científica contigo, para que recojan muestras y la cabeza allí.

—Perfecto.

Jesús no perdió el tiempo, estuvo mirando el cuerpo y las instalaciones del Abejero sin dejar de escuchar lo que hablaban sus compañeros.

Todos los agentes estaban intrigados con aquel asesinato. Carlos tenía la corazonada de que estaba lleno de simbología de algún tipo, y el comentario de Vivian le hizo pensar que quizá aquella chica de la que habló les podría echar una mano con la interpretación.

Capítulo 10

Jesús, Vivian y Carlos salieron del Abejero con otros dos agentes más, mientras la científica hacía su trabajo. Esperaban que sacaran alguna prueba que les pudiera ayudar. Ellos tendrían que ir a ver la escena donde encontraron la bolsa de lino blanca.

—Ha sido bastante impactante. ¿Has encontrado algo fuera? —preguntó Vivian.

—Nada extraño, o eso creo —contestó Jesús.

Carlos iba andando unos pasos más atrás con los agentes que recopilarían pruebas en la estatua de Saturno. «Espero que encuentren algo rápido».

Vivian estaba entusiasmada con aquel caso, sabía que había algo que tendrían que descubrir. Era obvio que la escena del crimen decía mucho más de lo que veían los agentes. Le gustaban los temas históricos y aquel caso escondía simbología, o al menos eso le pareció a ella. Las ropas de aquel hombre o el sitio en el que se encontró el cuerpo era algo bastante llamativo, pero las dos cosas juntas, sin duda alguna, significaban algo. La chica del blog que a ella le encantaba leer, era una experta en esos temas. «No era ninguna casualidad que estuviera vestido así».

No dejaba de repasar las notas que había escrito y de intentar recordar lo que había leído acerca de El Capricho y la simbología que escondía la finca. Estaba nerviosa y quería que Carlos viese lo implicada que estaba con aquel caso. «Estoy a prueba, tengo que demostrar mi valía». Y eso era precisamente lo que iba a hacer. Tenía que proponer la ayuda de aquella mujer experta. Sus conocimientos les iban a adelantar trabajo. Sin embargo, tenían que saber quién era ese hombre, y por qué le habían matado de esa manera. Aquel crimen no tenía ningún antecedente igual, el *modus operandi*, sin lugar a dudas era algo novedoso, nunca visto.

Jesús había oído la conversación de la Inquisición y le pareció que daba sentido a aquella escena. Estaba orgulloso porque la relación hubiera

sido encontrada por Vivian. Esperaba poder encontrar a la persona que realizó el crimen.

Anduvieron por el camino que los llevaría a la cabeza de la víctima. Era extraño visitar la finca sin la multitud de viandantes por los caminos y jardines. Vivian estaba segura de que el lugar era especial, por eso el asesino lo llevó, con alguna intención, hasta allí. Debían darse prisa en averiguar la relación. Vivian tuvo la corazonada de que no sería el único asesinato que el autor del crimen tenía previsto.

Llegaron a la estatua de Saturno. Era una gran columna en cuya cúspide se encontraba Saturno devorando a uno de sus hijos. Al llegar, todos se quedaron paralizados. No podían creer lo que estaban contemplando.

Los ojos se les iban a salir de las órbitas observando la imagen del dios. Vivian, al mirar hacia arriba, se echó las manos a la cabeza. Al cabo de unos segundos, Carlos rompió el silencio.

—El hijo de Saturno no tiene cabeza. ¡No me lo puedo creer!

—Esto no es ninguna casualidad —añadió Vivian.

—Por supuesto que no —respondió Jesús—. Creo que vamos a necesitar ayuda.

—Sí, yo también lo creo, Vivian —confirmó Carlos—. Todo está lleno de señales. El asesino ha dejado el cuerpo en el Abejero y la cabeza en la estatua de Saturno, que se está comiendo a su hijo sin cabeza por alguna razón.

—Pero ¿qué nos estará diciendo? ¿Por qué?

—Necesitamos saber quién es la víctima de manera urgente.

—Llama a nuestro jefe, que se ha quedado en el Abejero, y coméntaselo, me parece que tenemos para rato aquí —dijo uno de los agentes de la científica.

—Sí, eso es lo que voy a hacer ahora mismo —dijo Carlos mientras se alejaba del resto para mantener la conversación.

Comenzaron a inspeccionar. La labor de buscar pruebas en la cabeza había empezado. Uno de los agentes sacó la cámara de fotos y comenzó a utilizarla. Era imprescindible tener los detalles de aquella escena y de la cabeza de la víctima.

El asesino se había creado una firma en el crimen demasiado sorprendente.

La cabeza estaba en la bolsa de lino blanca sin atar. Todos los policías se pusieron los guantes para no contaminar ninguna prueba. Al sacarla pudieron comprobar cómo la chica que la encontró dijo la verdad, tenía los ojos tapados. Cuando uno de los compañeros de la científica le quitó la venda para continuar con las fotos, tanto Vivian como Jesús tuvieron que apartar la mirada. La expresión dejaba patente el terror en sus ojos, y la manera atroz en que le habían dado muerte. «Parece que tuvo que sufrir mucho». Vivian nunca había visto nada así. Incluso su primera impresión le hizo tener un amago de vómito. En Jesús, la reacción fue diferente, al instante se quedó blanco.

Los otros dos agentes y Carlos comprobaron que no estaban acostumbrados a ver aquella parte de los asesinatos.

—Chicos, si queréis tomaros un descanso lo entiendo. No os penséis que a nosotros no nos pasó la primera vez. Una cosa son las series y otra es la vida real. —Asintió con la cabeza.

—No, ya estamos mejor, ha sido la primera impresión, Carlos. Gracias de todas maneras.

Vivian pensó que no le iba a afectar tanto, pero al verlo tan cerca, todo cambió. Se había estado preparando para el momento, pero cuando quitó la venda de los ojos de aquella cabeza no pudo soportar la mirada.

—Ya he avisado. En breve tendremos el resultado de quién es la víctima. Tenemos que encontrar al cabrón que ha hecho esto.

—Desde luego que lo tenemos que encontrar —añadió Jesús.

—Hacía muchos años que no veíamos nada así. Aunque yo creo que la muerte no ha sido porque lo haya decapitado —dijo de repente uno de los agentes, sin dejar de hacer fotografías.

—¿No? —dijo Carlos—. ¿Entonces?

—Bueno, veréis —dijo dejando la cámara en el suelo y levantándose—: por las picaduras que hay en la cara —Señaló varias de ellas—, me atrevo a decir que ha sido por picaduras de abejas.

—¿Estás seguro? —preguntó Vivian con los ojos bien abiertos y echando la cabeza hacia delante.

—No puedo estar seguro sin las pruebas pertinentes, pero lo estoy al ochenta por ciento. ¿Tú qué dices? —preguntó al compañero de la científica.

—Uf, yo también estoy igual de convencido que tú. —Asintió.

Jesús, Vivian y Carlos no dejaron de mirarse ante las observaciones de los agentes. El asesino estaba jugando con ellos. Se lo iba a poner más difícil de lo que parecía. Era un rompecabezas y tenían que descubrir incluso las piezas para poder montarlo.

—Está bien. Tenemos trabajo. Por favor, chicos, haced las fotografías y luego me las mandáis con las pruebas.

—Claro, estamos en ello.

—Vámonos. Luego revisaremos las pruebas y los informes que nos manden los compañeros. Ahora tenemos que ir a buscar a alguien a una biblioteca —dijo Carlos mirando a Vivian.

—Sí, es una muy buena decisión. —Sonrió.

—Acabo de recibir la aprobación para su contratación al correo —concluyó Carlos, que miraba su móvil.

Los tres comenzaron a andar para salir de El Capricho y coger el coche.

—Este caso requiere mucha concentración. Creo que vais a tener que aprender a pasos agigantados a trabajar bajo presión —afirmó Carlos.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta —respondió Jesús, que se había colocado al lado de Carlos mientras iban andando.

—Lo soportaremos. No vas a tener ningún problema con nosotros. Vamos a trabajar duro —afirmó Vivian.

Carlos empezó a andar aún más deprisa. Era un agente entregado a la causa. Sabía que ese caso era muy importante y que posiblemente estuviera relacionado con algo secreto. Detrás de ese cadáver había demasiados misterios. Era vital conocer la identidad de la persona. Empezar a tirar de los hilos para interrogar al círculo social más cercano. La chica experta en esos temas tendría que ayudarles. Si no conseguían su ayuda, habría más muertes.

Capítulo 11

Los tres agentes llegaron al parking y se montaron en el coche.

—A ver, Vivian, ¿qué sabes de esa chica de la que nos has hablado? —preguntó Carlos.

—Bueno, saber, saber, no sé mucho. Es una historiadora que tiene un blog en Internet. Escribe artículos relacionados con los templarios y los masones. Tampoco es que sepa mucho más —respondió Vivian.

—¿Podemos llamarla ahora? ¿Existe algún teléfono de contacto? En el blog, quiero decir.

Carlos se colocaba para empezar a conducir. Antes de ello, consultó su teléfono móvil y lo colocó al lado de la palanca de marchas.

—No sé, nunca me he fijado. Voy a comprobarlo —contestó mientras navegaba en su teléfono.

Vivian entró en el blog de la chica y comenzó a buscar lo más rápido que pudo el teléfono de contacto. Tras unos minutos, no lo encontró.

—Nada, Carlos. No aparece nada.

—Está bien, pues si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña —respondió Carlos arrancando el coche.

—Tardaremos más. No sé exactamente en qué biblioteca trabaja —dijo Vivian.

—No tardaremos mucho, no os preocupéis. En nada estamos en Getafe. Además, no creo que a tres maderos nos pongan muchos obstáculos para encontrarla. —Sonrió Carlos.

Jesús y Vivian se miraron uno a otro y comenzaron a reír también.

—Sí, la verdad es que vamos a asustar a la chica cuando nos vea de esta guisa —dijo Jesús.

—Puedes ser, pero tenemos demasiada prisa para esperar a encontrarla de otra forma —respondió Carlos arrancando el coche.

El comisario salió del parking y se incorporó a la carretera. Cogería el camino más corto para llegar al municipio de Getafe. Esperaba que no hubiera muchos coches a esas horas y encontrar trabajando a la misteriosa historiadora.

—¿Sabemos cómo se llama? —preguntó Jesús a Vivian.

—Clara, ahora no me acuerdo del apellido.

—¿Es guapa? —preguntó Jesús.

—¿Qué más te da? —respondió Vivian, encogiendo los hombros y frunciendo el ceño.

—Pues también es verdad. —Sonrió Jesús.

—¿Nos centramos? —preguntó Carlos de manera retórica.

—Claro, jefe.

Durante el trayecto hasta Getafe, Carlos suspiró en varias ocasiones. Estaba deseando llegar al destino y conocer a aquella chica. No le gustaba que el caso tuviera tanto simbolismo, desconocer tanto sobre el tema que se traían entre manos le ponía muy nervioso. Esa misma noche empezaría a buscar en Internet si las circunstancias en las que apareció el muerto tenían algún significado. Esperaba que la historiadora, Clara, les pudiera ayudar a conocer cada uno de los detalles de la escena del crimen.

Al llegar a Getafe, Carlos comenzó a buscar sitio. El campus de ciencias sociales y jurídicas estaba muy cercano a la salida de la autopista que había escogido el comisario. No era la primera vez que estaba allí.

—¿Hemos encontrado en qué biblioteca está? —preguntó Carlos.

—Qué va. Nada de nada.

—Pues vamos jodidos, porque hay por lo menos tres.

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Empezaremos por la más grande, habrá más posibilidades —argumentó Vivian.

—Sí, es lo más lógico —añadió Jesús.

—No hay mucho sitio por aquí. —Suspiró Carlos, que no encontraba un lugar para aparcar.

—¡Mira, ahí! —Vio un hueco Jesús.

—¡Menos mal! —exclamó Carlos, desesperado por el tiempo que estaba perdiendo en buscar aparcamiento.

Aparcó cerca de las entradas laterales de los edificios que estaban contiguos, separados por una carretera. Entraron justo por el que se consideraba el principal. Cruzaron todo el campus para llegar a la biblioteca más grande de la facultad. Era la que llamaban «redonda».

Mientras andaban por el campus, se convirtieron en el centro de atención de todos los estudiantes y trabajadores.

—Parece que nos miran mucho, ¿no? —señaló Jesús.

—No más de lo normal. La gente no suele encontrarse con tres policías por la universidad. Lo peor está por llegar. —Sonrió.

—Sí —Rio Vivian—. La chica se va a llevar un buen susto. Por no decir que va a ser el centro de atención durante un tiempo.

Capítulo 12

Llegaron al edificio de la biblioteca más grande del campus. Se encontraba al final del mismo.

En la recepción había varias personas sentadas con la mirada fijada en los tres agentes. Carlos se adelantó, comenzó a hablar con una de las chicas que estaban en la mesa de la entrada.

—Buenos días, veníamos buscando a Clara, nos han dicho que trabaja en esta biblioteca

—¿Clara? —preguntó sorprendida.

—Sí, eso es. No le podemos dar más información. ¿Trabaja aquí? —insistió Carlos.

Vivian y Jesús se estaban empezando a impacientar. No tenían tiempo que perder para resolver el crimen.

—Sí, trabaja aquí. Está en la parte de debajo de la biblioteca, donde no suele estar lleno de gente —dijo arqueando las cejas.

—Muy bien. ¿Nos puede decir por dónde podemos bajar?

—Por supuesto, pueden bajar por las escaleras, o bien por el ascensor. Se encuentra justo ahí. —Señaló la parte que quedaba a sus espaldas.

—Perfecto, muy amable. Gracias —se despidió Carlos avanzando hacia donde le había indicado la chica.

Toda la sala estaba en silencio, por lo que se habían convertido en el centro de atención de los estudiantes que se encontraban en la planta.

Los agentes comenzaron a andar y, al llegar al ascensor, comprobaron la cantidad de gente que había esperando. Decidieron bajar por las escaleras para llegar cuanto antes a la parte de abajo.

—¡Madre mía! Aquí las personas son muy mal educadas. Nos miran como si nunca hubieran visto policías —susurró Jesús.

—A ver, en la biblioteca de una universidad no creo que sea frecuente. Además, en España el cotilleo es deporte nacional —añadió Vivian—. Estarán intrigados por saber a qué hemos venido.

—Bueno, tranquilidad, no sé si tendremos que hablar con el rector de la universidad —advirtió Carlos.

—¿Y eso? —preguntó Vivian.

—Pues porque no nos podemos llevar a un empleado así, sin más. Habrá que mandar una comunicación o algo —explicó Carlos.

—Oye, ¿por qué la chica de recepción se extrañó tanto cuando preguntamos por Clara? —susurró Jesús justo al terminar de bajar las escaleras.

—Yo también me he fijado —apuntó Carlos.

—Además, ha dicho en la parte de abajo, especificando «donde nunca hay nadie». Yo creo que la chica tiene que ser algo peculiar —susurró Vivian.

Al atravesar la puerta, comprobaron que era cierto, la sala estaba vacía. Las bibliotecas de las universidades tenían fama de ser el lugar de culto de los estudiantes para ligar, pero era obvio que esa no era la planta preferida.

La planta baja era un sótano que, aunque bien distribuido y colocado, no tenía la misma apariencia que la parte que habían visto arriba.

Estaba en absoluto silencio. Justo enfrente había una chica de alrededor de treinta años, morena y con el pelo corto. Probablemente, incluso tuviera más edad de la que aparentaba. Se notaba que no perdía tiempo por las mañanas en modelitos y en maquillarse. Se encontraba en una mesa de recepción con un ordenador y multitud de libros a ambos lados de la mesa. Estaba enfrascada en uno de ellos y no se percató de la entrada de los policías.

Las mesas que formaban la sala estaban casi vacías. Solo había dos personas estudiando, cada una en una mesa. Ambas, al entrar los agentes se quedaron mirando, sin disimular su curiosidad. La única persona que no

reaccionó ante la presencia de los tres fue, precisamente, a quien buscaban; Clara.

Se lanzaron unas miradas cómplices entre los agentes y anduvieron hasta la mesa de recepción.

—Buenos días, estamos buscando a Clara. ¿Es usted? —dijo Carlos.

—Buenos días. Sí, soy yo —contestó sin levantar la mirada del libro.

—Venimos porque necesitamos su ayuda. ¿Puede acompañarnos a tomar un café y hablamos tranquilamente?

—¿Qué quieren? No me apetece ningún café, gracias —preguntó sin mirarlos.

—Perdone, ¿le pasa algo? —dijo Vivian.

—No, ¿y a usted?

«Ahora entiendo la frase de la chica de recepción», pensó Carlos.

—No, necesitamos su ayuda, es muy urgente. Mi nombre es Vivian, he leído su blog y artículos, es una experta historiadora, y la necesitamos para un caso. Es urgente, Clara. La necesitamos —insistió.

—Gracias. Antes tengo que llamar a un compañero para que baje a sustituirme si me voy. ¿Tengo que hablar con los tres?

—Claro, ¿tiene algún problema? —preguntó Carlos.

—Un poco, sí, no me gusta estar rodeada de tanta gente que no conozco. No me siento cómoda.

—Por favor, tenemos prisa, llame a su compañero. Es un asunto policial —zanjó desafiante Carlos.

Clara cogió el teléfono que tenía a su mano derecha y marcó una extensión. Carlos se apartó para comenzar a hablar con los compañeros.

—¿A esta chica qué le pasa? —preguntó Vivian.

—Ni idea. ¿No sabías que era extraña?

—No, solo la leo. La verdad es que no hay ninguna entrevista de ella en ningún lado. —Vivian se quedó pensativa.

—¿Tú estás segura de que escribe ella? —añadió Jesús.

—No tengo ninguna duda —contestó Vivian señalando la pila de libros que tenía a ambos lados relacionados con los templarios, religiones y masones.

—Uf, pero es muy rara —insistió Jesús.

—¿Rara? A mí me parece sincera y desconfiada, lo cual no está nada mal. A ti te vienen tres policías y también reaccionas raro, ¿no te parece?

—Sí, pero no así. No sé, es misteriosa.

—¿Qué más da?, tiene los conocimientos y nos puede ayudar. A mí, personalmente, que sea excéntrica me da igual —dijo Carlos.

—Pues sí, tienes razón —confirmó Jesús.

—Además, ningún genio o experto es *normal*. Dicen que, cuanto más inteligente eres, tu círculo social se hace más pequeño. Vamos, que te vuelves más raro. No sé, pero tiene pinta de apasionarle el tema. Espero que nos ayude —habló Carlos, confirmando en su correo electrónico el contrato de Clara.

—Puede ser, tiene sentido. Ya viene —dijo Vivian dando un codazo a Jesús.

Clara colgó y se levantó de su silla para acercarse a hablar con los agentes.

—Ahora mismo vendrá mi compañero y podré salir —interrumpió Clara.

—Perfecto, ¿esperamos a que llegue su compañero, o nos vamos ya? —preguntó Carlos.

—Vayan a la cafetería, está a mitad del campus. Es un edificio de cristal justo a la derecha de la entrada principal. Ahora voy yo —dijo Clara.

—De acuerdo. ¡Vamos, chicos!

Capítulo 13

Los agentes salieron de la biblioteca y volvieron a atravesar el campus para llegar a la cafetería que les había indicado Clara.

Por el camino, y una vez abandonadas las instalaciones de la biblioteca, comenzaron a hablar.

—¿Crees que nos puede ayudar? —preguntó Jesús.

—Claro, si sabe mucho del tema, nos podrá ayudar. Además, el trabajo no va a ser problema, se acercan las fiestas navideñas. Os recuerdo que hoy es dieciocho de diciembre —remarcó Carlos.

—Eso espero. Necesitamos su ayuda, o la de algún experto —contestó Jesús.

—¿Sabemos ya quién es la víctima? —preguntó Vivian.

—No he recibido ningún mail. Supongo que la científica estará todavía recogiendo pruebas. Como pronto, hasta esta tarde no sabremos nada —aseguró Carlos.

—A lo mejor nos estamos equivocando y no tiene nada que ver con las pistas. Puede que nos esté queriendo engañar —dijo Vivian.

—Puede ser. —Carlos abrió la puerta de la cafetería con la mirada clavada en ellos por todos los allí presentes—. Pero tenemos que descartar todas las opciones. Primero, que esta chica, Clara, nos diga lo que ella interpreta. —Comprobó las monedas que tenía en el bolsillo y se acercó a la máquina para sacar el tique—. Después ya valoramos las opciones que tenemos y cuáles descartamos.

Carlos se fue a la barra con los tiques en la mano.

—He pedido cuatro cafés con leche. Id hacia una mesa. Ahora voy.

—Vivian, coge tú mesa, yo ayudo a Carlos a coger los cafés —dijo Jesús.

—Está bien.

Vivian se sentó en una de las mesas con las miradas, ya incómodas, de los estudiantes. Escuchaba el murmullo de las voces en los corrillos que se habían formado. La gente estaba extrañada de ver allí sentados a tres agentes con los uniformes de la Policía.

Sin hacer mucho caso a los susurros, comenzó a divagar sobre la chica que acababan de conocer. Estaba emocionada al haber conocido a Clara. Nunca pensó que tendría esa personalidad. Le recordaba a una vecina de su pueblo. Todo el mundo se burlaba de ella porque era diferente, pero con Vivian era distinta. Se sentía bien y no era juzgada continuamente. «Eso es lo que tengo que conseguir con ella. Tiene que sentirse a gusto». Era importante su ayuda, el caso era complicado y, si tenían a una persona como Clara a su lado, podrían avanzar más rápido. No podía dejar que pasara el tiempo, era el primer caso importante que llevaba y se iba a implicar todo lo que pudiera. Además, el hecho de estar en la universidad, buscando a Clara, había sido idea suya. Ahora tenía que hacer que valiera la pena.

Jesús y Carlos no tardaron en ir a la mesa con los cafés.

—¿Qué pasa, Vivian? ¿Qué piensas? —preguntó Carlos.

—Nada importante. Estaba pensando que Clara me recuerda a una chica que conocía. Tenía la misma personalidad.

—Tampoco la conocemos, puede que nos hayamos hecho una idea errónea de ella. No creo que sea rápido de asimilar que venga la Policía a buscarte a tu trabajo —explicó Carlos.

—Eso seguro. Cuando se levantó esta mañana no se esperaría que la Policía viniera a por ella a la biblioteca. —Asintió Jesús.

—Sí, es verdad. Pero creo que no le gusta estar con gente desconocida. Al menos eso me ha parecido a mí. Aunque puedo estar equivocada —dudó Vivian.

—Lo importante es que nos ayude y podamos coger al criminal. Por cierto, chicos, quiero que se forme un buen ambiente laboral, y sobre todo con los asesores. Es decir, con esta chica. No quiero malos rollos ni nada así. No lo digo por nada en concreto, pero me gusta que las personas que

están en mi equipo sean capaces de trabajar juntas y dejar las diferencias a un lado —dijo Carlos.

—Por supuesto, de eso no tengas ninguna duda. Todos tenemos nuestras rarezas, pero el trabajo es el trabajo. —Sonrió Vivian.

—Eso es. No te vas a arrepentir, y de Clara tampoco. No la conocemos, pero seguro que nos llevamos bien con ella. Además, a mí me ha parecido que es muy observadora y, esa virtud, para nosotros, y para este caso en concreto, es importante —dijo Jesús mientras bebía un sorbo de café.

—Sí, eso es verdad.

Carlos estaba preocupado. Lo normal en los casos de asesinatos era que la identidad de la víctima se conociera en pocas horas. Todavía no sabía quién era, y eso le estaba creando incertidumbre. Comenzó a pensar que quizá fuera alguna persona importante. Si fuera así, supondría una mayor presión para el equipo de agentes recién formado.

La puerta de la cafetería se abrió y entró Clara. Los localizó rápidamente y se acercó a la mesa donde estaban tomando café.

—Hola, Clara, siéntate. Mi nombre es Vivian —dijo con una gran sonrisa.

—Hola, Vivian, encantada —respondió sin ni siquiera mirarla.

—Este es mi compañero Carlos. —Le señaló—. Y Jesús —comentó con el mismo gesto.

—Encantada.

—Te pedimos perdón si te hemos incomodado, pero necesitamos tu ayuda para un asesinato que se ha cometido esta mañana —dijo Carlos sin rodeos—. Lo cierto es que no queremos perder el tiempo, y no sé si tú nos podrías ayudar o te interesa ayudarnos. Si no es así, dínoslo para no molestarte más —terminó de hablar y bebió el café.

—Perdonadme si os he dado esa impresión. Estoy muy contenta de que hayáis venido a buscarme. Me siento reconfortada porque todo mi trabajo de años ha tenido recompensa con vuestra presencia en la biblioteca —se disculpó Clara.

—No he querido ser descortés, Clara. Pero me ha dado la sensación de que no estabas cómoda. Vamos, que no te interesaba para nada colaborar con la Policía en busca de un asesino —continuó Carlos.

—Para nada. Ya os digo que… ¿este café es para mí? —preguntó Clara de repente.

—Sí, hemos pedido todos iguales —se adelantó a contestar Vivian.

—La verdad es que no me apetece café, me pone nerviosa. ¿Me puedes pedir otra cosa? —preguntó mirando a Vivian.

—¿Cómo?

—No quiero café, ¿puedo pedir otra cosa? —repitió Clara.

Jesús se levantó de la mesa rápido. Notó cómo Vivian se quedó escéptica ante esa pregunta. Quería crear un buen ambiente laboral, como había explicado Carlos hacía pocos minutos.

—No te preocupes, Clara. Ahora mismo te pido otra cosa, ¿qué quieres?

—Un zumo de naranja natural, y si no tiene, una botella de agua. Muchas gracias, Jesús —contestó sin mirar al agente.

Al acabar la frase, el policía se dirigió a sacar un nuevo tique para cumplir los deseos de Clara.

—Bueno, Clara, continúo contándote. Necesitamos un experto que interprete la escena de un crimen, por la cantidad de símbolos que entendemos que puede haber dejado como pistas. Se te contrataría como asesora externa, ¿crees que te puede interesar?

—Por supuesto. Me interesa mucho —dijo sin dejar de tocarse el pelo—. ¿Cuándo empezaríamos? —preguntó mirándose las uñas y con voz temblorosa.

—El crimen ha sido esta noche. Hoy de madrugada. La científica estaba analizando y recogiendo pruebas, así que, cuando las tengamos, nos pondríamos en contacto contigo. ¿Te parece?

Jesús llegó con el zumo que Clara le había pedido.

—Gracias, Jesús —continuó—. Sí, me parece bien. Estoy contenta con lo que me estáis diciendo. Nunca he trabajado de asesora externa —añadió moviendo la pierna al mismo ritmo que Carlos.

El comisario se dio cuenta del movimiento. La actuación de Clara le dejó desconcertado. No podía dejar de observarla.

—¿Le puedo hacer una pregunta, Carlos?

—Por supuesto.

—Bueno, es que no me gusta trabajar con gente. ¿Existe alguna manera de trabajar con vosotros sin que tenga que veros? —preguntó Clara bebiendo el zumo.

—¿Y esa pregunta? No entiendo a qué viene —dijo Jesús expectante por la manera tan directa de Clara.

—Perdonad, creo que voy a empezar por el principio: Soy asperger. Es un grado de autismo leve, para que me podáis entender. Me cuestan mucho las relaciones sociales, porque no consigo entender a los neurotípicos, es decir, personas como vosotros. —Bebió otro sorbo del zumo de naranja—. ¿Me puedes traer otro, Jesús? Estaba muy rico —dijo Clara.

—Sí, por supuesto. Pero ¿eres así siempre? —preguntó directamente Jesús, perplejo.

—Sí, eso es. Perdona, ¿te he molestado? Lo siento —dijo Clara negando con la cabeza—. Es que no entiendo bien cuándo y cómo decir las cosas. No sé la manera correcta de actuar con las personas sin meter la pata. Por eso mismo os he preguntado si puedo trabajar sola. La mayoría de las reglas sociales no las entiendo —explicó Clara apenada.

—Nunca me habían llamado neurotípico. —Sonrió Jesús—. Te has ganado el zumo, ahora vengo.

—Pero natural, que no se te olvide —le recordó Clara.

Jesús, sonriente, se dio la vuelta y la miró riéndose.

—Clara, vas a encajar perfectamente, ¡no te preocupes! —gritó.

—Por supuesto, eso no es ningún problema. Yo tenía una amiga como tú, ¿sabes?

—¿Seguro? No quiero incomodar a nadie, y a veces digo cosas que no vienen a cuento. Por eso, precisamente, trabajo en una biblioteca, porque puedo estar sola, sin hablar con nadie. Hay que estar en silencio. —Sonrió.

—Bueno, pues ya está hablado y arreglado —afirmó Carlos—. No te agobies, Clara. Yo ya conocía ese síndrome, y lo importante es que sepamos que lo tienes, para que no nos extrañemos con ciertas cosas. No vas a sentirte incómoda. No hay nada de malo en ser literal. Estás en confianza. —Carlos mostró con aquel monólogo todo el apoyo que Clara necesitaba en ese momento—. ¿Algo más?

—Sí, ¿y mi zumo?

—Ahora viene Jesús con él. A lo largo de hoy te llamarán desde la Policía para la colaboración. Necesito que me des tus datos personales y de contacto.

—Tarda mucho mi zumo, voy a ver qué pasa. Ahora vengo. —Clara se levantó sin mediar más palabra y se fue hacia donde estaba Jesús esperando la bebida.

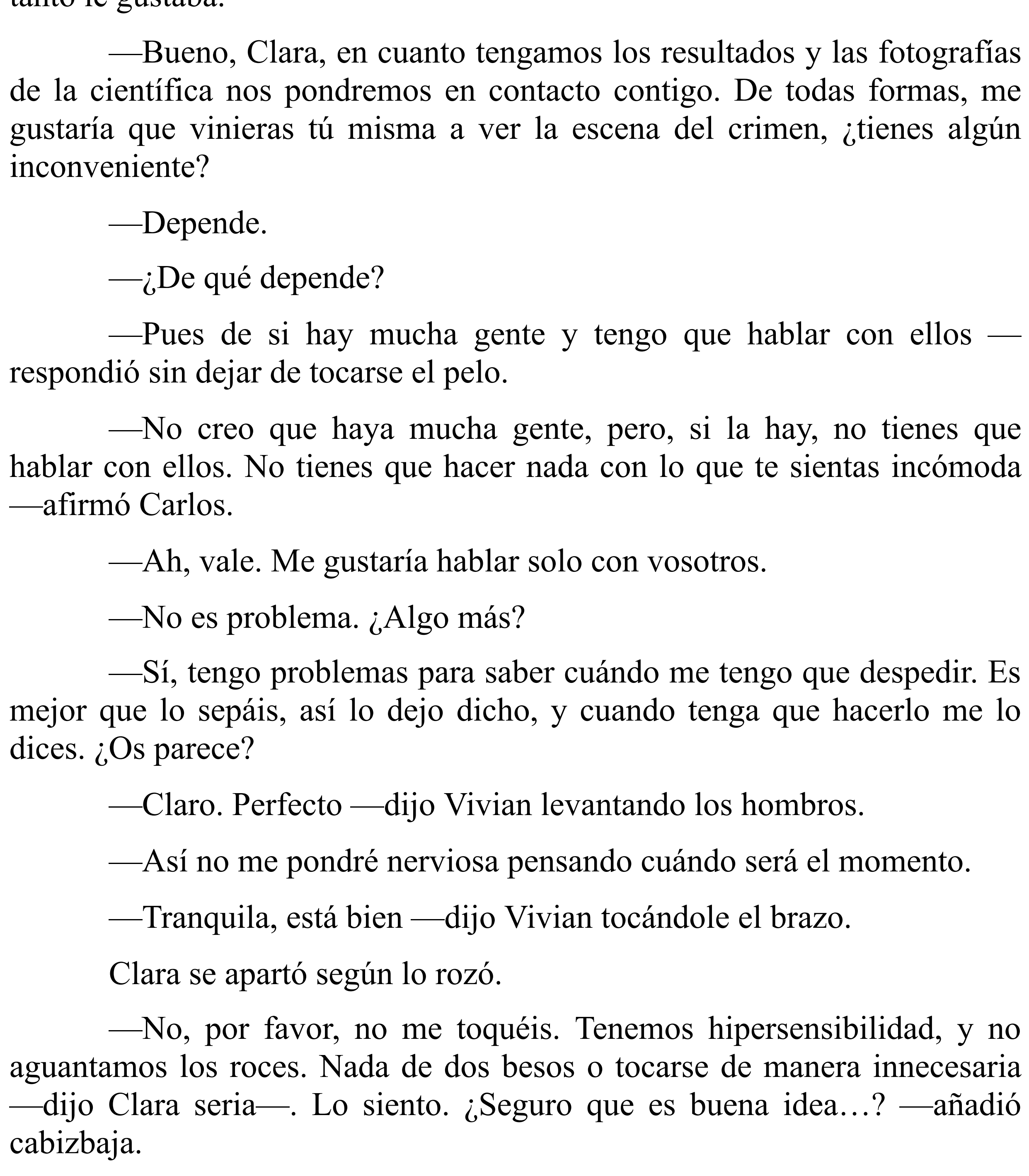
Vivian y Carlos se miraron y empezaron a reír.

—Creo que Clara es muy buen fichaje. Me gusta. Sincera cien por cien —afirmó Carlos sonriente mientras la miraba desde la mesa.

—Cierto, creo que hemos dado en el clavo con ella. Ha sido un acierto —añadió Vivian.

Después de la reunión con Clara y la respuesta positiva para unirse a la investigación, el equipo estaba formado. La cuenta atrás para encontrar al asesino había empezado.

Capítulo 14



Salieron de la cafetería después de que Clara se tomara aquel zumo que tanto le gustaba.

—Bueno, Clara, en cuanto tengamos los resultados y las fotografías de la científica nos pondremos en contacto contigo. De todas formas, me gustaría que vinieras tú misma a ver la escena del crimen, ¿tienes algún inconveniente?

—Depende.

—¿De qué depende?

—Pues de si hay mucha gente y tengo que hablar con ellos —respondió sin dejar de tocarse el pelo.

—No creo que haya mucha gente, pero, si la hay, no tienes que hablar con ellos. No tienes que hacer nada con lo que te sientas incómoda —afirmó Carlos.

—Ah, vale. Me gustaría hablar solo con vosotros.

—No es problema. ¿Algo más?

—Sí, tengo problemas para saber cuándo me tengo que despedir. Es mejor que lo sepáis, así lo dejo dicho, y cuando tenga que hacerlo me lo dices. ¿Os parece?

—Claro. Perfecto —dijo Vivian levantando los hombros.

—Así no me pondré nerviosa pensando cuándo será el momento.

—Tranquila, está bien —dijo Vivian tocándole el brazo.

Clara se apartó según lo rozó.

—No, por favor, no me toquéis. Tenemos hipersensibilidad, y no aguantamos los roces. Nada de dos besos o tocarse de manera innecesaria —dijo Clara seria—. Lo siento. ¿Seguro que es buena idea…? —añadió cabizbaja.

—Claro, no te preocupes. Nos vas diciendo sobre la marcha. No habrá más roces.

—Vale, perfecto. ¿Nos despedimos ya? Tengo que volver a la biblioteca.

Clara estaba nerviosa, sabía que se acercaba la despedida y, aunque se lo hubiera hecho saber a los agentes, tampoco estaba segura de que pudieran comprender cómo funcionaba su cabeza. «La información que procesan los neurotípicos es otro "sistema operativo" que el de las personas asperger».

Se quería ir de allí. Había pasado demasiado tiempo en la reunión y comenzaba a pesarle el esfuerzo que hacía por comprender a las demás personas. Necesitaba tiempo de soledad. Sentirse protegida en los ambientes en los que ella se sentía reconfortada y a gusto. Podía establecer relaciones sociales con mucho esfuerzo, pero durante largos periodos de tiempo se le hacía demasiado pesado. Sobre todo, con varias personas que no conocía y a la misma vez.

—Vale, Clara. Te llamamos nosotros. Hasta luego —se despidió Carlos.

Los agentes y Clara se despidieron. Pronto empezarían con el caso, y tenían que volver a comisaría. Era necesario arreglar una visita para que Clara viera *in situ* dónde encontraron el cuerpo.

Los agentes salieron de la universidad contentos y satisfechos con la reunión con Clara. Tenían la corazonada de que era la persona idónea para el puesto, además de tener los conocimientos necesarios para resolver las pistas.

Cuando estaban lo suficientemente lejos de Clara, comenzaron a hablar de lo ocurrido en la reunión.

—Me gusta esa chica —comenzó a hablar Vivian.

—Sí, a mí también. Nunca había conocido a nadie así, pero creo que nos vamos a llevar bien. Me gusta esa sinceridad sin filtros —dijo Carlos tocándose el pelo—. No me han mandado ningún mail. Espero que el proceso empiece a ir más deprisa. No me gusta estar a expensas de los demás. Ha pasado la mañana y todavía no sabemos ni siquiera quién es la

víctima —añadió levantando las cejas mientras miraba a sus compañeros—. No me gusta ni un pelo que tarden tanto, no me da buena espina —concluyó.

—Sí, a mí también me parece raro. Puede que tarden porque había demasiadas pruebas por recoger. Además, eran dos escenarios; donde estaba la cabeza, y donde estaba el cuerpo. A lo mejor eso influye —dijo Vivian mientras miraba su móvil para leer los mensajes de Raúl, su marido.

—Puede ser, pero me extrañaría que fuera por ese motivo. Han ido a El Capricho varios agentes. No sé, a veces me pongo nervioso por nada —terminó de hablar cuando llegaron al coche patrulla.

—¿Tú que dices, Jesús? —preguntó Vivian.

—Clara me ha caído bien, una chica original. Como dice Carlos, que diga todo tal cual lo piensa, está genial. Es menos complicado que como lo hacemos los neurotípicos, ¿no os parece? —opinó Jesús.

—Lo cierto es que tiene razón. Nos complicamos demasiado. Es mejor decir y hacer lo que piensas, sin más. Estoy pensando incluso que, si todos fuéramos así, probablemente nos iría mucho mejor como sociedad. No existirían los dobles sentidos —divagó Carlos.

Los agentes montaron en el coche con la intención de dirigirse a comisaría. Había demasiadas tareas pendientes y todavía no tenían fijada la línea de la investigación. Deberían conocer las pruebas que habían conseguido para tener una hipótesis de lo ocurrido y buscar al culpable.

Todavía iban por la N-IV y sonó el teléfono móvil de Carlos. Era de la comisaría.

—Mirad, justo nos llaman de la comisaría. Seguro que ya saben quién es la víctima —dijo Carlos mientras descolgaba el móvil—. Dime —contestó la llamada.

Jesús y Vivian estaban atentos a las noticias que recibirían acerca del nuevo caso.

—Soy César, jefe. Te llamo porque nos acaban de decir de quién es el cuerpo.

—Perfecto, ¿y?

—Es Roberto Fernández.

—Ah, perfecto. ¿Qué sabemos acerca de él? ¿Algo a destacar? —preguntó Carlos mientras conducía de camino a la comisaría.

—Estamos buscando información de él. Lo único que tenemos, por ahora, es que era el dueño de una empresa prestigiosa en Madrid. Se dedicaba a la consultoría para empresas que cotizan en bolsa. ¿Estáis de camino?

—Sí, ya vamos. ¿Me quieres decir algo con lo que me has dicho?

—Sí, bueno, más o menos.

—Pues dilo, César, no te andes con rodeos.

«Sin lugar a dudas, Clara nos va a venir muy bien, por lo menos dice lo que piensa, no hay dobles sentidos y no tienes que estar averiguando por qué ha dicho las cosas», suspiró Carlos. Tenía la sensación de que aquella conversación se le iba a hacer eterna.

—Ha llamado el director de la científica, parece ser que era amigo de él. Se conocían desde hacía muchos años, quiere hablar contigo en cuanto llegues —terminó de decir el agente.

—Bueno, tampoco era tan difícil decirlo. ¿Me explicas rápido por qué has tardado en decírmelo?

—Carlos, estaba llorando como un niño pequeño. Me ha dicho que le llamaras urgentemente.

—Pero ¿qué os pasa hoy a todos? Creo que no entiendo nada. ¿No puede llamar él?

—No sé, Carlos, yo he tenido la sensación de que era algo personal.

—Pero ¿sabes algo que nos quiera contar?

—Ni idea, quería hablar solo contigo. No me lo ha querido contar.

—Está bien, César. Ahora mismo le llamo. Gracias. Sigue con lo que estuvieras haciendo.

—De acuerdo. Adiós.

Carlos colgó el teléfono y paró a un lado de la autovía. «Este caso no me está gustando, creo que pasa algo y se me está escapando». Al aparcar, Jesús y Vivian se quedaron observándole. No era normal que parara el coche patrulla en medio de la autovía para llamar por teléfono y, menos aún, cuando estaban de camino a comisaría.

—¿Qué pasa, Carlos? —preguntó Vivian.

—¿El director de la científica? ¿Su amigo? Es todo demasiado raro. Creo que el crimen esconde algo más. Ya era extraña la muerte, y ahora es amigo de un alto cargo de la Policía. Me parece que ese hombre no era alguien del montón.

—Lo cierto es que es bastante casualidad, por no decir que las circunstancias son demasiado misteriosas —apuntó Jesús.

—Voy fuera a hablar con Tomás. Vosotros llamad a Clara. Que vaya ahora mismo al Capricho. Tenemos que solucionar esto. Tiene que empezar a darnos toda la información que pueda sacar.

—Vale, ahora mismo la llamamos —confirmó Vivian.

Carlos salió del coche y comenzó a hablar. Mientras, dentro del vehículo los agentes hicieron lo mismo con Clara.

Capítulo 15

—Marca, Vivian, que tengo aquí apuntado el teléfono de Clara —dijo Jesús.

—Vale, dime. Por cierto, qué misteriosa la situación, ¿no?

—Pues sí. Según vi la escena del crimen, me pareció que no era normal, dentro de que es un asesinato, claro —puntualizó Jesús.

Vivian marcó el teléfono de Clara y esperó a que contestara.

—¿Sí?

—Hola, Clara, soy Vivian. Necesitamos que vayas para El Capricho. Necesitamos empezar urgentemente con la línea de investigación. Lo primero que quiere el comisario que hagas es ver la escena del crimen —dijo Vivian.

—Hola, Vivian, ¿por qué no me ha llamado él?

—Está hablando por su móvil. ¿Puedes ir para allá ahora? ¿Sabes dónde está El Capricho? Es la zona de Alameda de Osuna —contestó Vivian.

—Ah, vale. Salgo en un rato, si os esperáis voy con vosotros.

—Nosotros te esperamos allí.

—No tengo coche, no me gustan. Tengo problemas de motricidad y no conduzco. Tenéis que venir a por mí —contestó Clara.

—¿No puedes ir en transporte? Nosotros tenemos cosas que hacer.

—No, lo siento, no me apetece, tardaría mucho. Si tengo que ir hasta allí en transporte público desde Getafe tardaría por lo menos una hora y media y, como comprenderás, no estoy por la labor. Estáis cerca de mi trabajo, acabáis de salir, os esperáis y ya está, ¿vale? —terminó de hablar Clara.

—No sé decirte, Clara. Tendríamos que dar la vuelta. Coge un taxi.

—Estás loca. Es muy caro y no me gustan. Me siento incómoda —argumentó.

—Ahora te llamo, tengo que hablar con Carlos.

—Vale, como quieras. Me dices algo.

Sin terminar de hablar, Clara colgó el teléfono y dejó a Vivian con la palabra en la boca. «Iba a ser verdad que se le daban mal las despedidas». Sonrió.

—Mira que es rara la *jodía'* —empezó a reírse Jesús.

—Sí, pero es muy rica, dice lo que piensa y se queda tan pancha —añadió Vivian con los ojos abiertos de par en par y el teléfono en la mano.

—Ya viene Carlos. A ver qué dice —observó Jesús.

El comisario entró en el coche con cara de preocupación.

—¿Qué pasa, Carlos? —preguntó Vivian.

—De momento, nada que tengáis que saber. Eran amigos y poco más. Está bastante afectado —concluyó Carlos—. ¿Qué ha dicho Clara?

—Que vayamos a por ella, sale en un rato. No piensa ir en transporte público, que tarda mucho. —Vivian levantó los hombros, símbolo de su asombro ante la contestación de Clara.

—Está bien, vamos a por ella. No podemos perder más el tiempo. Es necesario que lo vea lo antes posible.

—Vale, le mando un mensaje de que la esperamos en la puerta —dijo Vivian a la vez que lo escribía.

Carlos encendió el coche y comenzó a conducir, pensativo por la conversación que acababa de tener.

Tenían que ir a por Clara, era importante decidir la línea de investigación. Aquel caso tenía un aura bastante insólita que le estaba haciendo impacientarse más de la cuenta. No dejaba de tocarse el pelo una y otra vez. Jesús y Vivian le conocían, y sabían que ese gesto del comisario era señal inequívoca de que estaba empezando a ponerse demasiado nervioso.

Llegaron a la puerta principal de la universidad y aparcaron en la carretera con las luces de emergencia para esperar a que saliera Clara.

Mientras esperaban, Carlos no soltaba su móvil, mandando correos y navegando por Internet para descubrir más acerca de la víctima. Pudo comprobar que era una persona famosa en el mundo empresarial. Daba conferencias y charlas de cómo las empresas podían potenciar su desarrollo y aumentar la facturación. Las inversiones en bolsa eran su especialidad. «Tenía cara de buena persona, ¿cómo ha podido terminar así?».

Clara apareció andando por la puerta principal. Llevaba una mochila de piel colgada a sus espaldas y varios libros sujetos por ambas manos a la altura del pecho. Al acercarse al vehículo comprobaron cómo todos los libros que llevaba eran de la temática de la cual Vivian dijo que era experta.

Los agentes miraban cómo se acercaba al vehículo. Lo cierto es que ninguno había conocido a alguien asperger y les llamaba la atención. Visiblemente, no tenía ninguna apariencia de persona con problemas sociales, solo en las distancias cortas se podía apreciar que le costaba encajar.

Capítulo 16

Clara se montó en el vehículo.

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, Clara. Vamos a ir a ver la escena del crimen, queremos que le eches un vistazo. Creemos que es mejor que lo veas con tus propios ojos. Así podrás sacar tus propias conclusiones para ayudarnos —dijo Carlos.

—Sí, eso es. Así nos dirás tus impresiones sobre la escena —añadió Vivian.

—Sí, yo también creo que es mejor. Es una manera de que no estés influenciada por nuestras opiniones cuando lo veas —explicó Jesús.

—Está bien. Me parece correcto —concluyó Clara, mirando por la ventana.

Clara estaba ansiosa por ver en persona la escena del crimen. Nunca había visto ninguna y para ella era una oportunidad. Era probablemente la única ocasión que iba a tener para colaborar en un asesinato de esa temática. Le apasionaba el tema, llevaba años estudiando la simbología y los acontecimientos relacionados con la época. Era su pasión y se había convertido en una experta.

Carlos estaba seguro de que aquel tipo asesinado no era un cualquiera. Tenía que averiguar información de su vida personal y de la gente de su entorno. No quería precipitarse acerca de la línea de investigación. A veces la escena del crimen les dejaba bastante claro dónde tenían que investigar, sin embargo, en otras ocasiones, no.

Aunque en El Capricho había patente símbolos que predecían a algún tipo de secta, no tenían que descartar que el asesino del crimen fuera una persona cercana a la víctima.

Después de que Clara observara lo ocurrido en la finca, irían a comisaría, era importante descubrir detalles de la vida de la víctima

—Por cierto, Carlos, es importante que no me dejéis sola con gente que no conozco —dijo Clara.

—¿Por? —intervino Jesús.

—Bueno, ya os he dicho que no me siento cómoda con gente que no conozco. No es que a vosotros os conozca mucho, pero por lo menos ya os he visto más veces.

—No te preocupes, no te dejaremos sola. Estaremos contigo todo el tiempo —dijo Vivian mirándola fijamente.

—Muchas gracias por entenderme. Ya sé que soy una persona rara, pero creo que ahí está mi encanto. —Sonrió.

—Queremos que estés a gusto con nosotros. Esperamos no tardar en averiguar qué ha pasado, el tiempo que trabajemos juntos estarás bien. No te sentirás incómoda en ningún momento —explicó Vivian.

—Gracias de nuevo —dijo Clara sin dejar de mirar por la ventana del coche. Nunca había trabajado con la Policía, era una experiencia nueva.

A Clara no le gustaba la interacción social porque no la comprendía de la misma manera que el resto de personas, a las que se conocen como neurotípicos. Le costaba relacionarse, no entendía el código que los individuos utilizaban. En su cabeza había creado esquemas mentales sobre comportamientos sociales y las situaciones que se podían crear en un ambiente en el que estuvieran varias personas. Por desgracia para ella, las situaciones no siempre están estereotipadas y encasilladas, por lo que se sentía frustrada. Prefería no martirizarse más por no comprender las relaciones sociales. Había llegado a la conclusión de que era mejor no castigarse más y dejó de intentarlo. Ya no se molestaba en ser otra persona, era como era.

Vivía en Getafe, cerca de la universidad, en un apartamento pequeño con sus felinos, Jaquín y Boaz. Eran los mejores compañeros de vida que cualquiera podía tener. Así se lo demostraban sus gatos. Los adoraba. «Son con los únicos que puedo ser yo».

Ser una persona con asperger es complicado, ya que puedes terminar entrando en una depresión por no comprender el mundo que te rodea. «Te sientes un extraño en un mundo que no eres capaz de comprender. Por más que me esfuerce en entender, nunca lo conseguiré».

Recorrieron la autopista y cogieron la salida que los llevaría a Alameda de Osuna. Estarían esperando los agentes a cargo de la vigilancia. Era urgente que llegaran para que Clara viera la escena de la misma manera que ellos pudieron observar. Tenían demasiado que hacer para conseguir la información necesaria e ir recabando pistas.

Carlos tenía dudas de si Clara podría soportar la escena del crimen. Para ellos era su trabajo, pero para Clara era diferente. Nunca habría visto un muerto, y menos de aquella manera.

Al llegar a la finca, los mismos agentes que estaban esa mañana, seguían allí.

—Buenos días, agentes, pasamos de nuevo —se excusó Carlos.

—Buenos días, pueden pasar —contestó uno de ellos.

A Clara se le empezó a acelerar el corazón, sabía que lo que iba a ver no le iba a gustar.

Capítulo 17

Cuando llegaron, todavía había agentes de la científica en las escenas del crimen, donde apareció el cuerpo y donde estaba la cabeza.

Clara había estado en el parque hacía muchos años, y no lo recordaba con tanta nitidez como sus ojos en ese momento lo observaban. El parque era excepcional por su originalidad y el estado de conservación. Era una pena que la mayoría de los madrileños no supieran de su existencia. Era indescriptible.

No dejaba de mirar a los lados. Era una persona observadora por naturaleza. Debido a la falta de interacción con el resto, se había convertido en una persona introvertida. No le gustaba relacionarse, hecho por el cual era especialmente observadora con su entorno. Lo había sido desde siempre, pero desde hacía unos años se había incrementado de una manera inusitada.

Al ver a todos aquellos agentes ataviados con guantes y con multitud de herramientas para recopilar pruebas, su estado de nerviosismo se acentuó. Comenzó a tener dudas de su presencia en el parque y, sobre todo, de si la decisión de coger el puesto de asesora de la Policía había sido una buena idea. Estaba intranquila y la duda se apoderó de ella. Sus inseguridades aparecieron. Tenía la impetuosa necesidad de salir de allí, de darse la vuelta y marcharse. «No ha sido buena idea».

Vivian se percató de que el estado de Clara había cambiado a medida que se acercaban a otras personas. Tenía que tranquilizarla, crear un entorno de confort para ella. Necesitaban que se sintiera tranquila y, sobre todo, cómoda haciendo su trabajo. No la conocía, pero estaba convencida de que, si no se encontraba segura, no tendría problema en irse sin más. Le recordaba a situaciones que ya había vivido con la amiga de su pueblo. No se equivocaba.

Cerca de la escena del crimen, Clara se quedó paralizada. «Tengo que huir, irme de aquí ya».

—Clara, no te preocupes —dijo Vivian acercándose a ella, sin tener contacto para no hacerla sentir incómoda. Sabía que no le gustaba que la

tocaran—. Voy a estar contigo todo el tiempo, no te voy a dejar sola. Vamos al ritmo que necesites. —La miró sonriente.

—Vivian, creo que no ha sido buena idea. Necesito irme de aquí —zanjó Clara—. Lo siento —contestó, dándose media vuelta para comenzar su camino de regreso.

—Tranquila, Clara —dijo Carlos al comprobar lo que ocurría.

—No puedo, lo siento, de verdad. Pero no ha sido buena idea. No tenía que haber salido de la biblioteca. Pensé que iba a poder, pero no puedo —terminó de decir Clara, mirando hacia atrás.

—Clara, te necesitamos —dijo Jesús con voz desesperada.

Clara se paró en seco al oír a Jesús. Le pareció que el olor de ese chico la tranquilizaba. Le gustaba su olor y el tono de su voz.

Sintió que tenía que intentarlo, sería la manera de demostrar que era una profesional. No estaba convencida, pero se sentía apoyada por los tres agentes que acababa de conocer.

—No os prometo nada, pero lo voy a intentar. —Suspiró Clara, mirando a Jesús fijamente.

«No sé qué me pasa con este chico».

Sin previo aviso comenzó a caminar hacia donde estaban el resto de agentes. Clara cogió aire, necesitaba demostrarse que podía hacerlo, que era su oportunidad y que no podía perderla de esa manera sin haberlo intentado.

Avanzó hasta donde apareció el cuerpo. Sin saludar ni mirar a nadie, comenzó a caminar alrededor de la estancia del Abejero. No dejaba de observar. Subió y bajó las escaleras, miró por las cristaleras donde antiguamente había una colmena y se detuvo frente a la estatua de la entrada, miró hacia arriba y se quedó parada al lado de uno de los agentes que inspeccionaba el cuerpo.

—Perdone, necesito que se quite. Gracias —concluyó Clara.

Era importante ver el cuerpo. Sacó una libreta pequeña que tenía en la mochila y comenzó a apuntar, sin dejar de mirar el suelo. Nunca había

entrado en El Abejero. Era precioso. «Está repleto de simbología masónica. Es increíble».

Al ver el cuerpo sin vida, decapitado, se quedó paralizada ante la imagen. Nunca había visto un muerto antes, y al verlo sin cabeza, tuvo que apartar la mirada.

Los agentes estaban cerca de ella, pero respetando su espacio personal. No querían que se agobiara y le volvieran las ganas de irse. Vivian no dejaba de observar a Clara, le provocaba cierta admiración e incredulidad a partes iguales.

Se acercó a ella, guardando la distancia. Para no crear una situación embarazosa, comenzó a hablar sin mirarla a los ojos.

—¿Estás bien, Clara?

—Creo que sí. No había visto un muerto, ni tampoco un crimen de estas características. Creo que es más que obvio que tiene un simbolismo. El asesino quiere decirnos algo o, mejor dicho, demostrarnos algo.

—No entiendo —dijo Vivian entrecerrando los ojos, con la vista clavada en el cuerpo.

—Bueno, creo que es mejor que hablemos los cuatro. Por cierto, ¿cuánto tiempo tardan en pasar los resultados de las pruebas?

—Depende, pero creo que con el impacto social que va a crear esta muerte, no tardarán mucho.

—Eso espero. Necesitamos saber cuál ha sido la causa de la muerte. ¿Y la cabeza?

Clara se encontraba mareada por ver el cuerpo sin vida y tanta sangre en el suelo.

—Está en otra parte. Cuando estés preparada vamos a verla —respondió Vivian.

—Creo que primero tengo que dar una vuelta más por aquí, ver la cantidad de símbolos. Te aviso cuando termine.

—De acuerdo, voy con Jesús y Carlos. Te espero ahí. Te advierto que donde se encuentra la cabeza es bastante más impactante. Nosotros al

verlo nos quedamos boquiabiertos —explicó Vivian.

—Ya me lo imagino. Déjame sola —terminó Clara.

Vivian, ante la respuesta cortante de Clara, se dio la vuelta hacia donde estaban los compañeros.

Clara se movía por la estancia de un lado a otro, sin dejar de apuntar notas en su libreta.

«Vaya contestaciones te da», pensó Vivian. No se lo tendría en cuenta por las advertencias que ya hizo Clara nada más conocerse.

—¿Te ha dicho algo ya? —preguntó Carlos.

—Qué va, que me vaya. —Sonrió Vivian.

Carlos se rio.

—Es bastante sincera. No se anda con muchos rodeos —añadió Carlos.

—Sí, la verdad. No se toma muchas molestias en entender la educación —dijo Jesús arqueando las cejas.

—Bueno, tranquilidad, vamos a dejarla que haga su trabajo. Para ella es una oportunidad única. No creo que la quiera dejar escapar.

—Sí, para nosotros también —aclaró Vivian.

—Cierto —apoyó Jesús.

Mientras esperaban a que Clara terminara, los agentes comenzaron a observar de nuevo la escena del crimen.

—Yo salgo fuera. A lo mejor hemos pasado algo por alto. Todavía no entiendo cómo ha podido entrar aquí.

—Está bien, ahora nos vemos en la puerta y vamos a la estatua de Saturno.

Capítulo 18

A los pocos minutos, Clara salió a la puerta. Se quedó allí quieta, esperando a que volviera Jesús. No dejaba de morderse las uñas y tocarse el pelo una y otra vez. No era capaz de estar cómoda con la gente, pero con Jesús era diferente. Le gustaba su olor y el tono de su voz. Había algo en él que le llamaba mucho la atención. Conseguía tranquilizarse.

—Hola, Clara, ¿ya has terminado? —preguntó Jesús al verla en la puerta.

—Hola, Jesús. Sí —contestó mirándole a los ojos.

Debido a su condición, a Clara le era imposible mirar a los ojos a las personas. Había estado tiempo practicando ese tipo de interacción social, sabía que era importante para la gente, sin embargo, no había tenido mucho éxito en sus ensayos. De repente, con Jesús lo había conseguido. En realidad, no solo lo había conseguido, sino que le gustaba hacerlo. No podía dejar de mirar a aquel policía fijamente.

—¿Por qué me miras así? Me estás poniendo nervioso. ¿Te pasa algo?

—No, nada, ¿y a ti?

—Nada, olvídalo. Aviso a estos y vamos a la estatua. ¿Has sacado algo en claro de El Abejero?

—Primero quiero ver dónde se encuentra la cabeza.

—Mira, ya están aquí.

Jesús y Clara se encontraban en la entrada de El Abejero, entre las dos columnas del inicio de la estancia, que impedían el paso por las cadenas que rodeaban los jardines que cercaban el edificio. Desde el camino que iba de la puerta a la entrada aparecieron andando, susurrando, Carlos y Vivian.

—¿Todo bien, Clara? —preguntó Carlos.

—Sí, vamos. —Comenzó a andar, dejando al resto atrás.

Clara estaba ansiosa por poder ver el otro escenario del crimen. Ya había sacado varias conclusiones. Para ella, era obvia la simbología y lo que quería demostrar el asesino. «Habrá más asesinatos».

Recorrieron el camino que terminaba en la estatua de Saturno. Igual que en El Abejero, había varios agentes recogiendo pruebas. Clara se acercó a la cabeza, que estaba fuera de la bolsa de lino.

Jesús, ante la escena que estaba a punto de contemplar, la agarró del brazo. Enseguida se dio cuenta de que no podía tocarla.

—Uy, perdona, Clara, te he tocado sin querer —habló rápido—. Es para prepararte antes de que lo veas. No es agradable, y no queremos que te sientas incómoda —explicó Jesús.

—Tranquilo, te lo agradezco —dijo Clara sonrojada.

Vivian miró a Carlos, sin embargo, este no se había percatado de nada. Suspiró profundamente.

—¿Qué pasa? —dijo Carlos.

—Nada, ¿qué va a pasar? —dijo Vivian poniendo los ojos en blanco.

—Vale —respondió Carlos sin entender nada.

Clara se acercó hasta la cabeza. Tuvo que retirar la mirada de la impresión. Pasaron varios segundos hasta que reunió las fuerzas para intentarlo de nuevo.

—Tómate tu tiempo. No es fácil, ni siquiera para nosotros —animó Carlos.

—Ya me imagino.

Clara se sentó en la arena, al lado de la cabeza. Cruzó las piernas y comenzó a escribir bajo la mirada escéptica de los agentes.

Estuvo apuntando en la libreta varios datos que le llamaron la atención y consideró relevantes para la investigación. Tuvo la impresión de que el asesino no tenía intención de que fuera un crimen aislado.

Se levantó rápido y comenzó a andar por donde habían caminado.

—Clara, ¿qué haces? ¿Dónde vas?

Sin mirar atrás, siguió andando. Les hizo un gesto con la mano para que esperaran.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Jesús extrañado por la reciente huida de Clara.

—Que ahora viene —respondió Vivian.

—Yo creo que se ha ido —añadió Carlos.

—No, eso no va a pasar —explicó Vivian con una media sonrisa.

—¿Tú crees? —preguntó Carlos.

—Por supuesto que lo creo —concluyó Vivian asintiendo con la cabeza y cruzando los brazos.

Carlos y Jesús no entendieron a su compañera, pero no se molestaron en preguntar. Conocían a Vivian y sabía que no les iba a contestar. El comisario comenzó a hablar.

—Se acercan las navidades y nosotros con este caso en medio. Creo que, por las vacaciones, todo se va a retrasar. Espero que la científica se dé prisa y nos dé los resultados rápido —añadió Carlos.

—Sí, nos ayudaría bastante —dijo Vivian.

—Tengo la sensación de que no tardarán, era amigo de Tomás. El asesinado era alguien importante. No se puede pasar por alto algo así, y menos aún por las extrañas circunstancias —supuso Carlos.

—Tenemos que darnos prisa, ya está oscureciendo —habló Jesús.

—Sí, y tenemos que llevar a Clara a casa —recordó Carlos—. Creo que Jesús podría acercarla mientras nosotros dos nos vamos a comisaría. Tenemos mucho que hacer.

—Por mí no hay problema, Carlos.

—Bueno, pues está hablado. A ver si viene esta chica —suspiró Carlos.

—Mira, ahí viene.

Clara apareció a lo lejos sin dejar de mirar la libreta y apuntando mientras andaba. Ya estaba oscureciendo, y la científica estaba recogiendo para dirigirse a analizar las pruebas.

Llegó a la altura donde, atónitos, miraban a la historiadora.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Carlos.

—Quiero un zumo, ¿vamos? —dijo Clara andando.

Clara comenzó a andar y los agentes, sorprendidos, fueron detrás de ella. Tenían curiosidad por escuchar a aquella chica.

—Dinos algo, ¿no? —preguntó Jesús.

—Ahora, cuando me tome un zumo. ¿Me invitas?

—Sí, claro —balbuceó él.

Vivian, detrás de ellos, sonrió.

Carlos estaba cansado. Desde por la mañana estaban con el caso y no habían avanzado nada. Esperaba que Clara les aportara algo de luz en el significado de la escena del crimen.

Capítulo 19

Los cuatro salieron de El Capricho y entraron en el bar más cercano.

Clara eligió mesa y se sentó. Escogió la más apartada del resto de personas, en una de las esquinas del bar.

—Yo quiero un zumo, Jesús —dijo sonriente, mirándole y tocándose el pelo.

—Vale —contestó Jesús extrañado—. Vivian, vente conmigo a pedir.

—Está bien.

—Yo voy con Clara a la mesa —añadió Carlos.

Clara no dejaba de mirar las notas y pasar las hojas una y otra vez. Estaba excitada con lo que había visto. Para ella se había convertido en un reto. Sabía que habría otro asesinato. Tenía que descubrir la fecha de cuándo ocurriría y, sobre todo, quién sería la víctima. Aquello solo acababa de empezar.

Carlos se sentó al lado de Clara.

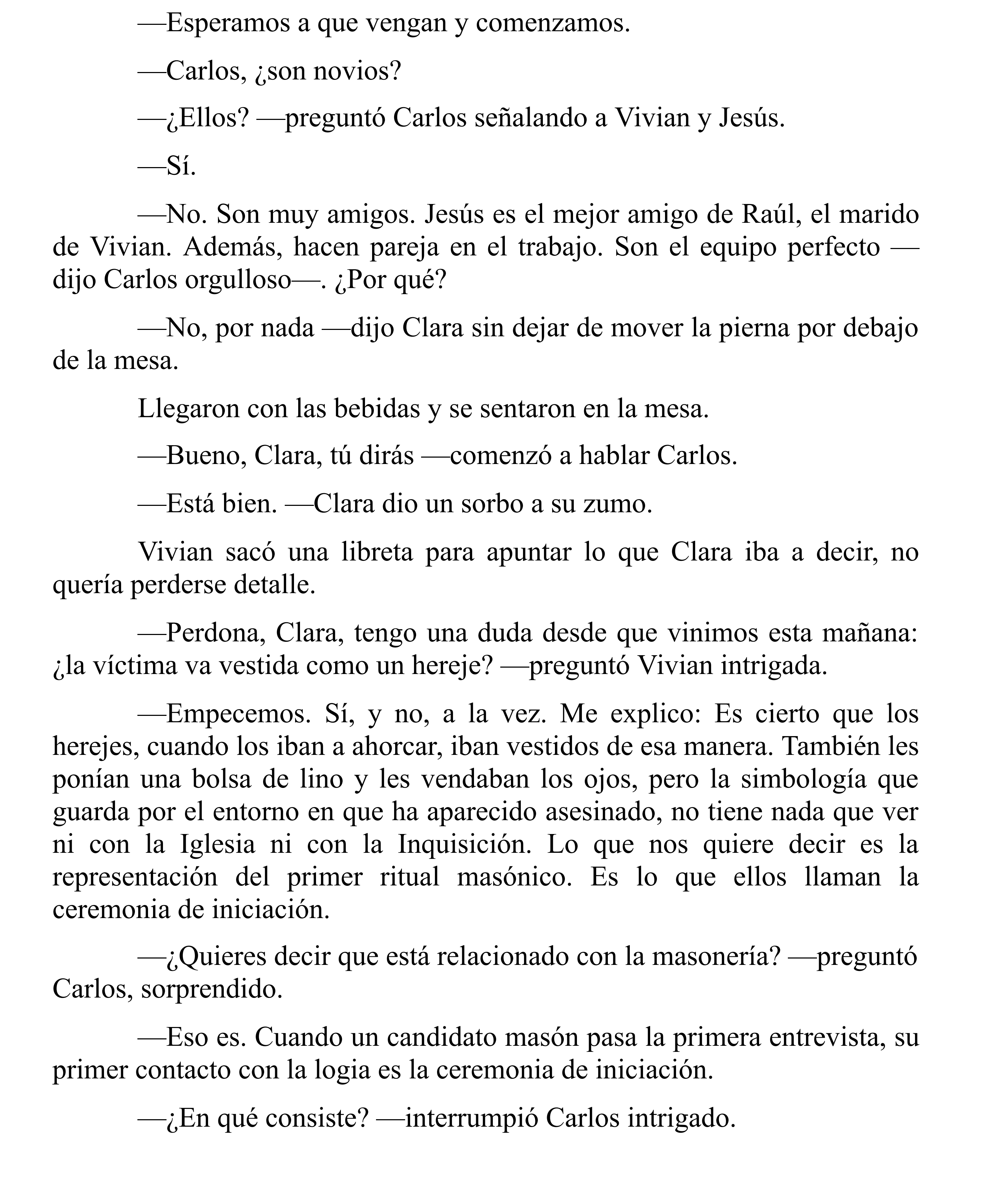
—Bueno, ¿qué tenemos? Este caso es muy importante, Clara. Te agradecemos que nos des todos los detalles que consideres importantes para la investigación. Ya sé que ha sido precipitado. Te agradezco tu entrega al caso —dijo Carlos.

—Gracias, pero no es necesario. Creo que es bueno para mí. Quizá me anime a volver a relacionarme. Por cierto, si te parezco excéntrica no es porque lo haga aposta, es porque no me doy cuenta —aclaró.

—No te preocupes, no le des tanta importancia a las cosas. Lo primordial es el caso. Espero que nos puedas ayudar y, sobre todo, que sea rápido.

—Creo que lo que vamos a hablar ahora os servirá —intuyó Clara.

—Eso sería genial. Te agradezco el esfuerzo que estás haciendo para ayudarnos.



—No hay que dar las gracias, de verdad —contestó mientras levantaba la mirada, observando a Jesús y a Vivian.

—Esperamos a que vengan y comenzamos.

—Carlos, ¿son novios?

—¿Ellos? —preguntó Carlos señalando a Vivian y Jesús.

—Sí.

—No. Son muy amigos. Jesús es el mejor amigo de Raúl, el marido de Vivian. Además, hacen pareja en el trabajo. Son el equipo perfecto —dijo Carlos orgulloso—. ¿Por qué?

—No, por nada —dijo Clara sin dejar de mover la pierna por debajo de la mesa.

Llegaron con las bebidas y se sentaron en la mesa.

—Bueno, Clara, tú dirás —comenzó a hablar Carlos.

—Está bien. —Clara dio un sorbo a su zumo.

Vivian sacó una libreta para apuntar lo que Clara iba a decir, no quería perderse detalle.

—Perdona, Clara, tengo una duda desde que vinimos esta mañana: ¿la víctima va vestida como un hereje? —preguntó Vivian intrigada.

—Empecemos. Sí, y no, a la vez. Me explico: Es cierto que los herejes, cuando los iban a ahorcar, iban vestidos de esa manera. También les ponían una bolsa de lino y les vendaban los ojos, pero la simbología que guarda por el entorno en que ha aparecido asesinado, no tiene nada que ver ni con la Iglesia ni con la Inquisición. Lo que nos quiere decir es la representación del primer ritual masónico. Es lo que ellos llaman la ceremonia de iniciación.

—¿Quieres decir que está relacionado con la masonería? —preguntó Carlos, sorprendido.

—Eso es. Cuando un candidato masón pasa la primera entrevista, su primer contacto con la logia es la ceremonia de iniciación.

—¿En qué consiste? —interrumpió Carlos intrigado.

—Bien, ante todo quiero dejar claro que los masones no son una secta secreta ni nada por el estilo, como llevan años haciéndonos entender al resto de la sociedad. Es como si te apuntas al gimnasio o clases de pintura. ¿La diferencia? Ellos buscan el desarrollo como comunidad. Esto no quiere decir que tengas que jurar por un dios o algo por el estilo. Simplemente, buscan el desarrollo de la sociedad para buscar una vida mejor con la capacidad de todos hacia un mismo objetivo común.

—Pues muy bien, pero no me he enterado. ¿Vosotros sí? —dijo Jesús mirando a sus compañeros.

—Yo creo que sí, o más o menos. Perdona, Clara, ¿puedes explicarlo con otras palabras más de andar por casa? —sugirió Vivian.

—Por supuesto —dio un sorbo al zumo—. Los masones buscan el bien común. No es algo secreto, es privado, pero no clasista. Quieren una vida mejor para todo el mundo, seas de la clase que seas y tengas las creencias que tengas. Para ello, creen en la geometría, la ciencia, en principios de la alquimia… ¿Lo entendéis ya? —preguntó Clara visiblemente molesta.

—Continúa —dijo Carlos.

—Para que os quede más claro; los principios de la masonería, que es independiente de la religión de cada miembro, son: libertad, igualdad, fraternidad, tolerancia y humanidad. De ahí la idea de la colmena. ¿Lo veis ahora? Por eso han elegido El Abejero como lugar de la muerte, y la forma en la que han vestido a la víctima. ¡Es obvio que está relacionado con la masonería!

—Lo cierto es que tiene mucho sentido —afirmó Vivian.

—El Abejero, es decir, la idea de la colmena, para los masones, es la comparación a la logia. Representa la unión. Principios que ellos defienden entre sus miembros como la perseverancia, disciplina, constancia y obediencia. Incluso hay varios símbolos masones que tienen la abeja como idea central.

—Un momento, eso creo que nos ha quedado bastante claro, pero vamos por partes para poder seguirte. Clara, tienes que explicarlo sin saltarte ninguna parte. Nosotros no tenemos ni idea y necesitamos tu ayuda,

pero despacio. —Sonrió Carlos—. Necesitamos que nos hables primero de la vestimenta. Creo que lo has pasado de puntillas para nuestros conocimientos.

—De acuerdo. Lo siento, a veces me embarga la emoción y me salto cosas —dijo tocándose el pelo en repetidas ocasiones—. Como he comentado, es cierto, como ha dicho Vivian, que vestían así a los herejes. Pero no es solo ese detalle, sino que además se ha tomado la molestia de subirle el pantalón en la pierna izquierda, así como la manga derecha, y de descubrirle el torso. Además de vendarle los ojos y ponerle la soga al cuello. Es una representación exacta.

—¿Quieres decir qué es una simulación perfecta de la ceremonia de iniciación de los masones? —preguntó Jesús.

—Eso es. Además, El Capricho fue durante años sitio de reunión de los masones. Sabéis la historia del parque El Capricho, ¿no?

—No mucho, la verdad —dijo Jesús.

Clara estaba excitada. Era una obsesa del tema de los templarios y los masones. Nunca pensó que alguien pudiera necesitar su ayuda para un asesinato de esas características. Sabía que podría encontrar al asesino. Estaba segura. Llevaba años estudiando toda la historia que rodeaba a la orden templaria y, en consecuencia, a los masones.

Vivian y Carlos asintieron a la afirmación de Jesús. Conocían lo básico acerca de aquella orden. Aunque Vivian leía el blog de Clara, no tenía la suficiente seguridad en conocer tantos detalles como ella.

Los agentes la miraban con mucha atención mientras tomaban las bebidas. Hacía demasiado tiempo que Clara no se sentía tan feliz con varias personas escuchándola. «He hecho bien en venir».

—De acuerdo. El Capricho era la finca de recreo de los duques de Osuna. Está lleno de simbología masónica. Ambos duques lo eran. Construyeron esta finca con multitud de detalles masónicos, copia muchos de ellos de otras fincas francesas, cuyos dueños también eran masones. Añadir, que la finca tiene todas y cada una de las casillas del famoso juego de la oca que, por si no lo sabéis, estaba muy lejos de ser un juego, sino que

era un mapa que los masones tenían que cumplir para llegar a ser maestros dentro de la logia.

—¿Y qué quiere decirnos el hecho de que esté en El Abejero? —preguntó Vivian.

—Bien, El Abejero es un símbolo muy importante para los masones, representa la unidad de los integrantes. Se consideran un todo, y solo así se hace efectivo el trabajo. Las abejas representan la fraternidad, la unión de los integrantes. Si todos hacen su trabajo de manera eficaz se llega al objetivo común. Solo y exclusivamente si todos trabajan para llegar al mismo sitio.

—Curioso —añadió Carlos—. Continúa, por favor. Estamos intrigados.

—De acuerdo. El Abejero está compuesto por las dos columnas de la entrada que representan lo que los masones entienden por el equilibrio. Si una de las columnas falla, todo se desmorona. Simbolizan la unión del cielo, la tierra y la firmeza. Si os fijáis bien en la finca, veréis cómo hay muchísimas columnas por todo el parque.

—¿Qué más? ¿Qué significa El Abejero en sí? —preguntó Vivian, sin dejar de apuntar.

—El que la duquesa construyera uno, significa la unión de la colmena. Se cuenta que incluso pasaba horas viendo cómo trabajaban. Por eso se pueden ver por el cristal interior de igual manera que por el exterior.

—Cierto, me he fijado y se puede ver el interior por los agujeros de fuera, en donde estaba antes la colmena —dijo Jesús orgulloso.

—Eso es. A sus invitados los llevaban allí para que pudieran observar cómo trabajaban. Incluso el suelo, de baldosas blancas y negras, es símbolo masónico. En las logias existe un altar donde se reúnen y todo el suelo está de la misma manera que el Abejero. Allí es donde hacen los rituales o ceremonias.

—Pero ¿todo eso qué significa? —preguntó Vivian mientras daba un sorbo a su bebida.

—Lo que significa es que el asesinato tiene un gran valor masónico. El sitio, la vestimenta, el día y la forma —afirmó Clara.

—¿Cómo que el día? —dijo Carlos.

—Sí, eso, ¿cómo que el día? —repitió Jesús.

—El asesinato se ha realizado el día diecisiete de diciembre. No es casualidad —afirmó Clara con rotundidad.

—Ah, ¿no? —preguntó Carlos.

—Es el día de Saturno, festividad romana que se celebraba matando a niños durante varios días. La cabeza no la ha dejado ahí porque sí, tiene simbología masónica. Incluso me atrevería a decir que el asesinado lo era.

—Espera, espera —interrumpió Carlos—. Explícanos esa festividad tan extraña y todo lo que acabas de decir de Saturno.

—Está bien. Quiero otro zumo. ¿Jesús?

—Joder, voy. Pero no sigas sin mí, ¿vale?

—Claro, venga, rápido —apuró Carlos.

Jesús se levantó a por el zumo que Clara le había pedido. «¡Madre mía! Todo lo que sabe la tía. Me gusta este caso. Vamos a coger al asesino y encima vamos a aprender un montón».

En la mesa, Vivian y Carlos estaban sorprendidos con Clara. No se imaginaban que esa chica supiera tanto del tema. Le dio un significado a todas las pistas ocultas a las que ellos no hubieran dado importancia. Carlos estaba orgulloso de Vivian, sin ella nunca hubieran dado con Clara. «Ha sido un acierto asignarle el caso».

Capítulo 20

Jesús volvió con bebidas para todos. Estaba intrigado con la conversación y no quería volver a levantarse.

—Ya está, he pedido una ronda. Así no habrá más interrupciones.

—¿No puedo pedir más? —preguntó Clara.

—Por supuesto que puedes. Es solo un decir —añadió Jesús.

—Ah, vale, no entendí bien. Bueno, ya sabéis que interpreto de manera literal —añadió mientras levantaba los hombros—. ¿Continúo?

—Por supuesto —afirmó Jesús, acomodándose en la silla.

—El día de Saturno es el diecisiete de diciembre, es la consagración del templo de Saturno en Roma. Se hacía una celebración que representaba la igualdad entre los hombres y las mujeres. Ese día no había ni juicios ni colegio. Nadie trabajaba, solo se cocinaba y comía. Todos eran iguales, no había esclavos. Era el día que se podía criticar a los amos sin consecuencias. La contrapartida era que había que hacer unos sacrificios humanos, ¿de quién?: niños recién nacidos. Era el ofrecimiento para que Saturno estuviera contento. La festividad era acompañada de flautas y tambores, de tal manera que no se oían los gritos de los niños sacrificados.

—¡Vaya brutalidad! —dijo Vivian.

—Sí, pero antes era común hacer sacrificios para los dioses. Nadie lo cuestionaba, ya que podían caer en la desgracia o en alguna maldición.

—Antes, los infortunios los achacaban a los dioses. Para cualquier tema relacionado con lo desconocido, se encontraba explicación con los dioses, como leyendas o historias. Por eso no era bueno enfadarlos, ¿no? —explicó Carlos.

—Sí, eso es —confirmó Clara.

—Perdona, Clara, ¿Saturno tiene algo que ver con los masones?

—Por supuesto. No quiero aburriros, pero quiero que conozcáis la vida de Saturno. Representa la idea del tiempo y el progreso. Era el dios de

la abundancia, por eso se hacían los sacrificios, para que sus cosechas fueran abundantes.

—Pero ¿sacrificar niños? —preguntó Vivian.

—Sí, Saturno se comía a sus hijos para que no le quitaran el trono. Tuvo una vida complicada. —Sonrió—. Lo importante es que os fijéis en la escultura, donde se encontró la cabeza. Es la rueda de Saturno que simboliza el progreso, idea fundamental para los masones.

—Vale, perfecto. Pero esto, ¿dónde nos conduce? ¿Qué quiere decir? —preguntó Carlos, impaciente por la respuesta de Clara.

—Bueno, creo que, a simple vista, lo que nos quiere decir es que el asesinato tiene que ver con la masonería. Creo que es importante averiguar si la víctima pertenece a la logia o no.

—Perfecto. ¿Tú crees que nos lo dirán? —preguntó Vivian.

—No tienen por qué esconderlo. Puede que sea publicidad mala para la masonería que se le relacione con un asesinato, pero como ya he dicho, no es una secta secreta. Estoy segura de que si el muerto era un miembro ayudarán a que el asesinato se resuelva —aclaró, terminando la bebida.

—¿Estás completamente segura de que la escena del crimen tiene relación con los masones? —preguntó Jesús.

—No tengo ninguna duda. Lo único que me crea incertidumbre es si alguien quiere hacer daño a la logia, y quiere hacernos pensar que sí tiene relación por ser un asesinato oscuro. ¿Me explico? Lo que quiero decir es que esté premeditado para que ellos parezcan los culpables de los asesinatos y se conviertan en víctimas.

—Tiene sentido. Tenemos mucho que investigar. Espero que las pruebas de la científica nos aporten más luz al crimen —dijo el comisario pensativo.

Carlos no dejaba de mover la pierna y de acariciarse la barbilla sin parar. Presentía que habría más crímenes. Tanto detalle en un asesinato significaba que jugaba con la Policía. Probablemente se convertiría en un asesino en serie si no lo descubrían pronto.

—Chicos, es tarde, así que creo que es mejor que lo dejemos por hoy. Jesús, lleva a Clara a su casa. Nosotros nos buscamos la vida para que nos lleven a comisaría. Quiero comprobar que han terminado de recoger pruebas.

—De acuerdo. ¡Venga, Clara!

Jesús se levantó de la mesa y comenzó a andar. Había quedado con Raúl en su casa. Estaban en navidades y querían quedar para cenar juntos. Además, estaba entusiasmado por el nuevo caso, le apetecía seguir hablando de él con Vivian y contarle lo ocurrido a Raúl.

Clara se levantó de la mesa y siguió a Jesús.

—Bueno, pues hasta mañana, ¿no?

—Sí, eso es. Mañana nos vemos. Luego te dice Jesús dónde tenemos la comisaría para que vengas mañana—añadió Vivian.

—Vale, perfecto —respondió con la mirada en el suelo.

Clara estaba contenta con la forma en que había sucedido el día. Le alegraba poder hablar del tema que más le apasionaba y que la gente de su alrededor la escuchara con atención. Nunca antes le había pasado. Ahora se iría con Jesús a su casa. Tenía muchas ganas de llegar y estar sola, la interacción con otras personas la agotaba mentalmente. No estaba segura de no haber metido la pata en ningún momento y haber hecho algo inapropiado, pero esperaba que después de haber puesto a los agentes en preaviso sobre su forma de ser, no se lo hubieran tenido en cuenta. Se sentía bien porque pensaba que había conseguido parecer «normal».

Capítulo 21

Recorrieron la calle hasta llegar a donde habían aparcado el coche.

Jesús era una persona habladora y detallista. No le gustaban los silencios incómodos y, menos aún, con desconocidos. Rápidamente, al abandonar el local comenzó una conversación con Clara. Le agradaba que hubiera aceptado el caso, sabía que podría aprender acerca del tema que se traían entre manos con ella trabajando como asesora de la Policía.

—Bueno, Clara, ¿estás contenta?

—Sí. No me esperaba la escena del crimen. Lo cierto es que me ha sorprendido estar en una situación así —contestó Clara mientras miraba sonriente a Jesús.

—¿Por qué?

—No sé explicarlo. A veces creo que me infravaloro por ser diferente —explicó Clara mientras se montaba en el coche.

Jesús le extendió el móvil con la aplicación de GPS para que introdujera la dirección de su casa. Cuando lo hizo, colocó el móvil en el adaptador que tenía colocado en el salpicadero y comenzó el viaje.

—No sé por qué dices algo así. No tienes por qué sentirte inferior a nadie por ser asperger. Yo te veo una chica con muchos conocimientos. A mí me has dejado alucinando, la verdad. —Sonrió a Clara.

—Muchas gracias, Jesús. Al principio pensé que no iba a poder con la situación, pero me lo habéis puesto muy fácil.

—Es nuestro trabajo. Además, has tenido suerte de dar con unos policías tan simpáticos como nosotros. —Chasqueó la lengua.

—Sí, creo que sí. —Clara comenzó a inquietarse de nuevo y a tocarse el pelo.

Jesús, que había estado observando a Clara, llegó a la conclusión de que cuando hacía esos gestos era porque estaba nerviosa.

—¿Qué piensas del caso?

—He estado dándole vueltas a las pistas que hemos encontrado en la escena del crimen. Creo que quiere demostrarnos sus conocimientos acerca de los masones —argumentó Clara—. El motivo, supongo que lo averiguaremos más adelante.

—Sí, con las pruebas que saquen los de la científica, verás cómo tendremos más información. Por cierto, ¿por qué piensas que quiere demostrar algo?

—Supongo que es una sensación. Demasiados detalles relacionados. Si hubiera sido un asesinato sin más, no hubiera dejado tantas pistas relacionadas.

—Yo también lo creo, parece como si nos quisiera decir algo más. No sé —dijo Jesús dudando.

—Sí, algo así —contestó Clara, mirando su móvil.

Jesús vio en la pantalla del teléfono de Clara dos gatos.

—¿Tienes gatos?

—Sí, eso es. ¿Te gustan?

—Me encantan —dijo sonriente Jesús—. Yo también tengo uno. ¿Cómo se llaman?

—Jaquín y Boaz.

—¡Qué nombres más raros!

Clara se sonrojó. Estaba cómoda con Jesús y la conversación que estaban teniendo. A otra persona le parecería un diálogo de cortesía, pero ella sabía que Jesús estaba haciendo lo posible para que no le diera otro ataque y se quisiera ir. Se lo agradecía mucho, para ella no era nada fácil estar con alguien que apenas conocía.

—Sí, aunque si supieras de masonería no te parecerían tan raros.

—¿Por?

—Bueno, las columnas, como ya os expliqué antes, son símbolos importantes en la logia. Representan el equilibrio en la vida. Esas dos columnas tienen un nombre.

—No me digas más; Jaquín y Boaz —interrumpió Jesús.

—Sí, eso es —asintió Clara con una sonrisa en su cara.

—Al final no voy a ser tan tonto como piensan algunos. Gracias, Clara.

—¿Gracias por qué?

—Bueno, por aceptar el trabajo, aunque pases alguna situación incómoda para ti. Aunque tengo que reconocer que eres algo rara, en el buen sentido de la palabra —explicó Jesús.

—¿Tú crees?

—Un poco sí. Te vas sin decir nada, luego vuelves y de repente te quieres ir a tu casa.

—Ya, bueno, pero no lo puedo evitar. No entiendo la educación social. Yo simplemente hago lo que quiero. Ya os expliqué que es complicado para mí.

—Tranquila, no lo critico. Solo que me llama la atención.

—Gracias. Agradezco tu sinceridad.

—Nosotros mucho más la tuya. Por cierto, ¿por qué empezaste a estudiar tanto del tema de la masonería?

—Es algo que me apasiona y que la gente desconoce y critica. Me parece algo ilógico que las personas hagan una crítica tan dura sobre un tema que es misterioso o secreto. Poco se sabe de los masones, pero aun así la gente los rechaza. Ahora han cambiado, ya no lo llevan con tanto secretismo.

—Yo, antes de conocerte, también pensaba que era una secta secreta —añadió Jesús.

—Para nada. Además, tú puedes entrar si quieres. Solo tienes que hablar con ellos y someterte a las preguntas de rigor. Comprueban si eres apto para la logia o no. No quieren gente que se quiera aprovechar o con malos fines, ¿me entiendes?

—Claro. Yo, erróneamente, creía que solo podía acceder a ser masón gente con dinero.

—Es un error frecuente, pero no es así. De hecho, contaban una anécdota que se hizo famosa de George Washington.

—¿Cuál?

—El jardinero de la Casa Blanca era maestro, y el presidente de EEUU siempre le saludaba: «Buenos días, maestro».

Jesús rio a carcajadas.

—Es buena anécdota para comprender la masonería y comprender que no es una secta clasista.

—Eso es —respondió Clara, satisfecha.

Llegaron al portal del piso de Clara. La voz del móvil interrumpió su conversación.

—Bueno, Clara, ya hemos llegado. Ahora es cuando te bajas y me dices adiós —aclaró Jesús.

—Muchas gracias, ya me estaba poniendo nerviosa. Mañana nos vemos, ¿no? Espero que no te arrepientas.

—Claro que no.

Clara bajó del coche y le dijo adiós a Jesús con la mano. Caminó hacia la puerta y entró en el portal. El agente no se fue hasta que comprobó que Clara había entrado.

Jesús iría al piso de Vivian y Raúl, cenarían juntos y hablarían del caso.

En la carretera llamó a Vivian.

—Hola, Vivian, ¿dónde estás?

—Hola, Jesús. Estoy en comisaría. Te vienes para dejar el coche aquí y nos vamos juntos, ¿vale?

—Perfecto, ahora voy. Lo que tarde en llegar.

—Vale, Raúl también está aquí. Así que nos vamos los tres para casa.

—De acuerdo. Ahora os veo.

—¿Qué tal con Clara? —interrumpió Vivian.

—Bien, ¿por? —preguntó extrañado Jesús.

—Por nada, por saberlo.

—Sí, claro. Tú no dices nada porque sí —incriminó Jesús.

—No, qué va, porque tú lo digas. Bueno, venga, ahora te veo. Adiós.

Vivian colgó el móvil. No le apetecía que Jesús le empezara a preguntar el motivo de su interés en el viaje con Clara. Era mejor dejar pasar el tema.

Capítulo 22

Jesús llegó a comisaría. Subió para recoger a sus amigos e irse a cenar y vio a Vivian en el despacho con Carlos.

Al verle aparecer por la puerta, Carlos le llamó.

—Jesús, ven rápido —gritó Carlos desde la puerta de su despacho.

Al policía le pareció extrañó que estuvieran reunidos. «Algo ha pasado».

Entró y cerró la puerta tras de sí.

Vivian tenía una fotografía en la mano. En ella aparecía un mensaje.

—¿Qué pasa? —preguntó Jesús preocupado—. ¿Otro asesinato?

—No, tranquilo. Ha venido un agente de la científica para traernos esta foto que han hecho. Han encontrado una nota en uno de los bolsillos de la víctima —dijo Carlos.

Vivian estaba preocupada, se temía que fuera un mensaje para el siguiente asesinato.

Jesús observó la fotografía sin entender nada. Miró perplejo a sus compañeros y de nuevo a la fotografía.

—Lo siento, no lo entiendo. ¿Qué pone?

—Ni idea, ese es el problema —aclaró Carlos.

—Será un idioma raro, de esos que no se usan —dijo Jesús con la foto aún en la mano.

—No, Jesús, creemos que es un mensaje cifrado. ¿Has dejado a Clara en casa?

—Eso es, sí.

—Está bien, pues hay que llamarla. Mándale la foto. Espero que ella sepa de qué va todo esto. Me temo que va a ser una pista relevante para el caso —añadió Carlos.

—Ahora mismo.

Jesús llamó a Clara para que les ayudara con ese mensaje cifrado: «HLO RMERXGFX».

Capítulo 23

Clara llegó a casa y comenzó a sentirse mejor. Había pasado un día con demasiada tensión social para ella, pero estaba contenta por haber aceptado el caso.

Vivía con sus gatos en un apartamento cercano a la universidad. No le gustaba conducir ni el transporte público, por lo que pensó que la mejor opción para no tener que sufrir diariamente era vivir cerca del trabajo.

Sus compañeros de piso, Jaquín y Boaz, le hacían la compañía que ella necesitaba. Le daban el cariño que reclamaba sin cuestionarla de manera constante. No había que buscar excusas ni pensar demasiado. Los animales eran los únicos benevolentes en sus comportamientos antisociales.

Cuando entró por la puerta de su casa, sus gatos fueron a recibirla.

—Hola, bonitos, ¿qué habéis hecho hoy? —susurró sin dejar de acariciarlos.

El único lugar donde se sentía segura era en su pequeño apartamento. Podía ser ella misma, nadie la juzgaba.

Necesitaba como respirar los momentos de soledad. Las personas con asperger tienen emociones y empatizan, con la gran diferencia y confusión de que no entienden los actos sociales y aquellas reglas no escritas que los individuos que viven en sociedad comprenden sin que les expliquen.

Clara no había tenido una buena niñez ni adolescencia. No por culpa de su familia, que era encantadora y la apoyaba en cada una de sus decisiones, sino por las personas que habían ido cruzándose a lo largo de su vida.

En el colegio lo pudo ir sobrellevando, pero en la época del instituto no aguantó más. El no comprender a sus compañeros de clase y ser el foco de continuas burlas por ser «la rara», le habían hecho padecer depresión en varias ocasiones.

Todo cambió cuando le dijeron que estaba «bendecida» por el Síndrome de Asperger. Los médicos que le hicieron el diagnóstico no tardaron en explicarle la nueva situación y lo beneficioso que podía ser para ella si sabía cómo abordar la situación.

Aquel día fue el más feliz de su vida. Por fin entendía la situación y el motivo por el cual no lograba encajar en la sociedad que la rodeaba.

Su grupo de amigas, que era bastante reducido, (dos), le ayudaron en todo lo que pudieron, haciéndole la vida mucho más fácil. Le costó comprender lo que ocurría en las interacciones sociales, pero, al entender el diagnóstico y con la ayuda de profesionales, fue más sencillo.

Desde entonces, nunca más se molestó en entender a la gente y las situaciones o conversaciones del resto, solo escuchaba a los que de verdad la querían y comprendían. Fue un proceso complejo, pero igual de satisfactorio. Por todas aquellas vivencias, decidió que lo mejor era poner en preaviso a los individuos con los que fuera a mantener un trato prolongado en el tiempo. Por eso, fue lo primero que les dijo a los agentes. Así, aunque no desaparecía su nerviosismo completamente, al menos disminuía de manera considerable.

Sus padres eran personas comprensivas y excepcionales. «Son ángeles caídos del cielo». Hicieron todo lo que pudieron para ayudar a su hija, y lo consiguieron. Clara era hija única, por lo que sus padres se volcaron en ella y en su bienestar.

Cuando llegaba a casa, llamaba a sus padres, que vivían cerca de su apartamento. Los iba a visitar todas las semanas. Sus padres le daban su espacio, sabían que era necesario por la personalidad reservada de su hija.

—Hola, mamá. Ya estoy en casa.

—Hola, hija. ¿Qué tal hoy?

—Muy bien. Tengo una gran noticia que daros —dijo feliz.

—¿Qué ha pasado? No me asustes.

—No, mamá, es algo muy bueno para mí. Ha venido a buscarme la Policía al trabajo para que colabore con ellos en un asesinato que ha ocurrido en Madrid, en el parque El Capricho.

—¡No me digas! ¡Qué bien! Estarás contenta entonces, ¿no?

—Sí, mucho. He estado hoy con ellos, viendo cómo ha ocurrido. Estaba repleto de simbología masónica —especificó Clara.

—Entonces los vas a poder ayudar mucho. Tú eres una experta en eso.

—Esa es la idea, mamá.

—Verás qué contento se pone tu padre cuando se lo diga.

—Seguro.

—Oye, Clarita, ¿qué tal con ellos? ¿Les has dicho algo? —preguntó tímidamente su madre.

—Por supuesto. Es lo primero que les he dicho, y ha sido fantástico. Me están tratando fenomenal.

—Me alegro mucho, hija. Verás cómo les ayudas y encontráis al asesino.

—Sí, seguro. Me tenías que haber visto cuando les he contado todo lo que había en la escena del crimen.

—¿Has visto el cadáver? —preguntó su madre.

—Claro, mamá. Al principio lo pasé mal, pero luego me concentré en el caso. Me he centrado en la simbología para distraerme y no ponerme nerviosa, y ha dado resultado. Estoy contenta de que hayan venido a buscarme. Además, el que sea asperger no es problema, todo lo contrario. Yo creo que les agrada que sea tan sincera —explicó Clara.

—Ya te lo he dicho muchas veces, que si todo el mundo fuera como tú, nos iría mucho mejor a todos.

A Clara le comenzó a vibrar el móvil mientras hablaba, estaba entrando otra llamada, era Jesús.

—Mamá, me está llamando uno de los policías. Mañana te llamo.

—Vale, hija. Ten cuidado. Te quiero mucho.

—Yo también, mamá.

Colgó el teléfono. Se quedó absorta mirando la llamada de Jesús en el móvil. Comenzó a inquietarse.

—Hola.

—Hola, Clara. Soy Jesús, necesitamos tu ayuda. Acaban de mandarnos una fotografía de una nota que tenía la víctima en el bolsillo. No sabemos qué significa, el mensaje está encriptado. Al menos es lo que creemos.

—De acuerdo, mándame una foto con el móvil y ahora te llamo —dijo Clara.

—Vale, ahora te la mando. Aunque Carlos quiere que vengas. Hablo con él y te confirmo.

—De acuerdo. Ahora hablamos.

Clara comenzó a impacientarse. «¿Una nota? ¿Qué pondrá? ¿Encriptada?».

Estaba segura de que el asesino quería demostrar algo a los agentes con la escena. Tendría que ver la foto para vislumbrar lo que el asesino se traía en mente y el mensaje que quería trasmitirles.

Capítulo 24

Al cabo de unos segundos le llegó una foto de Jesús. Abrió el mensaje y se quedó perpleja: «HLO RMERXGFX».

Se sentó en el sofá sin dejar de mirar la foto. Abatida, triste, y con cierta desidia. No tenía ni idea de qué quería decir ese mensaje. Intentó rápido buscar en su cabeza palabras que la llevaran a descifrar aquel mensaje, pero nada. No se le ocurrió qué podía significar. Pasaron varios minutos y no llegó a ninguna conclusión.

Clara se tumbó en el sofá y se quitó los zapatos. Sus gatos fueron rápido a que los acariciara. Cerró los ojos y empezó a pensar en la escena del crimen, en la masonería y en la foto. «HLO RMERXGFX, HLO RMERXGFX…». Nada.

—Quizá tenga alguna relación con Saturno. ¡No puede ser que no signifique nada! —gritó mientras se incorporaba.

El teléfono le empezó a sonar de nuevo. Era Jesús.

—Clara, ¿sabes qué significa?

—No. Estoy pensando, pero no se me ocurre nada. No sé qué puede ser, aunque tengo claro que es algo importante.

—Espera en casa. Voy a por ti ahora. Carlos quiere que vengas aquí. Está nervioso, no deja de andar de un lado para otro.

—Ya me imagino.

—No es por eso solo. Acaba de filtrarse el asesinato. Por aquí están incómodos.

—¿Por? —preguntó Clara.

—Dejémoslo en que con la prensa no se trabaja bien. A veces confunde o dan información poco veraz y que trae malas consecuencias.

—Ah, entiendo. Pues aquí te espero.

—Además…

Clara colgó el teléfono y dejó a Jesús con la palabra en la boca. Cuando comprobó que estaba hablando solo, sonrió. «¡Qué tía, no me deja ni terminar!».

Cuando Clara le colgó, Jesús fue al despacho de Carlos.

—Carlos, voy a por Clara. Ahora vengo.

—Vale, no te entretengas.

—Por supuesto.

—Jesús, lo de la cena mejor lo dejamos para otro día —dijo Vivian.

—Bueno, todavía es pronto. Luego lo hablamos. Si se complica la noche, lo dejamos para mañana —respondió Jesús.

El agente salió de la comisaría y se montó en el coche. Puso el GPS en marcha con la última dirección a la que había ido: el apartamento de Clara.

La historiadora estaba en el sofá, en silencio, sin dejar de mirar la pantalla con el mensaje. «No puede ser tan difícil».

Cuando no encontraba la respuesta a algo se comenzaba a impacientar en exceso. Los agentes confiaban en sus conocimientos y era hora de demostrar que podía hacerlo. Ese mensaje sería de vital importancia. Si no fuera así, no se habría molestado en encriptarlo para que nadie lo pudiera leer. No entendía qué podía ser, pero de lo que estaba segura es de que sería relevante para continuar.

Esperó a que Jesús la avisara para bajar e ir a comisaría. Quería tener el mensaje antes de llegar. Si no conseguía descifrarlo se sentiría un fraude con ella misma.

Empezó a divagar y a recordar sus libros, leyendas e historias acerca de la orden templaria y la religión que defendieron. A los masones siempre los habían relacionado con los templarios, estaba convencida de que la nota lo confirmaría. Demasiadas pistas en la escena del crimen.

El asesino se tomó la molestia de dejar la nota por alguna razón. La maestría con la cual estaba haciendo uso de los conocimientos de la

masonería estaba plasmada en aquel papel. «Nadie sin los conocimientos suficientes podrá descifrar el mensaje».

—¡Joder! —gritó Clara, asustando a los gatos que la miraban atónitos ante el repentino arrebato.

Se levantó del sofá y fue a la habitación que había convertido en una biblioteca. Encendió la luz.

Clara había almacenado la multitud de libros acerca de la masonería y la orden templaria en varias de las estanterías que adornaban la habitación. Estaba segura de que el libro que quería encontrar estaba allí. No sabía si le ayudaría, pero por lo menos la sacaría de dudas.

Le mandó un mensaje a Jesús para que subiera cuando llegara.

Cuando la historiadora se enfadaba porque no encontraba respuestas, no podía parar de buscar una salida a su ansiedad. Por eso mismo se sentó en el suelo con una veintena de libros y empezó a buscar con rapidez. Tenía que encontrar una respuesta, descifrar el mensaje. Estaba completamente segura de que solo ella podría dar con el acertijo.

Clara leía en diagonal aquellos libros de la manera más rápida posible. Gracias al Síndrome de Asperger y su interés desbordado por la masonería, se había aprendido los libros de su estantería. Cuando un tema era de su interés, se convertía en una obsesión imposible de parar. En ese estado se encontraba Clara cuando sonó el telefonillo de su piso.

Se había demostrado que los templarios eran los antecesores a los masones actuales. Por ello, Clara era experta en la historia de ambas.

Al sonar el timbre, Clara se asustó. Su concentración estaba inmersa en los libros, no recordaba que Jesús estaba de camino.

Se levantó pasando con cuidado por la torre formada por los libros apilados a su alrededor y fue a abrir. Ni siquiera preguntó, solo abrió. De manera seguida, se volvió para seguir leyendo, no podía sacarse de la cabeza el mensaje. No dejaba de repetirlo una y otra vez en su mente. «HLO RMERXGFX».

Jesús llegó al piso.

—Clara, venga, vamos. Nos están esperando —dijo mientras andaba por la casa buscando a Clara.

—Estoy aquí —respondió sin dejar de leer.

Al oír la voz, Jesús la encontró en la habitación. Tenía varios montones de libros a los lados y estaba sentada en el suelo. Ni siquiera levantó la vista cuando el agente interrumpió su lectura.

—Venga, ¿qué haces ahí?

—Lo siento, no puedo ir. Estoy buscando información. Tengo que descubrir el mensaje.

—¿Cómo que no puedes ir? ¡No me jodas, Clara! ¡Venga, levanta!

—¡Te he dicho que no! ¡Vete tú!

—No estarás en serio, ¿verdad? —preguntó Jesús.

—Por supuesto que lo estoy. No puedo ir, tengo todos mis libros aquí.

—Ya, bueno, pero Carlos y Vivian están esperando para hacerlo juntos.

—¿El qué?

—Decidir el siguiente paso —contestó Jesús irritado.

—Jesús, este mensaje es muy importante. Tengo que encontrar qué dice. Puede que sean las iniciales de algún dato importante para los masones, ¿lo entiendes?

—A ver, a ver, creo que no me explicado. Tienes que venir a comisaría, están esperando —dijo Jesús intentando que Clara entrara en razón.

—Escúchame, no voy a ir a ningún lado hasta que no sepa qué pone en la nota. ¿Lo has entendido?

—Está bien, voy a llamar a Carlos. Yo no soy tu niñera —contestó Jesús enfurruñado.

—Perfecto. Nadie te lo ha pedido. Si quieren, que vengan ellos, yo no voy a ninguna parte. Tengo aquí todo lo que necesito —argumentó Clara

sin dejar de leer.

Jesús salió enfadado de la habitación. Sacó el móvil y llamó a Carlos.

«Esta tía es estúpida».

—Carlos, estoy aquí con Clara, que resulta que ahora no viene. Está en una habitación que tiene repleta de libros, leyendo sin parar —dijo Jesús —. Parece una loca —susurró.

—Bueno, tranquilo. He estado leyendo sobre el síndrome de Clara, y parece ser que son un poco obsesivos cuando les interesa un tema. Creo que para Clara este caso es muy importante. No va a parar hasta que dé con el mensaje. Al menos, eso creo yo —opinó Carlos.

—Vale, ¿entonces?

—Entonces, ¿qué? —preguntó Carlos extrañado.

—¿Qué hago? ¿Me quedo o me voy?

—Ayúdala. Nosotros nos quedaremos aquí y en un rato nos vamos. Si crees que no puedes ayudarla, vete. Mañana hablamos, ¿te parece?

—De acuerdo, voy a ver qué hago. Si se pone insoportable, paso de quedarme —murmuró Jesús.

—Ten paciencia, Jesús. No lo hace a malas. Simplemente, se vuelve una obsesión. Creo que quiere hacerlo lo mejor posible. Para ella, probablemente, descifrar ese mensaje signifique la diferencia entre ser experta o no. Tienes que entenderla —empatizó Carlos—. Sé que no estás acostumbrado a una chica así, todas hacen lo que tú quieres. —Soltó una risita—. Pero por una vez que te manden, tampoco pasa nada. Inténtalo.

—¡Vaya charla! Está bien, pero no te prometo nada. Voy a hablar con ella. Aunque está un pelín desagradable.

—Perfecto. Mañana hablamos. Por cierto, gracias.

—Vale, Carlos. Mañana nos vemos.

Jesús colgó el móvil y suspiró. Después de la conversación con Carlos, había recapacitado. En el fondo, sabía que tenía razón. Clara había

puesto mucho de su parte contándoles la verdad desde el primer momento. Si lo que le había explicado Carlos era cierto, tendría que ser más paciente y, sobre todo, empatizar con ella.

Se fue hacia donde estaba Clara, ensimismada en sus libros. Parecía que había entrado en una especie de trance que no le dejaba oír ni ver a su alrededor. Solo leía y pasaba páginas sin parar. Jesús, ante aquella imagen, sintió ternura por ella. Había cambiado de opinión, era importante ayudar a la persona que más estaba apostando por resolver el caso.

Tocó la puerta de la habitación para llamar su atención.

—Clara, ¿te ayudo?

—¿A qué?

—A descifrar el código.

—¿No decías que había que ir a comisaría, que nos estaban esperando? —contestó sin levantar la vista de las hojas.

—Bueno, he llamado a Carlos y me ha dicho que te ayude.

—Te puedes ir, no necesito tu ayuda.

«Me lo pone demasiado difícil, me saca de mis casillas».

—Está bien, como quieras. Entonces me voy. Adiós —terminó de decir Jesús.

Se dio media vuelta y salió del piso de Clara.

Capítulo 25

Clara reaccionó al oír el ruido de la puerta de su apartamento cerrándose.

«Pero ¿qué he hecho?».

Bajó corriendo detrás de Jesús. Estaba convencida de que había metido la pata de alguna manera. Que el agente se hubiera ido no era buena señal. Después de todo, había ido hasta su casa para nada, y además no le había tratado cortésmente. Estaba enfrascada en sus libros, no lo pensó. Solo quería que se fuera de allí para poder seguir leyendo.

Llegó al portal, pero Jesús no estaba. Salió a la calle y lo vio andando. Estaba a la altura del coche en el cual la había llevado esa misma tarde. Echó a correr y lo alcanzó.

Se puso a su lado, casi sin aliento.

—Jesús, perdona. Lo siento. Sí necesito tu ayuda. No me he dado cuenta. He sido una maleducada, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí. Yo diría un poco bastante, ¿para qué nos vamos a engañar? No te preocupes, mañana nos vemos. No quiero molestarte. Sigue buscando, seguro que consigues descubrir qué pone en la nota —dijo Jesús mientras entraba en el coche.

—No. Por favor, quédate. Te invito a tomar un café y buscamos juntos en los libros, ¿te parece?

—No, tranquila, sigue tú. Mañana hablamos.

—Pero no voy a poder, Jesús. Si te vas ahora me voy a encontrar mal por no haber hecho bien las cosas contigo, y me voy a empezar a poner triste, ¿me entiendes?

—Te entiendo, pero lo cierto es que no me apetece.

—¿Qué tengo que hacer para arreglarlo? Si me das una pista, estaría genial —dijo Clara nerviosa.

Jesús comenzó a reír.

—¡Venga! Te perdono. Eres una chica especial, ¿lo sabes?

—Claro, soy asperger, ya te lo he dicho —respondió Clara.

—Lo sé. Me acuerdo —respondió Jesús irónico.

Clara, por supuesto, no entendió lo que el agente le quiso decir, pero daba igual. Estaba satisfecha porque no se hubiera marchado. Sabía que no había actuado bien, pero en ciertos momentos, sobre todo con los temas que la obsesionaban, olvidaba lo que había a su alrededor.

—¿Entonces?

—Olvídalo, Clara. Vamos a por ese mensaje. ¿Lo has descubierto?

—Pues sí. —Sonrió.

—¿El qué?

—Subamos a mi casa, haces unos cafés y te lo cuento.

—¿Yo? Los tendrás que hacer tú, que es tu casa.

—Ya, bueno, pero es que no me gusta hacer café. Hazlo tú, yo mientras te hablaré de lo que he descubierto. ¿Te parece? —Miró fijamente a Jesús.

—Vale, está bien. Al final siempre tenemos que hacer lo que tú quieres, ¿eh?

—No entiendo. ¿Eso está bien o mal? —preguntó Clara, frunciendo el ceño.

—Da igual. Vamos a seguir con el caso. Espero que avancemos. En un rato me voy.

—Tranquilo, lo haremos —confirmó andando hacia el portal.

Jesús y Clara subieron de nuevo al piso. Jaquín y Boaz los recibieron de nuevo.

Fueron hacia la cocina para preparar los ansiados cafés.

La cocina de Clara era de estilo americano y estaba en el mismo espacio que el salón. De esta manera, la cocina y el salón estaban separados por una mesa en el medio. Era alta, con una barra de bar acompañada por

dos taburetes. Clara se sentó en uno de ellos, sonriente. No dejaba de mirar a Jesús mientras se quitaba el abrigo y se dirigió hasta ponerse a su altura.

—Dime, ¿dónde está el café?

—Está en la estantería de encima de la cafetera. —Señaló Clara.

Jesús abrió la puerta de uno de los muebles y cogió uno de los botes con café molido.

—¿No será descafeinado?

—No, tranquilo, te quitará las ganas de dormir.

—Eso espero. Aunque creo que, por tu cara, no tardaremos mucho en descubrir el mensaje.

—Exacto. Cuando tú me digas, comienzo. Espero tener razón cuando traduzcamos la nota. —Suspiró Clara.

—¿Todavía no lo has traducido?

—No, pero tengo la sensación de que no puede ser de otra manera.

Jesús llenó el cacillo de café. Cogió una de las tazas que encontró. El líquido comenzó a salir.

—¡Venga, desembucha! ¿Leche? ¿Azúcar?

—No. A ninguna de las dos cosas. Empiezo.

—Soy todo oídos.

—Cuando me mandaste la nota me empecé a impacientar, no entraba en razón. Al principio no encontré ningún código o método de criptografía utilizado por los masones. Lo cierto es que me costó, hasta que al fin caí. Era bastante fácil, pero supongo que por el furor del momento no pensé con claridad.

—Entiendo que después de hablarme mal, diste con el método.

—Justo. Cuando me interrumpiste, recordé el nombre.

—Continúa —dijo Jesús mientras se sentaba al lado de Clara con los cafés.

—Empecé a pensar en los templarios y las leyendas que se han creado a lo largo de los años. Es cierto que los masones, al menos de lo poco que sabemos de la logia, no utilizan mensajes en clave. Sobre todo, porque ni siquiera muchos de los miembros conocen la historia a fondo —explicó—. Pero si partimos de la base de que los masones son los antiguos condenados y repudiados templarios, tenemos otro punto de vista.

—¿De eso estás segura?

—Por supuesto, antiguamente los pueblos vivían con una unión entre religión y la forma de gobierno. No lo entendemos en la actualidad, porque ahora mismo está completamente separado, pero antes no era así. Era imprescindible que la religión y la fe del pueblo en los dioses estuviera unida y, sobre todo, que fuera convincente para el pueblo. Como bien sabrás, los pueblos de distintas religiones estaban en continua guerra y podían hacerlos desaparecer en cualquier momento, convirtiéndolos en otra religión de la noche a la mañana. Era el arma social más devastadora de aquella época.

—¡Con la Iglesia hemos topado!

Clara sonrió.

—La manera para comunicarse era a través de mensajes, pero las personas que se convertían en mensajeros no eran siempre fieles, e incluso podían ser aniquilados sin llegar a dar el mensaje. Esto se convertía en un peligro, puesto que cualquiera podía hacerse con el mensaje —argumentó Clara—. ¿Hasta aquí bien?

—Por supuesto —contestó Jesús, atento a las palabras de Clara—. Continúa, parece que el caso se pone cada vez más interesante.

—En este punto de la historia comenzó lo que actualmente conocemos como criptografía. La orden templaria había intentado ser destruida en multitud de ocasiones. En poco tiempo se habían hecho con mucha riqueza, y el resto de la alta alcurnia no comprendía cómo podían haberse hecho ricos de una manera tan rápida. Esto los llevó a la envidia y a volver a reconquistar el poder que los templarios habían ganado.

—¿Por qué se hicieron ricos de repente?

—Se cuenta que los templarios engañaron a uno de los reyes para poder alojarse en un templo que estaba abandonado. La misión de los primeros nueve templarios era proteger a los peregrinos en el camino a Tierra Santa. Pero esto dista mucho de lo que en realidad se descubrió. No eligieron al azar aquellas ruinas. Se ha comprobado que estuvieron años buscando un tesoro que finalmente encontraron. Dieron con él, y aquí comenzó su auge, pero también su declive.

—¿Por?

—Los templarios habían tenido el beneplácito de Roma. Pero aumentaron tanto su poder que crearon una especie de banco, se hicieron prestamistas. Pero no a pequeña escala. Dejaron dinero a monarcas, nobles y a la propia Iglesia. Esto tuvo una consecuencia devastadora para ellos. Quisieron extinguir la orden.

—¿Me quieres decir que quisieron acabar con ellos?

—Exacto. Al principio, Roma los apoyó, pero debido a unos desafortunados préstamos al monarca Felipe, se les engañó para acabar con ellos.

Jesús miraba a Clara sin parpadear. Ella estaba encantada con esa reacción. No estaba acostumbrada a hablar de su pasión durante horas y que la gente no perdiera el interés o cambiara de tema. «Seguro que le estoy aburriendo y ni siquiera me he dado cuenta».

—Jesús, si te aburro, dímelo, por favor.

—¿Aburrirme? Estarás de broma, ¿no? Estoy encantado. Continúa, por favor.

—Lo que te he comentado es otra historia que más adelante te contaré. Ahora el tema que nos ocupa es el mensaje.

Jesús asintió con la cabeza, terminando la taza de café. Se levantó del taburete y encendió de nuevo la cafetera.

—En esta época histórica te puedes imaginar que los mensajes para comunicarse entre los templarios por varias partes del mundo no era otra que los mensajes escritos. Pero el problema que tenían ya te lo he contado.

—¿La solución? Codificar los mensajes.

—Exacto. Era la única opción que tenían para que, si el mensaje se perdía, solo el receptor del mensaje supiera qué era lo que significaba. No corrían peligro.

—Buena solución.

—El método que utilizaron fue el método atbash, que es hebreo.

—El mensaje de nuestro asesino está encriptado con ese código, ¿no?

—Por supuesto, cuando me lo mandaste no reaccioné rápido, porque pensaba solo en los masones, pero al empezar a releer mis libros lo entendí. Los mensajes ocultos de los masones son antiguos, incluso en sus ceremonias con su GADU, Gran Arquitecto Del Universo, se remontan a los templarios, los primeros masones.

—De acuerdo. ¿En qué consiste ese código? Espero que no sea complicado y lo descifremos hoy.

—Lo haremos.

Clara se levantó del taburete y se dirigió dando pequeños saltos de emoción hasta la mesa del centro del salón. Abrió uno de los cajones que la componían y sacó un cuaderno y un bolígrafo. Volvió al lado de Jesús y se puso a escribir el abecedario en una hoja en blanco.

—¿Qué es eso?

—El abecedario —respondió Clara, levantando los hombros.

—Ya sé que es el abecedario.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—Perdona, Clara, lo que quiero decir es, ¿por qué lo escribes?

—Ah, vale. —Sonrió—. Perdóname, ya sabes —dijo levantando los hombros, haciendo referencia a su manera literal de entender el idioma—. Lo escribo para ver el mensaje que nos ha mandado nuestro amigo.

—¿Cómo funciona?

—Uy, no te lo conté. El método atbash pertenece a la criptografía clásica, y es un cifrado por sustitución. Es lo que comúnmente se conoce

como método espejo.

—Sí, ¿lo puedes explicar con otras palabras? —Esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. La primera letra se sustituye por la última y así sucesivamente con todo el abecedario. En el español, aparentemente, será impronunciable, pero en el hebreo no son necesarias las vocales para escribir un mensaje. Por eso, en español carecerá de sentido, pero en hebreo el mensaje es claro. El primer texto que se encontró donde utilizaron el método atbash fue en el Libro de Jeremías, para contar la historia de Babel y que no fuera destruido.

—Entiendo.

—De esta forma, si eran invadidos o sufrían algún infortunio, el mensaje original seguiría intacto porque el receptor sabía el código que se utilizaba. Este es uno de tantos códigos de criptografía. Había muchos más. Incluso Julio César mandaba los mensajes utilizando la técnica de criptografía, pero con otro código.

—¿Cuál?

—Él lo hacía con tres letras, y así sucesivamente. El receptor conocía el orden, era una manera de alejarse de los espías y de que sus mensajes quedaran protegidos.

Clara volvió a escribir, al lado del abecedario, el propio abecedario al contrario. La A sustituía a la Z, B por la Y, sucesivamente.

Capítulo 26

Con la mirada atenta de Jesús, Clara empezó a sustituir las letras que componían la nota.

«HLO RMERXGFX» se convirtió tras el método de atbash en «*SOL INVICTUS*».

Clara miró sonriente a Jesús. «Sabía que lo íbamos a conseguir».

—¡Lo hemos conseguido, Clara! —exclamó Jesús victorioso.

—Por supuesto, solo había que estrujarse un poco el cerebro. —Sonrió.

—Ahora tengo una duda, ¿qué significa «*Sol invictus*»? —preguntó perplejo Jesús.

—Eso, amigo mío, es otra historia. Lo que nos está queriendo decir es un culto religioso a la divinidad del Sol. Era el final del solsticio de invierno. Se celebraba la llegada de un nuevo sol que vencía a la oscuridad. Significaba: Sol invicto o inconquistado.

—¿Qué nos querrá decir con este mensaje?

—Tendremos que esperar a tener más pruebas para darle una visión más global a los significados de las diferentes pistas.

—Estoy de acuerdo. Por lo menos ya hemos avanzado, y mucho. Todo gracias a ti, Clara.

—Muchas gracias, Jesús —contestó alegre.

—Voy a llamar a Carlos. Le tendremos que dar la buena noticia.

—Por supuesto. Estoy ansiosa por saber qué dice.

—Seguro que te felicitará.

—No es necesario, lo que quiero es encontrar al asesino y que no haya más muertes.

Jesús llamó a Carlos para contarle los adelantos que habían hecho esa noche.

La sorpresa de Carlos fue mayúscula. En ese momento, comprendió que la ayuda de su experta era fundamental para resolver el caso. Tenían que encontrar al asesino. Si sus corazonadas no fallaban, habría más muertes.

—Lo que me estás contando es fantástico, si seguimos a este ritmo daremos pronto con el asesino. Vosotros descansad. Mañana nos vemos. Espero que los resultados de las pruebas lleguen pronto.

—Eso espero, Carlos. Ahora me voy para casa. Mañana nos vemos.

—Felicita a Clara de mi parte. Sobre todo, dale las gracias por su ayuda.

Colgó a Carlos y se dirigió a la silla donde estaba Clara, esperando.

Jesús se puso al lado y le contó lo que acababa de hablar con Carlos. Estaba orgullosa de lo que estaba consiguiendo. No había tenido una vida fácil debido al asperger, pero ella estaba contenta con su «don», sabía que era su punto fuerte. Aunque la gente no lo viera así, sabía que su esencia era precisamente esa.

Su dominio de la masonería y la orden templaria, era precisamente su obsesión. Había conseguido descifrar el código por su constancia. Necesitaba demostrar su valía. Al ver en el papel «*Sol invictus*», su autoestima aumentó.

—Clara, me marcho. Te agradezco el tiempo que has dedicado a la explicación. Nunca imaginé que me divertiría escuchando historia.

—Gracias. —Acompañó al agente hasta la puerta—. Adiós.

—Creo que no es lo que cuentas, es cómo lo cuentas —añadió el agente dándose la vuelta y mirando a los ojos a la historiadora antes de despedirse—. Adiós, Clara.

Cerró la puerta. Acarició a sus gatos, que no dejaban de pasar entre sus piernas, y se fue hacia el sofá. Allí se tumbó con Jaquín y Boaz.

Clara miraba a sus gatos, acariciándolos y diciendo una y otra vez sus nombres en alto.

—¡El ma’at es la clave! ¿Cómo no lo había visto antes? —gritó, abrazando a sus gatos—. Menos mal que me habéis ayudado, sin vuestra ayuda no lo hubiera conseguido.

Capítulo 27

Carlos estaba en su casa cuando recibió la llamada de Jesús. Se encontraba buscando información de la masonería cuando le descifró el mensaje.

Clara era una experta en el tema, pero quería conocer a aquella logia tan famosa y su relación con el asesinato. No conocía la información que iba a necesitar, pero al menos lo tenía que intentar. Era consciente de que no se iba a volver un experto en una noche pero, quizá, con las pruebas y la simbología que iban clarificando podrían llegar a cerrar el caso.

La prensa había dado la noticia. Se había convertido en un impacto social conocer la existencia de aquel hombre decapitado. Esperaba que no causara una investigación paralela por los individuos que conocieran el tema y, menos aún, en un resurgimiento de la Inquisición en contra de los masones.

Decidió que no podía perder el tiempo, los sucesos iban en su contra. Si se cumplía su premonición, pronto aparecería otra víctima. El asesino se había tomado demasiadas molestias en la escena del crimen. Era probable que no se detuviera con uno solo, sino que aparecieran más cadáveres. Tenía que avisar a la logia de la masonería. Quizá ellos serían quienes mejor les pudieran ayudar. Incluso, por los propios miembros.

Carlos estaba invadido por el temor de que fuera el inicio de un asesino en serie. Decidió llamar a Vivian. Era importante descubrir dónde y cuándo sería el próximo asesinato.

—Hola, Vivian. Soy yo, quería quedar contigo mañana en la empresa de la víctima.

—Vale, de acuerdo. Mañana nos vemos allí a primera hora.

—Díselo a Jesús y a Clara. Tenemos que ser lo más rápidos posible. Han descifrado el mensaje esta misma noche.

—¡Eso es genial! ¿Qué significa?

—*Sol invictus*.

—Ah, pues me he quedado un poco igual.

—Yo he estado mirando en Internet, pero no entiendo qué relación hay con el caso y el asesinato. Espero que mañana Clara nos lo pueda explicar. —Suspiró.

—Seguramente. Ha sido un acierto ir a buscarla tan rápido.

—Te lo debemos a ti —aclaró Carlos.

—Muchas gracias, pero no es necesario. La temática de la masonería y la simbología me encanta, por eso leía a Clara. Es una experta, sin ninguna duda.

—Sí, espero que con ella en nuestro equipo lleguemos a la meta antes que el asesino.

—No tengo ninguna duda. Tenemos que darnos prisa, hay que averiguar si ese hombre pertenecía a la logia o no, pero, sobre todo, si están amenazados o hay algún sospechoso en su círculo social.

—Estamos dando por hecho que está relacionado con la masonería, pero no podemos cerrar el abanico de posibilidades. Ya sabes que el noventa por ciento de los asesinatos son cometidos por gente cercana —explicó Carlos.

—Lo sé. Mañana despejaremos dudas.

—Estoy de acuerdo. Ahora te mando la ubicación, y díselo a los chicos, mañana estaremos allí a primera hora.

—Espero que, mientras nos ausentamos, la científica nos presente los resultados de las pruebas.

—Por nuestro bien, espero que sea así.

—Aunque me parece extraño que se haya tomado tantas molestias en la escena del crimen si no conocía a la víctima.

—Es probable que se conocieran. Tenemos que encontrar la relación con la mayor brevedad posible.

—Eso es lo que haremos. Mañana te veo. Adiós.

Vivian colgó el teléfono y avisó al equipo. Tenían que encontrar los círculos sociales por los que la víctima se movía.

Capítulo 28

Los tres agentes y Clara estaban en la entrada de la empresa de la cual Roberto era el dueño.

El ambiente era navideño. Las calles estaban repletas de gente haciendo compras. Caminaban felices por las aceras, sonriendo. Ellos no tenían ese sentimiento festivo en aquellos días tan conmemorativos, se traían entre manos un caso complicado. Eran incapaces de que sus pensamientos volaran hacia las navidades y las reuniones familiares.

Carlos llegó el último. Debido a las compras masivas por los ciudadanos madrileños, se habían creado multitud de atascos en las carreteras.

Al llegar a la altura de donde le estaban esperando, vieron cómo el comisario tenía tensa la mandíbula. Estaba preocupado por el asesinato, pero lo que más le asaltaba en la cabeza era la idea de que no tenía los conocimientos suficientes para enlazar los hechos. Estaba extremadamente ansioso por hablar con Clara. Era la mejor baza que tenían para relacionar las pruebas encontradas.

La noche anterior estuvo buscando información en Internet, pero al carecer de tantos datos, no fue capaz de encontrar la relación vinculante entre aquellos hechos aislados.

—Perdonad, chicos, había un atasco. Nos va a atender en su despacho la mano derecha de Roberto. Tenía un porcentaje mínimo de acciones. Le noté bastante preocupado.

—¿Preocupado? ¿Por su vida o por su empresa? —dijo Clara directamente. Quería oír las impresiones del comisario.

—Eso es lo que tenemos que vislumbrar. Entre todos tenemos que averiguar lo que está ocurriendo.

—Carlos, ¿vamos a subir los cuatro? Somos demasiados para hablar con una persona. Puede que se sienta intimidado, ¿no te parece? —puntualizó Vivian.

—Yo también lo he pensado. Creo que es mejor que decidáis vosotros dos. —Señaló a Jesús y a Vivian—. Tened en cuenta que yo en cualquier momento tengo que tener la seguridad de dejarlo en vuestras manos y que podáis seguir sin mí —terminó de decir, mirando a Vivian.

—Bueno, Vivian, pues tú dirás —intervino Jesús.

—Eres la inspectora. Tienes que tomar decisiones tú sola —puntualizó Carlos.

—¿Y Clara?

—Es nuestra asesora, puedes mandarla con un agente a donde quieras —recalcó Carlos.

—De acuerdo, creo que es mejor que Clara y yo vayamos a hablar con la familia. Así la mano derecha de Roberto se sentirá más cómodo —argumentó Vivian.

—Vale. Subimos Jesús y yo arriba. Luego os lo contamos —resumió Carlos.

—Ah, por cierto. He pensado que, como Jesús y Clara estuvieron ayer con el tema del mensaje que nos dejó el asesino, Jesús te contará a ti, Carlos, lo que sabe, y lo mismo hará Clara conmigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestaron los tres.

—Nos reuniremos en la comisaría cuando terminemos. Me temo que van a ser unas navidades diferentes para todos —añadió con pena la inspectora.

—Yo también lo creo —reafirmó Jesús.

Vivian y Clara se fueron hacia la casa que tenía la víctima en las afueras de Madrid. Mientras, Carlos y Jesús se pondrían al día e interrogarían al empleado de Roberto.

La sociedad de consultoría de empresas que tenía la víctima estaba ubicada en una de las mejores zonas de la capital madrileña.

El edificio estaba rodeado de cristaleras, era un rascacielos de gran altura. Las puertas de la entrada eran giratorias. En la recepción se observaban los carteles de las distintas empresas que tenían oficina en el

edificio. La chica que estaba en la entrada les dio los buenos días. A los lados de la estancia había varios sofás. La decoración era minimalista, con cuadros por ambas paredes que solo los más entendidos podrían comprender qué significaban. Para Jesús y Carlos solo eran garabatos que ellos mismos podrían haber hecho a los cuatro años.

Se acercaron al mostrador ante la amable mirada de la recepcionista.

—Buenos días, señorita, habíamos quedado con Nicolás —dijo Carlos amablemente.

—Buenos días. Ahora mismo le aviso. Siéntense en los sillones.

—Por supuesto.

Los agentes se sentaron en los sofás con cierta apariencia de comodidad. Carlos tuvo la sensación de que estarían esperando varios minutos. Tenía el gran prejuicio de que a la gente con determinado poder adquisitivo le gustaba hacer esperar a los invitados.

Cuando se acomodaron en uno de los sofás de la sala que se encontraba aislado del resto, comenzaron a cuchichear.

—Jesús, ¿qué tal ayer?

—Bien, Clara lo descubrió muy rápido.

—Pero ¿te contó algo importante?

—Me dijo que para descifrar el mensaje había que utilizar el método atbash, así fue. Me explicó la procedencia hebrea y cómo lo utilizaron en el Libro de Jeremías. Por lo demás, me comentó que con más pruebas podríamos dar un contexto significativo más aproximado. —Suspiró Jesús.

—¡Vaya! Sí que la escuchaste. —Comenzó a reír Carlos.

—Por supuesto, este caso me fascina.

—Y Clara también —interrumpió Carlos.

Jesús se sonrojó ante la afirmación del comisario. Nunca había conocido a nadie como esa chica. Era la única persona capaz de hacerle pasar del odio al amor en unos segundos.

—No es lo que estás pensando.

—Claro que no. —Guiñó el ojo. A su vez, hizo un ademán con la mano quitándole importancia al asunto.

No conocían a Nicolás personalmente, pero pronto dedujeron que la persona que apareció desde el ascensor era él.

Se acercó a ellos. Vestía un traje de color azul oscuro con corbata, aflojada, de color amarillo. Su cara denotaba que tenía cariño a la víctima.

Sus ojos estaban adornados con grandes ojeras, acompañados por un tono rojo sustituyendo el blanco de sus ojos. Resaltaba aquel color con el verde felino de su mirada.

Era una persona joven, alrededor de los treinta años, con buena presencia. La apariencia de deportista hizo que Carlos se preguntara en su cabeza: «¿Qué deporte practicará?».

—Buenos días, agentes. Soy Nicolás. Perdonen la espera, pero la empresa, como comprenderán, no está en su mejor momento —se disculpó.

Se estrecharon las manos de manera informal. No querían que Nicolás sintiera que estaba en un interrogatorio o se sintiera coaccionado por la Policía. Siempre era ventajoso tener una actitud austera y negociadora.

—Por favor, síganme. ¿Les importa que nos tuteemos?

—Por supuesto que no. Primero, decirte que sentimos mucho lo que ha pasado. Estamos seguros de que encontraremos a la persona que lo ha hecho.

—No tengo ninguna duda. Ha sido tan macabro y trágico… —Nicolás tragó saliva.

Los ojos del trabajador se inundaron de repente. No quería llorar ante los agentes, por lo que rápidamente se dio la vuelta de camino al ascensor.

—Perdonadme, pero todavía no me ha dado tiempo a recuperarme. Ha sido duro para mí. Quería a ese hombre como si fuera mi padre —resaltó Nicolás.

Entraron en el ascensor. Aquel cubículo de hierro tenía más botones que una cabina de avión. El rascacielos tenía veinte plantas. Jesús no era amigo de las alturas, por lo que comenzó a impacientarse hasta que Nicolás pulsó el número seis. «No es tan alto, puedo aguantar».

—Quiero colaborar en lo que necesitéis. No dudéis en contactar conmigo las veces que se requiera —afirmó Nicolás, apretando el puño por la ira contenida—. Espero que lo encuentren rápido y se pudra en la cárcel.

—Estate tranquilo, Nicolás, hemos venido precisamente para que nos cuentes lo que sabes.

Salieron del ascensor y recorrieron el pasillo frío y desolador que daba lugar a cada una de las distintas puertas que mostraban las empresas.

Entraron en la que se ubicaba al final del pasillo. La apariencia del edificio demostraba el alto *standing* en que se encontraban. Las empresas que tenían una oficina en él eran aquellas que prestaban servicios a sociedades de alto número de trabajadores.

Los detalles de la empresa del fallecido estaban acordes con el resto del rascacielos. Los agentes tenían la sensación de que los servicios que prestaban no eran precisamente baratos. Probablemente ellos no lo podrían pagar ni con un año de sueldo.

Roberto estaba posicionado socialmente de una manera admirable. Era relevante descubrir su origen y conocer los posibles enemigos.

Nicolás avanzó por la oficina sin levantar la mirada del suelo. A su paso, Jesús observó cómo los trabajadores no cesaban en los cuchicheos.

Después de varios giros a izquierda y derecha, llegaron a lo que con seguridad era una sala de reuniones.

—Por favor, sentaos —dijo Nicolás señalando las sillas—. ¿Queréis algo de beber?

—Dos cafés con leche, si puede ser.

—Por supuesto —respondió mientras se sentaba en una de las sillas.

Al lado de Nicolás había un teléfono. Levantó el auricular y marcó una extensión. Carlos y Jesús supusieron que sería de la secretaria o

recepcionista.

—Por favor, Eva, ¿nos puedes traer dos cafés con leche?

Colgó el teléfono y se acomodó en la silla, la cual se encontraba en la cabecera de la mesa rectangular.

Detrás de Nicolás había una gran pizarra blanca escrita. «Han tenido una reunión hace poco», dedujeron leyendo de soslayo lo que estaba escrito. Carlos miró de reojo a Jesús, él también se había dado cuenta. Nicolás sustituiría a Roberto en las funciones.

—Decidme, ¿en qué os puedo ayudar?

Jesús sacó una libreta para apuntar la información que obtendrían de la reunión.

—Necesitamos saber la relación de Roberto con los empleados, si tenía algún enemigo.

Llamaron a la puerta.

—Los cafés —dijo Nicolás.

La secretaria de Roberto entró. Era una señora mayor, con apariencia de institutriz de las de hacía años.

Entró con una bandeja en la cual llevaba dos tazas con los logos de la empresa, una jarra de leche y unos sobres de azúcar.

—Ella era la secretaria de Roberto. Perdonadnos, pero estamos bastante afectados por el asesinato.

La trabajadora tendría alrededor de unos sesenta años. Su apariencia destrozada confirmó las palabras de Nicolás.

—Si necesitan hablar conmigo, estaré encantada —dijo Eva educadamente.

—Gracias, lo tendremos en cuenta.

Terminó de servir los cafés, se despidió y se marchó en silencio, sollozando. Reprimió las ganas de llorar delante de los agentes.

—Comencemos. Lo primero que tenemos que saber es quién es la persona que se beneficia con la muerte de Roberto —dijo Carlos.

—¿Beneficiarse? Dentro de la empresa nadie ha salido ganando. Roberto era el corazón y el alma de esta empresa. Era una persona única. Sin él, probablemente, no podremos salir del bache. Es como si dejas a un hijo sin madre, ¿me entienden? —terminó de decir, secándose las lágrimas —. Para mí ha sido un duro golpe.

—Lo entendemos. ¿Hace cuántos años trabajabas con Roberto?

—Hice aquí las prácticas de derecho y, al finalizarlas, Roberto me contrató. Me convertí en su mano derecha. Era fiel a sus ideas y decisiones. Si sospecháis de mí, estáis perdiendo el tiempo. Os he visto mirar la pizarra, si estáis pensando que le he matado para ser su sustituto, estáis equivocados. Sin él no voy a ser capaz de hacerlo.

—Perdona si te ha dado esa sensación. Somos policías y es nuestro trabajo preguntar —se disculpó Carlos.

—No os preocupéis, lo entiendo. Si no hicierais esas preguntas, sería señal de que no estáis haciendo bien vuestro trabajo —justificó Nicolás.

—¿Alguien que quisiera matarle?

—No. Roberto era buena persona, buen amigo y buen compañero. Era el jefe perfecto. En alguna ocasión se sentaba con los empleados para ser más cercano y aumentar la motivación. Era una persona carismática. Por esa razón os digo que el que alguien le quisiera muerto, y de esa manera, es imposible. ¡Dios mío! ¿Cómo alguien le ha podido matar así?

—Vamos a encontrar al asesino, no te preocupes. Lo va a pagar.

—Mirad, no sé quién ha podido ser, pero os aseguro que de la empresa es imposible. No me imagino que un compañero quisiera asesinarle.

—¿Alguien de la competencia?

—Está de broma. Roberto no tenía competencia.

—¿Tiene algún sospechoso?

—No, ninguno.

—De acuerdo. Con lo que nos has contado tenemos suficiente. Si tenemos alguna pregunta, te volveremos a llamar —terminó Carlos bebiendo el café.

—Un momento, tengo una pregunta relevante para la investigación. Necesitamos que nos digas la verdad —increpó Jesús.

—Claro.

Jesús sabía que, a pesar de lo que Clara afirmaba, los masones no querían reconocer abiertamente su pertenencia a la logia por los prejuicios que existían acerca de la comunidad.

Carlos intuyó lo que su compañero iba a preguntar. Jesús se acercó a Nicolás y el comisario siguió sus pasos.

—Necesitamos que nos seas sincero —insistió Jesús.

—Por supuesto. —Nicolás se echó hacia delante en la silla, imitando las posturas de sus acompañantes.

—¿Roberto era masón? —susurró Jesús.

Nicolás frunció el entrecejo con gesto de incredulidad.

—Disculpadme, pero ¿qué es eso? ¿Es una especie de secta o algo así?

—No, es una organización que busca el crecimiento de la persona —contestó orgulloso Jesús.

—Lo siento, pero no conozco nada que tenga que ver con lo que me estáis preguntando. No creo que Roberto fuera masón, sinceramente. No le veo perteneciendo a una secta o lo que sea eso.

—¿Estás seguro de que no sabes nada? Siendo su mano derecha es raro que nunca te hubiera comentado la relación con la logia.

—Estoy seguro. Si Roberto me hubiera hablado de ello alguna vez, me acordaría.

—Creemos que la muerte está relacionada con la organización.

—Tendréis pistas para deducir algo así, pero ya os digo que no tengo ni idea. Trabajaba con él desde hacía años, pero me temo que no os

puedo ayudar.

—¿No teníais relación fuera del trabajo? ¿Relación de amistad?

—Éramos amigos, o eso creía yo. Pero nunca me habló de que perteneciera a la masonería.

—Intenta recordar, ya que creemos firmemente en la relación entre la muerte y la masonería. Es extraño que, si erais grandes amigos, no conocieras esa parte de la vida de tu jefe.

—Ya os digo que éramos amigos, pero no tengo ni idea. Además, si es una organización que ayuda al individuo, no veo relación, la verdad.

—No te podemos dar detalles de la escena del crimen —argumentó Carlos—, pero las pistas son bastante obvias.

—Comprendo —afirmó pensativo Nicolás—. Pensaré en lo que me habéis dicho, pero me temo que, si veis la relación tan clara, no os voy a ser de gran ayuda en la investigación.

—¿Crees que alguien del trabajo podría ser masón?

—Ya les digo que me acabo de enterar de la existencia de esa organización. Dudo mucho que, si yo no tenía conocimiento de ello, lo supiera alguien de aquí. Además, somos muchos trabajadores y yo era el más cercano a Roberto. Creo que no me equivoco en afirmar que no estáis buscando en el sitio adecuado.

—De acuerdo, te agradecemos el tiempo que nos has dedicado. Si tenemos más preguntas, te llamaremos —se despidió Jesús.

—Os acompaño —sugirió Nicolás.

—No es necesario. Tendrás demasiado trabajo pendiente por la pérdida de Roberto. No te queremos molestar más de lo imprescindible. Por último, si recuerdas alguna información que nos pueda ser útil, llámanos —se despidió Carlos.

En la puerta de la empresa, con la mirada llorosa de Eva, se despidió de los agentes.

—Estamos en contacto —zanjó.

Nicolás estaba desolado. La última pregunta de los agentes le despistó. Dedujo que, si los agentes habían llegado a esa conclusión, sería porque habían encontrado indicios en la escena del crimen. Nicolás estaba en contacto con la viuda de Roberto, sabía que todavía no habían hablado con ella. Por ese motivo, sabía que era por la escena del crimen, como le habían confirmado en la reunión.

Se sentó delante del ordenador, en el despacho. Abrió el buscador y escribió la palabra que tanta intriga le provocó: «masonería».

No quería que nadie especulara con aquella información, por lo que prefirió guardar la reunión con los agentes en secreto. Ahora que él estaba al mando, no quería que se provocara revuelo porque Roberto fuera masón. Si él mismo lo mantuvo en secreto, sería por alguna razón de peso.

Jesús y Carlos se dirigieron a comisaría. Allí intercambiarían información con las chicas. Tenían que deducir una línea de investigación robusta y concisa.

Habían descartado a Nicolás por el momento. Confirmado el desconocimiento hacia la logia, no les serviría para avanzar en la investigación. Aun así, les pareció extraño que, si estaban tan unidos como el propio trabajador confirmó, no tuviera conocimiento de su pertenencia a la masonería. No estaban convencidos, pero tendrían que esperar.

Capítulo 29

Vivian y Clara montaron en el coche para dirigirse a la casa de Roberto. La inspectora había hablado por mail con la viuda para concertar una reunión. La mujer sufría una conmoción en la que cualquiera se encontraría tras perder al amor de su vida.

Dentro del coche comenzaron a hablar sobre lo que habían descubierto hasta entonces.

—Cuéntame, Clara, ¿cómo descubriste qué decía la nota?

—Al principio me costó, pero después entendí que tenía que ser el método atbash. Era el que utilizaban los hebreos para mantener el secreto de los mensajes que mandaban, así como los libros que escribían.

—¿Qué quiere decir «*Sol invictus*»? —preguntó Vivian.

—Si te parece bien, lo hablamos todos juntos en la comisaría. Si no, me voy a repetir un poco, y no quiero aburriros —añadió vergonzosa Clara.

—No te preocupes, Clara. Yo también soy forofa del tema. No me importa escuchar las mismas historias una y otra vez. —Sonrió.

—Está bien. El mensaje, a lo que hace referencia es a una fiesta que existía en el Imperio romano por el dios Sol. La festividad más antigua que convivió con la religión católica era la de Mitra. Se conocía como el mitracismo.

—No te sigo, Clara.

—Me explico. Era una fiesta que se hacía después de la festividad de Saturnales, también conocida como la fiesta de los esclavos, la cual os conté el otro día. Esa festividad era el diecisiete de diciembre. Después, del veintiuno al veinticinco de diciembre, celebraban la fiesta del solsticio de invierno. Los días cortos terminaban para comenzar la luz. Indicaba que nacía un nuevo Sol que vencía la oscuridad. Principio masónico. La luz a la que ellos hacen referencia. —Sonrió.

—¿Por eso el asesinato se cometió el día diecisiete de diciembre?

—Exacto. Es la representación de las fiestas Saturnales. Por eso en la escena del crimen el asesino insistió tanto en la estatua de Saturno y en la decapitación de la víctima.

—¿Por qué de Saturno?

—Saturno era un dios romano que representaba el paso del tiempo, y era cuando se hacían los regalos entre los familiares. Todos eran iguales. El día de Saturno era una celebración al dios de la agricultura y la cosecha. Había que hacer un sacrificio para que los cultivos fueran fructíferos y abundantes. Por eso se sacrificaban niños.

—No lo entiendo, pero ese Saturno…

—A Saturno no le correspondía hacerse con el trono. Su hermano mayor se lo cedió a cambio de que no tuviera descendencia. Por esa razón, Saturno se comía a sus hijos. Su hermano descubrió la trampa y entraron en guerra. Por estos dos motivos se hacían las fiestas con estas peculiaridades —interrumpió.

—Ah, vale, vale. ¡Vaya fiestas!

—En nuestra época son extraños los sacrificios humanos, pero antiguamente estaban a la orden del día. Era normal que los dioses les exigieran algún tipo de prueba para cumplir cada uno de los objetivos que eran encomendados por sus poderes.

—Me sorprende que seas capaz de retener tanta información.

—Lo importante es que te quedes con la idea de la celebración del solsticio de invierno como el fin del periodo del progresivo oscurecimiento de los dioses y el regreso a la luz. El *Sol invictus* era tan importante que incluso aparecía en las monedas. Conmemorando al rey Sol, que dependiendo de la religión era uno u otro.

—Pero, en este caso, sería Jesucristo, ¿no? Por el tema de Tierra Santa y los templarios.

—No, el catolicismo se impuso años después. Estuvo años conviviendo con el mitracismo, cuyo dios Sol era Mitra. Se dice que todas las festividades cristianas tienen origen pagano.

—No entiendo nada, Clara. ¿Los templarios no protegían a los peregrinos hasta Tierra Santa?

Clara sonrió.

—Por supuesto que no. Los orígenes de los templarios están precisamente en los egipcios. Se piensa que su creador fue uno de los emperadores, ellos lo conocen como Hiram. Incluso en las ceremonias que celebran hacen referencia a lo que le ocurrió en su muerte, que, por cierto, fue bastante desagradable. Su devoción era por el rey Horus. El rey del Sol. ¿Has visto alguna vez el símbolo masónico de un ojo que tienen en los altares?

—Claro, te lo venden en pulseras y collares.

—Exacto, es el ojo de Horus. El dios perdió un ojo en la guerra.

—Un momento, ¿lo que me quieres decir es que la próxima víctima aparecerá el día veinticinco de diciembre?

—Yo creo que, por todo lo que tenemos hasta ahora, sí. —Clara se quedó en silencio.

—¿Cómo podemos impedirlo?

—Espero equivocarme. La única manera de descubrirlo es con las pistas que nos deja el asesino. El problema es que con tanto simbolismo masónico es complicado encontrar la relación. No es fácil.

—Ya me lo imagino, Clara. Perdona si te he hecho sentir incómoda. Sé que estás haciendo lo que está en tu mano. Ya hemos llegado. Entremos. Luego seguimos hablando en comisaría. Espero que estén las pruebas y nos aclaren las dudas. —Resopló.

Vivian, después de recibir tanta información, tenía la cabeza aturdida. Era una persona ordenada, le costaba asimilar tan rápido la recopilación de datos. Esperaba que, después de salir de la casa familiar de Roberto, la línea de investigación empezara a ser contundente.

Se bajaron del vehículo después de aparcar en la puerta de la vivienda.

En la vestimenta de las chicas existía una gran diferencia que trasmitía la personalidad de cada una de ellas. Clara siempre optaba por la ropa cómoda y sencilla, mientras que Vivian iba con las últimas tendencias de la moda del momento; formal, eso sí.

Vivian solo iba vestida de uniforme cuando iba a estar en comisaría. Si estaba planeando una salida, su indumentaria era la de cualquier persona. No le gustaba incomodar a nadie con las preguntas sumadas al uniforme de policía.

La mujer de Roberto las estaría esperando. Habían hablado. Vivían en una casa a las afueras de Madrid. Era una casa de campo acogedora y encantadora. La fachada dejaba patente el poder adquisitivo de los dueños, aunque no era estrafalaria ni ostentosa.

Estaba rodeada por una gran verja negra, cuya entrada estaba compuesta por dos columnas egipcias y unos querubines en el jardín, una vez pasada la entrada.

Llamaron al timbre y apareció una mujer de mediana edad, morena, con un aspecto deplorable y desolador. Era símbolo de su gran cambio de estado, de casada a viuda. La mujer de Roberto se llamaba María.

Al verla, las agentes detectaron que estaba destrozada. Se notaba que era una mujer guapa y esbelta, pero al enterarse del asesinato de su marido, su vida de ensueño había llegado a su fin.

—Buenos días, María, somos Vivian y Clara. —Señalándose al decir los nombres.

—Buenos días. Por favor, pasen —contestó la mujer al abrir la cancela y apartarse hacia un lado para dejar paso.

—Gracias —dijo Vivian.

Las chicas pasaron y recorrieron el camino empedrado que les conducía a la entrada de la casa.

María se situó delante de ellas para dirigir la marcha. Al entrar en la casa, comprobaron la fantástica decoración de aquel lugar.

—Por favor, pasen al salón. Tengo preparado el desayuno —dijo María.

La mujer las había recibido en pijama y bata. Llevaba desde el día de la muerte de su marido llorando, sin ducharse, y ni siquiera se había cambiado de ropa. Su nuevo uniforme se había convertido en un pijama que le compró su marido en Intimissi.

María tenía claros síntomas de cansancio, no solo por sus ojeras y ojos rojos, si no por su forma de andar y moverse.

Clara estaba inquieta al entrar en la vivienda. No estaba acostumbrada a invadir espacios privados de otras personas, era algo que le ponía nerviosa. No podía evitar dejar de mirar hacia ambos lados y observar los adornos sin parar.

Vivian miró de soslayo a Clara, quería comprobar cómo su nueva compañera se manejaba en una situación tan atípica. Esperaba que el acto social que iban a llevar a cabo no le hiciera perder el control de la situación, y con ello, información válida para la resolución del asesinato que, tal vez, ella no pudiera considerar útil.

María se sentó en uno de los sofás que rodeaban la mesa del centro, la cual estaba preparada con cafés y algunas pastas de té. Sirvió el líquido en cada una de las tazas, en silencio. La viuda estaba extremadamente triste ante su nuevo estado civil y la muerte tan trágica en la que se había encontrado su marido. «Decapitado». No dejaba de repetirse esa palabra una y otra vez en su cabeza. Ni siquiera había sido capaz de acercarse al tanatorio.

—¿Leche? —logró decir María.

—Sí, por favor, para las dos —añadió Vivian, sabiendo que su compañera estaría confusa ante la situación que estaba viviendo.

Vivian y Clara no disimularon cómo observaban a la mujer. Su estado demacrado les dio información implícita de su estado anímico.

María terminó de servir los cafés y se sentó. Cogió una de las tazas para dar un sorbo, con el temblor característico de su estado de nervios.

—Perdónenme, pero no estoy en mi mejor momento —dijo María con la mirada penetrante a su nueva visita.

—Entendemos. Por favor, llamemos de tú —adelantó Vivian—. ¿Has ido al tanatorio?

—No, creo que no voy a tener fuerzas. Aunque, por supuesto, iré al funeral. Ya lo he preparado. Roberto tenía un buen seguro, lo que me ha dejado bastante cubierta, y me puedo dedicar a llorar el día entero. He dejado la empresa bajo el liderazgo de Nicolás, la mano derecha de Roberto.

—No te quiero hacer perder el tiempo, y menos aún sabiendo que no te encuentras cómoda, por lo que intentaremos molestarte lo menos posible —explicó Vivian.

—No, por favor. No me gustaría que os quedarais con esa impresión errónea. Necesito que encontréis al asesino que ha arruinado mi vida. —Comenzó a llorar.

—Lo entendemos —añadió Clara por sorpresa—. Pero es importante que nos ayudes —aclaró, abriendo sus ojos de par en par.

María estaba bajo los efectos de alguna medicación, se observaba cómo tenía la mirada perdida.

—Eso es lo que voy a hacer. Lo que os ruego es que no os andéis con rodeos. Sé que cuanto más tiempo perdamos en formalidades, el asesino tendrá más ventaja, y eso es precisamente lo que no quiero —balbuceó María—. Comenzad a preguntarme, os lo ruego.

—Está bien —contestó Vivian—. Si en algún momento quieres tomarte un descanso, solo tienes que decírnoslo, ¿de acuerdo?

—Claro, muchas gracias de antemano por vuestra ayuda y predisposición en el caso. Estáis siendo eficaces debido a la brevedad en realizar los interrogatorios —afirmó María.

—Muchas gracias, es nuestro trabajo. Empecemos. Nos gustaría saber si su marido ha tenido algún comportamiento extraño últimamente, ¿algún enemigo?, ¿alguien que le quisiera hacer daño?

—No, mi marido tenía una vida muy normal. Iba a trabajar por las mañanas, como cualquiera de sus empleados. Que yo sepa no tenía ningún enemigo, al menos, declarado. Supongo que cualquiera que ha conseguido

estar en lo más alto, como hizo él, puede levantar envidias. Creo que, en temas laborales, deberíais hablar con Nicolás. Yo no me involucrado nunca en sus asuntos. No me malinterpreten, le he ayudado en todo lo que he podido, pero soy escultora. Llevo años trabajando como directora en una galería de arte, es mi pasión. Roberto siempre la respetó. De hecho, creo que fue lo que le enamoró de mí —explicó entre llantos.

—Tranquila, ¿quieres descansar? —preguntó Vivian.

—Interesante, escultora y directora en una galería. Entonces, supongo que sabrá la cantidad de pistas que nos ha dejado el asesino en la escena del crimen —interrumpió Clara sin demasiado tacto.

—Lo siento, no he tenido la oportunidad de saber al detalle lo ocurrido en el crimen. Pero tampoco creo que fuera capaz de verlo—balbuceó.

Clara miró hacia el suelo, pensativa. Sacó la libreta que tenía en su mochila y comenzó a escribir.

—¿Te importaría verlas? —dijo Vivian.

María se sorprendió ante la pregunta. No estaba en disposición de hacerlo, su estado de salud mental era precario. «No podré soportarlo».

—Creo que no es buena idea.

—¿Está segura? —preguntó Clara sin mirarla.

—No entiendo, ¿en qué puedo ayudaros yo? Solo sé de arte.

—¿Solo? —Sonrió Clara—. Su marido ha aparecido en demasiadas extrañas circunstancias, creo que podría saber más que cualquier policía.

María se quedó perpleja. Solo había oído la información de la decapitación de su marido, la cual fue suficiente para sufrir una profunda depresión. «No comprendo qué está insinuando. Tampoco tengo fuerzas para adivinarlo. No deberían hacerme perder el tiempo, sino ser más concisas».

—No quiero ser grosera, pero me gustaría que no os anduvierais con remilgos, lo que queráis preguntar, hacedlo, sin más. No sé cuánto tiempo

aguantaré en un estado mental adecuado para responder a vuestras preguntas. Estoy bajo los efectos de la medicación.

—Está bien —dijo Clara, mirando a su compañera—. ¿Era tu marido masón? Si nos dijeras la verdad, sería beneficioso para la investigación y para capturar al asesino.

Vivian se había temido la peor de las preguntas cuando escuchó a Clara escupirla de su boca y sin mucho tacto para una mujer que acababa de perder a su marido decapitado.

—¡Clara!

—¿Qué? —preguntó sin entender la reprimenda de Vivian.

—No os preocupéis, no me importa lo más mínimo. Me estaba imaginando algo así, tras la insistencia de tu compañera en mi profesión —dijo sin emoción en su rostro.

—¿Entonces? —insistió Clara.

—Sí, era masón. Pertenecía a los miembros de la Gran Logia de Madrid, pero no es nada malo, como piensa la gente. Solo buscan la mejora del individuo, sin más.

—Lo sabemos. Clara es una gran defensora de la masonería.

Por primera vez en la reunión, María sonrió.

—Me alegro de que sea así.

El interrogatorio, debido a la indiscreción y osadía de Clara, había cambiado de rumbo. Por fin habían confirmado la premisa más importante, la cual daba la robustez necesaria a la hipótesis de que el asesinato era derivado de alguna relación con la masonería.

En ese momento, Clara sintió gran satisfacción. No habían averiguado la relación que tenía el asesinato con la masonería, pero sí que estaba relacionado.

El comienzo de la investigación masónica había empezado.

Capítulo 30

Clara estaba indecisa con las preguntas que quería realizar a María. Sus cualidades sociales no eran las mejores, pero era fundamental tener las respuestas necesarias para continuar. A ellos se sumaba la curiosidad por la masonería que se cernía sobre Clara junto al secretismo del tema.

Nunca había conocido a ningún masón, aunque su círculo social no era especialmente amplio, debido a la casuística de su personalidad. Pero pensó que, quizás, esta sería una oportunidad única.

La conversación entre las tres mujeres continuó su curso de una manera tan natural que ninguna de ellas hubiera imaginado.

—Clara, ¿has querido decir que un masón ha asesinado a mi marido? —indició María.

—No he querido decir, lo he dicho —recalcó—. El asesinato de tu marido está relacionado con la masonería.

—Todavía no sabemos qué tipo de relación existe entre el asesino y tu marido, pero puedes estar segura de que lo vamos a descubrir.

—Creemos que el asesino nos quiere demostrar algo —interrumpió Clara mientras se levantaba.

—¿Por eso tantas pistas masónicas?

—Exactamente —confirmó Vivian.

Clara comenzó a caminar por el salón. María no comprendía el comportamiento tan extraño de la que ella pensaba que sería policía. Vivian comenzó a sentir un poco de vergüenza ajena.

La historiadora observó con paciencia y minuciosamente todos y cada uno de los detalles de la estancia en la que se encontraban.

Tenía la certeza de que encontraría en alguno de ellos algo que la ayudaría. En el primer vistazo, no encontró absolutamente nada.

María estaba confundida. Su estado la incapacitaba para estar demasiadas horas despierta y decidió que era mejor ser directa y no perder


el tiempo, en el cual estaba con sus cinco sentidos.

—Clara, ¿te llamabas así? —Olvidó el nombre.

—Sí —contestó sin dejar de mirar las figuras y cuadros.

—Si me dices qué buscas, a lo mejor te puedo ayudar —aclaró María.

—Sí, eso sería perfecto. Estoy buscando algún objeto que confirmara si tu marido se estaba sintiendo acosado o perseguido por alguien, ¿me explico?

—No creo que encuentres nada. Si hubiera estado en esa situación, yo lo sabría. Además, casi todo lo escogido en esta casa ha sido por mí.

—Pero ¿tú perteneces a la logia?

—No, Clara. Yo no pertenezco.

—De acuerdo. ¿Quién decoró el jardín?

—Mi marido —contestó con asombro.

—Lo sabía —respondió, caminando hacia la entrada de la casa. La siguieron.

María estaba dispuesta a ayudar a la Policía en todo lo que fuera necesario. Quería que se hiciera justicia por su marido. Al escuchar la respuesta de Clara, comprendió que su marido podría haber dejado alguna pista.

No tenía conocimiento de la masonería, ni de nada que tuviera que ver con ella. Su marido era una persona prudente, comprometida y leal, nunca le reveló información a su esposa de lo que ocurría en sus reuniones. María tampoco le preguntó, para ella era suficiente que Roberto fuera feliz. Siempre fue una persona inteligente, y pertenecer a la logia le hizo encontrarse a sí mismo, a mejorar como persona y, sobre todo, a dar respuesta a todas las preguntas que solo sus «hermanos» podían ayudarle a encontrar.

Clara tuvo una amarga sensación. Nunca se había sentido tan cómoda en una casa ajena. Con aquellas dos mujeres se sentía en libertad,

podía ser ella. Tuvo la necesidad de ayudar en el caso. Era fundamental la ayuda de María, la cual no había puesto ningún inconveniente en prestarla.

Debería observar la casa, quizá algún detalle nimio la llevara a una nueva pista.

—¿Roberto tenía un despacho en casa? —preguntó Clara mientras paseaba por el jardín.

—Sí, podemos subir si queréis —contestó María cada vez más cansada.

—Clara, deberíamos venir otro día. Creo que María se está encontrando mal, debería estar durmiendo.

—Sí, lo cierto es que estoy demasiado débil.

—María, creo que tendrías que ver el escenario del crimen. Si mi compañera lo cree oportuno, podríamos traer las fotografías. A lo mejor nos puedes ayudar con el simbolismo.

—Por supuesto. Aunque yo no tengo tan claro que os pueda ayudar, pero si pensáis que es lo mejor, no tengo ningún inconveniente —zanjó sin dejar de bostezar.

—Traeremos las fotos que puedas ver. No habrá ninguna que pueda herir tu sensibilidad. No te preocupes.

Vivian ya empezaba a conocerla, así que no le llamó la atención su comportamiento.

Todavía tenían que evaluar los resultados de las pruebas. Clara volvería a cambiar de rumbo en el siguiente paso.

La asesora estaba paseando por el jardín para llegar a la puerta de la casa. Al volver a ver los querubines y las columnas masónicas, y lo que todo ello representaba, no podía irse de aquella casa sin ver el despacho de Roberto. Solo sería un momento. «Seguro que hay una pista que encaja».

—Perdona, María, pero tengo que ver el despacho de tu marido —dijo mientras daba la vuelta de camino al interior de la casa.

Vivian sintió mucha vergüenza ajena en ese momento. Es cierto que se estaba acostumbrando a ese carácter excéntrico, pero no dejaba de

resultarle embarazoso. Ponía de manera constante al resto de personas en situaciones embarazosas. La viuda no se encontraba en buen estado, era mejor irse, pero Clara no pudo resistirse a ver el despacho en aquel preciso instante. María le había ofrecido subir, pero por simple educación. Clara no lo comprendió.

—Lo siento, María. Solo será un momento. No te importa, ¿verdad? —dijo Vivian sonrojada.

—Para nada. Lo que sí os ruego es que no tardéis. Me están haciendo efecto las pastillas y tengo mucho sueño —explicó María.

—Por supuesto, será cuestión de minutos —aclaró Vivian, cuando su compañera ya estaba subiendo las escaleras.

Clara estaba en la puerta, su mano agarraba el picaporte. Al ver el despacho se quedó allí, quieta, observando desde ese punto lo que adornaba el lugar.

Aquella habitación era preciosa, parecía sacada de una página web de bibliotecas antiguas. Una de las paredes estaba repleta de libros, enfrente de la puerta había unos ventanales que iluminaban ampliamente y una chimenea encima de la cual estaban colgados multitud de obras del pintor Francisco de Goya. En el centro había una mesa de madera maciza, con una lámpara *vintage* verde, la que se conocen con el nombre de «banquero».

El suelo era de baldosas blancas y negras, como los altares masónicos. Los ventanales eran similares.

Al abrir la puerta, Clara se quedó petrificada por el recuerdo al propio Abejero. Todos los libros eran de filosofía y religión. «Desarrollo espiritual».

Un cosquilleo recorrió el cuerpo de Clara, estaba en el despacho de un auténtico masón. Para ella, la gente que pertenecía a la logia solía ser gente inteligente y culta. «Todos somos una piedra en bruto, la cual hay que pulir para llegar al crecimiento personal y espiritual», es lo que escribió Clara en uno de sus artículos sobre los masones.

Sintió la presencia de la viuda y Vivian segundos después de que llegaran a su lado. Estaba ensimismada en sus pensamientos. Clara estaba

tan entusiasmada con estar en el despacho del masón que no podía contener la emoción y concentrarse.

Entró y se quedó paralizada con los cuadros del pintor. Había ido al museo del Prado una vez, hacía muchos años, pero era demasiado joven para poder apreciar lo que el pintor quería plasmar en sus cuadros. Para ella, Goya era el Leonardo Da Vinci español.

—María, ¿estos cuadros los escogiste tú? —preguntó Clara.

—No, mi marido hizo el despacho a su gusto. Cuando compramos la casa lo reformó entero. Pasaba horas leyendo en esta habitación —balbuceó bajo el efecto de la medicación.

—¿Te importa que haga unas fotos?

—Por supuesto que no. Si no os lleva mucho tiempo, os lo agradezco. Estoy muy cansada.

—Tranquila, ya nos vamos —se apresuró a decir Vivian.

La agente echó una mirada inquisitoria a Clara, que no dejaba de darle problemas por la falta de tacto.

—¿Por qué escogió los cuadros de Goya?

—No lo sé.

—¿Tampoco sabe nada de las columnas, querubines, los libros, el suelo y los ventanales? —preguntó Clara con el entrecejo fruncido.

—No, lo siento. Si pueden terminar…

María estaba visiblemente afectada por la medicación. Al llegar, estaba en un estado totalmente distinto. Era el momento de marcharse de allí. Ni siquiera podía abrir los ojos del todo.

Clara terminó de hacer las fotos, sin dejar de hacer gestos con la cara al encontrar algo relacionado con la masonería. Vivian supuso que aquello sería un museo masón, ya que Clara no dejaba de sorprenderse con cada rincón o elemento decorativo.

—Está bien, ya he terminado. Por favor, María, el día que no te tomes las pastillas, me gustaría hablar contigo.

«Joder, Clara, ¡vaya tacto!», pensó Vivian al oír el comentario.

—Por supuesto, llamadme cuando queráis, ya tenéis mi teléfono.

«Menos mal que no se ha ofendido. Esta chica me va a meter en una situación incómoda. Es hora de sacarla de aquí».

—Clara, nos vamos —ordenó Vivian.

La historiadora bajó las escaleras y llegó al coche sin dejar de mirar las fotos que había hecho. Evidentemente, había deducido nuevas pistas en su cabeza. Sus cinco sentidos contemplaban las instantáneas que acababa de hacer. Ni siquiera pensó en que no se había despedido de la viuda.

Vivian llegó cinco minutos después, con la cara desencajada por el comportamiento de Clara. Tendría que hablar con ella, necesitaba que tuviera más cuidado con lo que hacía. Podría incomodar a las personas.

«Ya te vale, Clarita».

Capítulo 31

Clara estaba excitada por la multitud de pensamientos que se le pasaban por la cabeza. Ahora todo cobraba un nuevo sentido para ella. Una pieza clave era Francisco de Goya, estaba segura. La víctima tenía en su despacho las Pinturas Negras de Goya. No tenían tiempo que perder, era una gran pista que debían seguir.

Mientras pensaba en las pinturas que tenía Roberto en el despacho, entró Vivian en el coche, visiblemente enfadada. Clara sabía que estaba molesta, pero no comprendía el motivo, «¿Habré hecho algo mal visto socialmente? Espero no haber metido la pata», tragó saliva sin dejar de mirar a la policía.

—Tenemos que hablar.

—¿Me he comportado mal?

—Exacto, Clarita. La has pifiado un poco.

—¿En qué?

—¿En qué? —dijo molesta Vivian—. Joder, los saludos sí los conoces, ¿no?

—Perdona, estoy tan emocionada con las pistas, que se me ha pasado. Bueno, eso da igual, ¿te has fijado en las pinturas?

Vivian arqueó las cejas, símbolo de su incredulidad. Era misión imposible hablar con Clara, cuando algo estaba en su lista de prioridades, su alrededor, o cualquier tema que no fuera del que ella quería hablar, pasaban a temas pendientes.

—Nada, ni caso.

—¿Qué? Ya me lo has dicho, no vamos a perder el tiempo en eso, Vivian. Mira —Señaló las fotos—: Son las Pinturas Negras de Goya.

—Ay, Clara, y yo qué sé lo que son las Pinturas Negras. Eres imposible. —Sonrió dándose por vencida.

—Sí, eso también lo dice mi madre. Bueno, ¿nos centramos en el caso?

Vivian comenzó a reír. Aquella chica tenía un carácter tan especial que era difícil no cogerle cariño. La agente empezó a mover la cabeza de un lado a otro, sin dejar de reír.

—Sí, hablemos del caso, porque total, o hablamos de lo que tú quieres o no se habla. Así que dime, ¿qué son las malditas Pinturas Negras?

—Creo que es mejor que hablemos en la comisaría, cuando estemos todos. Así sacamos conclusiones los cuatro. Pero creo que es importante que sepamos el motivo de la muerte de Roberto, y que vayamos a hablar con la Gran Logia de Madrid —dijo impaciente Clara.

—¿Parece que estás satisfecha con la visita?

—Para mí es increíble haber estado en la casa de un masón. De hecho, estoy convencida de que no era un hermano más de la logia. Por eso es tan importante que vayamos a hablar con el gran maestre —aclaró sin dejar de tocarse el pelo y mover las piernas.

—Está bien. Esperemos que no nos pongan inconvenientes.

—Tranquila, no los van a poner. Creo que están atentando contra la vida de los miembros de la logia.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Esto no es un juego. Creo que quiere ir matando uno por uno a los masones.

—Pero ¿te estás oyendo?

—Por supuesto.

—Vamos a comisaría, estarán esperando Carlos y Jesús allí —añadió Vivian mientras arrancaba el vehículo.

—¿Estará Jesús?

Vivian sonrió sin dejar de mirar la carretera.

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada en concreto. Solo era por saber si estaremos todos.

—Ah, vale —contestó con una pequeña sonrisa que su acompañante no vio.

Capítulo 32

Jesús y Carlos ya estaban en la comisaría cuando las chicas llegaron. Los informes de algunas pruebas descansaban en la mesa.

Vivian detectó de manera rápida que algo había pasado. Tanto Carlos como Jesús estaban cabizbajos leyendo en el despacho del comisario. «Espero que no sea otro asesinato».

Aceleró el paso, dejando a Clara unos metros atrás. No dejaba de observar, con sucesivas muecas, las fotografías de la casa de Roberto.

Llamó a la puerta del despacho, aunque ya la habían visto por los cristales. Los agentes llamaban «la pecera» al despacho de Carlos, ya que estaba formado íntegramente por cristal.

—¿Qué ha pasado? —dijo exaltada Vivian.

—Tenemos los informes de la muerte de Roberto —aclaró Carlos.

Vivian miró a Jesús.

—Es mejor que lo leas tú misma —dijo Jesús mientras le daba los papeles a Vivian.

—Está bien.

La agente comenzó a leer mientras se sentaba en el sofá del despacho, al lado de Jesús.

El comisario comenzó a bajar los estores, no quería que los demás agentes observaran lo que ocurría. La noticia del asesinato estaba en los medios, sabía que alguien la habría filtrado. Siempre era la Policía, pero el comisario, ante la falta de pruebas, no podría conocer la identidad del soplón. Ahora tenía un asesino suelto al que tenía que dar caza. Al menos, tomaría medidas para que no llegaran más datos a los medios de comunicación.

Vivian terminó de leer el informe, Clara apareció por la puerta y, sin decir palabra, se sentó en la silla enfrente de Carlos. Dedicó una mirada de soslayo a Jesús, que no dejaba de mirarla, porque ni siquiera había dicho nada al entrar.

—Hola, Clara, ¿eh?

—Hola, Jesús, ¿qué tal?

—Muy bien. Intenta saludar al entrar. No cuesta nada y es fácil de recordar —respondió molesto.

—Vale, perdona. No me di cuenta.

Carlos apaciguó el carácter de Jesús con un ligero movimiento de mano que Clara no vio.

—Perdona, Clara. Acaba de llegar el informe de Roberto. Son los papeles que está leyendo Vivian.

—No me digas. ¿Cuál es la causa de la muerte?

—Adivina.

—¿Picadura de abeja?

Vivian dejó de leer el informe. Carlos y Jesús se miraron para observar a Clara de manera seguida con expresión de asombro y sorpresa.

—¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía, pero me lo he imaginado. Además, ante tu pregunta, me he supuesto que sería obvio —respondió Clara sin dejar de mirar las fotos.

«Estoy segura de que la muerte por picadura de abeja no es casualidad. Puede que sea una pista, o bien que confirme la muerte en El Abejero», pensó Clara.

—Como bien ha dicho Clara, la causa de la muerte es la anafilaxia, es la reacción alérgica por las picaduras de las abejas. Cuando eres alérgico, como era él —explicó Carlos.

—Lleva tiempo preparando el crimen —dijo Clara.

—¿Cómo lo sabes?

—Demasiados detalles que requieren tiempo. Para saber que Roberto era alérgico, tenemos dos opciones, que el asesino le investigó, o bien era cercano a él.

—Este caso empieza a dar escalofríos. El asesino es un verdadero psicópata —sentenció Vivian.

—Lo es. Además, la motivación tiene que ser elevada, el haberse preparado tan a conciencia el crimen tiene cierto matiz personal. Por eso mismo se ha tomado su tiempo para hacerlo —argumentó Carlos, rascándose la barbilla.

—¿Puede ser que el asesino sea del círculo social de Roberto? —intervino Vivian.

—Es probable. Tendremos que seguir investigando, necesitamos más pruebas y pistas para llegar a algún sitio con la línea de investigación —incidió Jesús.

—De momento, lo que sí tenemos claro es que es un motivo masón, por decirlo de alguna manera —aclaró Carlos.

—Sí, por el momento estoy segura. Aunque tendríamos que hablar con la Gran Logia de Madrid, a lo mejor ellos saben algo. Por cierto, después de la reunión con la viuda creo que no estamos ante un compañero, creo que Roberto era un maestro de la logia —confirmó Clara.

—¿Estás segura? —preguntó Carlos.

—Creo que sí. En su casa había varios detalles que me han hecho pensar que puede ser posible. En el despacho hemos encontrado réplicas de las catorce Pinturas Negras de Goya.

—No entiendo —dijo Jesús.

—Antes de seguir, quiero saber si habéis descubierto algo en la empresa —preguntó Clara.

—No, Nicolás no nos ha dicho nada. Ni siquiera sabía que Roberto era masón. No sabía de qué estábamos hablando —puntualizó Carlos.

—Me parece extraño, pero puede ser. Muchos miembros no quieren que la gente los estigmatice por pertenecer a la logia. Es debido a que hay gran ignorancia respecto al tema de los masones. Sobre todo, porque, durante la dictadura de Franco, se les persiguió. Esto provocó que se volviera secreta para no acabar extinguiéndose —concluyó Clara.

—Entiendo lo que dices, pero si Nicolás era su mano derecha, debería saberlo —dijo Vivian.

—Quizá esté mintiendo porque no quiere verse involucrado, o por prudencia —habló Jesús.

—A veces no lo dicen simplemente por no aguantar los prejuicios. No es algo extraño que no lo supiera. He leído muchas entrevistas a miembros de la masonería en que solo lo sabe su círculo familiar más cercano. Aunque nos creamos una sociedad abierta, no lo somos. Por ejemplo, miradme a mí. Yo solo tengo un síndrome que me hace que no entienda los patrones sociales y, automáticamente, soy apartada de cualquier círculo social —argumentó Clara, mirando el móvil.

—Vamos a centrarnos en el tema, que estamos nerviosos por los acontecimientos —retomó la conversación Carlos.

—Sí, es verdad. Las Pinturas Negras de Goya. ¿Comienzo yo? —preguntó Clara para saber si estaba respetando las normas sociales de educación, que seguía sin comprender.

—¿Qué tienen que ver ahora las pinturas de Goya? —preguntó Jesús.

Clara se quedó paralizada, mirando a Jesús. Carlos notó cómo se había ido a otra dimensión y le llamó la atención para que continuara.

—Clara.

—Uy. —Sonrió—. Continúo. No sé si Vivian se ha dado cuenta de un detalle que había en el despacho o lo ha pasado por alto.

Vivian se incorporó en el sofá del despacho. Estaba pensando en lo que estaban hablando y sacando sus propias conclusiones cuando escuchó su nombre y sintió la mirada de Carlos centrada en ella.

—¿Qué? Perdón, estaba pensando en el caso y en la mujer de Roberto. Continúa, por favor.

—Te estaba preguntando si no te ha llamado nada la atención en el despacho de Roberto.

—No, el suelo, la mesa, todos los libros que había y las pinturas que has comentado que eran de Goya. Pero nada importante. Supongo que tú sí.

—Exacto. Roberto tenía, como ya he dicho, las catorce Pinturas Negras de Goya en su despacho. Una de esas pinturas es la de *Saturno devorando a su hijo*.

—¿Cómo? —preguntó Jesús.

—No me lo puedo creer. Eso sí que no es una casualidad —afirmó Carlos.

—Claro que no es casualidad. Lo siento, no vi la pintura. Menos mal que has venido y has montado la escapada para dar la vuelta. —Se alegró Vivian.

—Bueno, eso no tiene importancia. —Hizo un gesto con la mano para restar relevancia al hecho acontecido—. No podía irme sin ver el despacho. Estaba convencida de que tendría algo de especial, y así ha sido. Además de confirmar más pistas, claro.

—Goya. —Adelantó Jesús.

—Exacto.

—Ya nos contaste que estaba relacionado con la familia de los duques de Osuna —recordó Carlos.

—Eso es. En la biblioteca de los duques, y otras habitaciones privadas, había cuadros que había pintado el mismo Goya por encargo.

—Que también era masón —interrumpió Vivian.

—Eso es. Bueno, dejad de estar hablando todo el rato —dijo Clara elevando el tono.

A Clara le irritaba que, cuando estaba hablando sobre un tema de su pleno interés, no la dejaran terminar la argumentación o lo que tenía que decir. Estaba visiblemente enfadada porque no la dejaran terminar su exposición. Sabía que no aguantaría mucho su ira si sus compañeros no dejaban de intervenir.

—La pintura de Saturno está directamente relacionada con la decapitación de Roberto en la finca El Capricho. Recordad que la cabeza

estaba en la estatua de Saturno. Esa misma pintura estaba en el despacho de Roberto.

—El asesinato está tomando matices misteriosos. ¿Has visto alguna pista más? A lo mejor nos ha dejado una sobre el siguiente asesinato —dijo Vivian.

—No, ya nos dejó en la nota el día que sería, el veinticinco de diciembre, el día de *Sol invictus*. El resto lo tendremos que averiguar nosotros —zanjó Clara—. Seguro que con las pinturas nos quieren decir algo.

—Espera un momento, Clara. Creo que tendríamos que parar y recapitular todo lo que tenemos para asegurarnos de que no se nos ha pasado nada por alto —dijo Carlos.

—¿Qué quieres recapitular? Un masón decapitado en un parque masónico, las pistas masónicas, los dueños masones y una historia masónica. ¡Esto es una locura! —exclamó Jesús.

—La relación de los asesinatos es Goya. Tenemos que encontrar detalles de la vida del pintor y sus Pinturas Negras para resolver los asesinatos. Seguro que hay más pistas en la escena del crimen que tienen que ver con el pintor masón. Estoy convencida.

—Es cierto que para nosotros va a ser complicado ver la pista. Yo he tenido delante una y no he sabido verla. No quiero que sientas presión por nuestra parte, pero me temo, Clara, que el éxito de este caso depende de ti —añadió Vivian.

—A ver, Vivian, somos un equipo. No la pongamos nerviosa. —Carlos tensó la mandíbula mientras echaba una mirada penetrante a Vivian.

El comisario sabía que en cualquier momento Clara podía tener una reacción no previsible y dejarlos sin razón aparente.

—Lo sé —contestó insegura Clara.

Jesús se levantó y se acercó a la historiadora. Sin tocarla y respetando su espacio, quiso mostrarle el apoyo que tenía por parte del equipo.

—Clara, estamos juntos en esto. Sabemos que puedes hacerlo. Has conseguido descifrar el mensaje encriptado. Quizá tomándote un zumo se te pase. —Le guiñó el ojo.

—Es cierto. —Clara se levantó y salió del despacho.

—¿Dónde va? —preguntó Vivian.

—Un zumo, todavía no lo tienes claro. Ella es así —dijo Jesús mientras sonreía.

—Bajad vosotros. Voy a llamar a la logia. Creo que deberíamos quedar con ellos lo antes posible —dijo Carlos.

—¿No hay más resultados de las muestras de ayer?

—No, Vivian, lo único que han podido hacer es la autopsia. Con ella, ya sabemos que primero murió y luego fue decapitado —concluyó Carlos, levantando los hombros.

—Ya. Te esperamos en el bar. No tardes.

—Tardaré, y luego me voy para casa. Estamos en Navidad. Tengo que hacer algunas compras, así que mañana os veo.

—Vale, Carlos.

Jesús había salido prácticamente corriendo detrás de Clara, por lo que Vivian abandonó el despacho sola.

Al cruzar el pasillo para salir de la comisaría, Raúl la cogió del brazo.

—¿Dónde vas?

—Voy al bar, está Jesús con la chica que te comenté ayer.

—Ah, vale. ¿Os importa que baje?

—No, pero no sé si Clara se sentirá incómoda. Ya sabes que es asperger y se siente intranquila con la gente que no conoce —se justificó Vivian.

—Sabes que soy un tipo muy majo. Además, creo que, si hablamos del tema de los masones, no tendrá problema.

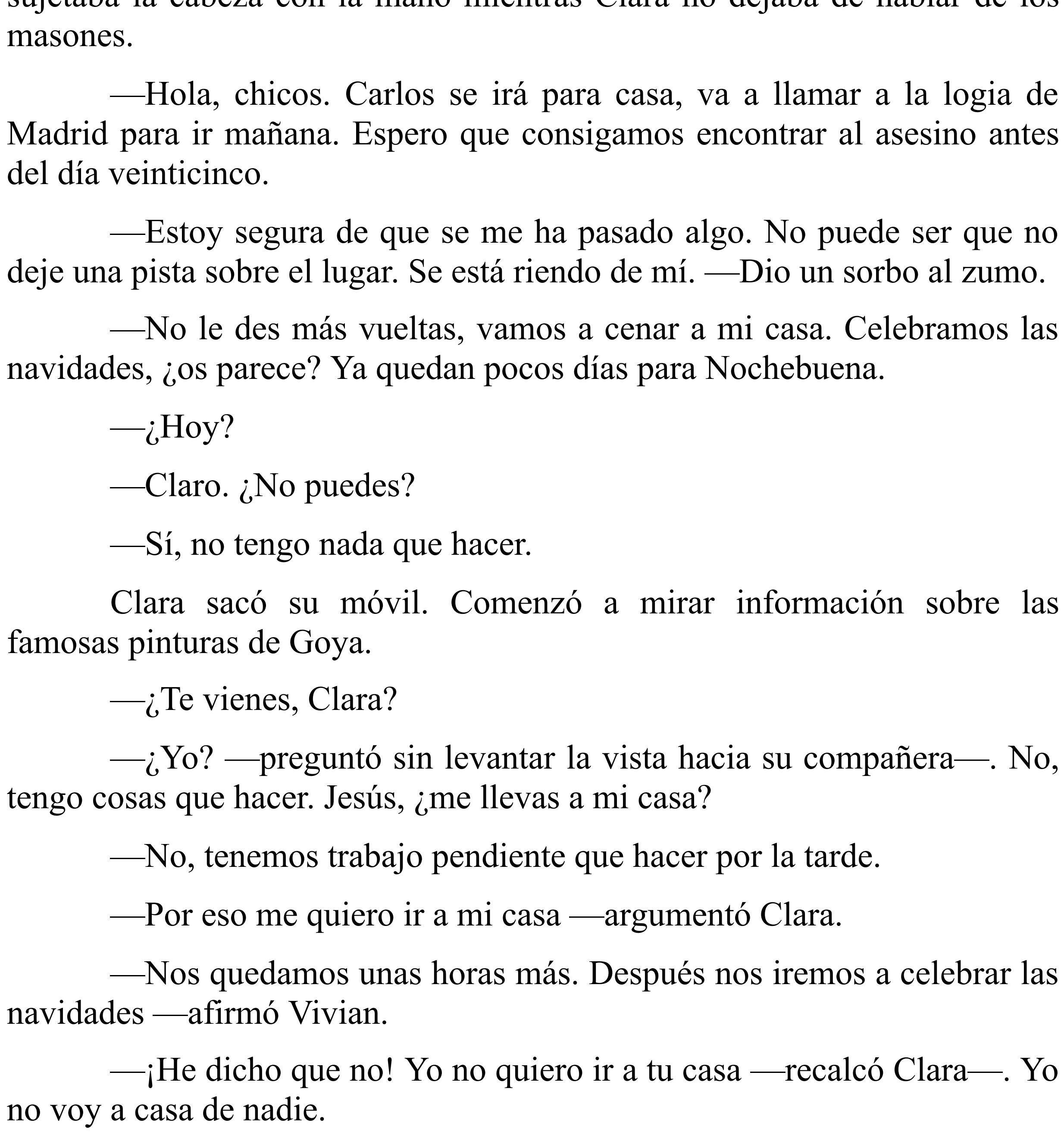
—Puede ser.

—Probamos, si veo que está rara, me marcho. Había pensado que, como no pudimos hacer la cena, podemos hacerla hoy, ¿te parece?

—Sí, es buena idea. Se lo digo a Jesús. Así celebramos las fiestas —dijo Vivian sonriente.

—Díselo a Clara también, por si se quiere venir —terminó de decir Raúl mientras se marchaba a su sitio.

Capítulo 33



Vivian bajó al bar, en una mesa estaban sus dos compañeros. Jesús se sujetaba la cabeza con la mano mientras Clara no dejaba de hablar de los masones.

—Hola, chicos. Carlos se irá para casa, va a llamar a la logia de Madrid para ir mañana. Espero que consigamos encontrar al asesino antes del día veinticinco.

—Estoy segura de que se me ha pasado algo. No puede ser que no deje una pista sobre el lugar. Se está riendo de mí. —Dio un sorbo al zumo.

—No le des más vueltas, vamos a cenar a mi casa. Celebramos las navidades, ¿os parece? Ya quedan pocos días para Nochebuena.

—¿Hoy?

—Claro. ¿No puedes?

—Sí, no tengo nada que hacer.

Clara sacó su móvil. Comenzó a mirar información sobre las famosas pinturas de Goya.

—¿Te vienes, Clara?

—¿Yo? —preguntó sin levantar la vista hacia su compañera—. No, tengo cosas que hacer. Jesús, ¿me llevas a mi casa?

—No, tenemos trabajo pendiente que hacer por la tarde.

—Por eso me quiero ir a mi casa —argumentó Clara.

—Nos quedamos unas horas más. Después nos iremos a celebrar las navidades —afirmó Vivian.

—¡He dicho que no! Yo no quiero ir a tu casa —recalcó Clara—. Yo no voy a casa de nadie.

—Ah, vale. Pues vamos a la tuya. Ya que tenemos que ir a llevarte —decidió Jesús.

—¿A mi casa? —preguntó Clara sorprendida.

—Tú verás. Vamos a la mía o a la tuya, cuando te decidas aviso a Raúl. —Se sentó en la silla para tomarse un café con sus compañeros.

—No quiero, ya os lo he dicho. Me tomo el zumo, y Jesús me lleva a mi casa —sentenció.

—De eso nada. Vivian te ha dado dos opciones, elige la que quieras.

—Escuchad, sé lo que busca el asesino: el ma'at. Tengo que descubrir dónde se encuentra para él. No puedo perder el tiempo.

—¿Perdona?

—Está bien, pues a tu casa... ¿Cómo? —reaccionó Jesús unos segundos después.

—Lo que habéis oído. Además, quedan pocos días para Navidad.

—¿Qué es eso de ma'at? —insistió Jesús.

—Es el equilibrio para los masones. Es una palabra egipcia. Las dos columnas, Boaz y Jaquín, son el soporte para encontrar el equilibrio, el descubrimiento de la luz para ellos, el camino correcto. Es la finalidad de la logia. También está relacionado con la idea de resurrección, que por cierto no tiene nada que ver con lo que nos ha querido inculcar la Iglesia. El asesino quiere conseguir el equilibrio. Para él se ha cometido la injusticia de apartarle de la logia. Ahora está buscando el ma'at, el equilibrio, a través de la muerte de aquellos que le expulsaron.

—Explícate.

—La resurrección es algo simbólico. Jamás existió la muerte y vuelta a la vida como lo explican en la Biblia por parte de Jesús y como nos han hecho creer. Es una idea del antes y el después de ser masón. Incluso en uno de sus rituales se reproduce. Sales de la oscuridad para encontrar la luz y resucitar como un hombre nuevo. De ahí la idea de la muerte y la resurrección. Eres una persona nueva, distinta. Encuentras el camino correcto de luz al entrar en la logia. Lo mismo nos hicieron creer con la anécdota de que Jesús convertía el agua en vino.

—¿Qué significa?

—Era la conversión de los no católicos a la religión. Evidentemente, no convirtió el agua en vino —afirmó rotunda con los ojos abiertos, simbolizando su incredulidad—. Los que no eran católicos se les asemejaba al agua y, una vez que se bautizaban, eran vino.

—No lo sabía.

—Entonces tampoco sabréis que Juan Pablo II se tomó la molestia de justificar el plagio del día de Mitra: «A los cristianos les pareció lógico y natural sustituir esa fiesta con la celebración del único y verdadero Sol, Jesucristo, que vino al mundo para traer a los hombres la luz de la verdad». Antes de copiarse del mitracismo, el nacimiento era el seis de enero, que también es mentira porque se ha descubierto que fue en agosto. En fin. —Resopló—. El día veinticinco es el día de Mitra, el rey Sol, el día de la resurrección. Es un día especial para los masones.

—¿Nos estás queriendo decir que el asesinato no será el día veinticinco?

—Lo que estoy queriendo decir, es que no sé si es una trampa. La pista es demasiado obvia, ¿no? Puede ser que tenga truco. Aunque estoy convencida de que, si es un masón auténtico, nos querrá demostrar lo que sabe y será el veinticinco. Nos dejó la nota de *Sol invictus*.

—¿Por qué tanto interés en demostrar lo que sabe? —preguntó Vivian. Estaba tan concentrada en cada una de las palabras de Clara, que ni siquiera se había pedido el café.

—Fácil. Para ser masón tienes que pasar varias pruebas. No es tan sencillo, son años. Una de esas pruebas es de historia. Aunque estos rituales nos los deberían aclarar en la propia logia.

—¿Crees que el asesino pasó por varios rituales y luego le echaron?

—Sí, creo que si no fuera así no sabría tanto. Se está dejando la piel en dejar sus conocimientos masónicos en la escena del crimen y en la víctima.

—Tiene sentido.

—Por supuesto que lo tiene. Está todo relacionado. ¿No lo veis? El sitio, la víctima, la forma de morir e incluso la casa de Roberto.

—Sí, tienes razón.

—El crimen está cometido por un masón o alguien que lo quiso ser. No estoy segura de que no sea una persona que todavía pertenezca a la logia —incluyó pensativa.

—Entiendo lo que quieres decir, pero tenemos que cerrar el círculo de sospechosos. Tienes que estar segura de una opción u otra —explicó Jesús.

—Lo sé. Si tengo que escoger, diría que ya no está dentro, o bien son varias personas.

—¿Varias?

—Sí, hay que valorar que tiene demasiados recursos para perpetrar un crimen como lo ha hecho. La pista fundamental es que conocía a Roberto. Si descartáis a Nicolás, solo quedan personas de su otro ámbito, es decir, la logia.

—Tienes razón —afirmó Vivian.

—Ahora bien, ¿estás segura de que es el día veinticinco? —preguntó Jesús.

—Sí, o al menos debería serlo si quiere demostrar que su expulsión fue injusta. Mirad, ha elegido minuciosamente cada uno de los detalles del crimen en relación a la masonería. No ha dejado ninguno al azar. Son imprescindibles para entender que es un motivo masón. ¿Me entendéis?

—Creo que sí —respondió Vivian.

—Hay que seguir investigando para dar con la relación del lugar. Tened presente que la Iglesia cambió el cristianismo para convertirlo en lo que se conoce ahora, pero en las antiguas civilizaciones no era así. Además, Jesucristo era feminista, creía en la igualdad tanto de género como de clases. Por esa razón, muchos principios de la logia no se comprenden, porque las logias conservan los principios iniciales independientemente de la religión.

—Tenemos trabajo que hacer, pero también hay que descansar, Clara —dijo Vivian—. Este caso hay que evaluarlo desde la distancia para encontrar las pruebas que nos lleven al lugar. Debes descansar.

—Sí, estoy de acuerdo. Creo que nos merecemos un descanso esta noche. Así que decide, Clara, ¿en tu casa? —insistió Jesús.

—Está bien, pero me llevas ya.

Clara se levantó y se dirigió a la barra. Tenía hambre y decidió pedir comida. Necesitaba llenar el estómago para pensar mejor.

—¿Qué hace? ¿No ha dicho que se quería ir ya? Está pidiendo comida —se respondió a sí mismo al ver a Clara coger la carta del bar.

—¿Para qué preguntas? —dijo Vivian con los ojos en blanco—. Mándame la ubicación de Clara, luego os veo, que voy a ver qué encuentro sobre el caso. Esperaré por si llega alguna pista más, aunque lo dudo bastante.

—Vale. Te la mando ahora mismo.

Jesús miraba a Clara, sentado en la silla con el vaso de café vacío. Al ver cómo pedía comida, decidió que él haría lo mismo. Les quedaban todavía varias horas de investigación por delante. Esperaba que Clara descubriera dónde podía ocurrir el siguiente crimen. Deseaba que no se equivocara y la fecha fuera correcta.

El agente tenía la sensación de que había demasiados datos inconclusos y, dependiendo de dónde consultaras, eran ideas contradictorias. Clara, por suerte, tenía presente hasta esos detalles, pero la incertidumbre de dominar el tema le volvía especialmente intranquilo.

Clara estaba disfrutando con la compañía y el trabajo de asesora para la Policía. Era una experiencia única que jamás hubiera imaginado que le ocurriría a ella. Había sido una suerte que los policías fueran a buscarla. Ahora estaba con Jesús en el bar, ese agente provocaba en ella sensaciones que nunca antes había sentido. El olor de Jesús le daba cierta paz y la devolvía a la realidad. No podía dejar de desear estar cerca de él y disfrutar de su presencia. Por la mañana, el primer pensamiento que se coló en su cabeza fue la cara del policía. Ella sabía que una persona como Jesús nunca se fijaría en alguien «extraño». Jesús era deportista, alto, guapo, y sabía tratar a las mujeres. Tenía un carácter abierto que se presagiaba por las continuas relaciones sociales que tenía a lo largo del día. Poseía un don innato de sociabilización que Clara admiraba y envidiaba al mismo tiempo.

A la historiadora le gustaba la idea de ir a cenar juntos para celebrar las navidades, pero tenía a su vez cierto temor. Nunca había hecho nada parecido, nunca llegó a tener una confianza forjada con nadie como para hacer cenas o pasárselo bien. Ella siempre había preferido quedarse en casa leyendo o jugando a la consola. Aun así, le embargaba la idea de quedar con unos amigos. La presencia de Raúl no le llegaba a convencer, porque no lo conocía de nada, pero al ser la pareja de Vivian, pensó que no sería transcendental que fuera. Probablemente, también se esforzara en ayudarla como Vivian hacía. Además, la inspectora le habría puesto en antecedentes con su síndrome de Asperger. Ella sabía que a Vivian le llamaba la atención su personalidad sin prejuicios. Lo único que quería era pasar tiempo con Jesús, después del caso no tendría una nueva oportunidad de volverlo a ver. Al menos tendría que aprovechar los días que quedaran para resolver el crimen.

Jesús se colocó detrás de ella en la barra, por encima de su hombro, mientras escogía su comida.

—¿Tú qué vas a comer? —preguntó Jesús.

Clara se quedó paralizada al notar la presencia de ese chico tan cerca de ella. No le gustaba que la tocaran, pero con él todo era diferente.

—Patatas fritas.

—¿Solo?

—Sí, no me gusta nada más.

—¿En serio? Lo cierto es que no me extraña. Tampoco comes de todo, ¿verdad? —comentó Jesús, que la miraba con una ligera sonrisa en sus labios.

—Sí, tenemos hipersensibilidad al gusto. No nos gusta prácticamente ningún plato. Además, soy vegana. Por lo que solo como patatas fritas y verdura.

—Eres una chica súper original. Me gusta. No hay nadie en el mundo como tú. Eso hace que tengas un carácter fuerte y una personalidad única, Clara.

Jesús estaba asombrado con la historiadora. No tenía prejuicios ni estaba sujeta o supeditada a ningún comentario o estereotipo, simplemente hacía o decía lo que quería, sin más, sin importar las consecuencias. El aura que rodeaba a Clara era diferente al resto de mujeres que había conocido. Tenía sentimientos encontrados acerca de ella.

—Yo también comeré lo mismo que tú —decidió Jesús.

—¿Por qué? —preguntó Clara extrañada y perpleja.

—No sé, estamos los dos solos, no hay nada de malo en comer lo mismo. Además, a mí las patatas fritas también me encantan, y ya que llevo varios días sin ir al gimnasio, así me salto todas mis rutinas de una. ¿Qué te parece?

Clara no contestó, simplemente, una pequeña sonrisa se dibujó en su boca. No sabía qué significaba esa situación, o si es que significaba algo, pero estaba cada vez más cómoda con él.

La elección de que la cena fuera en su apartamento era la mejor decisión. Era el terreno donde se sentía segura, por esa razón prefirió que fueran a cenar a su casa. La comida sería un problema, pero al menos Jesús ya lo sabía. Estaba convencida de que le echaría una mano para escoger la cena.

—Vamos a sentarnos hasta que nos traigan la fuente de patatas fritas.

—Gracias, Jesús —dijo mirando fijamente al agente a los ojos.

—No ha sido nada. A mí también me encantan.

—Lo digo por no tratarme como un bicho raro.

Jesús sonrió y se sentó al lado de Clara dispuesto a comer una cantidad insana de calorías.

—No eres ningún bicho raro, Clara. Que no seas como el resto no quiere decir que sea así. Además, los genios tienen una personalidad antisocial, no me malinterpretes.

—Lo sé. Mucha gente piensa que es un castigo ser asperger, pero no lo es. Yo soy feliz, antes estaba depresiva porque no comprendía a la

humanidad, pero con el paso de los años me he dado cuenta de que no lo necesito.

—Clara, ya has visto que yo soy una persona excesivamente sociable, y te puedo confirmar que la mayoría de los individuos solo esperan a que te equivoques para ser felices. Prefieren perder el tiempo en criticarte, anteponiéndolo a su propia felicidad.

—Sí, eso es. Por eso estoy mejor en mi casa. Allí soy yo, nadie me evalúa de manera constante. Es agotador vivir así. —Clara, por primera vez en su vida, sonrió de felicidad, había encontrado a una persona que la comprendía y respetaba.

—¿Quieres un consejo?

—Bueno.

—Haz siempre lo que quieras y como quieras, porque, de todos modos, siempre te van a criticar. Lo más difícil en la vida es aprender a vivir con las críticas y los ojos desgarradores de la gente que no es feliz. Si consigues aprender eso, no habrá nadie que te pare, y tú vas por buen camino. ¿Me he explicado?

—Por supuesto, tienes toda la razón. Aunque seas perfecta, siempre va a existir alguien que, por pura envidia, te critique. Creo que ya he aprendido bastante, por eso no me esfuerzo en comprender. Yo soy así, y a quien le guste genial, y a quien no, ya sabe, que siga perdiendo su tiempo en criticarme —terminó de decir.

—Esa es mi Clarita. Ahora, a comer una cantidad indecente de calorías.

La camarera llegó con la fuente de la comida preferida de la asesora.

«Vales mucho, Clara. Bastante más de lo que piensas».

Capítulo 34

Después de la comida, Clara decidió que no quería trabajar en la comisaría. El único lugar en el que se sentía cómoda era su casa, por eso quería irse de aquel lugar nada más comer. Tenía la imperiosa necesidad de rodearse de sus libros y zambullirse en todas esas páginas repletas de historias que contar.

La viuda de Roberto, no sabía si por efecto de las pastillas, o bien por su profesión, estaba segura de que era una persona culta, pero si tuviera información se lo hubiera hecho saber. La mujer afirmó tener conocimiento de que su marido era masón, pero hasta ahí llegaba su control sobre el tema. Clara estaba convencida de que Roberto pertenecería a la cúspide o a lo más alto del organigrama organizativo de la masonería en España. Solo había una manera de confirmar la hipótesis de Clara: hablando con La Gran Logia de Madrid. Estaba excitada al pensar que Carlos había conseguido una reunión con la organización. Tenía tantas preguntas que hacer... Demasiados años esperando esa oportunidad. Pero era consciente de que no era una reunión entre amigos para conocer la masonería, sino por un asesinato de un maestro de la misma. Sin lugar a dudas, sus inquietudes tendrían que esperar hasta el día siguiente.

En cuanto a la mano derecha de Roberto, Nicolás, le resultaba especialmente llamativo que no conociera su estatus de masón. Hacía muchos años, durante el franquismo, fueron perseguidos y casi exterminados en España, pero hacía tiempo que aquella situación había pasado a la historia. Ahora los masones podían decir abiertamente que pertenecían a la logia, aunque es cierto que muchos de ellos no querían hacerlo público porque el desconocimiento y la historia había provocado que en la sociedad hubiera sentimientos contradictorios entre admiración y odio por los temas de la masonería.

Clara y Jesús salieron del bar de camino al coche. Esa tarde la pasarían investigando a los sospechosos mientras la historiadora intentaba encontrar más pistas. Estaba convencida de que entre aquellos símbolos se encontraba encriptado el lugar del crimen.

Sus ganas de averiguar más sobre el asesinato se alternaban con la incertidumbre de la cena.

Al montar en el coche, de camino a casa de Clara, Jesús notó cómo algo preocupaba a su compañera.

—Clara, ¿qué te pasa? Conmigo puedes hablar, ya sabes que yo no te voy a juzgar —dijo rompiendo el silencio en el vehículo.

—Lo sé, pero no te quiero hacer partícipe de mis cosas.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—Clara, yo porque ya te conozco un poco, pero a veces, por no decir siempre, rozas la mala educación. ¿A qué viene que me hables así?

—Tienes razón —afirmó cabizbaja—. No te lo mereces, pero no me he dado cuenta. Solo que no dejo de pensar en la cena, me provoca ansiedad. Tú no lo entiendes.

—A lo mejor lo entiendo mejor de lo que tú te piensas. Estás agobiada porque viene Raúl, ¿me equivoco?

—No, eso es.

—Lo sabía —contestó Jesús mientras se incorporaba a la autopista para ir a Getafe—. No tienes que estar preocupada por eso, lo vas a hacer genial. Raúl es mi mejor amigo, y Vivian es su mujer. No tienes de qué preocuparte. Además, si te pones nerviosa, nos vamos. No vas a quedar mal con nadie, ¿vale? Nosotros ya te conocemos. Seguro que no vas a hacer nada que nos sorprenda. —Sonrió.

—No entiendo, ¿qué quieres decir con la última frase? —preguntó indecisa—. ¿Es bueno o malo?

—No es ni bueno ni malo. Es simplemente lo que es. Eres original, distinta, y como tal, harás cosas acordes con tu personalidad y tu asperger. Ya está.

—Sí, tienes razón, pero sigo pensando que no ha sido buena idea lo de la cena.

—Tienes que cambiar de perspectiva cuando veas las situaciones. Las únicas personas que tienen que importarte son aquellas a las que conoces, el resto dan igual. Por ejemplo, ¿Raúl qué es para ti?

—Nadie —aseguró Clara mirando por la ventanilla del coche.

—Entonces, ¿te importa lo que «nadie» piense de ti?

—Lo cierto es que no.

—Ahí lo tienes. Tú sola me has dado la razón. Además, vamos a hablar toda la noche de masones y templarios, por lo que vas a estar en tu salsa.

Clara suspiró escuchando al policía. Tenía razón. Estaba comenzando a entender que durante su vida se había equivocado de perspectiva, como Jesús le había dicho.

—Tienes razón. —Asintió Clara—. Pero durante la cena hablaremos de lo que yo quiera, ¿vale?

—Trato hecho. Verás como todo sale bien. Te vas a volver una experta en relaciones sociales, ya lo verás —anticipó Jesús.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, Clara. Las ironías las vamos a dejar apartadas, porque esas sí que no las entiendes muy rápido. —Sonrió el agente mientras le guiñaba el ojo para que comprendiera la broma.

—Sí, mejor.

—Cambiando de tema, me he traído el expediente del asesinato. Creo que deberíamos echarle un vistazo, puede que a lo mejor veamos alguna pista de dónde puede ser el siguiente crimen. Porque, ¿estás segura de que habrá otro?

—Sí, estoy segura. También estoy segura de que será el día veinticinco de diciembre.

—Ojalá no tuvieras razón. Quedan pocos días, y con las vacaciones de Navidad va a ser complicado tener todas las pruebas a tiempo.

—¿Quieres decir que faltan más pruebas?

—No lo sé, pero si faltara analizar alguna huella o pruebas relacionadas con la científica, no llegarán tan rápido como de costumbre. En estas fechas la Policía también quiere estar con la familia, ¿sabes?

—Sé.

Llegaron al apartamento de Clara. Jesús aparcó el coche y cogió su mochila, en la que llevaba el expediente del caso y su portátil.

Al entrar en el portal para acceder a la vivienda, sonó el teléfono de Jesús. Al comprobar en la pantalla la llamada entrante, le sorprendió que fuera Carlos. Descolgó.

—Hola, Carlos, dime.

—Hola, Jesús, ¿estás con Clara?

—Sí, eso es. Acabamos de llegar a su casa. Estaremos toda la tarde con el caso. Esperamos encontrar una pista sobre el lugar —explicó Jesús.

—Estaría genial que dierais con esa información. Nos adelantaría mucho el trabajo para encontrar al asesino. Os llamaba porque he quedado mañana en La Gran Logia de Madrid. Mañana a las diez quedamos en la puerta. Ahora te paso la ubicación por el móvil. De todas formas, si esta tarde adelantáis información, llamadme rápido, ¿vale?

—¡Qué buena noticia! Espero que nos puedan ayudar. Clara se va a poner contentísima —dijo mirando a su compañera, a la que le había cambiado el gesto de la cara.

—Ya me lo he imaginado. Me alegro de que le haga ilusión. Bueno, chicos, vamos hablando, que tengo mucho trabajo esta tarde antes de irme a casa.

—Claro, mañana nos vemos.

Se despidió de Carlos.

—Estarás contenta, ¿no?

—Estoy de los nervios. Nunca me lo hubiera imaginado. Espero que esta tarde podamos tener más conclusiones para contrastar información con ellos mañana.

—Seguro que sí. Venga, vamos rápido. No tenemos tiempo que perder.

Capítulo 35

Al llegar a la casa, extendieron los ordenadores y el expediente del caso encima de la mesa del salón de Clara.

Jesús sacó todas las fotografías que acompañaban al caso y rellenó, como si de un puzle se tratara, toda la mesa. Cuando finalizaron, se quedaron en silencio, observando la escena del crimen trasladada a esas fotografías.

Clara cerró los ojos, era la manera que tenía desde pequeña para que su memoria fotográfica hiciera su trabajo.

Comenzó a pensar en la relación que podría unir a todas las fotografías. Creía que existía una alta probabilidad de un denominador común en las pistas que los pudiera llevar a un lugar. Se esforzaba en encontrarlo, pero no conseguía despejar la incógnita que tenía encima de la mesa.

Jaquín y Boaz se habían acostumbrado a la presencia de Jesús por el apartamento y no dejaban de reclamar atención al policía.

Clara estaba agotada y desesperada. No encontraba una relación simple entre aquellas pistas. El caso estaba dejando huella en la autoestima de la historiadora. Siempre había pensado que nadie en España tendría más conocimientos sobre estos temas que ella, pero se estaba dando cuenta de que no era así. El grado de frustración por la pérdida de la pista en el asesinato de Roberto, se convirtió en ira. A veces no sabía controlar sus emociones, y lo exteriorizó de tal manera que el policía se asustó por aquella inusual reacción en Clara.

Se levantó del sofá dando un fuerte golpe en la mesa.

—¡Joder!, ¡estúpida! —exclamó, entrando en la habitación destinada al uso de biblioteca.

A Jesús se le abrieron los ojos de par en par. No se esperaba la reacción de Clara. Se levantó y la siguió.

—Clara, tranquilízate.

Estaba sentada en el suelo, llorando mientras revisaba uno de sus libros de masonería.

—¡Déjame en paz!

—Como quieras. ¿Me voy?

No contestó, solo siguió llorando. Jesús se conmovió al ver cómo la situación había sobrepasado a su compañera. Después de insinuar su marcha, se arrepintió. Comenzó a pensar cómo le estaban exigiendo demasiado en una situación tan complicada y supeditada a la presión mediática. En uno de los artículos que había tenido lugar en la prensa escrita había aparecido su nombre como experta en el tema. Si no conseguían dar caza al asesino, sus días como ilustrada del tema llegarían a su fin. «Es demasiado para cualquiera», pensó Jesús.

—Venga, Clara, voy a hacer un café y nos ponemos otra vez.

—No, vete. Se acabó —sentenció.

—No me pienso ir, es más, vamos a terminar esto y después cenaremos. Además, mañana tenemos la reunión. Te necesitamos, así que relájate. Me da lo mismo que me eches, porque no me pienso ir. —Sonrió.

Dejó de llorar y se giró al oír la contestación de Jesús. Nunca nadie le había dado una respuesta contraria a su soberbia ni un apoyo incondicional.

—¿Qué?

—Ya me has oído, no me pienso ir —contestó mientras se alejaba de camino a la cocina.

—Gracias —reaccionó.

—Eso está mejor. Ahora puedes sentarte y te llevo el café. Tenemos mucho que hacer, ¿sabes? Así que reacciona como una experta en historia, que es lo que eres —regañó Jesús—. Una persona va a morir el día veinticinco, intenta esforzarte en encontrar pistas, y no en llorar y rendirte —argumentó Jesús en tono cariñoso.

—Perdóname, tienes razón.

Se sentó en el sofá, al hacerlo una imagen le vino a la cabeza.

—¡Ya sé qué es!

Jesús, entusiasmado, volvió al lado de Clara.

—¿Qué? ¿Tan rápido?

—Creo que sí, me ha venido bien tu bronca —dijo sin dejar de mirar las fotos—. Si este es el primer asesinato y está todo relacionado, sin lugar a dudas el único enlace es Francisco de Goya. Tiene que ser, no puede ser otro nexo de unión. Incluso las pinturas estaban en el despacho de Roberto.

—Puede ser —contestó Jesús repasando las fotografías—. Explícate mejor, por favor.

Clara sonrió.

—Haz el café y vente. Ahora te cuento, me voy a preparar la exposición —dijo con un semblante que se volvió radiante ante la mirada de su compañero.

—Está bien, voy rápido. Sabía que lo ibas a conseguir. Estaba tan seguro…

—Gracias —contestó cabizbaja.

—Somos compañeros, que no se te olvide.

—Tranquilo, no se me olvidará. Ahora te cuento y llamamos a Carlos, cuando me digas qué te ha parecido la relación de Goya con las pruebas.

—Creo que es mejor que llamemos a Carlos y a Vivian ya, así nos enteramos todos a la vez. Puede que nos venga bien para la reunión de mañana en la logia, ¿no te parece?

—Tienes razón. Vamos a llamar a Carlos, seguro que Vivian está con él todavía.

Jesús terminó de preparar los cafés. Se sentó al lado de Clara y llamó a Carlos. Todos sus músculos se habían tensado, se encontraba en el mismo estado emocional que su compañera. Todavía no habían dado con la pista del lugar del crimen, pero habían avanzado mucho en un par de días. Si el proceso de resolución de pistas cumplía el pronóstico de la misma manera que los días anteriores, no tardarían en encontrar la pista que les

condujera al asesino. Solo esperaban que el siguiente crimen no tuviera lugar.

—Carlos, por fin hemos encontrado la relación que existe entre todas las pruebas que tenemos —dijo Jesús feliz.

—¿Cómo? ¿En serio?

—Sí, eso parece.

—Dime, ¿qué es?

—Francisco de Goya —contestó Jesús, mirando a Clara.

—¿Goya?

—Sí, eso es. Estamos en casa de Clara, venid para aquí y hacemos la reunión. Así nos lo cuenta a todos a la vez.

—Está bien, se lo digo a Vivian y vamos ahora mismo. Es perfecto que Clara haya encontrado la relación, así en la reunión con la logia tendremos más que preguntar. Espero que estén dispuestos a ayudarnos. No me entretengo, ahora vamos.

—Genial, os esperamos.

—Por cierto, ¿no habíais quedado para cenar hoy?

—Sí, eso es. Iba a venir Raúl.

—Le digo que se venga entonces, a lo mejor puede aportar algo. Así somos más cabezas pensando —afirmó Carlos.

—Perfecto. Seremos más estrujándonos el cerebro. Incluso puede aportar una idea que nos sea de utilidad.

—Eso es. Ahora nos vemos. Estoy nervioso por saber qué ha descubierto Clara. Nunca me hubiera imaginado que todo esto tendría relación con Goya. ¿Es por las pinturas del despacho de Roberto?

Jesús comenzó a reír.

—Venga, Carlos, no seas curioso. Venid rápido y lo hablamos juntos. Yo tampoco lo sé, estamos esperando para oírlo todos a la vez. Así nos vemos la cara desencajada en directo.

—Tienes razón. —Sonrió.

Clara y Jesús se sentaron en el sofá en silencio. Esperarían a que estuviera el equipo para comenzar a resolver las incógnitas de aquel crimen tan escabroso. Esperaban resolver el caso lo antes posible.

Capítulo 36

Pasó alrededor de media hora cuando Raúl, Vivian y Carlos llegaron a la casa de Clara.

Al sonar el telefonillo anunciando la llegada de los policías, la historiadora se volvió inquieta. No solo estaba impaciente por contar la relación de Goya con el asesinato, sino que la presencia de Raúl le estaba acelerando el pulso. Debido a su condición, las relaciones nuevas no se le daban del todo bien, ella era consciente de su problema social. Esperaba poder encajar la conducta de Raúl en algunos de los patrones predefinidos de comportamiento, para que se le hiciera más llevadera la velada de esa noche. «Espero hacer lo correcto, creo poder comportarme como un neurotípico esperaría. Puedo hacerlo, ni siquiera le conozco, no sé por qué me pongo tan nerviosa».

Entraron por la puerta ante la sonrisa maliciosa de Jesús. Sabía que sus compañeros se estaban volcando con aquella investigación.

—Hola. Ya estamos todos. Clara, estamos intrigados, así que tú dirás cuándo empezamos.

Era el mes de diciembre y en Madrid las temperaturas eran bajas. Clara había encendido la calefacción y, al entrar los policías, rápidamente sintieron una oleada de calor en sus rostros.

Se quitaron los abrigos. Raúl era conocedor del síndrome de Clara, Vivian había tenido la deferencia de contarle a su pareja la manera de relacionarse que tenía. Quería que ella se sintiera lo más cómoda posible, y si lo conseguían en su casa, no tenían ningún problema.

Raúl habló con Clara con la finalidad de conseguir que su presencia fuera lo más placentera posible. No quería que se sintiera incómoda con él cerca.

—Hola, Clara, soy Raúl, la pareja de Vivian. Me han hablado mucho de ti. Yo también soy policía, así que puedes estar tranquila, que no te voy a juzgar, y estoy aquí para ayudar —añadió con un tono afable en sus palabras.

—Hola, Raúl. Me alegro de que hayas venido. ¿Te han dicho que soy asperger?

—Sí, yo tampoco comprendo a la gente, así que ya somos dos —murmuró.

—Sí, ya somos dos —repitió ella.

—Cierto. No te cohíbas con mi presencia, por favor. Sé tú, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—Por cierto, si les tienes que dar algún grito, tienes mi apoyo. —Sonrió.

Ella entendió que Raúl estaba siendo lo más hospitalario posible, quería conseguir que su presencia en la reunión no alterara sus emociones, y lo consiguió. Después de la breve conversación, los miedos de Clara se desvanecieron, al menos parcialmente. Nunca estaba completamente segura cuando se encontraba rodeada de gente.

Jesús quería que aquella reunión sobre el caso fuera recordada por todos como un día especial, así que hizo los honores oportunos para cuidar cada uno de los detalles y que los presentes se sintieran en una atmósfera adecuada para seguir con el caso y alcanzar la resolución del asesinato.

Raúl era una persona especial y sincera. Le gustaba rodearse de gente amable y sensible, como él mismo era. Entendía a Clara a la perfección, cuando era adolescente tuvo esa sensación de no comprender a la gente de su alrededor y no encajar en el modo en el cual la sociedad estaba organizada. Se sentía diariamente fuera de lugar. Por esa razón, cuando Vivian le contó la personalidad de Clara, se propuso intentar hacerle la vida lo más fácil posible. No quería ser el elemento detonante para el malestar de la chica. Con sus primeras palabras, llegó a la finalidad planteada en cuestión de minutos.

—Clara, voy a hacer unos cafés para todos. Creo que esta noche va a ser larga —afirmó Jesús.

—¿Te ayudo? —preguntó Raúl, mientras se levantaba del sofá.

—Vale, así tardamos menos y empezamos antes con la gran exposición que nos va a hacer Clara —adelantó Jesús.

—Gracias —dijo sonrojada.

—Clara, estamos sorprendidos por la rapidez con la que estás resolviendo las pistas, es alucinante. No te imaginas lo contentos que estamos porque hayas aceptado trabajar con nosotros de asesora externa. Estoy convencido de que si no estuvieras aquí estaríamos dando palos de ciego —felicitó Carlos.

—Muchas gracias. Me encanta este trabajo. No quiero encontrar al asesino para quedarme con vosotros —añadió seria—. Pero lo voy a encontrar, por supuesto. Aunque no quiero —reafirmó.

—Te vamos a echar de menos —añadió Vivian con una ligera sonrisa en sus labios.

Los amigos llegaron con los cafés y se sentaron en el sofá. Habían realizado un pequeño círculo alrededor de la mesa del centro del salón, en la cual estaba el portátil de Jesús y las fotografías e informes del expediente del caso.

—¿Empezamos, Clara? —preguntó Carlos con impaciencia, sin dejar de mover las piernas.

Jesús comprobó que el comisario estaba nervioso. En este caso se estaban jugando mucho debido a la presión de los jefes por culpa de los medios. Toda la sociedad al completo estaba pendiente de las decisiones que tomaba el grupo para resolver el crimen masónico.

La historiadora estaba impaciente por comenzar y exponer sus adelantos en el expediente, pero no dejaba de sentirse incómoda por tener todas las miradas en su persona y la sensación de no querer fallar con sus indagaciones.

«Lo haré lo mejor posible para dejar fehaciente la relación y encontrar al asesino. Ser asperger es un don, no una maldición. Gracias a esa pequeña obsesión, estoy ahora aquí».

—Por supuesto, empezamos —dijo Clara—. Dejad que termine lo que tengo que decir sin interrumpirme. Cualquier pregunta, la hacéis al

final. No quiero parecer desagradable, pero me podéis despistar y no es conveniente, ¿vale?

Todos los presentes asintieron con la cabeza. Solo Jesús se atrevió a abrir la boca.

—Por supuesto, estamos ansiosos por escucharte. —Con un movimiento de manos, la invitó a continuar.

—La figura central de nuestra investigación es Francisco de Goya y Lucientes. Nuestro archiconocido pintor español era amigo de los duques de Osuna, como ya os comenté. Era pintor de la realeza del momento y de la corte. El parque El Capricho era centro de reunión de los masones, entre los que se encontraba Goya, como amigo predilecto de los propios duques; así lo confirmaban todas las obras del pintor en las distintas estancias de la finca. Una de sus obras más emblemáticas fue *Saturno devorando a sus hijos*, figura ante la que apareció la cabeza del asesinado Roberto, el día diecisiete de diciembre, día de los Saturnales del imperio romano. Esa misma obra se encontraba entre la colección de las llamadas Pinturas Negras en la Quinta del Sordo, casa donde Goya vivió hasta que se mudó a Burdeos, Francia. —Clara se quedó callada de repente. Se sentó en el sofá y se echó las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa, Clara? ¿Te encuentras bien?

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Ni siquiera me había acordado hasta ahora mismo. Nuestro querido asesino lleva meses matando gente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Carlos.

Vivian y Raúl observaban a Clara con gesto de asombro. En el grupo se lanzaban miradas unos a otros ante aquella explosión de emociones de Clara. No la conocían de hacía mucho tiempo, pero tenían la certeza de que esa reacción no tenía nada que ver con el asperger, sino con el caso.

El comisario, ante el silencio de Clara, se levantó del sofá. Estaba más nervioso de lo habitual y sabía que el gesto de la historiadora no presagiaba nada bueno.

Se sentó al lado de ella. En el momento en que le iba a coger las manos para apartárselas de la cara, se dio cuenta de cómo Clara reaccionó. El contacto para ella era insoportable. Sabía que había sentimientos entre Jesús y Clara, por lo que tomó la decisión con la mirada para que el agente interviniera. Él estaba sentado al lado de su compañera, así que le cogió las manos y se las apartó de la cara. Pudo observar cómo los ojos de Clara estaban inundados. Ese caso era importante para todos, pero para ella era un obstáculo amargo que debería saltar sin dejar de ser juzgada por los demás.

Con la mirada penetrante de Jesús, rompió a llorar. La situación y el descubrimiento de un hallazgo nuevo fue demasiado en aquel momento. Tenía las emociones a flor de piel, no podía dejar de pensar. «He sido una estúpida. ¿Cómo no lo he visto antes?».

—Jesús, he cometido un error grandísimo —comenzó a hablar como si solo ellos dos estuvieran en el salón—. La quema de la catedral de Notre Dame fue el primer asesinato, el crimen de Roberto ha sido el segundo —afirmó con la mirada perdida, apretando fuerte la mano de su compañero.

—¿Qué? —El agente se levantó del sofá de un bote.

El caso se acababa de complicar más de lo que en un primer momento pensaban.

Vivian y Raúl se miraron extrañados con aquella afirmación de Clara. Habían escuchado la noticia hacía unos meses, en octubre, pero no recordaban los detalles de la quema ni de las víctimas.

—Clara, ¿por qué piensas eso?

—Tranquila, cuéntanoslo cuando quieras. —Jesús se volvió a sentar al lado de ella, no quería que se sintiera desprotegida.

—Es la primera relación con Goya. Fue el trece de octubre en la catedral de Notre Dame donde se quemó en una hoguera al último gran maestre, James De Molay.

—¿Cómo? ¿Qué? ¡No puede ser! —Carlos no dejaba de moverse de un lado a otro del salón.

—¿Por qué piensas eso, Clara? —dijo Vivian.

—Intenta explicarte cuando estés más tranquila. Para ti, por lo que veo, es bastante obvio, pero no entendemos nada.

—Lo sé.

Jesús se levantó y llevó un vaso de agua. Ella dio un sorbo y, cuando todos se volvieron a sentar, comenzó a hablar de nuevo.

—El último gran maestre de los templarios, después de ser torturado y traicionado por el monarca Felipe y el papa Clemente, fue quemado en la hoguera delante de la catedral de Notre Dame. Por ese motivo, el día trece se considera un día de la mala suerte. Tras la maldición que Molay hizo sobre ellos, ambos murieron como predijo el maestre. Traicionaron a la orden. Después de aquel día los templarios fueron perseguidos y aniquilados. Cuando se incendió la catedral aparecieron dos muertos en el interior, uno vestido de monarca y otro de papa —explicó atropellada por sus propias palabras.

—¿Estás diciendo que ese es el primer asesinato? ¿En la catedral de Notre Dame?

—Es el inicio de las muertes. Estoy segura de que nuestro asesino se considera traicionado por los masones igual que James de Molay lo sintió por el papa y el monarca, ¿lo veis?

—Claro, pero… ¿Goya?

—Goya se exilió en Burdeos, allí vivió hasta su muerte. Muchas de sus pinturas de *Toros* las pintó allí. La misa por su muerte se realizó en la propia catedral. Pero hay más. —Bebió otro sorbo de agua.

Los cuatro estaban escuchando a Clara con gestos de asombro e incredulidad.

—El día de la quema de la catedral, el día trece de octubre, la estatua de Goya apareció decapitada con una soga en la cabeza y una piedra colgada en la mano. Ah, una pintura de *Toros* en el suelo, ¿lo veis ahora?

El silencio inundó la estancia. Nadie dijo nada, por lo que Clara continuó.

—Los asesinatos de Francia con la pintura de *Los Toros*, lo que nos quería decir es que sería en España, donde ha ocurrido. —Clara estaba

conmocionada por lo que acababa de contar pero, sobre todo, por entender cómo en ese preciso momento las pistas comenzaron a encajar una tras otra.

Nadie dijo nada. Unos se miraban a otros, pero sin mediar palabra. Si Clara tenía razón, con el próximo asesinato se convertiría en un asesino en serie. Era urgente averiguar la identidad de las víctimas en Francia.

—A ver, Goya era un masón. Durante toda su vida se rodeó de hermanos de la logia. Tuvo que exiliarse en el país vecino, donde la vida no le trató tan bien como siendo pintor del rey. Aun así, fue conocido y respetado por los franceses. De hecho, fue enterrado en Francia. Allí estuvo durante sesenta años hasta que se pidió el traslado a España. —Se levantó del sofá, estaba demasiado nerviosa para estarse quieta.

—Vale, Clara, tranquilízate, por favor. Vamos a pensar primero. Tenemos que saber quiénes han sido esas víctimas, y supongo que alguna relación existirá entre Roberto y ellas, ¿no? —dijo Carlos.

—Son masones, estoy segura. El asesino conocía a las víctimas. Incluso las pinturas de Goya estaban en el despacho de Roberto. Creo que es urgente hablar mañana con la logia para que nos aclaren este tema —concluyó Clara sin dejar de caminar de un lado hacia otro de la estancia.

—Sí, yo también creo que es de vital importancia. Además, si no creo mal, lo que tenemos claro es que el siguiente crimen es el día veinticinco de diciembre, ¿no? —dijo Raúl.

—Eso es. Tenemos que centrarnos en descubrir el lugar lo antes posible. Hemos adelantado mucho gracias a Clara, pero queda lo más importante: el dónde —señaló Vivian.

—Yo opino lo mismo que vosotros. Creo que la clave la descubriremos mañana en la logia —añadió Jesús—. Es fundamental conocer el motivo de por qué eligió a esas personas para ahorcarlas en la catedral.

—Chicos, tenemos mucho trabajo por delante —concluyó Carlos con la mirada fija en el suelo, pensativo.

Había llegado el momento clave en la investigación para evitar el próximo asesinato. El grupo estaba confuso porque las pistas los había llevado a un primer asesinato en Francia, pero el ánimo no había

descendido, sino todo lo contrario. La conexión y la lucha por restaurar la paz en la masonería habían comenzado. En la reunión del día siguiente deseaban poner orden en las pistas y llegar a una conclusión que diera el resultado de salvar a la siguiente víctima, estuviera en el país que fuera.

—¿Cenamos? —preguntó Jesús con la intención de volver aquella reunión más informal de lo que se estaba convirtiendo.

—Creo que va a ser lo mejor. ¿Pizza? —preguntó Raúl mirando a Vivian.

Jesús susurró a Clara en el oído. No estaba seguro que fuera de su gusto aquella comida, y no quería que los demás escucharan la conversación por si hacía a Clara sentirse incómoda.

—Yo me voy a casa. Otro día cenamos juntos. Se acercan las navidades y quiero estar estos días en casa con mi familia, ya sabéis que los niños no tienen colegio y me estarán esperando —aclaró el comisario.

—Por supuesto. Dales recuerdos a tus hijos de nuestra parte —intervino Raúl.

—Por supuesto. —Carlos se levantó y se dirigió a la salida—. No te preocupes, Clara, sé dónde está la puerta. Muchas gracias a todos, estáis haciendo un trabajo excepcional. No quiero ponerme sentimental, pero no podría haber escogido un grupo más entregado a la causa —dijo mientras mostraba una inapreciable sonrisa en su rostro.

—Muchas gracias a ti, Carlos, por habernos elegido para este caso —comentó Vivian.

—Te tenemos que agradecer nosotros más a ti, que tú a nosotros. Pero no quiero adelantar acontecimientos, es mejor que esperemos a mañana para comprobar que la logia está dispuesta a ayudarnos —predijo Clara.

—¿Cómo no nos va a ayudar? —interrumpió Jesús.

—No lo creo, pero para evitar otro crimen, nos van a tener que dar información secreta acerca de la logia, y puede que no estén dispuestos a hacerlo, o incluso que sus propios principios se lo impidan —argumentó Clara.

—Yo no pertenezco a la investigación del caso, pero me parece una situación demasiado comprometida incluso para la logia. Pueden parecer culpables o cómplices de los crímenes si no prestan su ayuda para esclarecer los hechos y acabar con las muertes —intervino Raúl.

—Bueno, pedimos unas pizzas y muchas patatas fritas. ¿Seguro que no te quieres quedar, Carlos?

—No puedo, chicos. Otro día. Nos vemos mañana para la reunión con los masones. Cruzad los dedos para que decidan colaborar en el caso. —Abrió la puerta y se marchó.

Carlos salió del piso con la noche de un invierno en el mes de diciembre. El frío le devolvió a la realidad a la que se deberían enfrentar con los asesinatos. Esperaba que no se filtrara la nueva información y que la colaboración con el país francés tuviera buen resultado.

Lo que en un primer momento era un crimen complicado por la simbología, se había convertido en una venganza hacia los masones. Una vez más, eran perseguidos sin motivo y perjudicados por el misticismo que les rodeaba. La gente suele odiar lo desconocido y verter ideas erróneas sobre lo que no comprende.

Intentaría disuadir a los medios. Que un loco tuviera una venganza contra la logia, no debería perjudicar a los masones en los medios. No quería que volviera la persecución sin motivo a la que fueron sometidos durante el franquismo.

Carlos estaba orgulloso de Clara, estaba, no solo demostrando su valía, sino también su gran capacidad para enfrentarse a las relaciones sociales que habían invadido su vida de repente. De la misma manera, Vivian estaba demostrando que podía conducir un caso como inspectora.

El comisario se montó en su vehículo y se marchó a su piso, a vivir las navidades como más le gustaba: en familia.

Capítulo 37

Los amigos siguieron hablando después de la marcha de Carlos. El tema de la masonería y la orden templaria había sido siempre de interés general por la sociedad en su conjunto, y en aquella reunión de compañeros no sería una excepción.

La cena no tardó en llegar. Una vez sentados con la comida en la mesa, la conversación volvió a surgir. Raúl no pertenecía a la investigación sobre el caso, pero tenía tanto interés por el tema que no pudo reprimirse las ganas de hablar de ello con el grupo.

—Chicos, no quiero aburrir con el tema, pero estoy alucinando contigo —dijo mirando a Clara.

—Hemos tenido mucha suerte de encontrarte —añadió Vivian.

—Gracias —dijo Clara cogiendo la gran fuente de patatas fritas y poniéndola delante de ella.

Jesús sabía que solo comería patatas esa noche, al verla realizar esa acción en la mesa, sonrió sin ser visto.

—Estoy bastante intrigado con vuestro caso. ¿Cómo has llegado a la conclusión para relacionarlo con el crimen de Francia?

—Al principio no lo he tenido en cuenta porque fue hace muchos meses y, al haber ocurrido en otro país, ni siquiera se me pasó por la cabeza que tuviera relación. Pero, al encontrar tantas pistas con Francisco de Goya y ver que el nexo de unión era él, reaccioné, y espero que haya sido a tiempo.

—Seguro que lo vamos a conseguir. El día de Navidad no habrá ningún muerto —animó Jesús.

—Yo no estoy tan segura, es muy complicado y no le encuentro relación con ningún lugar. Vosotros no tenéis conocimientos, por eso no entendéis mi situación —respondió, sin dejar de comer patatas.

Raúl dio una patada a Vivian sin ser apreciada por Clara, pero sí por Jesús, que miró a su amigo con expresión molesta, levantando un lado de la

parte superior del labio.

La respuesta de Clara le resultó excéntrica por su parte. Era verdad que solo ella tenía los conocimientos, pero ese recordatorio de la realidad no era necesario. Vivian sabía lo que pasaba por la cabeza de su pareja, pero también era consciente de que Clara solo decía lo que pensaba y, en esta ocasión, tenía toda la razón. Además, se sumaban las situaciones que había vivido con aquella chica en la casa de la viuda. «Sin ella jamás hubiéramos descubierto las pistas, y no estaríamos en el punto de la investigación en el que estamos ahora».

—Tienes razón, Clara. Es el motivo por el cual te contrató la Policía. Si supiéramos tanto, no te hubiéramos ido a buscar —intervino Vivian quitando importancia a las palabras de su compañera—. Estoy contenta de que estés con nosotros. Aunque también me vuelves loca y me sacas de quicio. —Sonrió Vivian, mirándola.

—Lo sé, y te pido perdón, pero no lo puedo evitar. Sobre todo, cuando creo que tengo razón y sé que puedo encontrar alguna pista.

—No recuerdo bien los asesinatos de la catedral, fue hace mucho. ¿Qué pistas son las que piensas que dejó el asesino? —preguntó Raúl.

—Los cuerpos ahorcados y quemados es una simbología que hace referencia a lo allí ocurrido con James de Molay. Después de torturarlo, lo quemaron vivo.

—¿Lo torturaron?

—Sí, a él y a muchos más templarios, incluso inventaron elementos de torturas nuevos para hacer confesar a los testarudos que no quisieron testificar en contra de la orden.

—Nunca he entendido por qué tanto odio hacia los templarios o los masones —añadió Jesús.

—Quizá en la situación actual la mayoría de la población no lo entienda, pero en la sociedad en la que se vivía en épocas pasadas y la ignorancia generalizada era el caldo de cultivo idóneo para hacer a la multitud juez y verdugo.

—¿Por qué? —preguntó Vivian mientras comía.

—En aquella época, quien tenía el dinero tenía el poder. En realidad, tampoco ha cambiado tanto —recalcó—. Los templarios, igual que la masonería tiempo después, tenían mucho poder económico. No hay que olvidar que los templarios, los monjes guerreros, daban sus bienes a la Iglesia y hacían votos de pobreza y castidad. Esto era un chollo para la iglesia. El monarca que traicionó a la orden y que después murió con la maldición de Molay, fue Felipe. Era un monarca que arruinó el país y pidió crédito a la orden. Estos se lo concedieron gustosos, pero con intereses, claro. El monarca no tenía intención de devolverle ese dinero a los templarios, lo que hizo que urdiera un plan con el papa Clemente, que también murió con la maldición, para aniquilar a los templarios y quedarse con sus riquezas. Tenéis que tener en cuenta que ser templario era un honor para las familias.

—¿Un honor, por qué?

—En esa época los únicos que heredaban eran los primogénitos de cada familia, el resto de hijos se tenía que buscar la vida, esto hacía que los hermanos fueran caballeros, o bien curas. Para ser caballero no valía cualquiera, ya que tenías que tener dinero para equiparte con lo necesario. Lo que provocaba que pocos cumplieran con el requisito. Por el contrario, para ser templario tenías que dar tu vida a Dios y a su causa, no pertenecías a ningún señor. Era un honor luchar por la Guerra Santa.

—No se pueden entender las sociedades antiguas sin comprender la prioridad que la religión tenía en sus vidas y en sus actos, ¿no? —dijo Vivian.

—Eso es. De Molay ya había hablado con Felipe para establecer una sola orden bajo la Iglesia y la lucha contra los paganos y herejes, por eso cuando le llamaron para ir a Francia no sospechó en ningún momento de la traición que Clemente y el propio monarca le habían preparado.

—Pero ¿el papa qué tiene que ver en todo esto?

—Sencillo, Clemente fue papa porque Felipe así lo quiso. Ya os he comentado que la Iglesia, el rey y el poder estaban unidos.

—¿De qué le acusaron? —preguntó Raúl mientras cogía otra porción de pizza.

Jesús no dejaba de observar a Clara, relatando toda la historia de la época y cómo sus explicaciones encandilaban a los comensales de aquella mesa.

—De herejía.

—¿Cómo? —preguntó Jesús, atragantándose.

—Eso es. Por eso mismo nuestro amigo eligió aquel atuendo para el asesinato en El Abejero que, a su vez, es cómo comienzan la iniciación en la masonería.

—Parece una caza de brujas —incidió Vivian.

—Tristemente, es lo que fue. Entre los caballeros templarios habían enviado simpatizantes de Clemente y Felipe para descubrir sus ritos y los secretos de aquella misteriosa orden. Cuando llegó el momento, los infiltrados afirmaron que eran herejes y paganos. Al resto los torturaron hasta que confirmaron los hechos. Contaron que no creían en Dios, y le tenían por un simple mortal como ellos, para Jesús todos eran iguales, tanto hombres como mujeres, los ricos y los pobres. Molay y los templarios entendían el cristianismo como Jesús lo hacía, no como la Iglesia lo quiso hacer entender.

—¿Qué quieres decir con «como Jesús lo hacía»?

—Jesús era un padre de familia y feminista. Él, junto a su hermano Santiago, formaban las columnas que sostenían el ma'at, conocido por los egipcios como el equilibrio. Ellos dos representaban las columnas Jaquín y Boaz, y juntos harían una sociedad en equilibrio en la que todos serían iguales. Jesús quería encontrar la luz para todos, tanto hombres como mujeres. No era ningún profeta, ni ningún Dios, era un hombre que buscaba «La Verdad» a través del resurgimiento, una vez que se encuentra la luz. Aquí aparece la idea de resurrección, que nunca fue lo que en la Biblia se nos ha querido hacer creer. Era una muerte figurada en la que cada hermano encuentra su camino para ser templario o masón. Por esta razón, en lo rituales de iniciación de la masonería se hace el ritual de la muerte y la resurrección, con ataúd incluido, cuando perteneces a la logia. ¿Me seguís?

—Creo que sí. Entonces, Jesús era un pionero.

—Eso es. Por eso los templarios no creían en un dios como la Iglesia, creían en el ser humano y en que cada uno encontraría la luz para encontrar el camino correcto. La piedra con la que Goya apareció en Francia, representa a la persona aún sin pulir. Todos somos una piedra bruta que necesita encontrar esa luz para hallar el camino y ayudar a los demás a que lo hagan, siempre desde el conocimiento. Jesús no se consideraba ningún dios, solo un hombre que, con su hermano, ayudarían a los demás a encontrarse a sí mismos y mejorar. Esta razón, y no otra, fue por la que sus rituales eran escondidos, porque la Iglesia estaba en contra de no declarar a Jesús como un dios.

—Todavía no me creo lo que nos estás contando. ¡Fueron perseguidos por buscar el equilibrio y querer eliminar la desigualdad en la sociedad! —apuntó incrédulo Jesús.

—Eso es. Los torturados, ante la presencia de dolor, confirmaron que Jesús no era un dios. Ratificando que eran paganos y no creían en la idea de Jesús que la Iglesia defendía. ¡Pero es que no lo era! —insistió Clara—. Tampoco resucitó de la muerte, simplemente encontró su camino para guiar a los demás. Era una muerte figurada que representaba el fin de la oscuridad. El resurgimiento como nueva persona, como templario. Esa idea se ha heredado por la orden hasta llegar en la actualidad hasta la masonería. La Iglesia la tomó para hacerla real y crear un dios a los ojos de los demás. Jesús quería una sociedad justa. La Iglesia estaba en contra de esa creencia, ya que, si lo hacían, ellos perdían su poder. El único camino para continuar con su hegemonía de poder era acabar con la orden. Así lo hicieron. Mataron a los templarios y al gran maestre, después de acusarle de pagano, por no aceptar las reglas de la Iglesia. Todas estas ideas han pasado a la masonería, y es lo que defienden. Incluso, no está reñido con el catolicismo ni muchísimo menos. Los miembros de la logia pueden pertenecer a la religión que deseen. Solo buscan el crecimiento personal de cada uno de sus miembros.

—¿Tú crees que lo que nos acabas de decir lo sabe el asesino?

—Por supuesto. De hecho, nos lo quiere demostrar. Tengo la corazonada de que ha sido masón, por eso tanto empeño en dejar la historia patente en sus asesinatos.

—Podría ser que todavía estuviera en la logia, ¿no?

—Por supuesto que puede ser, pero esperemos encontrar a alguien que haya sido expulsado. Nos pondría las cosas mucho más sencillas.

—Para irse a Francia y volver aquí para cometer otro asesinato, tiene que ser un hombre con mucho dinero. ¡Esos masones están todos forrados! —exclamó Raúl.

—Lo que acabas de decir es una idea que hace mucho daño la logia, porque no es cierta. No es una sociedad clasista, solo secreta o discreta. Tú puedes entrar en la logia si tus intenciones son buenas y tienes verdadero interés, no porque tengas dinero —contestó Clara visiblemente enfadada.

—Vaya, perdona —se disculpó Raúl.

—Esa frase está llena de prejuicios contra la logia.

Habían terminado de comer. Jesús se levantó de la mesa y comenzó a recogerla. Quería ayudar a Clara. No dejaba de pensar en el recorrido por la historia de la orden que acababa de escuchar. Estaba atrapado por los sucesos acontecidos en la orden y la herencia intelectual que habían dejado en la logia.

Mientras recogía, multitud de ideas llegaban a su cabeza.

De repente, Jesús tuvo una idea, después de escuchar la exposición de Clara.

—¡Lo tengo! ¡Ya sé dónde va a ser el próximo asesinato! —dijo acelerado Jesús.

—¿Cómo? ¿Dónde? —preguntó Clara con los ojos abiertos de par en par.

—En la tumba de Goya. Has dicho que fue trasladado a Madrid, ¿no?

—Sí, eso es. Está enterrado en la ermita de San Antonio.

—Estoy seguro de que será ahí.

Los presentes se quedaron boquiabiertos ante la afirmación de Jesús.

—¿Por qué piensas eso? —reaccionó Vivian.

—Sí, ¿por qué? —repitió Raúl.

—Bueno, a lo mejor me equivoco. No sé qué piensa Clara —dijo mirando a su compañera.

—No sé —dudó tocándose el pelo de manera impulsiva una y otra vez—. ¿Por qué lo piensas?

—Bueno, he pensado que si el primer crimen ha sido en el lugar donde murió el último gran maestre, ¿por qué el siguiente no puede ser donde está enterrado Goya, que es su masón preferido?, ¿no?

—Tiene sentido. Por eso el primero es donde al principio se le enterró: Francia. El Abejero, donde pasó su vida, por llamarlo de alguna manera; y el tercero, donde descansa. ¿Es eso lo que quieres decir? —argumentó Clara.

—Sí, eso es. Pero ¿quién sabe?, eres tú, ¿qué te parece mi teoría?

—¡Guau!, Jesús, si al final vas a ser listo y todo. Se te está pegando de Clara. —Sonrió Raúl.

—Quiero comprobar algunas cosas antes de mañana. Me gustaría que tuvieras razón. Idos a vuestras casas, que tengo cosas que hacer —dijo Clara finalmente, pensativa.

Se levantó de la silla y se fue a su habitación-biblioteca favorita para intentar corroborar la teoría de Jesús. Esperaba que no muriera más gente, no tenía ninguna teoría mejor, así que por probar tampoco perdían nada, solo podían ganar el evitar una muerte.

—Bueno, nos iremos, ya que nos acaba de echar la anfitriona —habló Vivian, sonriendo al levantarse de la mesa.

—Sí, vamos. Clara está ocupada.

—Me voy con vosotros también —decidió Jesús mirando cómo Clara estaba leyendo un libro.

—Vale, adiós. Jesús, que no se te olvide venir a por mí mañana.

—Por supuesto. Oído —contestó el agente, subiendo los hombros en señal de resignación.

Los amigos recogieron sus abrigos y pertenencias. Salieron de la casa sin ninguna interacción social más por parte de Clara.

Capítulo 38

Era el gran día para Clara. No había dormido profundamente durante la noche. Se levantaba entre sudores y no conseguía conciliar el sueño de nuevo hasta pasados unos minutos. No había dejado de pensar en la conclusión de Jesús, y menos aún en la reunión con la logia.

Siempre había querido entrar en la Gran Logia de Madrid, pero sabía que era exclusivamente masculina, y sus preguntas no iban a ser respondidas, si es que en algún momento conseguía una reunión. Los miembros respetaban las normas, y el secretismo de sus rituales era tan místico como para no querer que fuera público. Clara era consciente de que era una manera de preservar su propia identidad, no porque hicieran orgías o ritos satánicos como se quería hacer ver al resto de sociedad.

Jesús fue a buscar a Clara temprano para reunirse con el resto del equipo ante la puerta de la logia a primera hora de la mañana.

Allí estaban los cuatro componentes, con tanto nerviosismo como curiosidad. Había contagiado al resto su pasión por la organización y la historia. Se habían vuelto unos fanáticos por el misterio que rodeaba a la Gran Logia.

Cuando llegaron Jesús y Clara, Carlos estaba con Vivian en la entrada. El comisario estaba tranquilo y pensativo. Desde lejos, comprobaron que no dejaba de rascarse la barbilla, gesto inequívoco del jefe cuando estaba madurando una idea. Entonces, supieron que Vivian le había puesto al día.

Sin ni siquiera llegar a su altura, Carlos anduvo unos pasos al encuentro de la pareja.

—Ya me ha contado Vivian. Muy buena idea, Jesús —dijo el comisario, dando un leve golpe en la espalda del policía.

—Gracias, Carlos.

—¿Qué opinas, Clara? ¿Te parece coherente? —preguntó, dirigiéndose a ella.

—Creo que tiene bastante coherencia. Además, no tengo una idea mejor. No perdemos nada por estar pendientes el día veinticinco. —Elevó los hombros.

—Tienes razón, mientras no se nos ocurra una idea mejor, seguiremos la investigación hacia esa línea.

—Ya es la hora —apuntó Vivian, que se encontraba unos pasos más atrás, cercana a la puerta.

Clara miró aquella puerta, sintiendo que era la primera y, probablemente, la última vez que la cruzaría. El símbolo de la escuadra y el cartabón le hizo repasar la historia de aquella representación en la puerta. Así como las dos columnas que adornaban la entrada.

—Dos columnas, ¿eh? —recalcó Jesús—. Jaquín y Boaz, tus dos gatitos. —Sonrió.

—Eso es —dijo devolviéndole la sonrisa.

—¿Qué significan esas siglas? —preguntó Carlos antes de llamar, señalando las iniciales justo debajo del símbolo masónico de la escuadra y el cartabón.

—¿GLE? —preguntó Clara.

Carlos asintió con la cabeza bajo la mirada del resto de sus compañeros.

—Gran Logia Española —susurró.

—¡Vaya! pensé que iba a ser algo más profundo —apuntó Jesús.

Clara sonrió. Sabía lo que era ese sentimiento. Muchas veces quería descubrir pistas o ver símbolos donde no había nada.

—Por cierto, antes de que entremos: Supongo que veréis a lo largo del recorrido las iniciales G.A.D.U, antes de que me preguntéis, que sepáis que significa Gran Arquitecto Del Universo —explicó.

—Está bien saberlo. Por cierto, como no quiero crear ninguna situación incómoda dentro, cualquier pregunta la apuntáis en el cuaderno y luego Clara nos dará respuestas, ¿vale? —incidió Carlos.

—Por mí perfecto —respondió Vivian.

—Clara, contrólate, por favor. Intenta no hacer nada extraño —suplicó Carlos.

—No entiendo qué me quieres decir con «algo extraño» —preguntó Clara entrecerrando los ojos.

—Da igual, Carlos. Tampoco lo iba a comprender, aunque se lo explicaras. Para ella no es extraño nada, hace lo que cree y ya está —contestó Jesús.

—Es verdad. Entonces, no te separes y no preguntes o hagas nada qué pueda incomodar al resto —insistió Carlos.

—Yo nunca hago nada que moleste a nadie. No te entiendo —protestó Clara.

—Da igual, olvídalo. Entremos.

Carlos llamó al telefonillo que había a la izquierda. No contestaron, abrieron la puerta.

—Buenos días, les estábamos esperando. Mi nombre es Yerai. Pasen, por favor —dijo al abrir la puerta para permitir la entrada de los visitantes.

Todos pasaron y se quedaron esperando la siguiente orden de la persona que les había recibido.

Clara no dejaba de mirar hacia todos los lados. La simbología estaba por cada uno de los rincones de aquella estancia. Jesús notó cómo su compañera estaba en una nube al estar pisando suelo masónico.

—Síganme, tendrán la reunión con el gran maestre, Óscar. Está hablando por teléfono, no tardará mucho en llegar.

Llegaron a la sala que Yerai les indicó previamente. Estaba compuesta por varias mesas haciendo una U, complementada por multitud de sillas. Todo era de color blanco, excepto las sillas, que eran azules. En las paredes había letras en idiomas antiguos, la estrella de cinco puntas que representaban los alquimistas como los cinco elementos, y cuadros que representaban el lugar de los rituales con las míticas columnas y el suelo a

cuadros blancos y negros. La escuadra y el cartabón inundaban las paredes de la logia, con fotos de antiguos masones, así como mujeres e hijas de antiguos miembros. La mayoría de ellas en blanco y negro.

Clara reaccionó con el cuadro que presidía la sala, cuyo ojo de Horus se encontraba en el centro de la escuadra y el cartabón.

—Yerai, ¿nos sentamos donde queramos? —preguntó Carlos.

—Por supuesto, ahora vienen. Gracias.

Se despidió y cerró la puerta.

—Clara —susurró Jesús, que se había sentado al lado.

Sin dejarle terminar la frase, la chica le respondió inmediatamente.

—A La Gloria Del Gran Arquitecto Del Universo (ALGDGADU). —Sonrió.

—¿Cómo lo has sabido?

—Te he visto mirar las iniciales cuando hemos pasado. Sabía que me ibas a preguntar por el significado de ellas cuando tuvieras ocasión.

Tanto Vivian como Carlos miraban la sala. Gracias a Clara, entendían la mayoría de esos símbolos.

La puerta se abrió y apareció el gran maestre, Óscar.

—Buenos días, soy Óscar —extendió la mano y saludó a los presentes en la reunión—. En unos momentos vendrá otro compañero. Es urgente que hablemos para solucionar el problema que se nos avecina —dijo compungido.

—Claro. ¿Le parece que nos tuteemos? Será más cómodo para todos.

—Por supuesto.

Carlos presentó con los nombres a cada uno de los miembros de su equipo para la investigación del caso.

Clara se encontraba con todos los músculos tensados. Tenía la expresión de quien acaba de conocer a su cantante favorito.

La puerta se volvió abrir y entró en la sala un hombre con el mismo gesto consternado.

—Buenos días, soy David. —Saludó al equipo extendiendo la mano y se sentó al lado de Óscar—. Empieza cuando quieras, maestre.

El equipo miró de repente a Óscar.

—Soy el gran maestre de la logia, y David es el otro eximio maestro. En nuestra logia son dos, el otro era Roberto —explicó agachando la cabeza con la mirada fija en un punto de la mesa—. Por esa razón es tan urgente nuestra conversación. Hemos visto en los medios la muerte tan salvaje de nuestro maestro, estamos en un estado de conmoción —dijo cabizbajo.

—¿Qué? ¿Era un eximio maestro? —Clara se levantó y se colocó delante de Óscar—. ¡Os está dando caza! ¿Es así?

—Eso me temo —contestó el maestre.

—Pero no sabemos quién puede estar detrás de esto. Los asesinatos están intentando decirnos algo, no queremos pensar que el criminal se encuentra dentro de la logia, somos hermanos. Aunque siento decir que los detalles de los crímenes así lo dejan patente —argumentó David.

—¿Has dicho crímenes?

—Eso es.

—¿Vosotros también pensáis que tiene que ver con los asesinatos de Francia en la catedral? —preguntó Clara.

—Por supuesto, eran los dos eximios maestros de la logia francesa. Además, los disfrazó, ahorcó y quemó. Están queriendo acabar con nosotros de nuevo. Es obvio que nos quiere hacer criminales sin serlo.

—¡Esto es demasiado! —exclamó Vivian.

Jesús estaba con la boca y los ojos abiertos desde el inicio de la conversación. Parecía que no reaccionaba.

—Verán, los ánimos están por los suelos en la logia. Todos los hermanos estamos preocupados, a parte, se le suma la gran pérdida de Roberto. Necesitamos que acaben con esto y encuentren al asesino. Vienen

unas fechas complicadas para estar en esta situación, con muertes de por medio. Les brindamos nuestra ayuda y colaboración en todo lo que sea necesario.

—Por supuesto —reafirmó David.

—¿Tienen un sospechoso? —preguntó Clara.

—No. David y yo hemos pensado que tendría que ser alguien relacionado de manera estrecha con la logia, pero tendría que ser un hermano. Con esas pistas no puede ser cualquiera, no tendría esa información. Es imposible.

—Tienes razón. Yo había pensado en una persona que haya sido admitido y luego haya sido expulsado —explicó Clara.

—Tendría sentido. Dejadnos hacer un repaso, pero el primer crimen fue en octubre y en Francia, podría ser un hermano de aquella logia —intervino David.

—Puede ser, pero entonces, deja de tener sentido toda la investigación. La relación se encuentra en Goya —dijo Clara.

—¿Goya? —dijeron los masones extrañados.

—Sí, eso es. Además, nos ha dejado patente la fecha, el veinticinco de este mes, mediante una nota con el código atbash en el bolsillo de Roberto.

—¿Qué ponía en la nota? —dijo Óscar afectado por la mención de Roberto.

—Una vez descifrado: «*Sol invictus*».

El maestre miraba fijamente un punto en la mesa, tocándose la punta de sus dedos.

—¿Han ido a casa de Roberto?

—Eso es —contestó Carlos.

—Entiendo que piensen en la relación con el pintor. Fue un pintor famoso para la masonería. Roberto le tenía una gran admiración, y nosotros también. Tenemos incluso fotos del pintor en la logia.

—No pretendo ser brusca, pero la cabeza del maestro estaba en la estatua de Saturno el día de los Saturnales —añadió Clara.

La historiadora explicó los pormenores de la investigación a los masones, esperaba encontrar con ellos pistas que los llevaran a la conclusión de Jesús, o bien descartarla.

—Toda la información que nos han dicho acerca de la masonería es correcta. No sé si está en su mano, pero me gustaría aprovechar este momento para intentar disuadirles de que publiquen información errónea de la masonería, o bien que entorpezca nuestra labor, que no es otra que desarrollar una sociedad mejor —añadió el maestre.

—Lo siento, pero nosotros no manejamos la información que dan en los medios, ya nos gustaría. A veces también nos perjudica —recalcó Carlos.

—Por último, estamos a su disposición e intentaremos conseguir la información acerca de lo ocurrido en Francia y, sobre todo, de nuestros sospechosos —dijo David.

—En muchas ocasiones, la gente que quiere ser admitida en la logia es por simple curiosidad, o por el misterio que nos ha envuelto durante tantos años. Cuando esto ocurre, dichas candidaturas son revocadas, pero aun así les echaremos un ojo. Intentaremos daros toda la información que sea posible para encontrar al asesino, pero salvaguardando nuestros principios y confidencialidad. Espero que lo entendáis —argumentó el maestre.

—¿Creen que viene a por mí? —preguntó David, sin rodeos.

Los policías miraron a Clara. Ella se dio cuenta de cómo las miradas se centraban en su persona, lo que provocó que se pusiera en tensión.

Sin decir ni una sola palabra, por la tensión acumulada y la curiosidad que la invadía, se levantó de la silla y salió de la sala. Sin explicación previa, ante la mirada atónita de sus acompañantes en la reunión, se fue sin ninguna explicación aparente.

Carlos, ante la nueva situación incómoda y de mala educación que había provocado Clara con su salida repentina, no supo que contestar a los masones.

El maestre tenía un gesto de incredulidad que los agentes no supieron interpretar, pero que, con toda seguridad, alguna vez tuvieron desde que Clara entró en sus vidas.

Jesús se había acostumbrado a esa chica, sus continuos impulsos le provocaban cierta gracia. Pero en ese momento estaban totalmente fuera de lugar, el tema principal era un asesinato.

—¿Hemos dicho algo que la haya incomodado? —preguntó Óscar.

—Para nada, ella es así —explicó Jesús con las palmas de las manos hacia arriba—. Seguro que le ronda una idea en la cabeza y ha ido a echar un vistazo —dijo para quitar importancia al desplante de Clara.

—De acuerdo, ¿entonces? Por favor, si piensan que yo soy el siguiente, deberían decírmelo —suplicó David.

—No sabemos quién puede ser el siguiente, pero os rogamos prudencia. Después de que tengamos datos acerca de los asesinatos en Francia, conseguiremos responderos a esa pregunta con más exactitud. Al menos eso esperamos —intervino Vivian.

—¿Tienen algún sospechoso?

—No. Le hemos dado vueltas a los asesinatos, pero no sospechamos de nadie.

—Con los datos de masonería y de los rituales, que conocéis bien, ¿tenéis alguna idea? —preguntó Jesús.

—El asesinato de Roberto fue símbolo del primer ritual, pero el segundo ritual puede ser el siguiente crimen, ¿no? —incidió Vivian.

—Puede ser. Tened en cuenta que para pasar de iniciado a compañero es un año, y son varias pruebas las que tiene que pasar, así como conocer la historia de la masonería —explicó David.

—Lo entendemos, pero ¿cuáles son esas pruebas?

—Son secretas. Lo siento.

Los agentes se decepcionaron ante la respuesta. Se habían autoconvencido de que serían conocedores de los rituales masónicos por la gravedad del caso.

—Lo siento mucho, me gustaría ayudaros. Pero es imposible. Debemos proteger a la logia, y nuestros rituales y procedimientos son secretos, solo se pueden compartir con masones. Son policías, pero no masones. En este sentido, y a nuestro pesar, no os podemos informar de ellos —concluyó el maestre.

—Espero que tengamos la información de lo ocurrido en Francia lo antes posible. Nos pondremos en contacto cuando esté en nuestro poder —dijo Óscar.

—Muchas gracias por atendernos. Estamos en contacto —se despidió Carlos.

—Por supuesto. Cuando queráis venir, seréis bien recibidos. No siempre estoy en Madrid, pero David les puede atender perfectamente —dijo Óscar.

—Para cualquier consulta, siempre podéis contar con nuestra colaboración —dijo David.

Los presentes se levantaron para abandonar la reunión cuando una pregunta rondó la cabeza de Vivian. Se detuvo y comenzó a hablar a los masones.

—Una última pregunta, la viuda sabía que su marido era masón, pero… ¿en la empresa no tenían ni idea? ¿Es lógico?

—Nosotros no le decimos a todo el mundo que pertenecemos a la logia. Por lo que a tu pregunta solo te podemos responder que es posible. Éramos amigos de Roberto, pero no sabemos si en su empresa los trabajadores eran conocedores de esta parte de la vida de su jefe —respondió David.

—Muchas gracias por contestarme.

—Podéis preguntarle a Yerai. Él siempre está aquí, y conoce perfectamente a los miembros de la logia de Madrid. Lleva como masón veinte años, incluso más que alguno de nosotros —añadió David.

—Está bien. Hablaremos con él.

Se despidieron de los masones. Buscarían a Clara por la logia. Tenían incógnitas sin resolver, esperaban que la información que les

mandaran acerca de los asesinatos de Francia les diera un perfil de las víctimas, así como el *modus operandi* de los crímenes.

Capítulo 39

Clara salió de la reunión, ya que no soportaba ser portadora de malas noticias y, menos aún, de un asesinato. Pensaba que la próxima víctima sería el eximio maestro. Ella no entendía de asesinos, era historiadora. Quienes debían informar al masón de que estaba en el ojo del huracán eran los agentes.

Decidió que su papel en la reunión había finalizado. Iría a dar un paseo por la logia, no quería perder la oportunidad. Si el hombre que les abrió la puerta se lo permitía, estaría encantada de conocer el edificio.

Al salir por la puerta de la sala de reunión, alguien le tocó el hombro. Clara se sobresaltó, allí estaba el hombre que les atendió.

—Hola, señorita, ¿le ayudo?

—Hola, sí. Me gustaría dar una vuelta por el edificio. Estamos investigando el asesinato de Roberto. Mi nombre es Clara.

—Yerai. —Le extendió la mano, gesto al que Clara no respondió.

Yerai no entendió ese gesto por parte de la chica, por lo que se puso a la defensiva.

—¿Quién me ha dicho que era?

—Soy Clara, colaboro con la Policía para encontrar al asesino de Roberto —contestó Clara sin dejar de mirar a su alrededor, moviéndose de un lado para otro contemplando los cuadros y objetos que rodeaban los pasillos.

—Esto es un templo, no es un edificio para hacer una ruta turística. Para eso ya están los días de puertas abiertas. Puede venir cuando se convoquen y podrá ver las instalaciones —contestó Yerai.

—Creo que le he hecho un mal gesto. Perdóneme, soy asperger y no puedo con el contacto físico, por eso no le di la mano. Discúlpeme si se ha sentido ofendido, no era mi intención —se disculpó cabizbaja.

«Ya la he vuelto a liar».

—Entonces, discúlpeme. No lo sabía —contestó Yerai—. Roberto era un gran amigo mío. Si les puedo ayudar en algo, solo tiene que decírmelo.

—Ya sabe que ha aparecido decapitado, no puedo darle información del caso. Pero, si le conocía bien, a lo mejor nos puede ayudar. Dicen que la mayoría de los asesinatos son cometidos por personas cercanas. ¿Conoce a la mujer o a Nicolás?

—A su mujer. Ha estado aquí varias veces. No dentro, pero ha venido a buscarle. ¿Nicolás quién es?

—Perdone, es la persona que lleva ahora la empresa. Yo no le conozco, pero creo que era su mano derecha —explicó Clara.

—No sé. Lo siento. ¿Tienen algún sospechoso? Estamos desolados y preocupados por lo que ha ocurrido —dijo ante la distraída Clara.

—Ah. Entonces, ¿me enseña el edificio por si encuentro alguna pista?

—No es lo común, pero no creo que haya ningún inconveniente —accedió Yerai.

—Muchas gracias, soy historiadora. Estoy especializada en los templarios y en los masones —reaccionó Clara alegre.

Yerai sonrió. Comenzó a andar hasta una puerta cerrada bajo llave. La abrió y empujó. Clara asomó la cabeza. Su rostro cambió por completo, estaba emocionada al ver el altar donde se celebraban las reuniones.

No pudo contener la emoción, empezó a andar por la sala sin dejar de mover las manos. Yerai incluso la vio dar un pequeño salto de la emoción cuando caminaba por toda la habitación.

Clara comenzó a hablar sin parar ante el gesto de asentimiento continuo de Yerai con las palabras de la historiadora.

«Parece la Wikipedia», pensó Yerai.

—Sabes mucho de la masonería —afirmó.

—Me encanta la historia y, sobre todo, el tema de la logia y sus antecedentes. Ya sé que vosotros decís que no sois los nuevos templarios,



pero yo estoy convencida de que así es.

—Bueno, hay logias que así lo confirman y otras que no, hay distintas opiniones. Perdona que insista, Clara, pero estamos con algo de temor por lo ocurrido. ¿No saben quién ha sido?

—No. Ni idea.

—¿Ninguna pista?

—No te puedo decir nada. Tendrías que hablar con los policías.

—Pero, Clara, nosotros podemos ayudaros.

—Lo sé. Yo creo que está entre vosotros. Demasiados detalles masónicos que solo podéis saber los masones.

—¿Por qué dices eso? Tú los has visto y no eres miembro de la masonería, ¿no?

Clara se quedó paralizada ante esa respuesta. En el fondo, sabía que Yerai tenía razón. Podía ser que estuviera confundida, que el asesino quisiera que los masones parecieran culpables.

Se acercó hasta su acompañante improvisado.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, no sé qué pistas tenéis, pero los masones siempre hemos sido perseguidos y mal vistos por la sociedad. Puede ser que nos hayan querido hacer culpables de algo que no somos, una vez más, ¿me explico?

—Creo que sí. Es una trampa para que vosotros mismos parezcáis los culpables de las propias muertes de la logia. —Asintió Clara. Comenzó a tocarse el pelo, sin dejar de pensar en las palabras del masón.

—A nadie le entra en la cabeza que nosotros queramos acabar con la logia. Hemos descubierto que, en la quema de la catedral, los asesinados eran también masones. Esto no ha sido preparado en un día, ha podido ser cualquiera con medios y un poco de información. Incluso el gran maestre estaba en esa conferencia que se celebró en Francia en esos días. Quieren hacer que parezcamos culpables —explicó Yerai.

—¿Cómo?

—Había una reunión de los masones en Francia en esos días. El gran maestre asistió. Supongo que os lo habrá dicho.

Clara se quedó pensativa, pero prefirió no reaccionar ante aquel hombre que no conocía de nada. Estaba en una investigación criminal, no podía cometer ningún error que perjudicara el caso ni a sus compañeros.

—No lo sé, yo abandoné la reunión. ¿Me enseña la biblioteca? En Internet aparece que hay una, ¿es así?

—Sí, eso es. Vamos.

Salieron de la habitación y se encontraron con Jesús.

—Hola, Clara. Ya nos vamos. Hemos terminado.

Miró con pena a Yerai.

—¡Vaya! Tendrá que ser otro día. Me tengo que ir —dijo apenada.

—Por supuesto. Soy Yerai —extendió la mano a Jesús. En este caso, el gesto sí fue correspondido.

—Encantado. Nos tenemos que ir. Gracias por vuestra colaboración.

—De nada. Si necesitan ayuda o información solo tienen que contactar con nosotros.

—Muchas gracias.

Los compañeros se despedían del masón cuando encontraron al resto del equipo en la puerta, hablando con los maestros.

—Ahí está Yerai. Podéis preguntarle lo que queráis —dijo Óscar.

—Hola, Yerai. Mi nombre es Carlos. Queríamos saber si estabas al corriente de la vida personal de Roberto. Creemos que ha sido alguien cercano a él.

—Nos conocíamos, pero no teníamos una relación de amistad. Siento no poder serles de ayuda. Además, ya le he comentado a su compañera, Clara, que yo no tengo tan claro que haya sido un masón. Ella tampoco es masona y ha reconocido las pistas. Perdonen mi atrevimiento, pero creo que nos quieren hacer culpables, como siempre —argumentó cabizbajo Yerai.

—Tienes razón. Hay que valorar tu aportación. De todas formas, si recuerdas algo que nos pueda ayudar de la vida de Roberto, nos encantaría que lo compartieras con nosotros —dijo Carlos decepcionado. Pensaba que eran amigos íntimos.

—Por supuesto.

—¿No eran amigos? —insistió.

—Los miembros de la logia somos hermanos. Nos conocíamos desde hacía muchos años, pero más allá de estas puertas no teníamos relación personal. No sé si me he explicado bien y respondo a su pregunta.

—Perfectamente —intervino Vivian.

—Yerai, nos estaba diciendo que les quieren hacer culpables, ¿de ahí la simbología?

—Es lo que parece. Yo creo que si fuera uno de nosotros no habría símbolos en los asesinatos, si no justamente todo lo contrario —explicó.

—Puede que tengas razón. Nosotros tampoco creemos que esté dentro de la logia. Quizá tendríamos que comprobar los archivos de alguien que haya abandonado, o bien haya sido expulsado a lo largo de las formaciones de un cargo a otro —dijo David.

—No creo que tenga sentido. Sin duda, tendrá que ser alguien cercano a Roberto —dijo Yerai.

—Sí, pero si fuera así, dejarían de tener sentido las muertes de Francia —interrumpió Clara.

—Cierto —respondió Yerai con el gesto fruncido.

—Parece que la investigación no tiene una línea definida. —Óscar tragó saliva—. Cada día estoy más preocupado por la situación. Tenemos que atajar los caudales de información para que llegue con más rapidez —dijo exhausto.

—Sí, eso es lo que voy a hacer ahora mismo. Necesitamos las identidades de los asesinados en Francia para que podáis encontrar una relación con Roberto —dijo David—. Espero conseguirla a lo largo de hoy.

—Extendió la mano y se despidió de todos los presentes—. Estamos en contacto, agentes.

La reunión llegó a su fin. El equipo salió de la logia de Madrid.

Los policías estaban satisfechos con la reunión. Los masones habían colaborado. Además, les confirmaron que continuarían prestando su ayuda a la Policía a lo largo de la investigación. No habían querido demostrar el miedo de que fueran los siguientes en morir, pero los agentes pensaban que con toda seguridad estaban en la lista del asesino.

La línea de investigación no estaba definida, ni siquiera el motivo de las muertes era contundente. El día veinticinco se acercaba. No solo tenían el día, también esperaban el lugar. Tendrían que confiar en lo que los había llevado hasta esas conclusiones. Acababan de descubrir una relación con el país vecino, Francia. ¿Hasta dónde les llevaría la nueva información?

Capítulo 40

Habían pasado varios días desde la reunión en la logia. El asesinato en Francia no había tenido el resultado esperado. Lo único que les habían confirmado era que los asesinados eran masones franceses, y que en esos días se celebró una reunión de las logias europeas en el país.

Clara estaba desesperada, nerviosa. No dejaba de sentirse inútil por no ser capaz de conseguir atrapar al asesino. Estaba convencida de que el culpable se encontraba más cerca de ellos de lo que se pensaban.

Se acercaba la Nochebuena y habían quedado esa mañana para organizar la guardia del día veinticinco. Esperaban no equivocarse, pero no tenían más pistas que los llevara a otro lugar, por lo que solo les quedaba esperar.

Carlos sabía que el equipo estaba haciendo lo que estaba en sus manos para acabar con el que sería un asesino en serie si no conseguían atraparle, pero a veces la Policía solo puede esperar a la próxima actuación para recabar más pistas. Esta era una de esas ocasiones.

Habían dedicado muchas horas extras para intentar dar con el lugar donde se cometería el próximo crimen, pero cada vez estaban más cansados y no conseguían dar con una prueba fehaciente del lugar.

La idea de Jesús no era descabellada y, menos aún, cuando no competía con ninguna mejor. Así que el comisario, junto al equipo, decidió que sería prudente montar la guardia con unos agentes de paisano para el día veinticinco, por si veían movimientos extraños en las inmediaciones del cementerio de San Antonio.

El día veinticuatro por la mañana era la última reunión antes del siguiente crimen. Los miembros del equipo estaban puntuales a las nueve de la mañana para dar comienzo a una lluvia de ideas. Se proponían buscar un lugar alternativo para tener más posibilidades de encontrar al asesino. Destinarían a varios agentes operativos para hacer guardia.

Todos estaban en el despacho de Carlos. En el último momento, antes de comenzar, el comisario salió y fue a buscar a Raúl.

Los agentes y Clara miraban extrañados al comisario cuando vieron que se detuvo delante del puesto de trabajo de Raúl. Solo le dio una orden y volvió.

—¿Qué pasa? —preguntó Vivian, sentada en el despacho de Carlos con el resto del equipo.

—Tranquilos, no pasa nada importante. He pensado que como Raúl es de nuestra confianza puede ayudarnos. Quizá estamos tan metidos en el caso que no vemos las pruebas con objetividad. Raúl nos vendrá bien, por si se nos escapa algo.

—No sé qué va a ver Raúl que no podamos ver los demás —dijo Clara molesta.

—No hace falta que te pongas desagradable. Somos un equipo, si somos más siempre será mejor para la resolución del caso. Más gente, más opciones de que no se nos escape nada —contestó Jesús, ofendido por el comentario destinado a su mejor amigo.

—Clara, no eres nadie para opinar sobre un procedimiento interno o una decisión mía. Para eso soy el comisario —inquirió Carlos molesto—. Cada uno tenemos un papel en este equipo, pero la persona que lo lidera soy yo, no tú. Que no se te olvide, que eres una asesora externa —recordó Carlos.

Clara, sin mirar a ninguno de los presentes, observaba el suelo. «Joder, seré estúpida».

—Esta vez sí que te has pasado —reprochó Jesús—. Todos estamos nerviosos porque se acerca el día veinticinco, pero nada te da derecho a ser desagradable con gente que te está apoyando desde el principio, y menos aún con Raúl, que es nuestro amigo.

Clara se levantó de la silla y se marchó. Al cruzar la puerta se encontró con que Raúl entraba, se apartó para dejarla pasar.

—¿Qué pasa? —preguntó el recién llegado.

—Lo de siempre —contestó Vivian molesta.

—¿Clara? —Raúl se extrañó al verla, le pareció que iba llorando.

—Eso es. Dejadla, ya volverá. Estoy agotado con este caso. Se acerca el día y solo tenemos suposiciones. Estamos ante un asesino en serie. Me estoy jugando mucho. Los medios de comunicación están esperando a que la caguemos para venir como carroñeros. Es una situación jugosa, porque están metidos los masones. Ayer me llamó Óscar para decirme que tienen cámaras en la puerta de la logia todos los días. —Elevó el tono Carlos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jesús.

—Esperaba que Raúl, mirando las pruebas y conociendo el caso, nos diera alguna idea nueva. Quizá nos aporte una pequeña luz al final del túnel —terminó de hablar Carlos.

—Esta reunión no puede empezar sin Clara. ¿La has visto irse llorando? —preguntó Vivian a Raúl.

—Creo que sí, pero no estoy seguro. Iba mirando hacia el suelo —contestó el agente.

—Genial, otra vez de niñeros —contestó Jesús enfadado—. Esto ya cansa un poco. No podemos perder tanto el tiempo.

—No es perderlo, es que Carlos se ha pasado —aseguró Vivian.

—Bueno, esto ya es el colmo. ¿No te das cuenta de que vamos contra reloj, o qué?

—Lo sé, pero estamos todos nerviosos. Nadie tiene la culpa. A lo mejor nos hemos pasado un poco con Clara, ¿no te parece? Toda la situación la pone a ella en el foco mediático. También tiene derecho a estar intranquila, como los demás —regañó a Carlos.

—Joder, voy. —Carlos salió del despacho hacia los baños, donde supuso que estaría Clara llorando—. Lo que me faltaba el día de Nochebuena —murmuró, sin dejar de andar.

Al salir Carlos, se escuchaba a los tres agentes discutiendo en el despacho. La tensión por ser el día antes del supuesto asesinato estaba haciendo mella en el equipo.

El comisario llegó a los baños de mujeres, entró. Escuchó a Clara llorar encerrada dentro de uno de ellos.

—Clara, perdona. No me quería poner así. Venga, sal. Necesitamos hacer la reunión, es urgente. Quedan horas para el siguiente crimen si no lo remediamos —se disculpó a su manera el comisario.

—No me da la gana. Vete de aquí. ¡Vete a tomar por culo, imbécil!

Carlos comenzó a reír. Esa chica era impredecible.

—Venga, date prisa. Tenemos nuevas pistas. Ha llegado un papel con unas letras raras —mintió para intentar que Clara saliera del baño. Mientras mentía se contenía la risa con las manos tapándose la boca. Esperaba que no se diera cuenta.

La puerta se abrió rápido, Clara asomó la cabeza. Tenía los ojos rojos, dejando patente que las palabras del comisario le habían hecho daño.

—Venga, vamos —contestó más animada. Empezó a andar dejando atrás los aseos.

—Vale, vamos —confirmó siguiendo sus pasos—. Era mentira, pero era la única manera de que salieras del baño —dijo Carlos riéndose.

Clara se dio la vuelta, dirigiendo una mirada de odio hacia el comisario. Comprendió que su comportamiento no había sido normal en la reunión. Por eso, Carlos estaba sonriente ante la situación tan inusual que había creado ella misma con sus comentarios fuera de lugar sobre el marido de Vivian.

La presencia de Raúl en la reunión no era deshonrosa para ella, podía ser de gran ayuda. Se había comportado de manera intachable desde el primer momento que se conocieron. «No se merecía las palabras que solté por la boca. Soy una estúpida».

—Está bien, vamos. Pero que sepas que eres un imbécil —sentenció Clara ante la estampa de Carlos riendo a carcajadas.

—¿Me perdonas?

—Sí, venga.

Clara comenzó a andar, seguida por los pasos del comisario. Al entrar en el despacho, los agentes estaban en silencio, no querían ningún

malentendido más con Clara. Era mejor ceñirse al caso, encontrar una solución.

Iniciaron la lluvia de ideas. El equipo debatió sobre distintos lugares que podían tener relación con las pruebas que estaban en su poder.

La historiadora por fin intervino.

—He pensado que a lo mejor el próximo asesinato lo hace en la casa de Goya. Lo único es que hay un problema: vivió en varios sitios.

Los policías se quedaron mirando pensativos.

—Puede ser. Tiene sentido, ¿no? —dijo Raúl mirando a sus compañeros.

—¿En cuántas casas vivió? —preguntó Jesús.

—Una ya no existe, es la Quinta del sordo, pero las demás están todas en el distrito del centro.

—Genial. Me parece buena idea. Pero ¿por qué piensas que debe ser en la casa de Goya? —preguntó Carlos rascándose la barbilla.

—En este caso, la relación obvia y evidente es el pintor. En la casa de Roberto, estaban las Pinturas Negras, las cuales se encontraron en la casa de Goya. Lo que me lleva a pensar que el asesinato será en la casa. Pero hay un problema —sentenció Clara.

—¿Cuál? —preguntó Vivian.

—La casa donde se encontraron las pinturas era la Quinta del sordo, pero esa casa está destruida, ya no existe. Entonces, me lleva a pensar que será en la que estuvo más tiempo, que es la que se encuentra en la calle Desengaño 1, en la zona de Ópera.

—Lo tenemos. A mí me parece que las pistas tienen relación con lo que nos acaba de decir Clara, ¿qué decís? —dijo aliviado Carlos.

—Sí, es verdad. Enhorabuena, Clara. Eres genial —puntualizó Raúl.

—Yo también estoy de acuerdo —terminó Vivian.

—Bueno, pues parece que tenemos el sitio. De todas formas, es mejor ser precavidos. Vamos a mandar agentes a hacer guardia a todas las

casas donde vivió y al cementerio donde está enterrado. Por si acaso —afirmó Carlos.

—Espero que no nos equivoquemos.

—Espero que no, me juego mi nombre en este caso. Bueno, me voy. Mañana sabremos si tengo razón o no —añadió Clara, levantándose de la silla.

—Podéis iros a casa. Yo voy a preparar las guardias y llamaré a los masones. Quiero que estén pendientes también —informó Carlos.

—¿Los masones? —preguntó Vivian.

—¡No! —gritó Clara.

—¿Qué os pasa? —preguntó Jesús.

—No sabemos si tiene algo que ver con ellos. Si lo haces, se lo dirán al resto de sus hermanos. Los puedes poner en peligro queriendo protegerlos, Carlos —puntualizó Vivian.

—Yo también lo creo. Puedes pasar orden para que estén atentos también a la logia. Que los patrulleros hagan alguna ronda por la zona, por prevenir —aportó Raúl.

—Hoy es un día con carga de trabajo para la Policía, no podemos utilizar todas las patrullas. —Carlos se acomodó en su silla, suspirando.

—Ya, tienes razón, pero es necesario. Solo tienen que hacer rondas, no hace falta que estén en la puerta —añadió Vivian.

—Podéis marcharos. Yo terminaré, no os preocupéis. Esperemos que Clara tenga razón —zanjó Carlos.

—Está bien. Me marcho. El día veintiséis nos vemos —se despidió Clara.

Salió del despacho. Sus compañeros se despidieron de ella y le felicitaron las fiestas. Ella ni siquiera respondió. Estaba afectada, no solo por el caso. La actitud de Jesús no le había parecido la adecuada. Además, tenía la sensación de que había cambiado su comportamiento hacia ella. «Ojalá todo acabe hoy, no quiero seguir trabajando en este caso. Me afecta

demasiado no poder relacionarme correctamente y que mis ideas acerca del caso estén en boca de todo el mundo».

A Clara le afectaba el juicio social al que estaba sometida. La gente esperaba que encontraran al asesino rápido, pero no comprendían que no todo es blanco o negro. Apenas tenían pistas, las decisiones que estaban tomando eran solo suposiciones. No había nada concluyente que los llevara a una idea en firme.

Jesús vio cómo Clara se marchaba y desaparecía a lo largo del pasillo.

—¿No vas a ir detrás de ella? —preguntó una incrédula Vivian.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Jesús.

—Por nada, como os lleváis bien… Me ha sorprendido, simplemente. —Vivian sabía que Jesús tenía sentimientos por esa chica, pero no se quiso entrometer, y menos delante de Raúl y Carlos.

La reunión había terminado. Los agentes abandonaron el despacho de Carlos. El comisario se quedó solo, realizando las gestiones para evitar la siguiente muerte. Esperaba que la noche del veinticuatro al veinticinco de diciembre el asesino fuera localizado. Deseaba cerrar el expediente de asesinatos masónicos con éxito.

Capítulo 41

Carlos se había marchado de la comisaría con una mala sensación. Sabía que el equipo se estaba esforzando, pero no tendrían la suerte de localizar al asesino tan rápido. Demasiadas molestias para que con una simple suposición fueran a encontrarlo.

Era Nochebuena. Carlos cenaba en su casa con sus hijos y sus suegros. Estaba feliz, pero no podía dejar de pensar en la noche. Estuvo todo el tiempo pendiente del teléfono móvil. No dejaba de mirarlo, esperaba una llamada, ya fuera con una buena o mala noticia.

Clara había informado de que, según los ritos masónicos, templarios y egipcios, la hora clave eran las doce de la mañana, cuando el sol se encontraba en su punto más álgido. Pero que, por cuestiones de organización, algunos rituales se habían cambiado a las doce de la noche.

Por ese motivo, alrededor de las once y media de la noche, Carlos estaba inquieto, angustiado. Su mujer le había llamado la atención en varias ocasiones, parecía estar ausente. Sus suegros le habían preguntado en varias ocasiones qué le pasaba.

La cena no trascurrió de manera diferente al resto de años, pero para su conciencia, sí. Le pesaba no haber podido hacer algo más para salvar a la siguiente víctima. Sería demasiada casualidad que lo hubieran adivinado. Las investigaciones no avanzaban de la manera correcta para el comisario. No había podido intercambiar una conversación con Clara a solas, pero estaba convencido de que aquella chica ocultaba un dato que no había compartido.

Tantos años como comisario, rodeado de delincuentes, le había hecho desarrollar un sexto sentido para saber que algo no marchaba de la manera correcta. Clara no tenía confianza en ellos, pero sabía que le rondaba en la cabeza una idea rocambolesca que, para evitar ser juzgada, no había expuesto en la reunión.

Carlos estaba dando vueltas, una y otra vez, al enigma que Clara había barajado. No daba con él. Había perdido la noción del tiempo, mientras que en la sobremesa de la familia no dejaban de hablar. Había

desconectado del lugar y de la conversación hacía varios minutos. No dejaba de pensar en el caso. Su mujer le conocía perfectamente, por lo que no quiso insistir en que olvidara el tema y se centrara en la celebración.

A las doce y diez de la noche, sonó el teléfono del comisario. Le llamaban de comisaría. Tragó saliva antes de descolgar. Los familiares miraban a Carlos, cómo se levantaba de la mesa y se alejaba rápido para coger la llamada. Las piernas le temblaban, el pulso se le aceleró. El comisario notaba cómo su corazón comenzaba a bombear sangre sin control. Tuvo la corazonada de que el siguiente crimen se había cometido sin poder remediarlo. No se equivocó.

—¿Sí?

—Comisario, acaban de llamar del metro de Madrid.

—¿Del metro?

—Sí, se ha tirado una persona a las vías en la estación de Goya. Me ha dicho Vivian que te llamara urgentemente. Ella está de camino con Raúl —informó el agente César al otro lado del teléfono.

—Está bien. Por favor, llama a Jesús. Yo también voy para allá —añadió a modo de despedida.

—¡Joder! Lo sabía —gritó desde la cocina. Dio un sonoro puñetazo en la pared.

Su familia, encabezada por su mujer, apareció.

—Supongo que no habéis acertado —dijo en clave.

—Eso es. Me marcho, lo siento —dijo dando un beso a su mujer.

—Vale, tranquilo. Lo vais a encontrar —animó a su marido.

—Seguro.

Carlos cogió el abrigo. Se despidió de la familia ante los gruñidos de sus hijos por irse en una noche tan especial. La mujer de Carlos les explicó el trabajo tan especial que su padre desempeñaba. Los hijos aceptaron que su padre era lo más parecido a Spiderman que había en España. «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad», no dejaba de repetir el pequeño de la familia.

Se montó en el coche y llamó a Clara. Ni siquiera dio un tono cuando ya había descolgado.

—¿Nada?

—Eso es. Vamos para allá. Clara, cógete un taxi. No podemos perder más tiempo —finalizó el comisario.

—Está bien, ¿dónde?

—En el metro de Goya —contestó apenado el comisario.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa? —dijo sorprendido.

—Ahora os cuento. Llego enseguida.

Clara colgó el teléfono a su estilo, sin despedirse. Carlos se dirigió a la zona de Goya, donde estaba el metro. No encontró postura para conducir, no dejo de moverse hasta que aparcó el coche en un parking cercano. Durante el trayecto, no dejó de maldecir las pocas pistas que tenían y de preguntarse el porqué de aquel lugar. Seguro que Clara tenía una explicación lógica.

Al llegar a la boca de metro más cercana al Palacio de Deportes, donde Vivian le había citado, se encontró con la presencia de los tres agentes consternados. Sin duda, aquellas navidades serían diferentes.

Capítulo 42

Cuando Carlos llegó, los agentes no dejaban de mirarle. Los sentimientos estaban a flor de piel, la decepción se palpaba en cada una de las caras de los policías. Raúl había decidido ir con Vivian, después de todo, estaba al corriente del caso, y quizá podría ser de ayuda.

Vivian sabía que tenían un caso complicado y que sus reputaciones se verían sometidas, durante el resto de su trayectoria profesional, al resultado obtenido. Había días en que se arrepentía de haber cogido aquel caso. Al principio le pareció una gran oportunidad para desempeñar el trabajo de inspectora, pero algunos días no dejaba de pensar que le venía grande. Aunque al ver el desarrollo del caso, y cómo el comisario se desesperaba ante las pocas pistas, recuperaba motivación y sensatez para volver a la carga y pensar en las posibilidades de encontrar al asesino.

—¿Habéis bajado? —saludó Carlos.

—No, jefe. Hemos pensado que era mejor bajar juntos —respondió Jesús.

—¿Clara? —preguntó Raúl.

—Ahora viene, ya la he llamado. Siento haberos fastidiado la Nochebuena, pero sabíamos que esto podía pasar —se disculpó Carlos cabizbajo.

—Sabíamos que esto podía ocurrir —confirmó—. De hecho, era lo más probable, no estábamos seguros del sitio, solo del día —animó Jesús.

—Lo sé, pero aun así lo siento. Esperaba que no muriera nadie más, pero no hemos podido evitarlo.

—Esta vez tendremos más pistas. Veréis cómo lo vamos a encontrar. Creo que de este crimen sacaremos más información que nos conducirá al asesino. ¿Creéis que es alguien de los que hemos hablado? —susurró Vivian.

A la escena del crimen habían acudido multitud de coches de Policía. La científica estaba por todas partes, se había realizado un gran

despliegue de agentes para controlar la acumulación de individuos en el metro. Carlos estaba hastiado por la llegada de periodistas que se encontraban en la boca de metro conectando en directo, retrasmitiendo la noticia.

Miraba hacia ellos cuando volvió en sí.

—Joder, lo que me faltaba, que saliera por la televisión. —Carlos había cambiado el gesto de la cara, dejando patente su desaprobación en la escena de los periodistas.

El caso había tomado demasiada relevancia en la ovación popular. No se hablaba de otra cosa en los corrillos de la gente. La sociedad estaba conmocionada, y algunos se alegraban de la muerte de los masones. Habían contado con la desaprobación, debido al misterio que les rodeaba durante años, lo cual resultaba para muchos una secta que se dedicaba a manejar los hilos de los pobres. Los masones estaban estigmatizados por una sociedad con fuertes valores y aleccionada durante siglos al castigo de lo desconocido.

—La verdad, no tengo ni idea de quién puede ser. Yo creo que ni siquiera hemos tocado las teclas próximas al desalmado que está haciendo esto —reaccionó Carlos.

Jesús y Carlos ni siquiera hicieron amago de continuar con la conversación. No dejaban de mirar alrededor, esperando que Clara les deleitara con sus conocimientos al contemplar la nueva escena.

—Desde que hablamos con Yerai, estoy totalmente desorientado. No quiero creer que tiene razón porque, si es así, estamos totalmente perdidos —se lamentó Jesús.

—Es que estamos muy perdidos —confirmó Vivian, poniendo especial énfasis en el «muy».

—Mirad, ahí viene Clara.

La historiadora había cenado en casa de sus padres con sus familiares, por lo que ese día se presentó en la escena del crimen radiante. Nunca antes la habían visto vestida de aquella manera. Clara estaba cambiada, iba con un vestido de fiesta que parecía confeccionado para ella.

Jesús, con aquella estampa, se quedó mirándola fijamente. «Joder con Clara. Está preciosa», pensaba el agente.

Vivian parecía la única que se había dado cuenta del pequeño detalle que escondía su compañero y agente. Miró a Raúl para comprobar si él también se había percatado, pero su pareja no dejaba de mirar a la científica e intentaba escuchar las impresiones de un corrillo cercano del departamento de pruebas.

—Hola —saludó Clara. Todavía seguía enfadada por la última discusión, a la vez que decepcionada por no haber podido evitar el crimen—. ¿Sabemos quién es la víctima?

—No, todavía no. Te estábamos esperando.

—Vamos a bajar y salimos de dudas, ¿no?

—Sí, venga, vamos. Tenemos mucho trabajo por delante. Por cierto, Clara, has venido muy guapa, ¿sigues enfadada? —intentó romper el hielo Carlos.

—Sí, estoy enfadada todavía. Eres un imbécil, y encima ahora esto. Parece que se está riendo de nosotros.

—Vaya, qué carácter —dijo Jesús todavía anonadado por la vestimenta de Clara, que les había acostumbrado a verla con ropa deportiva y cómoda.

Era de noche y solo se veían periodistas y agentes corriendo de un lado para otro, bajo las luces de los coches y ambulancias. Alguien había llamado a la Policía y al SAMUR al ver cómo un hombre se tiraba a las vías.

Al llegar a la boca del metro, un agente salvaguardaba la entrada.

—Buenas noches, ¿quiénes son? —preguntó el policía, al ver a los cuatro sin uniforme.

—Buenas noches, somos el equipo que lleva el caso. ¿Podemos pasar? —preguntó Carlos educadamente, enseñando la placa.

—Por supuesto. La escena es algo desagradable —informó el policía, echándose hacia un lado para dejar paso a los cuatro.

—Gracias por informarnos —añadió Jesús.

Descendieron las escaleras y anduvieron unos pasos hasta llegar al andén, donde había aún más agentes recogiendo pistas y hablando con los testigos de lo sucedido.

—Clara, es desagradable, ya lo has oído. Si no quieres mirar, lo entenderemos —indició Raúl.

—Tranquilos, tengo que hacerlo. No he venido para nada. Hay que resolver este crimen lo antes posible. Tengo una sensación de decepción que me oprime el estómago. Llevo noches sin dormir, y no sé si hoy lo conseguiré —se desahogó.

—Como quieras. Si necesitas salir, hazlo. No tienes que pedir permiso —susurró Vivian.

Clara había traído un cuaderno para apuntar. No podía permitirse ningún lapsus de olvido sobre los detalles que el asesino le hubiera dejado en la escena. Los necesitaría de manera posterior para la evaluación de lo ocurrido. Estaba jugando al gato y al ratón con ella y, de momento, era quien iba perdiendo. Si no encontraba la relación para el próximo crimen, otra persona moriría.

Al bajar las escaleras que desembocaban en el andén, Clara se tropezó con los zapatos de tacón que no estaba acostumbrada a llevar.

—Cuidado —dijo Jesús, quien la sujetó para que no terminara en el suelo.

—El asperger. También tenemos algunos problemas de psicomotricidad. Estoy llena de dones. —Sonrió.

Clara se había acostumbrado al contacto físico con Jesús, lo cual, lejos de incomodarla, le resultaba gratificante. Aquel caso había cambiado su vida en varios aspectos.

El cadáver había sido arrollado por el vagón de metro. El personal sanitario había cubierto el cuerpo para evitar posibles fotografías o situaciones que pudieran incomodar a los viandantes y testigos.

Varias personas habían presenciado cómo la víctima se dejó caer a las vías, lo que chocaba con la apariencia de la víctima, un tanto

rocambolesca. Iba disfrazado.

Al llegar a la altura de los encargados de la científica, Carlos comenzó un diálogo con ellos, que el resto del equipo escuchaba desde un segundo plano. El comisario sintió un pinchazo en el estómago. Paró en seco, observó a los agentes de la científica. «Está pasando algo raro». Tuvo una corazonada. No sabía qué podía ser, pero algo no marchaba bien.

—¿Qué ha pasado? —inició Carlos inseguro de querer escuchar la respuesta.

—Hola, Carlos —dijo el que parecía el responsable de la científica en ese momento.

—¿Quién es la víctima?

—Ha ocurrido todo muy rápido. Ahí —Señaló— tenéis a los testigos. Dicen que se ha suicidado. Hemos visto imágenes, el hombre se tiró. Nadie le ha empujado.

—¿Se tiró?

—Sí, eso parece.

—Le amenazaron. Seguro —dijo Vivian convencida.

—Estaba esperando el metro. Muchos de los que estaban esperando le observaban, porque iba disfrazado de chulapo. Podéis comprobarlo. Por eso las miradas estaban fijas en él cuando se abalanzó al llegar el tren. El conductor está todavía en estado de pánico —matizó.

—¿Cómo? ¿De chulapo? ¿Cómo el día de San Isidro? —balbuceó incrédulo Carlos.

—Sí, sí, de chulapo.

—¿No dijo nada antes de tirarse?

—Nada, ni una palabra. Se tiró y ya está.

—Joder, qué raro.

—Estaba amenazado —insistió Vivian.

—Eso parece. ¿Lloraba? —preguntó Jesús.

—Sí. Ahora os mandaremos las imágenes. Podéis verlas si queréis, ahora mismo.

—Sí, mejor. Así adelantamos. ¿Raúl? —adelantó Carlos.

—Voy —contestó mientras se alejaba hacia otro de los agentes que estaba retirado con una tablet.

—¿Tenía algo en los bolsillos? —preguntó Vivian.

—Sí, la cartera, una carpeta en la mano y, en los bolsillos, una nota.

—¿Una carpeta?

—Sí, esto es muy raro. No me gustaría estar en vuestro pellejo, parece que se está burlando de la Policía —susurró a Carlos.

El policía se dirigió a uno de los asientos del metro y cogió unas bolsas de plástico transparente que protegía el contenido de la carpeta, cartera y nota.

—Aquí lo tenéis.

—Pero ¿qué coño es esto? Supongo que Goya, ¿no? —alzó la voz, visiblemente enfadado.

—Esto no me gusta nada —añadió Jesús sin dejar de mirar las bolsas.

—Parece ser que sí. Efectivamente, es Goya. Es una de las Pinturas Negras. *La pradera de San Isidro* —confirmó Clara mientras se alejaba.

—Clara, ven aquí. ¿Dónde vas?

—Tengo que ver la escena completa.

Los tres agentes la persiguieron, dejando a la científica atrás.

Jesús paró a Clara.

—¿Qué pasa?

—Soy una estúpida. Descarté esta zona sin pensarlo. Creía que sería en la calle Desengaño. Nunca pensé que sería capaz de hacer algo así. La persona o personas que están detrás de todo esto saben mucho. Son masones, me da igual lo que diga Yerai.

—Tranquilízate. Cuéntanos qué pasa —dijo Carlos sosegado.

—La estación de Goya tiene ese nombre porque se construyó en el terreno donde el pintor tenía una casa, «El Quintar del sordo». Esa casa la tenía antes de exiliarse en Francia. La dejó en herencia a su nieto antes de marcharse, y fue justo en esta casa donde se encontraron las Pinturas Negras. Estaban pintadas directamente en los muros de la casa. Una de esas pinturas es la que está metida en esa carpeta. Soy una idiota, era tan obvio… —explicó alterada.

—Bueno, ahora te parece obvio, pero antes no lo era. ¿Cómo íbamos a saber que lo haría a la vista de todos? Yo también hubiera descartado la idea —intentó consolar a la historiadora.

—Lo dices para que me sienta bien, pero no lo vas a conseguir. Era demasiado obvio para pasarlo por alto y yo lo he hecho.

—Vamos a tranquilizarnos —sugirió Vivian.

—Sí, es lo mejor. Terminamos de ver la escena y nos vamos a comisaría. Tenemos que darnos prisa en sacar más pistas. No podemos perder el tiempo. Ahora ni siquiera tenemos el día —auguró el comisario.

—El próximo día será el quince de mayo, ¿no? —dijo Jesús.

—Parece ser. ¿Tú qué opinas, Clara?

—¿Quién sabe? Ahora estoy demasiado pérdida, pero no creo que lo ponga tan fácil. Tendremos que saber más cosas del pintor. Creo que, si damos un repaso por la vida del masón, daremos con la clave.

—Esa es la actitud. Venga, vamos a terminar de ver la víctima. Tendremos que llamar a la logia para que nos digan si le conocen —apuntó Vivian.

—Creo que no va a hacer falta —contestó Jesús. Su cara había palidecido de repente. Estaba totalmente blanco.

Jesús se había adelantado al resto y había descendido a la vía para comprobar la identidad de la víctima. Tenía por seguro que sería una personalidad importante para la logia y tendrían que averiguar quién era. Se equivocó.

El equipo bajó rápido a la vía. Clara empezó a marearse. Esperaba no tener razón, pero cuando miró la cara de la víctima, sus peores sospechas se habían hecho realidad. La reacción de Jesús la puso sobre aviso, pero no fue suficiente.

Clara se agarró al brazo del agente, que se posicionó cerca esperando una reacción similar. La sujetó.

—¿Estás bien?

—No —murmuró—. Esto tiene que acabar.

Por último, Carlos miró el rostro de la víctima: era David. El ánimo del comisario se resquebrajó.

No habían podido salvar la vida del masón. El sentimiento de culpabilidad asoló la estación de metro de Goya. El equipo estaba destrozado.

Capítulo 43

Abandonaron la estación de metro de Goya. Cada uno se fue en los coches que llegaron, excepto Clara, que prefirió ir con Jesús, el cual estaba encantado con la decisión.

Jesús intentaba ocultar sus sentimientos, pero esa noche, al ver a Clara, sintió las famosas mariposas en el estómago. Sabía que no iba a ser nada fácil conseguir entablar una relación más allá del trabajo con ella, pero de momento pensaba que iba por buen camino. «Soy el único que la toca. Eso es por algo», pensó el agente cuando Clara decidió irse con él. La historiadora no tenía inconveniente en decir la verdad, y las consecuencias de ser siempre honesta les eran indiferentes. Cuando el equipo le preguntó con quién quería ir, no dudó. «Con Jesús. Me gusta estar con él». El policía dibujó una sonrisa con aquella declaración de intenciones. Vivian había visto la historia de amor en el primer momento. Aunque no había querido comentarla. Comprobó la reacción de su amigo con la contestación de Clara. Al contemplarlo, le guiñó el ojo. Con ese gesto, Vivian informó a su compañero de que estaba al tanto de sus intenciones con la asesora.

Carlos decidió que era urgente ponerse a trabajar. Estaban en una carrera en la que lo importante era ganar, no participar. Así, ordenó a los miembros del equipo que fueran a comisaría. El trabajo que tenían entre manos era demasiado tedioso para posponerlo. El próximo asesinato no tardaría en llegar, y en esa noche se habían dado cuenta de que no tenían nada para evitar el siguiente. El criminal estaba convencido de demostrar su valía para ser masón, y estaba dispuesto a llegar hasta el final. El plan macabro que había esbozado estaba dando su resultado: poner nerviosa a la sociedad y demostrar sus altas capacidades intelectuales.

Clara seguía convencida con la identidad del asesino, moción que Jesús apoyaba, cómo no, sin pensarlo.

Llegaron rápido a la comisaría. Era Nochebuena, apenas había tráfico en Madrid. Además, todos querían llegar lo antes posible para escuchar a Clara. Sin duda tendría alguna pista, o al menos eso pensaban ellos. Habían escuchado la historia de la casa de Goya, por lo que existía

una relación entre los asesinatos, la cual los llevaría a desmembrar las pistas para coger al criminal antes del siguiente.

En menos de una hora ya se encontraba el equipo al completo en el despacho de Carlos, con cafés incluidos. La noche iba a ser larga, estaban seguros.

—Cerrad la puerta. Empezamos. Clara, tenemos que conocer qué se nos ha escapado para no averiguar que el escenario escogido por el asesino iba a ser el metro de Goya —comenzó Carlos.

—Ya os lo he dicho. El metro de Goya está situado en la que era la casa que compró y dejó en herencia a su nieto antes de irse a Francia. Donde justamente encontraron las Pinturas Negras —resumió.

—Vale, esa es la relación que ahora parece obvia, pero en su momento no lo fue —añadió Jesús.

—Eso es. Quiero dejar nítido que esto no es culpa de nadie en particular, es culpa de todos. Somos un equipo.

Todos asintieron. Estaban de acuerdo en que la culpa de no haber encontrado el lugar donde se cometería el crimen, era de cada uno de ellos. Clara era la experta, pero no la única a la que podían faltarle datos o descuidarse de algún detalle.

—Quiero que todos empecéis a estudiar al pintor. Quiero saber las casas que tenía, dónde vivió, con quién se llevaba bien, amigos, pintores… Todo. —Elevó la voz el comisario.

Apuntaron en las respectivas libretas lo que el comisario iba hablando en la reunión.

—Clara, quiero que nos digas todo lo que sepas de la obra que ha aparecido.

—Puf, a ver, yo no sé de arte. No soy ninguna experta.

—Un momento, la viuda de Roberto es una experta en pintura, lleva una galería. No quiero adelantarme, pero puede ser que esté involucrada de alguna manera en los crímenes, ¿no?

—Vaya tontería, ¿solo porque lleva una galería de arte y la relación de los crímenes es un pintor tiene que ser ella? —dijo Jesús con incredulidad.

—Puede ser, ¿por qué no? —defendió Raúl la idea de Vivian.

—Muy obvio —sentenció Clara.

—A ver, nos estamos empezando a poner nerviosos. Tenemos que ver todas las pruebas primero. Luego valoraremos todas las hipótesis que tengamos. ¿No os parece? —dijo Carlos para calmar el ambiente.

—Obvio —repitió Clara.

—Me acaban de mandar lo que aparecía en la nota. —Carlos señaló la pantalla del móvil.

Los policías miraban la pantalla con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es eso?

—Parece una figura de esas que te mandan en el colegio para cortar y pegar —explicó Jesús.

—¿Clara? —preguntó Raúl, antes de decir una estupidez.

—Es un triángulo equilátero. Es un símbolo de la masonería.

Jesús se levantó. Volvió a mirar la foto.

—¿Eso?

—Sí, eso. Es el principio universal de la geometría. Lo utilizan para varios símbolos de la masonería. Incluso estaba en la logia. Lo podéis ver con la escuadra y el cartabón. Se basa en el problema de Euclides número 47.

—¿Tienes idea de qué puede significar? —preguntó Vivian sorprendida por la explicación que acababa de dar Clara.

—Bueno, todos conocéis el teorema de Pitágoras, es la base de la resolución de proporción de geometría exacta. Por eso lo utilizan los masones. Se podría decir que es lo que ellos buscan, el equilibrio. Con la escuadra y el cartabón se puede dibujar el triángulo perfecto a través de este teorema.

—Creo que el teorema o el problema de Euclides lo que nos quiere decir es el día, ¿no? —intuyó Jesús.

—Puede ser —dijo Clara pensativa.

Se levantó de la silla y se colocó al lado de Carlos.

—Déjame el ordenador, tengo que buscar una información.

Carlos se levantó y dejó el sitio a Clara, que comenzó a buscar en Internet. Quería comprobar si el teorema tenía el ejemplo con los números. Tras varios minutos de espera en los que se había convertido en el centro de atención, al final abrió la boca.

—Creo que tenemos el día, que además coincide con la festividad pagana del uno de enero. Creo que el próximo crimen será el día de Año Nuevo, por la festividad de Jano, que representa un antes y un después en el calendario gregoriano, nombre del papa que lo hizo.

—¿Jano?

—Sí, era un dios romano que representaba el antes y el después, con dos cabezas, una mirando al pasado y otra al futuro. Antes, el primer día del año era en marzo, que era cuando se comenzaban las cosechas y el Sol cambiaba a días más largos. El fin del solsticio de invierno, para que me entendáis.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con el teorema de Pitágoras? —interrumpió Raúl con un gesto de no entender nada.

—Sí, eso. Yo tampoco te sigo —añadió Vivian.

El resto asintió las palabras de la inspectora.

—Bueno, el ejemplo que se pone para explicar el teorema es más sencillo. Es decir, en el triángulo, la hipotenusa al cuadrado es igual a la suma de los cuadrados de los dos catetos. Las longitudes de los dos catetos son 3 y 4, entonces la longitud de la hipotenusa será igual a 5 —terminó la explicación—. Esto nos lleva a que, si la muerte se ha producido el día veinticinco de diciembre y contamos cinco días más, el día de la próxima muerte será… ¿el treinta de diciembre? —dijo sorprendida.

—Eso parece.

—No puede ser. No me cuadra. Pensé que sería el día uno de enero, pero el día treinta no tiene ningún sentido. —Se levantó de la silla, delante del ordenador, y comenzó a andar por el despacho.

—Clara ha entrado en bucle —añadió Jesús.

—Este caso es muy difícil. —Raúl estaba extasiado—. ¿Puede ser que tenga algo que ver con Goya?

—A lo mejor nos estamos confundiendo —anticipó Carlos.

—Eso parece. Las fechas no cuadran con el teorema —recalcó Vivian.

—Lo sé. Me voy. Tengo que hacer cosas. Me voy a mi casa, tengo que pensar —se despidió Clara saliendo por la puerta.

—¿Carlos? —Le miró Vivian.

—¿Qué? Déjala, le gusta trabajar sola. Tendrá que mirar cosas en su casa. Jesús, ¿te importa? —dijo el comisario.

El policía sabía a qué se refería y salió en busca de Clara. Le había encantado la orden, así podría pasar más tiempo con ella antes de que se terminara el caso.

Salió del despacho a toda velocidad para alcanzar a Clara en la puerta del ascensor. Estaba tan concentrada que ni siquiera se dio cuenta de que la había seguido hasta allí.

El resto de agentes se quedarían en la comisaría. Buscarían información del pintor español y las celebraciones del día treinta de

diciembre. Si Clara tenía razón, encontrarían alguna pista que los llevara a confirmar la fecha.

—Clara, me voy contigo. Te llevo a casa. Creo que vamos a celebrar la Navidad juntos. —Sonrió Jesús.

—Sí, eso parece. Estoy pensando, no me distraigas. —Sacó la libreta y empezó a leer las notas que había escrito durante el viaje a la estación de metro de Goya.

Caminaron hasta el coche de Jesús, en silencio. En el trayecto tampoco hablaron. Clara estaba concentrada y murmurando informaciones que Jesús no entendía. No le preguntó nada, sabía que era maniática y no le gustaban las interrupciones. «Parece que entra en trance», pensaba Jesús al verla tan ensimismada. Cuando tuviera información relevante, seguro comenzaría a hablar, como así hizo al llegar al apartamento.

—Creo que he encontrado la relación con el día que nos vaticina el teorema de Pitágoras. Es el día de Santa Judith, que precisamente es una de las Pinturas Negras que se encontraron en la casa de Goya —dijo espléndida Clara.

—¿En serio? Eso no puede ser casualidad, ¿no? —preguntó Jesús, mientras esperaba a que Clara abriera la puerta de su casa.

—Esperemos que no. Tiene que ser. No puede ser de otra manera. Si sumamos los cinco días que nos da del resultado del teorema de Pitágoras, nos da de resultado el día treinta, que es día de la Santa Judith, que es una de las Pinturas Negras de Goya. Estoy segura.

Jesús entró en casa y se fue directamente a la cafetera. Tenía mucho sueño, pero le encantaba escuchar a Clara hablar sin parar.

—¿Café?

—Vale. Me voy a cambiar mientras lo haces. —Se dirigió a la habitación para ponerse más cómoda.

—Ahora me cuentas la historia de esa santa, ¿vale?

—Por supuesto.

Capítulo 44

Clara salió de la habitación con otra ropa. Estaba incómoda con el vestido que eligió para Nochebuena. No se terminaba de sentir ella misma.

Se sentó en el sofá, al lado de Jesús, donde la estaba esperando con el café preparado.

—Bueno, pues tú dirás.

—Bien, Judith fue una mujer que engañó a Holofernes. Estaba enamorado de ella, le sedujo y después lo decapitó. Salvó al pueblo. Era una viuda que debido a que el adversario estaba enamorado de ella, supo utilizar sus armas de mujer para emborracharlo. Luego le engañó y con su criada lo decapitó, ¿te suena?

—¿Decapitado?

—Eso es. Esa mujer fue una heroína por salvar a todo su pueblo de las manos de Holofernes. Lo decapitó y metió su cabeza en una bolsa. Igual que en el caso de Roberto. Coincide también en eso. Esa pintura estaba en la planta baja del Quintar del Sordo. Precisamente con la de *Saturno devorando a su hijo* y con la que nos hemos encontrado hoy, de *La Pradera de San Isidro*. Que, por otro lado, se encuentran en la casa de Roberto, cuya mujer es directora de una galería de arte —terminó de decir Clara.

—Me estás queriendo decir que piensas que es la viuda.

—¿Quién si no? Incluso la conocía Yerai. Tenemos que hablar con él. Puede que nos ayude.

—Pero, como tú misma dijiste, es demasiado obvio, ¿no te parece?

—Lo sé, pero a lo mejor Vivian tenía razón. Se cumple que es alguien de su círculo, y sabía que su marido era masón. Incluso creo que sabía que el gran maestre estaría en la convención en Francia, así parecía el culpable.

—Todo tiene sentido —concluyó Jesús pensativo.

—Llama a Carlos. Tenemos que hacer una videollamada todos. Así nos dará permiso para ir a la logia de nuevo. Tenemos que hablar con ellos.

Puede que sospechen de alguien. Nos tenían que enviar una lista con gente que había salido de la logia o que hubieran descartado por no ver motivos de ingreso sinceros.

—Está bien. Empezaremos hablando con Carlos.

Jesús cogió el teléfono e hizo la videollamada.

El comisario descolgó rápido, y Vivian y Raúl se unieron a la improvisada reunión.

Clara contó lo que habían averiguado y la relación con el pintor español. Parecía que las pistas estaban encajando. Pero era importante hablar con los masones. Después de la muerte del eximio maestro buscarían una explicación.

—Está bien. Parece que los crímenes tienen sentido. ¿Cuál es la pintura negra que falta?

—De la parte baja, que es donde están las que hemos encontrado, faltan varias: *El aquelarre, La Leocadia* y *Dos viejos comiendo sopa*.

—¿Crees que esas tienen algún significado?

—Creo que no. Han cogido las pinturas de Goya porque era masón y por la admiración que sienten hacia sus hermanos. Pero la persona que está haciendo esto persigue demostrarnos sus conocimientos, lo que sabe de la masonería. Lo que no consigo entender es la finalidad de los asesinatos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Raúl.

—Bueno, creo que lo está demostrando; los conocimientos, quiero decir, pero tendrá alguna meta para matar a gente. ¿Que le admitan en la logia? No creo, y menos después de matar a sus hermanos —concluyó Clara.

—No creo que busque nada, simplemente es demostrar lo que se han perdido —elucubró Carlos.

—Lo dudo. Todo tiene un porqué y este no lo logro comprender —dijo pensativa.

—Ese tema lo discutiremos luego. Ahora es importante llamar a Óscar y comunicarle lo ocurrido. No creo que esté en Madrid, pero hay que

avisarle.

—Vale, Carlos. ¿Quién llama?

—Lo haré yo, por supuesto. Llamo, y ahora os informo de los pasos a seguir, ¿de acuerdo?

Jesús y Clara asintieron.

—Estaremos esperando hasta que nos digas algo.

Había llegado el momento de atrapar al asesino. No estaban seguros, pero varias pruebas apuntaban a la viuda de Roberto. El detalle de que Judith matara al hombre que estaba enamorada de ella y lo decapitara, provocó que saltaran las alarmas del equipo.

Conocía que su marido era masón, de esta forma conocía los detalles de la logia, y además se cumplía la premonición de Yerai de que el asesino no era masón.

Jesús se recostó en el sofá. Estaba cansado después de tantas horas trabajando. La madrugada había sido productiva, pero el cansancio y tantas horas de trabajo estaban haciendo estragos en los descansos del equipo.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Jesús.

—Yo voy a comprobar una información que me ronda en la cabeza. Voy a mi biblioteca privada.

—De acuerdo, ¿te importa que vea un rato la televisión? Aunque si quieres que te ayude, no hay problema.

—No, prefiero hacerlo sola.

—Me lo suponía. Te espero aquí. Si quieres algo, me dices.

Clara se levantó. Caminó a la habitación donde se encontraban sus preciados tesoros, sus libros. Quería comprobar datos masónicos y los rituales para cada una de las fases de categoría dentro de la logia. Ahora se habían quedado sin ningún eximio maestro. Tendría que comprobar quiénes eran los beneficiados de esa situación. Sabía que los rituales eran secretos, pero tenía que intentarlo.

En comisaría, Carlos llamó al gran maestre, Óscar. Sabía que era una hora intempestiva, pero era necesario que se enterara por la Policía, no por las noticias.

—¿Sí? —contestó el maestre.

—Hola, Óscar, soy Carlos, el comisario. Te llamo porque ha ocurrido una desgracia. Creo que deberías saberlo por mí, antes de que nadie te lo cuente. Además, pienso que estás en peligro.

El gran maestre se quedó en silencio. Presentía lo que el policía le iba a decir. Ya habían tenido esta conversación en la logia, sabía que los siguientes serían ellos. Sintió un pinchazo, con un enorme sentimiento de congoja.

—¿Es David? —balbuceó.

—Eso es. Lo siento —contestó apenado—. Creemos que el próximo serás tú. Es importante que vengas a comisaría y te pongamos protección hasta que esto acabe. Pensamos que el próximo asesinato es el día treinta de diciembre. Solo faltan cinco días.

Carlos no se quiso extender demasiado en detalles del asesinato, por lo que le contó la versión sintetizada, por si podía aportar luz a lo ocurrido.

—No necesito protección de la Policía. Además, me es imposible ir a comisaría. Estoy en Santiago de Compostela hasta el día de Año Nuevo. El día dos de enero me pasaré. No puedo parar mi vida por un asesino, va a conseguir lo que quiere. No lo puedo permitir. No volveremos a parecer culpables de hechos que no son cometidos por las manos de nuestros hermanos masones. No nos volveremos a esconder. —Alzó la voz.

—Lo sabemos, pero estás en peligro.

El gran maestre comenzó a llorar. Se produjo un silencio al otro lado del teléfono.

—Quieren acabar con nosotros de nuevo. Hacernos culpables por algo que no hemos hecho. Por favor, Carlos, tienes que parar esta locura. Encontrad al culpable. Nosotros no tenemos nada que ver. Ahora no me puedo ir. Tenemos una convención aquí. Este es Año Santo. La catedral de

Santiago es para nosotros un símbolo masónico. Tenemos que estar aquí —balbuceó.

—Está bien, como quieras.

—Hablad con Yerai, él os ayudará —concluyó.

—Ahora mismo le llamamos.

—¿Sabéis quién es el asesino?

—Creemos que es la mujer de Roberto. Demasiadas pistas apuntan a ella.

—No puede ser. Esa mujer estaba enamorada de Roberto, es una bellísima persona. Defensora de la masonería. Creo que quería ingresar en la logia femenina.

—¿Logia femenina?

—Sí, hay una. Hablen con ella, pero creo que se están equivocando de persona.

—Lo haremos. Por favor, ten cuidado. Necesitamos la lista que hablamos.

—Claro. La está preparando Yerai. Llamadle, os ayudará en todo lo que necesitéis.

—Gracias.

—Por favor, infórmame de los adelantos del caso —balbuceó el maestre.

Óscar se sentía vacío, desprotegido e incapaz de ayudar a los miembros de la logia. Sus dos eximios maestros habían sido asesinados. No tenía duda de que el siguiente sería él. Una persona estaba intentando acabar con la masonería. Debía descubrir quién era. Se jugaba la reputación de la logia y la extinción de la misma. Si la sociedad los volvía a ver como lo que no eran, correrían la misma suerte que sus antepasados, ocultos y secretos a ojos de los demás. Les había costado demasiado obtener la libertad de defender sus ideas y creencias para terminar de nuevo repudiados sin razón.

Tenía que hacer algo, pero ¿el qué?

Decidió llamar a Yerai, tenían que encontrar al asesino. Esa lista era esencial, les podía dar alguna pista de quién quería acabar con la masonería.

—¿Óscar?

—Yerai, soy yo. Perdona por las horas, pero me acaban de llamar de la Policía. Acaba de aparecer muerto David, se ha tirado a las vías del tren en la estación de Goya. Creen que le amenazaron y decidió tirarse.

—¿Cómo? ¡No puede ser! Maestre, estamos en peligro. Cualquiera de nosotros será el siguiente —contestó entre lágrimas.

—Lo sé. Necesitamos esa lista. La Policía cree que es la viuda de Roberto, pero eso es imposible.

—Tengo la lista, estaba pendiente de mandártela para que la revisáramos primero.

—De acuerdo, envíamela ahora. Estoy muy preocupado y no puedo dormir. David no tenía mujer ni hijos, así que llamaremos a sus padres a primera hora.

—Está bien. Cuando revise la lista te llamo.

—De acuerdo, Óscar, estoy pendiente. Ten cuidado. Creo que es mejor que vaya contigo a Santiago. El próximo puedes ser tú.

—Luego hablamos.

Óscar recibió la lista a los cinco minutos. Se centró en los no admitidos o rechazados por la logia desde septiembre del año anterior, cuando fue el primer asesinato con la quema de la catedral.

El gran maestre estaba convencido de que era alguien que había estudiado para ser «compañero», segundo paso después de «iniciado». Tenían que pasar años de estudio sobre la masonería para pertenecer a la logia. Se habían tomado demasiadas molestias para que hubiera un cuadre de fechas. El día veinticinco no era un día cualquiera, como tampoco lo habían sido el resto de días. Era un ex masón, eso lo tenía claro. Debido a que había sido expulsado de la logia, estaba realizando su propia venganza. Sabía que querían desarticular a los masones, pero él era el gran maestre y,

como el propio De Molay lo hizo, defendería la orden masónica, aunque le llevara a la muerte.

Sin revisar la lista, se la envió por mail a Carlos. Era urgente cerrar este círculo de asesinatos que solo a ellos les perjudicaba en exceso. Así se lo hizo saber al comisario.

Después de enviarla, observó la lista. Haciendo memoria con cada uno de esos nombres, recordó cada uno de los motivos. Anotó al lado de los nombres los motivos y relación con miembros de la logia. En muchas ocasiones los iniciados son recomendados por los propios hermanos. Quizá sirviera de pista alguna de sus anotaciones posteriores.

Capítulo 45

Clara salió de la habitación y comprobó que Jesús se había quedado dormido en el sofá, viendo la televisión. No quería despertarlo, ya que estaban cansados por lo que estaba ocurriendo. Decidió llamar a Carlos. Era importante ir a interrogar o detener, si pudiera ser, a la mujer de Roberto. Su casa estaba llena de simbología, estaba de acuerdo en que su marido era un maestro, pero estaba segura de que aquella mujer conocía perfectamente cada uno de los significados. Además, las Pinturas Negras estaban en su casa.

—Carlos, creo que deberías interrogar a la mujer de Roberto y vigilarla o retenerla hasta el próximo día treinta. Si ella no es la asesina, lo sabremos ese día, ¿no te parece?

—Me parece buena idea. Tengo la lista de los masones que no terminaron la formación hasta maestro.

—¿En serio? Yo quiero verla. Envíamela.

—¿Dónde está Jesús?

—Se ha quedado dormido. ¿Le despierto?

—No, hasta que no tengamos nada, déjale.

—Vale. ¿Me la envías?

—Ya está. Échale un ojo y me dices. ¿Crees que es la mujer?

—No lo sé, pero es la única sospechosa en firme que tenemos. ¿Qué opinas?

—Bueno, si no lo es, lo sabremos pronto. Solo faltan cinco días. Por lo menos, esta vez sabemos el dónde y el cuándo.

—Sí, la situación está a nuestro favor. Creo que hemos encontrado todas las relaciones. No debemos olvidar en qué disciplinas se apoyan los masones para comprender el proceso.

—¿Qué quieres decir?

—Pues la geometría, la alquimia, la albañilería, la arquitectura…

—Tiene sentido. Aunque me preocupa que los adelantos salgan a la luz. Espero que la prensa no se entere y nos fastidie el plan.

—No lo harán, solo lo sabemos nosotros. Bueno, y los masones.

—Es cierto. Hablamos mañana. Descansad. Hoy es Navidad, así que mañana iremos a ver a la viuda. Comprobaremos que no ha tenido nada que ver.

—Espero que no nos equivoquemos.

—Yo también.

Colgó el teléfono. Miró a Jesús, que estaba a su lado. Decidió no despertarle para que descansara. Era el día de Navidad, así que, como predijo Jesús, comerían juntos. Prepararía la comida. Después repasarían juntos la lista.

Con el ruido que Clara hizo en la cocina, Jesús se despertó.

—Hola. Me has dejado dormir, gracias.

—De nada. Tenemos la lista de masones que no completaron el ciclo.

—Si piensas que es la mujer, ¿para qué la quieres?

—Puede ser que nos equivoquemos.

—He pensado que es imposible que el asesino sea una única persona. Además, lo de la mujer es tan obvio que he llegado a la conclusión de que nos la quieren colar. ¿Tú que dices?

—La razón me dice que es ella, por las pruebas que tenemos. Pero, por otro lado, cuando la conocí estaba demasiado afectada y drogada para trazar un plan tan siniestro. No sé.

—A lo mejor se está vengando porque por culpa de la masonería su marido ha muerto.

—No creo, el maestre dijo a Carlos que quería ingresar en la masonería femenina. Además, el primer asesinato fue mucho antes del de su marido.

—Eso cambia todo. Entonces creo que nos estamos confundiendo de persona.

—Tenemos que intentarlo. No perdemos nada por comprobarlo. Lo mejor es que la tengamos vigilada por si acaso. Si la tenemos vigilada y el crimen ocurre igual, ya sabemos que ella no es. Por lo tanto, tendremos claro que nos hemos confundido.

Terminaron de cenar y Jesús se fue a su casa. Necesitaban descansar. Tendrían que concertar una visita con la viuda para comprobar sus teorías. Además, la lista estaba pendiente de ser revisada por los agentes. No tenían esperanza de que descubrieran al asesino con la lista de los masones, ya que no conocían a esas personas. Sus recursos para averiguar la identidad del psicópata entre esas personas eran escasos.

Clara tenía que hablar con el gran maestre, sabía que conocería a las personas detrás de cada uno de los nombres. Puede ser que tuviera una conclusión propia. Era necesario poner en común las ideas. La vida de los masones estaba en peligro.

La conversación que tuvo Clara con Yerai en la logia, le vino a la memoria. Él estaba convencido de que el asesino no era masón. Tanta rotundidad en sus palabras le hizo pensar que a lo mejor estaba en posesión de más información que la propia Policía.

Capítulo 46

Era veintiséis de diciembre. La Navidad había sido diferente, nunca se hubieran imaginado que tendrían un asesinato en las fiestas navideñas, pero así fue.

El equipo estaba desolado por la pérdida del eximio maestro. Sabían que los masones corrían peligro, así se lo hicieron saber en la reunión. Aunque desconocían el motivo que ocultaba David para que, con una amenaza, accediera a tirarse a la vía del metro.

Estando en el despacho del comisario, el equipo, incluido Raúl, comenzaron a exponer las ideas que pudieran convencer a David para suicidarse de aquella forma. Sin duda, era un motivo con el suficiente peso como para lanzarse.

El maestro no tenía familia, por lo que dedujeron que el motivo de tanto peso debería estar relacionado con la masonería. Los hermanos se cubrían entre ellos, y sus rituales eran secretos sagrados que debían salvaguardar al exterior. Probablemente, si los hubiera revelado no hubiera ocurrido el asesinato. Esto hizo pensar al equipo que tenía que ser un motivo más sustancioso. Simplemente por no desvelar unos rituales nadie tomaría la decisión de suicidarse, o quizá sí. «Todo dependía del grado de entrega con la masonería. Para muestra de la fidelidad a una orden estaban los templarios como ejemplo, y la muerte del último gran maestre, James De Molay», pensaba Clara.

La nota del triángulo equilátero les había dado pistas del próximo asesinato, que coincidía con *Santa Judith*, cuadro que pintó Goya, perteneciente a las Pinturas Negras. La similitud de la santa con la viuda de Roberto, en lo referente a la decapitación y la viudedad de la misma, les hizo pensar en que María estaría detrás de los asesinatos. No tenían ningún sospechoso por el momento, así que la decisión final de retenerla se hizo realidad.

Desde comisaría, el equipo se dirigió de nuevo a la casa de María. La llevarían detenida para hacerle un interrogatorio. Sabía más de lo que decía. Siendo escultora y una profesional del arte, conocería a la perfección

los símbolos y las pinturas de Goya que adornaban su casa. La declaración de Óscar de que quería pertenecer a la logia femenina de Madrid, hizo saltar las alarmas en el caso.

No querían que hubiera más muertes, por lo que era mejor proceder con el interrogatorio. Si era inocente, lo sabrían pronto.

La noticia de la muerte del metro había terminado filtrada en los medios. Los agentes estaban confundidos, ya que se había dado orden de que la investigación fuera confidencial. Siendo así, era fundamental guardar secreto de los pasos que estaba dando el equipo. Aun así, ese mismo día, las páginas de los periódicos confirmaron que un agente estaba dando información de lo acontecido en el metro.

Carlos era el comisario. Lo ocurrido junto a las filtraciones a la prensa pertenecía a sus competencias, se convertían en responsabilidad directa suya. «Alguien está filtrando información. Pero ¿quién?».

Antes de la reunión se había producido una conversación entre Carlos y el director de la científica, Tomás.

—Hola, Tomás, soy yo. Acabo de ver en los periódicos que se ha publicado el crimen de ayer. Tenemos que parar esto, alguien está filtrando la información de los asesinatos y lo que está ocurriendo. No sé quién puede ser. Está cundiendo la alarma social porque hay un asesino suelto en Madrid —dijo el comisario.

—Lo sé, Carlos. En la científica no tenemos información del caso, solo de las pruebas, que por desgracia no han sido muchas —dijo apesadumbrado el director—. Lo que me acabas de decir yo también lo he pensado cuando he visto el periódico, pero no tengo ni la más remota idea de quién ha podido ser. En este departamento no somos tantos como para que no me entere —concluyó Tomás—. ¿Puede que tengas un infiltrado en tu equipo? Piénsalo.

—¿En mi equipo? ¡Estarás de broma! Eso es imposible. Si somos cinco. Es de locos, estaría perjudicando su propia reputación —adelantó nervioso Carlos.

—Entonces, ¿quién?

—Es obvio que está en nuestros equipos —apresuró Carlos—. Tenemos que encontrarlo urgentemente. Ya sé que no es fácil, Tomás, pero tenemos que saber quién es. Me está destrozando el caso. La prensa está en la puerta de la logia. Además, están lanzando prejuicios sobre los masones.

—Lo sé. Está perjudicando la opinión social de la masonería, no se lo merecen. Además, Roberto era mi amigo. Lo conocía desde hacía años y no quiero que se manche su recuerdo con este tipo de titulares en contra de ellos.

—¿De qué lo conocías?

—Éramos amigos —contestó Tomás sin entrar en detalle.

—Ya, te he oído. Pero ¿de qué? —insistió Carlos.

—Teníamos amigos en común.

—Tomás, no te quiero parecer entrometido, pero ¿sabes algo de los asesinatos?

—No, si supiera cualquier detalle, créeme, te lo diría.

—Está bien. Por favor, recuerda lo que te he dicho. Vigila a tu equipo, piensa que puede ser cualquiera —resolvió Carlos.

—No te lo iba a contar, pero creo que te mereces saberlo. —Resopló Tomás.

—¿Qué pasa? —dijo preocupado el comisario.

—Tengo una teoría sobre lo ocurrido. Creo que a la persona que está filtrando información le interesan las opiniones negativas que se están vertiendo sobre la logia —susurró Tomás.

—Yo también lo he pensado, pero ¿por qué?

—Eso es lo que no consigo entender. Hay que estar pendiente de los agentes. Hablamos en un par de días. Esperemos que detengáis al asesino y no tengamos que seguir con el tema. —Suspiró.

—Ojalá sea así. Por cierto, ¿eres masón? —soltó sin pensarlo. La desesperación por llegar al final del caso estaba convirtiendo al comisario en una persona demasiado directa. No quería perder más el tiempo.

«Cada vez me parezco más a Clara», pensó Carlos al terminar la pregunta.

Tomás comenzó a reír.

—Por supuesto que no. Venga, Carlos, ya hablamos, que tengo trabajo pendiente del crimen del metro.

Se despidieron.

Capítulo 47

El equipo fue hacia la casa de la viuda de Roberto. Habían descartado el círculo social de David, ya que era soltero, sin hijos. Además, las pruebas parecían apuntar a la viuda.

—¿Habéis avisado a María de que veníamos? —preguntó Vivian.

—No, es mejor así. Si la avisamos, estaría preparada. Si es tan inteligente como parece, es mejor no darle pistas para preparar el interrogatorio —explicó Carlos.

—Está bien, ya estamos aquí. ¿Quién llama? —preguntó Jesús.

—Yo misma —respondió Clara mientras apretaba el botón del timbre.

—¡Clara! Me refería a quién le explicaba a lo que veníamos, no a apretar el timbre —explicó enfadado Jesús.

—Haberlo dicho así. No me he enterado. No haber hablado en clave —respondió molesta.

—Ya da igual. Dejadlo —dijo Carlos mirando a los dos—. Hablo yo —adelantó Carlos.

El sonido del timbre abrió la puerta del exterior con el empujón de Carlos, que se colocó en primera posición.

La viuda estaba en la puerta de la casa, con la misma vestimenta del día anterior. Les habían informado de que fue al funeral, pero se desmayó en mitad de la ceremonia. Terminó en el hospital. Estaba medicada.

Vivian dedujo que estaba siendo víctima de una depresión profunda. «Es imposible que haya sido ella. Está en un estado lamentable».

—Clara, mírala —murmuró Vivian al oído.

—Lo sé, pero es la única manera de poder descartarla. No tiene fuerza para sostenerse de pie, pero alguien la está incriminando, o eso parece —murmuró en respuesta al comentario de la inspectora.

Carlos y Jesús iban delante de sus compañeras y llegaron primero a la puerta, donde María les estaba esperando apoyada en el marco. Estaba visiblemente drogada, no se sostenía de pie.

—Buenos días, María. Soy Carlos, el comisario responsable de la investigación de su marido. Tiene que acompañarnos a un interrogatorio.

María comenzó a llorar.

—Yo no he hecho nada. Son unos dementes retorcidos si piensan que yo he matado a mi marido. Les están engañando. —Explotó sin dejar de llorar.

—Si no has sido, no tienes por qué preocuparte. Todo saldrá bien —explicó Jesús con tono tranquilizador.

Las dos chicas llegaron a la puerta. Vivian se conmovió al oír las palabras de la mujer. «Lo que le faltaba».

—Tranquilízate, María. Todo acabará pronto. Tenemos que interrogar a la gente cercana a Roberto. Ayer murió el compañero de tu marido, David —dijo Vivian mientras la cogía del brazo.

—¿Qué? ¿David? ¡No puede ser!

María recibió la noticia como un jarro de agua fría. Le afectó demasiado por el estado en que ya estaba desde la muerte de su marido.

Vivian cogió a María por el brazo y pasaron hacia el salón. Intentó tranquilizarla. Se sentaron en el sofá. Vivian vio a la viuda demasiado perjudicada como para deducir un plan tan macabro y retorcido

—Clara, por favor, trae un vaso de agua —dijo Vivian—. María, tienes que entender que somos agentes de la ley, tenemos la obligación de descartar a los sospechosos del crimen. Si piensas que te están incriminando y no has sido tú, no tienes por qué preocuparte. Todo saldrá bien, ya lo verás —explicó con tono tranquilizador.

Clara volvió con el vaso y se lo extendió a María. Entre sollozos, bebió agua. Comenzó a respirar profundo, a tranquilizarse.

Vivian se quedó hablando con la viuda mientras el resto se separó para comenzar a susurrar sin poder ser oídos.

—Clara, ¿todavía crees que ha podido ser ella? —preguntó Carlos.

—No lo sé. Las pruebas apuntan hacia ella, sobre todo, por la historia de Judith.

—La veo demasiado perjudicada para hacer algo así —intervino Jesús.

—Ya, yo también. Pero es mejor que seamos prudentes. El asesino no ha terminado con su plan, así que es mejor tenerla vigilada hasta el día treinta —decidió Carlos.

—En eso estamos de acuerdo —afirmó Clara, que no dejaba de mirar a su alrededor.

—Carlos, ¿podemos dejarla en casa con vigilancia? Creo que puede ser buena idea. Ten en cuenta que si los medios se enteran de que nos la hemos llevado así —Señaló a la viuda—, se nos echarán encima. Es lo que faltaba para crearnos mala fama nosotros y a los masones. ¿Qué te parece? —preguntó Jesús.

—Puede que tengas razón. Tampoco podemos retenerla cuatro días en comisaría. Creo que has tenido una buena idea —afirmó el comisario sin dejar de mirar a María y a Vivian.

—¿Puedes poner una patrulla delante de la puerta? —preguntó Clara.

—Sí, lo que estoy pensando es si vosotras podéis venir estos días para echarle un ojo. Es extraño que, si tan unida estaba a su marido y a la logia, incluso conocía a David y a Óscar, no tenga ninguna información que nos pueda dar.

—Yo tengo el expediente del caso de su marido en mi mochila. Desde el otro día, que me lo llevé a casa de Clara, no lo he sacado —apuntó Jesús.

—Buena idea. Ve a por él. Se lo vamos a enseñar, quizá nos pueda ayudar.

—¿Puedo subir al despacho? —interrumpió Clara, que llevaba un rato mirando las escaleras sin prestar interés a la conversación de los agentes.

—Sí, sube. Puede que encuentres alguna pista más que el otro día pasaras por alto —contestó Carlos.

—Seguro, cuando subí Vivian no me dejó entretenerme mucho. Echaré un vistazo a los cuadros. Al ser réplicas, he pensado que pueden tener algún detalle.

—Clara, no eres licenciada en Arte —contestó Jesús irónico.

—No entiendo qué quieres decir.

«Qué raro que no entienda la ironía. Tengo que dejar de utilizar el sarcasmo. Total, no sirve de nada, porque luego se lo tienes que explicar», pensó Jesús con cansancio.

—Que no vas a ver nada, porque no entiendes de arte.

—Ya, ¿y?

—Pues eso, que no vas a encontrar ninguna diferencia.

—Yo no, pero ella sí. —Clara sonrió mientras señalaba a María—. Ella es la clave.

—Estás loca, no le podemos decir nada. Si es ella la asesina, le das pistas, ¿o es que no te das cuenta? —murmuró Carlos.

—¿Lo has dicho de manera irónica? —preguntó Clara entrecerrando los ojos, pensativa.

—No, Clara, lo he dicho en serio —contestó Carlos, suspirando.

—Tengo un plan. Si es ella, al ver las pinturas estoy segura de que Vivian lo notará —susurró Clara.

—Ese plan es poco desarrollado, ¿no te parece? —susurró Carlos.

—Escucha, nos llevamos bien con ella. Mira. —Señaló a Vivian—. Creo que es lo mejor. María sabe las historias de cada uno de los cuadros, estoy segura. Quizá hemos mirado el caso desde la perspectiva errónea.

—No sé, Clara. Yo no lo veo —susurró Carlos, rascándose la barbilla de manera compulsiva—. Me estás poniendo muy nervioso, no tenemos nada. Haz lo que quieras, pero dame una pista. El caso está en una

situación complicada. La muerte nos acecha y los medios también. Tenemos que poner fin a los asesinatos.

—No perdemos nada. Total, estamos perdidos igual. Por probar, puede que nos llevemos una sorpresa —murmuró Jesús.

—De acuerdo, haced lo que creáis. Nosotros vamos a montar las guardias y a revisar el caso de nuevo. Si tienes razón, hay que montar un despliegue para el día treinta.

—Creo que nos va a dar información privilegiada. Hazme caso, Carlos. Yo soy historiadora, conozco hechos que tienen que ver con la orden y la masonería, pero ella seguro que sabrá quién es Goya y la vida del pintor. Es su trabajo. Incluso he llegado a pensar que tenía las Pinturas Negras para que su mujer interviniera en la investigación de alguna manera. ¿Os parece una locura?

—No sé, Clara. Tengo tantas teorías en la cabeza que no consigo pensar con nitidez. Intentad obtener información válida para el caso. Por favor, resolved esto. Llámanos luego. —Suspiró profundamente Carlos.

—Eso haremos.

Jesús y Carlos se fueron de la casa. Al oír el ruido de la puerta, Vivian levantó la mirada. Solo estaba Clara, que andaba hacia el sofá. «¿Qué habrá pasado?», se preguntó la inspectora.

La viuda no tenía percepción de la realidad. Estaba de cuerpo presente, pero su cabeza estaba en otro lugar, lejos del salón de su casa. Clara había empatizado con la situación y con quien se había convertido en una víctima indirecta de las muertes.

Los hallazgos conducían a María como la asesina, pero era una mujer que, después del asesinato, era incapaz de respirar si se lo hubieran propuesto.

Sonó el timbre de la puerta. Las mujeres se sobresaltaron. Clara se levantó. «El expediente».

—Voy yo. Es Jesús. Trae el expediente. Necesitamos tu ayuda, María.

Efectivamente, como había predicho, era Jesús.

—Aquí tienes —extendió la mano con la carpeta, rozando sus dedos de manera casual—. Clara, haz todo lo que puedas —le susurró al oído.

—Eso haré, puedes estar seguro —respondió estremecida al sentir el aliento de Jesús en su oreja.

El policía se dio la vuelta y se marchó corriendo. Carlos esperaba en el coche. Tenían trabajo pendiente para el poco tiempo del que disponían. Esperaban varios informes de pruebas del último asesinato por parte de la científica y organizar las patrullas. Clara esperó en la puerta, con la carpeta en la mano, para ver desaparecer la silueta del agente.

Cerró la puerta y volvió al sofá con el expediente en la mano.

—Lo haré —contestó María de manera súbita.

—Gracias —dijo Vivian—. Estamos contigo, saldrá bien.

La primera vez que conocieron a María quedaron en ver aquel expediente. Había llegado el momento.

Capítulo 48

Clara abrió la carpeta ante la mirada de María. Sabía que existían fotografías que era mejor que la viuda no viera. Por esa razón, se puso la carpeta en los muslos para comprobar y seleccionar aquellas que podría ver sin provocar un trauma en la salud ya débil de la mujer.

Extendió el informe de la científica junto a fotografías del escenario. En ninguna de ellas aparecía el cuerpo de su marido.

María extendió la mano y leyó el informe. Su gesto iba cambiando a medida que leía la información. Las compañeras miraban expectantes la escena. Ninguna dijo nada. Era mejor no interceder en la reacción de María. Tenían que darle libertad de expresar sus ideas al terminar la lectura, observar el escenario.

—Creo que ahora comprendo tu insistencia en mi ayuda —terminó de decir, mirando a Clara.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó tímida Vivian.

—He visto que ha sido una muerte por abejas. Mi marido era alérgico. Supongo que sabéis que es símbolo masón, igual que el escenario, ¿es así?

—Sí, eso es. Pero la clave es Goya, ¿nos ayudarás? —preguntó Clara

—Por supuesto, necesito que me digáis en qué punto de la investigación estáis —dijo María.

Vivian comenzó a hablar para explicar la situación complicada en la que se encontraban con las muertes. María había conseguido cambiar de actitud y, el efecto de las pastillas, a medida que avanzaba la conversación, iba mermando.

Al recordar los asesinatos de su marido y de David, los ojos de María se inundaron. Eran demasiado recientes para olvidar lo ocurrido y poder pasar página.

La explicación de la agente, con las aclaraciones de la historiadora, hizo que la mente de María empezara a funcionar y a encajar las pruebas del pintor ante las que se encontraban.

Después de la historia de Judith y Holofernes, María interrumpió el discurso de Clara.

—Por eso pensáis que soy yo, ¿no?

—Eso es. ¿Quién si no?

—Entiendo. Creo que ahora lo veo de otra manera. Tenéis razón, yo habría pensado lo mismo. Pero yo sé que no he sido. Lo voy a demostrar. Necesito el expediente del asesinato en el metro.

—Por supuesto —afirmó Vivian. Se levantó para llamar por teléfono.

Pidió que le mandaran el expediente escaneado por mail. Así podrían valorarlo con María.

—He tenido una idea. Puede que sea una estupidez, pero si mi marido conocía al asesino quizá sospechara que estaba en peligro. Si mi teoría es cierta, Roberto me habría avisado. Me hubiera intentado proteger de alguna manera.

—¿Qué idea? —preguntó Clara contenta.

—A mi marido, igual que a los masones, les gusta jugar a dejar pistas y mensajes cifrados. Una prueba de ello es el propio mensaje en atbash que os dejó el asesino. Al menos para mí, es la confirmación de que ha sido o es masón.

—Continúa, por favor —añadió Vivian, atenta a la conversación.

—Roberto me dejaría un mensaje en la casa. Un mensaje que solo yo pudiera encontrar. Si pensaba que él estaba en peligro, sospecharía que yo también lo estaba. No me hubiera dejado desprotegida.

—¡En el despacho! —exclamó alterada Clara.

—Exacto. —Sonrió María—. Pero la pregunta es: ¿en qué lugar del despacho? Conozco a Roberto, solo lo hubiera dejado a mi alcance. Tengo que pensar.

Las tres se quedaron en silencio, mirando el expediente del asesinato en la mesa. El teléfono de Vivian sonó. El mail con la información del crimen del metro había llegado.

Vivian revisó el archivo y comprobó que no había nada sangriento para que María pudiera verlo. No lo había. Jesús, como persona previsora e intuitiva, quitó las fotografías del cadáver de David.

Extendió el móvil a María.

—Tengo hambre, ¿puedo ver qué tienes en la nevera? —preguntó Clara.

—Por supuesto —contestó María ensimismada, ojeando el archivo.

«Es única», pensó Vivian mientras miraba a la historiadora ir hacia la cocina.

Clara volvió antes de que María terminara de leer el expediente. Había encontrado una bolsa de patatas fritas, que comía mientras observaba la decoración del salón. Las paredes estaban decoradas con multitud de cuadros. No entendía de arte, por lo que miraba sin mucha atención.

María terminó de leer. Devolvió el móvil a Vivian, que no apartaba la mirada de la viuda.

—Bueno, ¿qué dices?

—No lo sé. Necesito comer algo. Creo que vamos a estar hasta altas horas de la madrugada buscando en el despacho. Estoy pensando, pero no se me ocurre dónde me hubiera podido dejar Roberto un mensaje cifrado —concluyó María desesperada.

—¿Qué no sabes? —preguntó Clara, girándose para mirar a su compañía.

—No se me ocurre un lugar clave. Tendremos que buscar por todo el despacho. —Suspiró María.

—Yo creo que es bastante obvio dónde tu marido te dejaría un mensaje.

—No te hagas la interesante y dilo ya —recriminó Vivian a su compañera.

—Piensa. Si la relación es Goya, porque todos los muertos eran fanáticos de él, y además tu propio marido se tomó la molestia de decorar su despacho con las Pinturas Negras, teniendo en cuenta que tú eres licenciada en Arte, el mensaje no puede estar en otro lugar que en esos cuadros —resolvió Clara.

María se quedó pensativa, sin decir ni una palabra.

—¿Cuál era su obra favorita? Eso sí lo sabrás, ¿no?

—*La pradera de San Isidro* —resolvió María.

—Ahí lo tienes. —Sonrió Clara.

María se levantó rápido, seguida por las chicas.

Subieron las escaleras y llegaron al despacho. Solo había una manera de descubrir si estaban en lo cierto: mirar en el cuadro.

Capítulo 49

Descolgaron el cuadro preferido de Roberto. Su mujer había mejorado de repente. Estaba radiante. Las tres empezaron a manosear el cuadro una y otra vez. «Debería haber una pista, una nota, algo», pensó desesperada Clara.

—¿Le quitamos el marco? —propuso Vivian.

—No puede ser que nos lo haya puesto tan difícil —agregó María.

—Aquí no hay nada. Por favor, María, míralo detenidamente. Tiene que haber dejado una nota —terminó Clara desilusionada.

María no perdió la esperanza. Si Clara tenía razón, estaba segura de que su marido le habría dejado una señal. Roberto nunca le comentó que tuviera miedo o que en la logia estuvieran pasando situaciones o hechos sospechosos que atentaran contra su persona. Pero su marido era un hombre observador que probablemente quiso evitar la preocupación de su mujer.

—Tenemos que seguir buscando. Bajemos todos los cuadros —dijo María alzando la voz.

—Tranquila, lo vamos a encontrar —añadió Vivian, agarrándola del brazo.

María reaccionó. Vivian se había dado cuenta del cambio de actitud, comenzó a ponerse nerviosa y desesperada por encontrar el último escrito de su marido. Tenía la sensación de no haberse despedido de él. El asesinato tan trágico le había arruinado la vida en horas. No podría continuar con su vida con el sentimiento de haber decepcionado a su marido.

Bajaron los cuadros al suelo del despacho, desmontaron los marcos y los lienzos, pero nada. La desidia ganó la batalla. Estaban derrotadas, no habían encontrado nada.

—¡No lo entiendo! ¡No puede ser! —gritó Clara.

—Estamos buscando en el sitio equivocado —propuso Vivian.

—No es aquí… Estoy segura de que si me hubiera dejado un mensaje, lo haría en esta habitación.

—Piensa, María, se nos acaba el tiempo. Puede que tu marido supiera lo que se estaba tramando y te haya dejado una pista que tú, y solo tú, pudieras encontrar —presionó Clara.

María se derrumbó, comenzó a llorar. Su estado mental era débil. Había sufrido un aumento de adrenalina, motivado por un mensaje de su marido, una luz entre tanta sombra, pero llevaban horas buscando sin ningún resultado.

—No puedo pensar. Necesito descansar —concluyó agotada.

—Vamos a comer algo. Llevamos horas desordenando el despacho para nada —dijo Vivian.

—No, tiene que estar aquí. —María se levantó del suelo.

La viuda comenzó a buscar entre las cajas y adornos que consideraba masónicos.

Vivian y Clara estaban estupefactas mirando el comportamiento compulsivo de María. Sus movimientos eran desesperados, llenos de dolor. No encontraba razones para buscar, lo hacía de manera enérgica, sistemática. El raciocinio de la viuda se había esfumado.

A la agente le dio pena presenciar la escena desesperada de la mujer. Se le hizo un gran nudo en el estómago. No podría vislumbrar lo que tenía que estar sufriendo. Era necesario parar. Le habían dado esperanzas erróneas. Quizá Roberto no sabía nada y habían puesto demasiado entusiasmo en una pista que no existía.

Se acercó hasta María y le cogió la mano. Debía dejar de buscar, la hipótesis de Clara no había funcionado. El eximio maestro no se había sentido amenazado en ningún momento.

—María, para. Vamos a comer algo. Es tarde —dijo Vivian con tono cariñoso.

—Tienes razón. Lo siento, pero yo… —habló María con lágrimas en los ojos.

—Lo sé, tranquila —concluyó Vivian mientras la levantaba del suelo y comenzaban a caminar.

Salieron del despacho, camino a la cocina. Tendrían que comer y oxigenar la cabeza. María estaba medicada y le estaban exigiendo demasiado. En ese momento su cabeza estaba embargada de pena y tristeza. No podía pensar, solo retener la esperanza consigo. A pesar de que fuera dañina para ella.

Clara abrió la nevera, el congelador y varios estantes. Seleccionó la comida que le gustaba.

—¿Unos sándwiches?

—Vale.

—No quiero nada.

—Tienes que comer algo, es ya la hora de la cena y llevamos demasiadas horas buscando. Es mejor que lo olvides. Tu marido no sabría nada, ¿vale?

—No, estoy segura de que tendría alguna sospecha. Si es cierto lo que me habéis contado y se ha tomado la molestia de que yo pareciera culpable es porque conocía a Roberto. Eso significa que el asesino habría cambiado el comportamiento. Por tanto, mi marido lo habría notado. Estoy convencida. Vosotras no le conocíais.

—Yo hago los sándwiches —continuó Clara sin prestar atención a la conversación.

La historiadora sabía que era un mal momento para la viuda, pero no sabía qué decir en esa situación, por lo que prefirió no hablar para no provocar una reacción inestable en la mujer.

Cuando terminó de hacer la comida se sentaron en la mesa del salón. Pusieron la televisión y no dejaban de hablar del asesinato ocurrido en el metro. Decidieron que era mejor apagarla.

Las compañeras se miraron. Estaban emitiendo juicios de valor acerca de la investigación y del equipo formado. No avanzaban y los crímenes continuaban.

—¡Mierda! —susurró Vivian.

María se levantó. «Voy a poner una película para distraerme. Me vendrá bien».

Finalmente, consiguieron un canal de cine. Tenían que desconectar de la investigación para volver en unas horas.

Terminaron de cenar. Vivian se levantó.

—Voy a llamar a Carlos. Creo que te van a poner vigilancia.

—No sé para qué

—Es mejor para ti. Es la única manera de descartarte de la lista de sospechosos.

—Está bien. Como queráis. Me voy a dormir, necesito descansar —dijo María saliendo del salón—. Mi habitación es esa. —Señaló la parte de arriba.

—De acuerdo.

Cuando María desapareció de la estancia, Vivian llamó a Carlos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vivian.

—Hola, Vivian. Me temo que os vais a tener que quedar esta noche. Ha sido precipitado pedir vigilancia tal y como están las cosas. No tenemos patrullas disponibles. ¿Os importa?

—No, Carlos. No te preocupes. Avisa a Raúl, si está por ahí, de que no iré esta noche.

—No está. Se ha ido hace un buen rato —contestó Carlos.

—Ah, vale. Le mandaré un mensaje entonces. Nos quedamos con ella esta noche. Estamos buscando alguna pista dentro de la casa, pero no hay nada. —Suspiró.

—Se me están acabando las ideas. Estoy agotado. Tenemos la lista, pero para nosotros son solo nombres y apellidos.

—Hablaremos Clara y yo. Quizá podamos repasar el despacho, ya que tenemos que estar toda la noche despiertas.

—Me parece buena idea. Hablamos mañana, ¿vale?

—Sí, es tarde. Hablamos mañana.

Vivian se despidió del comisario con la mirada puesta en Clara. Había salido al jardín.

En la visita anterior no pudo observar con detenimiento esa parte de la casa. Pensó que quizá era la parte menos obvia para que el mensaje de Roberto fuera alterado y decidió esconderlo allí.

Era de noche, por lo que encendió la luz que iluminaba el jardín antes de salir. Los focos iluminaban justo las estatuas egipcias y una fuente que estaba en el centro del jardín rodeada de acacias.

Vivian salió detrás de ella. Se quedó mirándola de lejos. Clara se agachó ante la planta de acacia.

—¿Qué haces?

—Las luces iluminan adornos concretos del jardín. Puede que esté aquí, ante la vista de todos. Así no llamaría la atención. Nadie en su sano juicio buscaría una pista aquí —argumentó Clara.

—¿Tú crees? Hace frío, Clara. Vamos dentro, es lo mejor.

—No, he oído que tenemos que estar toda la noche con María. Si el siguiente asesinato es el día treinta, tenemos tiempo para buscar una pista. Seguro que Roberto presentía que una persona había cambiado de actitud. Tiene que ser un masón o un expulsado de la logia. Esa lista es la clave.

—Venga, miremos la lista. Nosotras también la tenemos. Carlos nos la mandó por mail —animó Vivian.

—Voy, primero quiero descartar el jardín. Las plantas de acacia son un símbolo masónico antiguo. Representan la grandeza, y se dice que es la madera en la que se construyó el Arca de Noé y los Diez Mandamientos. Puede que nos diga algo. En El Capricho existe esta planta, ¿verdad?

—Sí, y laureles. Lo ponía en los letreros. Creo recordar que el laberinto cercano a Saturno es de laureles. Clara, estás viendo pistas donde no las hay. Entra, vamos a ver la lista. Se acercan las doce. ¿Hacemos café?

—Está bien —contestó abatida—. Puede que tengas razón. Creo que dormiré en el sofá un rato.

—De acuerdo, haré unos cafés de todas formas. No creo que consigas dormirte en esta casa. Además, estamos de vigilancia. —Sonrió.

—Tienes razón. Voy a echar un vistazo de todas maneras. Tampoco hago daño a nadie y puede que exista alguna relación —insistió.

—Como quieras. Te espero dentro. Voy preparando el café y sacando la lista que nos mandó la logia.

Vivian entró de nuevo en la casa.

Capítulo 50

María no podía dormir. Estaba intranquila en la cama. No dejaba de pensar en su marido y en los días que habían pasado juntos. Sabía que era una persona previsora y, sobre todo, observadora. La manera de morir, teniendo como punto destacado que el asesino tenía conocimiento de su alergia a las abejas, significaba que le conocía.

Habían mirado uno por uno los cuadros de Goya y sus Pinturas Negras, no habían encontrado nada, ni siquiera una nota o detalle nimio que las llevara a otra pista, pero sabía que eso no significaba nada.

Tenía demasiada fe en la capacidad de previsión de su marido.

«Solo tengo que buscar en mis recuerdos». Una de las virtudes de María era la perseverancia y, en el caso de la muerte de su querido amado, no se daría por vencida tan rápido.

Estuvo en la cama, pensando. Reflexionaba y recordaba una y otra vez las conversaciones con su marido en los últimos días. «Me dio una pista sin mucho énfasis para que no me preocupara, pero me dio la clave».

María se incorporó en la cama. No sabía cuánto tiempo pasó, pero al fin recordó.

—Te quiero, Roberto —murmuró al aire.

Se levantó de la cama. No estaba segura, pero tenía que comprobarlo. No quiso molestar a las chicas que hacían de vigías esa noche, por lo que al comprobar que habían salido al jardín, se dirigió al despacho.

Hacía unos días que le recordó la pintura que su suegro le regaló en unos de sus cumpleaños. Sabía que a María le encantaba las pinturas, su gran pasión, la cual convirtió en su trabajo. No era raro que durante largas noches hablaran de pinturas, así como los trazos, colores y luces de los cuadros. Les encantaba evaluar los cuadros antiguos, cómo el arte y la pintura habían perdido interés en la población en general.

Roberto había muerto en El Capricho. La copia del cuadro que le regaló su padre, a la que tenía tanto cariño, no era otra que un retrato que Goya hizo a los duques de Osuna. «Era sencillo. Por culpa de las pastillas no pude descifrar las palabras de Roberto».

Aquella pintura no la tenía colgada en el despacho, sino en la caja fuerte de la casa, tenía demasiado peso sentimental para él como para dejarla al descubierto. Tenía pánico de que se estropeara. Nunca quiso mostrarla a nadie, tenía miedo de que un accidente acabara con aquella reliquia que guardaba el recuerdo de su padre.

María entró en el despacho. Movió los libros de una de las estanterías y abrió la caja fuerte. Con mucho cuidado y sin hacer ruido sacó el contenido de la caja. No quería ver los ojos de decepción de las chicas, por eso tomó la decisión de hacerlo sola, sin la presencia de nadie. Si no estaba allí lo que había ido a buscar, el fracaso solo lo presenciaría ella, lejos de la mirada inquisitoria de las guardias que la custodiaban.

Roberto tomó mucha precaución para salvaguardar el estado de esa pintura. La conservaba en una caja de madera con sus medidas exactas. Era una copia, pero para él era mucho más que eso.

Posó la caja de madera en el suelo y la abrió. Allí estaba, guardada en un plástico transparente para que no se deteriorara.

María esperaba encontrar unas palabras en el reverso del cuadro, pero no había nada. Observó la pintura y la bolsa varias veces. Encendió la pequeña lámpara y colocó la obra debajo de la luz. Nada. «Me he engañado a mí misma».

Con la pintura debajo de la luz, entraron las agentes.

—María, ¿qué haces? —dijo Vivian ante la estampa de la viuda.

—Pensé que tenía la clave, pero no he encontrado absolutamente nada —dijo con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Por qué has pensado eso? —preguntó Clara, extrañada con tanto misterio. Vio la caja fuerte abierta.

—Mientras dormía, recordé que esta era la pintura preferida de Roberto, se la regaló su padre. La guardaba en la caja fuerte. Además, es un

retrato de los duques de Osuna, donde murió. Pensé que Roberto me habría dejado algún mensaje. —Lloró.

—¿Has mirado dentro de la caja fuerte? —preguntó Clara.

—No.

—Si tu instinto te ha llevado hasta aquí, es porque has encontrado el lugar. Dentro hay más papeles. —Señaló Vivian—. Sácalos.

—Date prisa, estamos perdiendo tiempo —añadió ansiosa Clara.

—Tenéis razón. —María dejó el cuadro en la mesa. Volvió hacia la caja fuerte y sacó los papeles.

Había varias carpetas colocadas. Cada una de ellas tenía una etiqueta con el contenido. Eran papeles oficiales de propiedades, acciones y cuadros en propiedad que había comprado el matrimonio. Entre las carpetas, había una hoja suelta. Un folio quemado por los alrededores para dar un aspecto especial. En el membrete solo estaba escrito: «Para mi amada María». Ningún mensaje.

—Pero ¿qué significa esto? —dijo Clara enfadada, mirando a María.

La viuda sonrió a las chicas.

—A mi marido le encantaba dejar notas a su padre cuando era pequeño. Está escrito con jugo de limón. —Sonrió—. Lo tenemos.

María volvió a la caja y comprobó que su marido le había dejado una linterna dentro. Para asegurarse de que su mujer recibiera el mensaje, los alrededores quemados eran recordatorio de que podría ver el mensaje bajo la luz de una vela.

Las mujeres estaban atónitas mirando a María. Se la veía cambiada. Había cumplido el deseo de su marido.

Solo ella lo conocía de esa forma, era la persona escogida por Roberto para recibir el mensaje invisible. Por desgracia, las sospechas se hicieron realidad, y ahora se encontraban leyendo lo que la víctima les quería decir.

Al leer el mensaje, Clara y Vivian perdieron la esperanza, parecía que las llevaba a otra pista a descubrir, pero ¿cuál?

Sabrás dónde buscar. Páginas: 16, 18, 21, 22, 34, 44, 60, 63, 67, 75, 80.

Te quiero, María, mi princesa.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó Vivian, que no salía de su asombro.

—Lo que quiere decir es que sabía que corría peligro, pero solo confiaba en mí para darme el mensaje.

—Vale, en eso estábamos de acuerdo. Pero ¿sabemos descifrar el mensaje?

—Claro que lo sé. No tengo ninguna duda. El libro preferido de mi marido era *El principito*. —Sonrió—. Ahora descubriremos quién está detrás de todo esto.

—Por supuesto, ¿cómo no? —añadió la historiadora poniendo los ojos en blanco—. Su escritor preferido era un masón de la logia de Francia. Además, si no me equivoco, en la logia de Madrid tienen una amplia colección del libro en varios idiomas y distintas editoriales, ¿es así? —preguntó Clara pletórica.

—Exacto. Roberto nos dará el mensaje a través del libro. Voy a por él.

María se levantó y buscó *El principito* entre la multitud de ejemplares que tenía en esa biblioteca privada. No tardó en encontrarlo y abrirlo.

—Venga. —Extendió la hoja a Clara—. Tenemos mucho que hacer —dijo mientras se sentaba en el suelo.

Clara y Vivian siguieron sus pasos.

—Empecemos. Página 16, ¿qué dice?

—¡Joder! —exclamó María. Enseñó la hoja a las chicas con la boca abierta.

En la primera página que ponía en la nota, Roberto había rodeado con un círculo cinco letras: M-A-S-O-N. La frase subrayada con las letras había sido: *«Era una vez un principito que habitaba un planeta apenas más*

grande que él y que tenía necesidad de un amigo…». Para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real.

—¿Qué creéis que significa? —preguntó Vivian igual de sorprendida que el resto.

—Es un masón. Alguien que entró en la logia en busca de amigos. ¿Sería buena idea hablar con el gran maestre?

—Creo que es lo que debemos hacer —afirmó María—. Pero antes tenemos que terminar, si no queremos que haya más masones asesinados.

—Tienes razón, sigamos.

Roberto se había tomado la molestia de subrayar las partes de cada una de las páginas que había indicado a su mujer.

Capítulo 51

—Página 18: *«En efecto, en el planeta del principito había, como en todos los planetas, hierbas buenas y hierbas malas. Pero las semillas son invisibles; duermen en el secreto de la tierra, hasta que un buen día una de ellas tiene la fantasía de despertarse. Entonces se alarga extendiendo hacia el sol, primero tímidamente, una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, se la puede dejar que crezca como quiera. Pero si se trata de una mala hierba, es preciso arrancarla inmediatamente en cuanto uno ha sabido reconocerla»* —leyó María.

—Lo que nos quiere decir es que hay gente buena y mala dentro de la logia. Los hermanos se consideran semillas, todos juntos crecen hasta convertirse en fruta. Cuando alcanzan la maduración como masón. Nos quiere decir que entre los masones existe un hombre malo, el cual había que arrancar de la logia —continuó Clara.

Se quedaron pensativas frente al último párrafo.

—El asesino estaba en la logia. Fue expulsado. Eso es lo que nos quiere decir, que fue un masón y al comprobar que era una hierba mala, fue expulsado —añadió de nuevo Clara.

—Sigamos. Vamos bien. Estamos cerca de descubrir al asesino —animó Vivian.

—Página 21: *«Cómo he ido comprendiendo lentamente tu vida melancólica. Durante mucho tiempo tu única distracción fue la suavidad de las puestas de sol. Este nuevo detalle lo supe el cuarto día…».*

—Roberto descubrió sus intenciones, le distrajo con la logia y los masones, pero el cuarto día le descubrió. Aunque creo que quizá lo del cuarto día quiere decir algo más —dijo Clara pensativa.

—Puede ser, pero ahora vamos a continuar. Quizá, si terminamos de leer todo lo que nos ha subrayado Roberto, entendamos los mensajes en su conjunto. Nos está queriendo decir su sospechoso. Al menos, ya sabemos que fue un masón. Ahora estamos seguros de que Yerai no tenía razón —intervino Vivian—. Continuad, por favor.

—Está bien. Página 22: *«¡Un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces!».*

—Puede ser que nos quiera decir la relación con la teoría de Pitágoras —dijo Clara.

—Quizá tengas razón. De momento, lo dejamos aparte y continuamos —añadió Vivian.

—Seguimos. Página 34: *«Solo hay que pedir a cada uno, lo que cada uno puede dar —continuó el rey—. La autoridad se apoya antes que nada en la razón».* Creo que con esto lo que me quería decir Roberto es que colaborara con vosotros, la Policía. Por eso dice que hay que pedir a cada uno lo que puede dar, ¿no?

—Yo también lo creo —corroboró Clara.

—Continuemos, por favor. Se está poniendo interesante. Tu marido era alguien especial, María.

—Ciertamente, lo era. —Se secó una lágrima que cayó por la mejilla—. Vamos a seguir.

—Eso es. Ya nos ha afirmado que es un ex masón, como suponía desde el principio —dijo Clara contenta.

—Página 44: *«Apagó su farol».* Nos quiere decir que le echó de la logia. Descubrió sus intenciones, no era leal a la masonería.

—Eso es. Continúa, María.

—Página 60: *«El lenguaje es fuente de malos entendidos».* Tuvieron una discusión, ¿no?

—Sí, y creo que Roberto nos quiere decir que nos mentirá. Hagamos caso a las pruebas, no a los testimonios. El asesino es un perfecto mentiroso —terminó de decir Clara.

—Exacto. Página 63: *«Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—, pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Tú eres responsable de tu rosa…».* Creo que Roberto se hace responsable de su ingreso en la logia. No supo ver que tenía oscuras intenciones, y lo pagó.

—Nada que decir —agregó Clara.

—Página 67: *«Lo que más embellece al desierto —dijo el principito — es el pozo que oculta en algún sitio…»*. Es el aprendizaje masónico. Roberto nos quiere decir que hizo la iniciación.

—Necesitamos la lista ya. Creo que es importante hablar con Óscar, nos tiene que decir quién de ellos es el que concuerda con lo que Roberto nos ha querido decir —dijo Clara.

—Sí, creo que no hay otra manera de resolver el caso y encontrar al asesino —afirmó Vivian.

—Venga, queda poco para acabar. Página 75: *«Mi estrella será para ti, una cualquiera de ellas. Te gustará entonces mirar todas las estrellas. Todas ellas serán tus amigas».* Hay otro párrafo más.

—Léelo.

—*«La gente tiene estrellas que nos son las mismas. Para los que viajan, las estrellas son guías; para otros, solo son pequeñas lucecitas».*

—Las estrellas representan a los masones. Por eso quiere decir que son guías. Para Roberto, la traición es a la logia, no solo a él. Creo que nos quiere decir que no es algo personal contra él, sino contra la masonería, ¿qué te parece?

—Puede ser —contestó María, mirando a Clara fijamente—. Continúa.

—Página 80: *«Examínenlo atentamente para que sepan reconocerlo, si algún día, viajando por África cruzan el desierto. Si por casualidad pasan por allí, no se apresuren, se los ruego, y deténganse un poco, precisamente bajo la estrella. Si un niño llega hasta ustedes, si este niño ríe y tiene cabellos de oro y nunca responde a sus preguntas, adivinarán en seguida quién es. ¡Sean amables con él! Y comuníquenme rápidamente que el principito ha regresado. ¡No me dejen tan triste!».*

—Tenemos que avisar a Óscar. Creo que es lo que nos quiere decir. Además, la última parte hace referencia a que seamos amables con él, es decir, que no le delatemos. ¿Qué creéis? —dijo Clara.

—Yo también creo algo parecido. Pero creo que Roberto se pensó que ibais a saber quién es, y lo cierto es que no tenéis ni idea —argumentó María.

—Sí, dio por hecho que sospecharíamos rápido de alguien. Pero tienes razón, hasta esta mañana pensábamos que podías ser tú —añadió Vivian.

—Cierto. Espero que al menos esa idea la hayáis desechado.

—Sí, tranquila. Yo he despejado todas mis dudas. Aun así, estamos contigo para que no puedan poner en cuestión nuestras decisiones de por qué te hemos descartado.

—El siguiente asesinato es el día treinta, así que tenemos pocos días para descubrir al sospechoso. Pero ¿por qué Roberto no nos dejó el nombre? No lo entiendo. —Suspiró María.

—No quería ser descubierto y que el mensaje se destruyera sin llegar a ti, esa es la razón por la que te lo dejó encriptado. Pero si el asesino era cercano a él, podía llegar al libro de *El principito* antes que tú —dijo Clara.

—Pero lo que has dicho significa que era muy cercano a él.

—¿No crees que sea así?

—Sí, pero ¿quién es? No lo sé —dijo desesperada María.

—Piensa, solo tú puedes saberlo. Roberto solo confiaba en ti, y nosotras también —dijo Vivian con tono cariñoso.

Las chicas se levantaron del suelo en el que había tenido lugar la lectura del libro del masón.

—Bajemos. Si pensamos con la lista delante, puede que te suene un nombre. Si era su amigo, seguro que alguna vez habrás coincidido con él. ¿Algún hermano vino al despacho?

—Claro, una vez hicieron aquí una reunión, pero yo no estuve. Estaba trabajando —contestó cabizbaja.

—Tranquilízate. La clave está en la lista de ex masones. Ya has hecho bastante. Roberto estaría orgulloso de lo que has conseguido —

animó Vivian.

A la historiadora no se le daban bien esas situaciones, por lo que Vivian tomó el control. María había ayudado a la investigación y se había descartado a sí misma como sospechosa en el mismo día.

Fueron hacia la cocina, necesitaban un descanso mental después de lo que había ocurrido. Eran pasadas las doce de la noche y ninguna había descansado en absoluto. Un asesino estaba suelto en Madrid, y quería culpar a los masones de los crímenes. El equipo estaba convencido de que era un hermano que fue expulsado. Las palabras de Yerai en la visita a la logia de Madrid los despistó, pero ahora, después de encontrar el libro y los mensajes ocultos que Roberto les dejó, estaban seguros de que iban por el camino correcto.

Se les acababa el tiempo y tenían que descubrir dónde sería el siguiente asesinato.

Vivian y Clara decidieron que era fundamental informar de lo encontrado a sus compañeros de equipo. Quizá para ellos la identidad del asesino fuera tan obvia como lo era para Roberto.

Clara y María se quedaron en la cocina tomando un café mientras Vivian se dirigió hacia el salón para llamar al resto de equipo.

—Hola, Carlos, hemos encontrado un mensaje de Roberto. Sabía que estaba en peligro. Ha dejado mensajes en clave a través del libro del también masón Antoine de Saint-Eupéry.

—¿Por *El Principito*?

—Eso es.

—¡Vaya! Ese hombre era una caja de sorpresas. Entonces, su mujer queda totalmente descartada como sospechosa —intervino Jesús al otro lado del teléfono.

—Me alegro por la noticia, de verdad. Luego nos lo contarás, ahora creo que tenemos otro asesinato, acaban de darnos un aviso.

—¿Qué? Pero hoy es veintiséis. No lo entiendo.

—Parece ser que Clara no tenía razón. En realidad, es veintisiete, han pasado las doce de la noche —afirmó Carlos.

—¿Dónde ha sido?

—En la Pradera de San Isidro. El lugar era el que predijimos, pero el día no. Tendremos que dar una vuelta a las pistas. Díselo a Clara, que piense en el teorema de Pitágoras de nuevo. Seguro que el día está ahí, pero la interpretación ha sido errónea —dijo Carlos nervioso.

—Está bien, vamos para allá.

—No, esperad a que lleguemos nosotros. Ahora te llamará César con las pruebas, ¿vale?

—Vale, pero no entiendo por qué no quieres que vayamos.

—Vivian, no quiero dar revuelo a otro asesinato. Creo que es mejor que seamos pocos en la escena del crimen. Tampoco está confirmado, pero estoy seguro que nos encontraremos otra víctima. Además, si se filtra en los medios de comunicación es porque a un agente le interesa que así sea.

—¿Qué quieres decir?

—Luego te llamamos. Ahora tenemos prisa.

—¿Quién es la víctima?

—Vivian, solo nos han dado un aviso de que alguien ha entrado, pero probablemente nuestras sospechas de que hay una víctima se hagan realidad.

—Nos vamos. Luego hablamos. Es importante que lleguemos los primeros.

Se despidieron.

Vivian se quedó abatida. Pensaba que iban por el buen camino para resolver con éxito el caso, pero cada vez había más muertes y siempre había un fallo de lugar o de día. Las pruebas eran confusas, demasiados enigmas para descifrarlos de manera certera en tan poco tiempo.

La moral del equipo estaba siendo debilitada por días. Al principio sabían que sería un caso complicado, pero ya llevaban cuatro muertes y no

habían conseguido nada. Los agentes estaban siendo cuestionados, y Clara también.

Vivian estaba desolada. Tenía que contarle a Clara lo ocurrido, pero ahora, al menos, estaban seguras de que el sospechoso había pertenecido a la logia.

Tendrían que hablar con el gran maestre, seguro que tenía una idea de quién era el sospechoso de tantos asesinatos. Sin duda, habría ocurrido una situación llamativa para demostrar ese grado de inquina hacia los masones.

El asesino vio injusta su expulsión de la logia. Quería demostrar su valía y acabar con aquellos que tomaron la decisión de su condición de no masón.

Capítulo 52

Vivian entró por la puerta de la cocina, con las miradas escépticas de Clara y María. Ambas intuyeron que la situación había cambiado drásticamente. Así era.

—¿Qué pasa? —preguntó María.

—Ha habido otro asesinato, o al menos eso creemos. Hemos acertado en el lugar, la pradera; pero desde luego, no en el día.

—¿Hoy?

—Eso es. ¿Te lo acaba de decir Carlos?

—Sí, los han llamado ahora mismo. Iban para allá. Tenían que confirmarlo, pero todo apunta a que será así. Me ha dicho que luego nos llama César desde comisaría con los adelantos. No quiere que vayan más efectivos a la escena del crimen para no llamar la atención de los medios.

—¡Joder! —exclamó Clara con las manos en la cabeza. Miraba fijamente al suelo—. ¿Ahora qué hacemos?

—Esperar. Hemos adelantado mucho con los mensajes de Roberto. Pero hasta que no tengamos detalles del asesinato de hoy, no podremos avanzar más.

—Un momento. Creo que ya lo tengo. Ya entiendo por qué ha sido hoy el asesinato. He calculado mal el día. El crimen no era el quinto día, si no el tercero y el cuarto. El asesino nos quiso decir que faltan dos crímenes. Era el resultado de los catetos, no la hipotenusa. El equilibrio del triángulo descansa sobre la hipotenusa, que es la suma de los catetos, el ma'at. ¡Eso es! —exclamó Clara victoriosa.

—¿Perdona? —intervino María.

—A ver si lo he entendido. Quieres decir que, según el teorema de Pitágoras, los días de los asesinatos son el tercero y cuarto —explicó Vivian.

—Eso es, por eso ha sido el día veintisiete. Al tercer día del último crimen. La suma de los asesinatos dará como resultado el equilibrio

perfecto para él. ¿No lo veis?

—Creo que sí —dijo María, entrecerrando los ojos mientras pensaba.

—El próximo será el día de Año Nuevo.

—No sé, Clara. ¿Estás segura? Parece que estamos dando palos de ciego. Parece que acertamos en el lugar o el día, pero nunca las dos cosas.

—Sí, estoy segura. El último crimen termina con el teorema de Pitágoras, el asesinato del día treinta y uno será el último. Demostrará el equilibrio. La geometría es universal, y los cálculos son infalibles. Esta es la razón que hace que sea símbolo de la masonería. La hipotenusa descansa sobre los catetos del triángulo. No puede ser de otra manera.

—Tiene sentido. Es verdad lo que dice Clara de la hipotenusa. A Roberto le encantaba la geometría y los problemas de Euclides, sobre todo el 47.

Clara se levantó y se fue hacia el salón. Volvió corriendo con una carpeta en la mano.

—Mira, esta es la nota que nos dejó en el último asesinato —le enseñó el dibujo del triángulo—. Junto a una foto del cuadro de la pradera. ¿Tú qué opinas?

María se quedó mirando las fotos.

—Creo que tienes razón. Yo no pertenezco a la logia, pero me parece que ha sido un fallo garrafal por tu parte pensar que sería el treinta —dijo María.

—Pero coincidía con el día de Santa Judith, que es un cuadro de las Pinturas Negras, que estaban en el despacho de Roberto —se excusó Clara.

—Ya, pero no estás pensado como un masón, estás pensando como una historiadora. Santa Judith no es ningún símbolo masónico, pero el teorema de Pitágoras sí. No te dejes llevar por las pistas, piensa con la lógica. Es la única manera de llegar a entender los principios masónicos y lo que representan.

—Tienes razón. Mis teorías no han tenido base para la logia.

—Con lo que has dicho del teorema de Pitágoras has dado en la clave. Ahora creo que has pensado con sus principios, pero si es así, tenéis pocos días para descubrir el lugar —advirtió María.

—Tendremos que darnos prisa.

—La única manera para averiguar el lugar del siguiente crimen es observar este asesinato. Tenemos que ir a la Pradera de San Isidro —dijo Clara impaciente.

—Tenemos que esperar, me lo ha ordenado Carlos —recordó Vivian.

—No es buena idea. Estáis perdiendo el tiempo. Si tenemos razón con el teorema, la clave del siguiente crimen estará en la escena del último asesinato —incidió María.

—Eso es. Además, estoy segura de que el próximo será el gran maestre. Si yo fuera un masón herido, le dejaría para el final. Sería mi triunfo acabar con él —argumentó Clara.

—¿Qué me estás queriendo decir?, ¿que nos saltemos la orden?

—Más o menos, sí.

—Ya, pero no puede ser, tenemos que descartar a María y eliminarla de cualquier sospecha.

—No digas tonterías, Vivian. El asesinato de San Isidro ha sido hoy. Ella estaba con nosotras. Además, ¿qué sospechas? Nos ha ayudado, sin ella y Roberto no hubiéramos despejado las dudas acerca de la identidad. —Suspiró—. Ahora sabemos que fue un masón —dijo seria Clara.

—Está bien. Tienes razón. Paso de Carlos. Me dan igual los medios, total, van a filtrar la información igual. Tengo la corazonada de que alguien de la Policía está ganando dinero con los chivatazos.

—¿Quién?

—No lo sé, pero no tardará en descubrirse. Todo el mundo comete fallos y deja evidencias de su identidad, es cuestión de tiempo que meta la pata.

—A mí eso me da igual. Lo único que me preocupa es el gran maestre. Está en peligro —dijo Clara.

—Un momento. ¿Estáis seguras de que Óscar no tiene ni idea de quién es el asesino? —preguntó María.

—Eso ha dicho. Yo le vi bastante preocupado. Han muerto los dos eximios maestros. Ahora tiene que morir él.

—¿Él lo sabe? —volvió a preguntar María.

—Creo que sí. Se lo dejamos caer. No hace falta ser un genio para comprobar cómo están muriendo los altos cargos de la logia.

—Vale, pero la situación tiene un matiz extraño, misterioso, ¿no os parece? —insinuó María con el cejo fruncido—. Yo también voy.

—¿Estás loca? ¡No puedes!

—Se lo debo a Roberto. Tengo que hacer justicia. No puedo dejar pasar las muertes en la logia. Era su vida, así que también es la mía.

—Vale, pero no eres del equipo de investigación del caso —concluyó Vivian con las cejas levantadas.

—Eso no es un problema. Me tenéis que vigilar, ¿no? Pues habrá que respetar la orden del comisario. —Sonrió.

Clara dibujó una sonrisa en su gesto. María era una mujer increíblemente inteligente. Ahora entendía por qué Roberto le había dejado un mensaje tan complicado a aquella mujer. No tenía ninguna duda de que la decisión del masón fue la adecuada.

—Un momento, ¿la lista? —interfirió Vivian.

—Ahora no es el momento. Es prioritario ver la escena del crimen —dijo Clara mientras andaba hacia la puerta.

—Clara —dijo María.

Se dio la vuelta. Tenía demasiada ansia por llegar a la pradera. Después de hablar con María, había cambiado sobre la perspectiva del caso. Quería demostrarse a sí misma que podía acabar con el asesino, deshacerse del psicópata que quería acabar con la logia y su prestigio.

—¡¿Qué pasa ahora?! —gritó Clara sin darse cuenta.

—¿No querrás que vaya así? —dijo irónica María.

—Cómo tu veas, a mí me da igual —respondió Clara levantando los hombros.

—Eres única, Clarita. Venga, date prisa —concluyó Vivian para que se vistiera.

—Te esperamos en el coche. —Clara ya estaba abriendo la puerta de la casa.

Era necesario ver la escena del crimen. Las pruebas les dirían el lugar del siguiente asesinato. Salvarían al gran maestre. Tenían que darse prisa.

Mientras estaban esperando a María en el coche, comenzaron a hablar.

—Clara, ¿estás segura de que no ha sido ella?

—Por supuesto. Si fuera ella no nos ayudaría.

—Espero que no sea una trampa para ganarse nuestra confianza.

—Vivian, relájate. Nos ha ayudado y lo quiere seguir haciendo.

—Vale, pero escúchame. Yerai dijo que no era un masón, si no, ese desprestigio hacia la logia no existiría. Ella es la única que sabe tanto de masonería y, además, coincide con tu primera teoría de Santa Judith. Bueno, en parte —susurró al ver cómo se acercaba María.

—Haces bien en desconfiar, no tenemos nada seguro. Pero creo que esta vez te confundes. Sin ella, no hubiéramos avanzado. Además, tengo la corazonada. —Miró a su compañera a los ojos, sabía que le encantaba esa palabra—. Creo que la identidad de la víctima nos dará nuevas pistas.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Vivian mientras María entraba en el coche.

—Ya han matado a los dos eximios maestros. Si no es el gran maestre, ¿entonces quién?

—Al que hayan designado en votación —intervino María.

—¿Qué?

—Lo que habéis oído. Creo que no puede ser de otra manera. O quizá, la persona que, según el asesino, le traicionó —explicó María—. Arranca, vámonos.

Vivian se quedó perpleja. ¿Quién sería el sucesor? Y si era así, ¿cómo sabía que había sido elegido? Las reuniones de la logia eran secretas.

—Un momento, María. ¿Las reuniones son secretas?

—Por supuesto. Solo los hermanos pueden estar presentes.

—Ya sé por dónde vas, Vivian. Tienes razón.

María no entendió la conversación en clave. Se quedó pensativa mirando por el retrovisor a Vivian, que conducía el coche. Entonces, entendió. Su primera reacción fue echarse las manos a la boca.

—¡Es alguien de dentro de la logia! —exclamó asustada.

—A ver, tranquilicémonos, no directamente. Pueden ser varias personas.

—¿Qué? ¿Varias? Eso es una locura —agregó Vivian.

—¿Estás segura de que es una locura? —dijo Clara mirando a Vivian de soslayo, observando sus propios movimientos inconscientes con las piernas.

—Ciertamente, no lo es —explicó María.

La viuda tocó el hombro a Clara, que reaccionó apartándose.

—Perdona —reaccionó extrañada—. ¿Qué pasa?

—No me gusta que me toquen.

—Ah, perdona. No lo sabía.

—No importa, continúa.

—Bueno, ahora que tengo tu atención… —María empezó a hablar, pero no pudo terminar.

—Ya sé lo que vas a decir. Que son varias personas, ¿no?

—Eso es.

—Creo que tienes razón —afirmó Clara.

—Bueno, ya está bien. No me estoy enterando —interrumpió Vivian —. Explícate cuando quieras, Clara. —Sonrió.

—Vale. María y yo creemos que un masón recomendó la entrada de un amigo, este último fue expulsado por los motivos que explicó Roberto con *El principito*. Después, intentaron vengarse por medio de los asesinatos. Ambos, tanto el masón como el iniciado que fue echado de la logia, quieren demostrar la valía del expulsado. Para ellos, es deshonroso que haya sido echado de la logia, y más aún para la persona que lo recomendó —explicó Clara.

—Para que lo entiendas, hay dos formas de entrar en la logia. Una, es recomendado por un masón que pertenece a la organización, y otra, echando una solicitud de ingreso. En cualquiera de ellas, tiene que ser evaluada la entrada y el inicio del proceso, pero a veces terminan la formación y otras no. —Tragó saliva—. Según nos explicó Roberto con el libro, comprobaron que sus intenciones no eran buenas, por eso fue expulsado.

—A ver, que yo me entere. ¿Me estáis diciendo que una persona de dentro de la organización recomendó la entrada de otra, que le expulsaron porque, según Roberto, no tenía buenas intenciones, y ahora están matando por la injusticia que cometieron con él? —recapituló Vivian.

—Sí, eso es —respondió rápido Clara.

—Pero esa teoría es una tontería. ¿Cómo alguien de dentro va a querer echar tierra a la organización a la que pertenece?

—Bueno, según nuestra hipótesis, el masón fue ignorado por sus hermanos para expulsar al iniciado. No le permitieron continuar la formación en la masonería, esto hizo que el hermano quedara en un mal lugar frente al resto. Fue herido en su ego, por decirlo de alguna manera. No han dado un voto de confianza a la persona recomendada por él mismo, ¿lo entiendes? —explicó María.

—No sé, la verdad es que me parece una tontería, pero si tan importante es la logia para ellos, puede que tengáis razón. —Vivian levantó

los hombros. Su gesto dejaba patente la incredulidad de la inspectora frente a la explicación de sus acompañantes.

Las tres chicas habían creado un vínculo especial después de aquella noche tan peculiar. La ayuda de María les había servido para descifrar varias preguntas que tenían pendientes. El testimonio de Roberto a través del libro les descubrió el camino para seguir con la investigación. Aunque para Vivian el caso no estaba cerca de darse por concluido. No sabía por qué, pero María había pasado de sospechosa principal a ser la ayudante perfecta en cuestión de horas. Algo le escamaba de la noche misteriosa que había tenido lugar. Pero no tenía ni idea de qué podía ser.

Era de madrugada, por lo que tardaron pocos minutos en llegar hasta la Pradera de San Isidro.

Durante el trayecto, María y Clara tuvieron una conversación atrayente sobre la masonería. La viuda no pertenecía a la logia, pero, como ya les adelantó el maestre, estaba pensando en ingresar en la logia femenina de Madrid. Pero después de la muerte de su marido, no estaba segura si formar parte de la organización le haría solventar el gran vacío que su marido había dejado en su vida.

Clara estuvo ansiosa por llegar a la escena del crimen. Al llegar, se bajó corriendo al comprobar que había varios coches policiales. Estaba el vehículo que normalmente cogía Carlos para los desplazamientos y varios que pertenecían a la científica.

Unos agentes estaban custodiando la entrada.

Capítulo 53

Carlos y Jesús estaban en comisaría, organizando las patrullas para hacer la vigilancia e intentando evitar el asesinato del día treinta.

Carlos estaba más preocupado de lo normal. Sabía que en cualquier momento podían cometer otro error, y allí estaría la prensa para echar su trabajo de años por la borda. Había sido un comisario eficaz durante su carrera, pero aquel caso era una temática complicada para él, ya que no se basaba en la lógica de los demás crímenes. Era demasiada información para su equipo, y la presión a la que estaba sometida Clara estaba siendo desorbitada. Se había creado un caldo de cultivo alrededor del caso, que estaba llevando a la desmotivación y desesperanza de encontrar al psicópata que estaba realizando los crímenes.

La población madrileña estaba desconcertada y, a la vez, intrigada por la sucesión de crímenes macabros que estaban teniendo lugar en la capital. La sociedad en su conjunto no dejaba de hacer conjeturas. Las llamadas a la logia, así como la búsqueda de la masonería en Internet, habían levantado un revuelo desmedido. Estaban en el punto de inflexión de parar el siguiente crimen, o su reputación caería en picado dentro del cuerpo. El currículum del equipo había salido en todas las noticias, ya no eran confidenciales las carreras profesionales de cada uno de los miembros. Clara no estaba acostumbrada a tanto interés por las personas, sino todo lo contrario, a pasar desapercibida. Pero aún no había tenido tiempo de darse cuenta de ello.

Carlos estaba intranquilo por la situación que les rodeaba. No sabía cuánto tiempo pasaría para que sus caras fueran olvidadas. Sus hijos estaban orgullosos de que su padre estuviera en todas las cadenas, pero les había provocado alguna que otra pelea en el colegio. «Da igual lo que hagas, siempre te van a criticar. Es mejor hacer lo que quieras, porque, críticas, vas a recibir igual». Era la idea que rondaba en su cabeza cuando las situaciones se complicaban.

Era tarde, llegaba la hora de irse a casa. Estaban en plena investigación, pero eran navidades y no tenían más contenido para seguir con la investigación después de lo ocurrido con el último crimen. Carlos

estaba rozando la alegría y la motivación para compartirla con el equipo. Sabía que era un caso complicado, pero le daba la sensación de que no estaba haciendo lo suficiente por falta de información acerca de la masonería y la orden templaria. Había dejado demasiada responsabilidad en las manos de Clara y, para él, en cierta manera, lo estaba pagando. Se reprochaba a sí mismo la dependencia del caso en manos de la historiadora. Pero no tenía otra opción. Debería confiar.

Esperaba que fuera la viuda y, al fin, poder cerrar el caso. Pero en su interior sabía que ella no podía ser. Una corazonada le decía que se estaba equivocando.

Jesús llevaba años trabajando con Carlos, le conocía. Mientras trabajaban con el resto de comisaría para colaborar con los efectivos disponibles el día treinta, no dejaba de mirarlo. La fuerza interior que desprendía en los casos había descendido en esos días. El agente sabía que Carlos era un hombre de convicción y que, aunque no lo exteriorizara debido al ser el nexo de energía en el equipo, estaba preocupado por los asesinatos tan trágicos que habían ocurrido y que, sin duda, seguirían ocurriendo si no encontraban al culpable.

—Carlos, ¿estás bien?

—No, tengo la sensación de que se me escapa de las manos y me veo incapaz de controlar la situación. Tengo que confiar en el criterio de Clara, pero al no ver resultados comienza mi agonía diaria —dijo cabizbajo.

—Intenta pensar en frío. Estoy seguro de que lo vamos a conseguir.

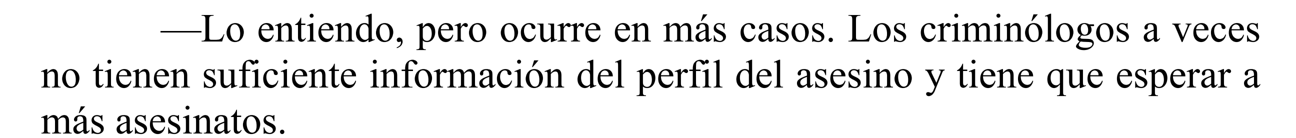
—Yo no estoy tan seguro. Son muchas muertes, y no hemos conseguido nada.

—Esta vez lo haremos.

—¿Estás seguro?

—Claro, ya lo verás.

—Jesús, agradezco tus palabras, pero creo que Clara ha interpretado de manera errónea la simbología y estamos pagando sus errores con muertes de personas. Por supuesto que no puedo estar tranquilo. Cada vez que ella comete un fallo, una persona muere, ¿lo entiendes?



—Lo entiendo, pero ocurre en más casos. Los criminólogos a veces no tienen suficiente información del perfil del asesino y tiene que esperar a más asesinatos.

—Vale, pero este no es el caso. Aquí el criminal nos deja pistas para que le cacemos. Se está riendo de nosotros, porque ni con pistas lo conseguimos.

—Sí, pero es que cada pista tiene diferentes interpretaciones.

—Vale, estoy de acuerdo, pero ese es el motivo por el que Clara es asesora externa.

—Vamos a tranquilizarnos. Sé que estás enfadado, pero tenemos que esperar. No es nada fácil. Además, si ella no estuviera, nosotros solos ni siquiera hubiéramos estado cerca de saber quién es. —Jesús defendió a Clara e intentaba dar esperanzas al comisario—. Todos estamos nerviosos, pero lo vamos a conseguir.

—Espero que tengas razón, pero creo que cada vez estamos más lejos. Tengo un centenar de teorías, Jesús.

—Ah, ¿sí?

—Creo que el gran maestre nos oculta información acerca de la logia que no quiere que conozcamos. Ese hombre preferiría morir antes que traicionar los principios de la masonería.

—Yo también lo creo —apoyó la idea Jesús.

—El tema del desprestigio de la masonería no deja de rondarme la cabeza. —Carlos barajaba la opción de decirle a Jesús que había un topo entre ellos, pero prefirió guardar silencio.

Comenzó a sonar el teléfono del despacho. Había pasado la media noche, por lo que, al oír el sonido de la llamada, las piernas de los agentes comenzaron a temblar. Sabían que los asesinatos eran a las doce, según les contó Clara. El corazón de Carlos se quedó congelado. Miró a Jesús. Los policías tenían un mal presentimiento. En la situación en la que estaban, una llamada siempre era una mala noticia.

—¿Sí? —contestó Carlos.

—Jefe, soy César. Acaba de llamar el guarda de la ermita de San Isidro. Dice que alguien ha entrado, y como ha visto en las noticias los asesinatos masónicos, no quiere salir a comprobar nada. Pero ha oído ruidos y cómo reventaban la verja de la entrada, o al menos eso le ha parecido a él. Desde su casa no puede verla.

—¿En la pradera?

—Sí, eso es. En la ermita, jefe.

—Estamos hablando de la ermita de San Isidro, ¿verdad?

—Exacto. ¿Qué hago?

—César, manda una patrulla cercana para que esperen en la entrada, pero con orden estricta de que no entre nadie hasta que yo llegue.

—Vale, ¿aviso por radio?

—Eso es. Nosotros salimos ahora mismo.

Carlos colgó el teléfono, desolado. Sabía que era el lugar escogido para el siguiente crimen. No quería tener razón, pero después del último asesinato, con el cuadro de la pradera de Goya, la pista anunciaba que el próximo crimen sería allí.

—¿Qué pasa?

—El guarda de la ermita de San Isidro ha escuchado ruidos. Cree que alguien ha entrado. Tenemos que darnos prisa.

Carlos se levantó y cogió su abrigo. Jesús todavía no había reaccionado, él también pensó en la peor de las noticias. «Clara no soportará otro error».

—Jesús, espabílate, tenemos bastante prisa. He dado orden de que nadie entre.

—¿Crees que es un asesinato?

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—Ya te has respondido tú solo —contestó mientras empezaba a andar por el pasillo.

—Carlos, ¿la científica? —balbuceó, cogiendo el abrigo y siguiendo los pasos del comisario.

—Primero tenemos que confirmar que hay un cadáver. No voy a molestar a Tomás sin saber si lo hay —sentenció.

—Está bien.

Carlos salió de la comisaría y comenzó a correr de camino al coche. Jesús siguió sus pasos.

Habían montado en el vehículo y puesto rumbo a la ermita en cuestión de minutos. Antes de arrancar, llamó a Vivian para informar. «No puedo creer que nos hayamos equivocado otra vez. Parece una pesadilla que no termina nunca», pensaba Carlos mientras conducía.

—Carlos, no adelantemos acontecimientos —dijo Jesús intentando animar al comisario sin éxito.

—¿En serio? Es obvio que nos espera un cadáver en la ermita. ¿Acaso no ves que se cumple el pronóstico? Para variar nos hemos equivocado en el día.

—Si eso es así, tendremos que tener cuidado con la lógica de los días para el siguiente.

—El gran maestre está en Santiago de Compostela, así que no puede ser. ¿Quién será?

—A los eximios maestros ya los ha matado. No sé quién puede ser.

—No te preocupes, no quiere dejarnos con la intriga mucho tiempo —refunfuñó.

—Solo espero que nos equivoquemos, no me gustaría tener razón.

Las pulsaciones de los agentes cada vez iban en aumento. No estaban lejos de la zona, por lo que en minutos alcanzaron su destino.

La zona por la noche estaba vacía, solo iluminaban las farolas de la calle. Aparcaron en la cuesta, no querían llamar la atención de los pocos vehículos que pasaban por el lugar. A la misma vez que llegaron, una patrulla aparcó justo delante de la entrada. Se bajaron sigilosos y temerosos por el aviso. Carlos comprendió que aquellos agentes no estaban

acostumbrados a ver asesinatos de manera diaria. No reconocieron a Carlos y Jesús como compañeros, ya que iban vestidos de calle.

Al frío invernal de diciembre se sumaban los escasos edificios alrededor de la ermita. Estaba contigua al cementerio, lo que hacía que ningún edificio impidiera que el aire se colara por los abrigos. La calle estaba vacía de viandantes, por lo que la atmósfera de misterio hacía que los cuatro agentes que habían convergido en la puerta de la ermita tuvieran una sensación de que las malas noticias estaban a punto de llegar.

—Buenos días, agentes. Soy el comisario encargado de los asesinatos masónicos. Creemos que es uno de ellos. —Enseñó la placa a los compañeros—. Por favor, cubran la entrada, será mejor que no entren. La verja está rota.

—Está bien —respondieron al unísono los agentes, que tampoco tenían mucha intención de querer entrar.

—Vamos, Jesús.

Subieron las pocas escaleras que daban acceso a la entrada de la ermita. Ya desde la puerta se podía divisar el grifo que tanta fama tenía de curativo entre los madrileños. Al lado de la pila donde se recogían las botellas de agua el día de la celebración de San Isidro, los quince de mayo, se encontraba un cuerpo tirado en el suelo. Las paredes, así como la placa conmemorativa que adornaba el grifo en la parte superior, donde se contaba la historia de la ermita, estaban llenas de sangre.

Al ver el cuerpo sin vida, Jesús reaccionó echándose las manos a la cabeza con un movimiento inconsciente. Carlos se quedó paralizado, sabía la identidad del cuerpo inerte abandonado en el suelo. Aquel abrigo lo reconocería a distancia y en cualquier lugar. Llevaba el abrigo color pistacho que tantas risas le habían provocado. El muerto estaba de espaldas a los agentes.

Sin poder evitarlo, una lágrima cayó por la mejilla de Carlos. Su compañero no identificó el cuerpo en el primer momento. Al ver a Carlos llorar, Jesús se tiró al suelo para dar la vuelta a la víctima. Aunque nunca lo reconocería por la cara, ya que estaba decapitado y la cabeza no se encontraba cercana a sus posiciones.

—¡Joder, Carlos! Es Tomás, ¿verdad? —dijo Jesús, reaccionando de la misma manera.

En un impulso, Jesús se levantó lleno de sangre, comenzó a zarandear a Carlos, que se había quedado sin vida en los ojos. No reaccionaba, no hablaba ni se movía.

Pasaron varios segundos hasta que Carlos tuvo la misma reacción que Jesús y se dejó caer al suelo. Tomás, director de la científica, era un buen amigo de Carlos desde hacía muchos años. El comisario le preguntó de qué conocía a Roberto, pero recibió una evasiva por parte del director. Ahora ya era tarde para salvarlo. Tomás también era un masón, por eso salvaguardó su pertenencia a la logia. Para él era importante no ser juzgado por una sociedad que siempre había vivido en la ignorancia del cometido de la masonería y los estigmatizaba sin motivos ni razones.

Capítulo 54

Los agentes sabían que habían contaminado la escena del crimen, pero les daba igual. En el resto de casos tampoco habían encontrado ninguna huella y, esta vez, el asesinado era un compañero.

El cuerpo del director estaba decapitado y la cabeza no se encontraba en el lugar del crimen. Carlos intentó entrar en la ermita, pero estaba cerrada. Comenzó a dar vueltas por los alrededores, miró entre las plantas cercanas, pero no encontró la cabeza.

Jesús salió en busca de los agentes en la puerta. Tenían que dar orden para que fuera la científica, su director había sido decapitado. Con el nuevo crimen, se había convertido en una caza de brujas de masones.

La logia quedaría perjudicada por las muertes. Volverían a su clandestinidad. La vida de los miembros corría peligro. Debían dar aviso al gran maestre. Además, les debía una explicación acerca del motivo del asesinato de Tomás. La elección de víctima, sin lugar a dudas, tenía una lógica dentro de la mente del psicópata, debían encontrar cuál era y el motivo.

Carlos y Jesús, al encontrar el cuerpo de su compañero, se quedaron fríos. Tenían que reaccionar lo antes posible. Tras varios minutos sin encontrar la cabeza y dar aviso a la científica a través de los agentes, Carlos decidió hablar con el guarda. Era necesario no tocar nada más de aquella escena dantesca, seguir con la investigación. Para los dos agentes se había vuelto demasiado personal.

—César, llama al guarda de la ermita. Dile que tenía razón, que salga, por favor.

—¿Qué ha pasado?

—Han matado a una persona. Por desgracia para el cuerpo, era Tomás —dijo Carlos conteniendo las lágrimas.

—¿Qué Tomás?

—Nuestro Tomás, César. El asesinado ha sido el director de la científica —balbuceó con las palabras entrecortadas por la emoción.

—¿Cómo? ¡No me lo puedo creer! No puede ser posible. No entiendo la relación.

—Por favor, haz lo que te he dicho. Es urgente —respondió Carlos cortante. Colgó el teléfono.

Carlos y Jesús salieron de la ermita, necesitaban tomar el aire. El guarda apareció a los pocos minutos compungido por la noticia. Tenía miedo por los sucesivos asesinatos.

—Buenas noches, agentes. Soy el guarda.

—Buenas noches. Hay una persona asesinada. Está decapitada. ¿No ha oído nada que nos ayude?

—No, llamé a la Policía porque me dio la sensación de oír cómo rompían la verja. Debido a los asesinatos de masones, pensé que podría ser un lugar elegido, por lo que se ha dicho en las noticias. Llevo noches sin dormir —dijo el guarda atropellando las palabras.

—¿Por qué cree eso?

—Bueno, según las noticias, son todos masones, y aquí hay varias tumbas. Desde hace años se ha convertido en una ruta turística para todos aquellos que les gusta el tema. Por eso pensé que sería un lugar elegido.

—¿No ha visto nada?

—No, me dio miedo asomarme por la ventana. De hecho, me quedé paralizado. Apagué las luces de la casa.

—Está bien. Espere a que venga la científica, por si quiere cogerle huellas.

—¿A mí? Si yo no he hecho nada —protestó.

—Precisamente por eso. Tenemos que descartar las suyas para quedarnos con el resto, poder identificarlas. Supongo que las suyas estarán por todos lados.

—De acuerdo —respondió avergonzado el guarda.

Los agentes se apartaron hacia un lado para no ser escuchado por los policías que protegían la entrada y el guarda de la ermita.

—¿Qué hacemos? Tenemos que llamar a las chicas —alegó Jesús.

—Sí, llámalas tú. Ahora mismo me encuentro un poco afectado.

—Está bien.

Mientras Jesús escuchaba los tonos de la llamada, llegaron los agentes de la científica. Carlos se dirigió hacia ellos para poner en marcha la recogida de pruebas y que el guarda se fuera a su casa. No era necesario que tuviera malos recuerdos. Quería evitar que viera el cuerpo descuartizado.

Jesús consiguió hablar con Vivian.

—¡Por fin! Ya estamos en la pradera. Tenéis que venir. Hay un cuerpo. Nuestras sospechas se han hecho realidad.

—Está bien. Estamos llegando. ¿Quién es la víctima?

Jesús se quedó en silencio.

—¿Jesús?

—Sí, estoy aquí. Bueno, verás, es complicado —respondió Jesús tartamudeando.

—¿Me lo vas a decir o qué? —preguntó Vivian enfadada.

Un silencio se apoderó de la conversación. Volvieron a la cabeza las imágenes del cuerpo sin vida del director a la mente de Jesús. Las lágrimas se volvieron a asomar por sus ojos tristes y cansados.

—¿Jesús? ¡Joder! No entiendo tanto misterio. ¿Quién es?

—Es Tomás —susurró con la voz tomada por el llanto.

—¿Cómo? ¿Qué Tomás? —preguntó incrédula Vivian, que ya le embargaba el amargor de la pérdida de un compañero.

—Sí, Vivian, nuestro Tomás —confirmó Jesús.

—No puede ser —contestó abatida.

Llegaron a la pradera, con la llamada de Jesús en el altavoz del móvil. Podían ver al agente desde el coche. Vivian veía cómo no dejaba de andar de un lado para otro y se secaba las lágrimas con la mano libre, mientras con la otra agarraba el móvil.

—Ya estamos aquí. —Aparcó el coche delante de Jesús.

Vivian bajó del coche tan rápido como pudo y fue a abrazar a su compañero. Al verse, rompieron en un llanto desgarrador y silencioso. Conocían a Tomás desde que empezaron a trabajar en Alameda de Osuna. Era un buen compañero y mejor director. Siempre dispuesto y amable con los demás.

En el coche, María y Clara se quedaron esperando.

La historiadora se dio la vuelta para mirar a la viuda, que se encontraba en la parte de atrás.

—¿Quién es Tomás?

—Es el director de la científica. Yo solo le he visto una vez de lejos. No lo conocía.

—¿Qué tiene que ver con la masonería?

—Pues parece ser que era masón. Si no fuera así, no estaría muerto.

—Vamos, tenemos mucho que hacer. No quiero ver más miembros de la logia asesinados.

Ambas se bajaron del coche, se acercaron tímidamente donde estaban Jesús y Vivian. Los amigos se dejaron de abrazar. El agente no dejaba de llorar y se abrazó a Clara, la cual respondió al abrazo. Jesús se reconfortó con su calor.

—No te preocupes, vamos a encontrarlo. He aprendido algo muy valioso con María, y ahora sé dónde tenemos que buscar —afirmó Clara con una templanza que nunca en su vida había tenido.

—Eso espero, Clarita. Esto es algo personal —contestó amenazante.

La asesora avanzó hasta la altura de Carlos, seguida por María.

—Comisario, tenemos que ver la escena, ¿es posible?

En los ojos de Carlos se apreciaba el sufrimiento y la decepción de la investigación y los resultados del caso. Clara sintió cómo su mirada se clavó en ella. Tenía la sensación de que había defraudado al comisario, debido a su error de interpretación, había muerto un agente amigo del resto del equipo.

—Entra. Ella no puede entrar —dijo tajante Carlos.

—Tiene que hacerlo. Gracias a ella hemos dado respuesta a muchas preguntas. Entiende de masonería y nos puede ayudar —explicó.

—Está bien. Espero que esta vez no te equivoques.

—¿Alguna pista?

—Entrad y comprobadlo vosotras mismas —contestó apenado. No tenía fuerzas para continuar.

María y Clara avanzaron hacia la entrada de la ermita, comprobaron cómo varios agentes de la científica hacían su trabajo. Encontraron en el suelo el cuerpo decapitado del agente.

—Está decapitado —dijo Clara.

—Pero ¿dónde está la cabeza? —preguntó María mirando alrededor.

—Aquí no está. ¿Se la habrá llevado?

—Cuando la cabeza no aparece tiene un significado en la masonería, ¿lo sabes? —susurró María.

—Sí. Que había sido importante para la logia. Era una mente lúcida y prestigiosa para los masones, por eso los decapitaban, símbolo de la mente brillante que había dado luz a sus hermanos y a la logia, ¿no?

—Eso es. ¿Sabes qué otra cabeza se perdió? —preguntó María sabiendo la respuesta.

Clara la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Goya?

—Exacto.

—¡No me lo puedo creer! Francisco de Goya llegó a España sin cabeza. Pertenecía a la masonería. Se contaba que, debido a su mente

privilegiada, le decapitaron al morir. Nadie sabe dónde está la cabeza. Los españoles solo pudieron enterrar el cuerpo. ¡Joder!

María sabía la deducción a la que había llegado Clara, por lo que las dos comenzaron a correr. La entrada del cementerio estaba a unos pasos de la puerta de la ermita. Tenían que ir rápido.

Las dos mujeres corrían la cuesta arriba ante los ojos perplejos de los agentes allí presentes.

Carlos, Jesús y Vivian no tenían de idea de qué iba todo aquello, pero sabían que la carrera de las dos chicas solo podía significar una pista fundamental. Los tres agentes empezaron a correr detrás de ellas.

—¿Qué pasa? —dijo Carlos al alcanzarlas.

—Goya fue enterrado en un primer momento en este cementerio. Su cuerpo vino sin cabeza desde Francia. Tiene un significado de lucidez de mente. Años después fue llevado a la ermita de San Antonio, pero este fue su primer destino. —Señaló María la entrada.

—¡Joder, está cerrado! ¡Rápido! Puede estar dentro, o matando a otro masón —exclamó Vivian.

—Quitaos, le damos una patada. No podemos esperar —decidió Jesús.

Carlos hacía atletismo, por lo que comenzó a correr deshaciendo el camino. El guarda estaba abajo y tendría las llaves. Los intentos por la fuerza de Jesús serían inútiles.

Cuando el comisario llegó a la casa del guarda, este le dio las llaves rápidamente.

Varios de los agentes de la científica comenzaron a correr ante el escándalo.

Carlos llegó el primero y abrió las verjas del cementerio.

—¿Ahora qué? ¿Dónde está la tumba? Esto es bastante grande —preguntó Jesús.

—Seguidme, yo lo sé. Roberto me trajo una vez. Espero no confundirme. Es una tumba de tres. Enterraron también a Leandro Moratín,

el del libro *El sí de las niñas…* —María se estaba quedando sin aliento al correr, por lo que pensó que la clase magistral la daría luego si era necesario.

En unos minutos, al acercarse, comprobaron cómo había una cabeza encima de la tumba de Goya, ahora vacía.

—Mirad, ahí está —anunció Clara.

Los compañeros de Tomás se quedaron paralizados ante la bolsa.

—No toquéis nada. La científica está subiendo —añadió Carlos.

—Menudo hijo de puta. Vamos a acabar con él. Se va pudrir en la cárcel.

La cabeza estaba dentro de una bolsa, igual que en el asesinato de Roberto. La salvedad se encontraba en que esta vez, la bolsa blanca llevaba pintada en color negro una estrella de cinco puntas con la inicial G, y debajo el ojo de Horus.

—Gran Arquitecto —susurró María.

—Exacto.

—¿Ya está? Tiene que haber otra pista. Eso no es lugar —dijo enfadada María.

Los agentes de la científica llegaron minutos después.

María y Clara observaban la tumba de Goya. Allí tenía que estar la pista. Solo con el ojo masónico tendrían que ser capaces de encontrar el lugar del siguiente asesinato.

Capítulo 55

Había sido una larga y trágica noche. María y Clara recorrieron tanto la ermita como el cementerio en busca de pistas masónicas por aquellos lugares. El asesino les habría dejado una clave para encontrar el siguiente lugar del crimen y que, a su vez, demostrara su valía como masón injustamente expulsado de la logia.

Era de día, cerca de las diez de la mañana. Decidieron que necesitaban un café y comida para seguir con la investigación, no podían desfallecer estando tan cerca del final.

—Carlos, necesitamos comer algo —dijo Vivian acercándose.

—Sí, además, podemos poner ideas en común. Ya que María parece que también entiende de masonería y del pintor —especificó Jesús.

—Id bajando. Justo al terminar la cuesta, a la derecha, detrás de la parada del autobús del cincuenta, hay un bar. Se llama Montes, creo. En las fiestas de San Isidro se llena. Se come bastante bien y los dueños son amables y simpáticos. Ahora bajaré yo. Voy a hablar con la científica antes de que se vayan.

Carlos sabía que los agentes de la científica estaban conmocionados. El asesinato del cual estaban buscando pistas era el de su director. Había una amalgama de sentimientos que creaba un ambiente triste y desolador.

Los cuatro bajaron la cuesta que les había indicado Carlos para comer algo en el bar. Habían estado largas horas trabajando durante la madrugada, estaban agotados. Tenían que reponer fuerzas lo antes posible para poder continuar y dar con el criminal antes de que la siguiente víctima apareciera muerta.

Dieron con el bar. Tenía una terraza en un paso de tierra. Era un sitio tranquilo y confortable. El camarero de ojos azules les atendió. El bar tenía comida casera, por lo que Jesús decidió saltarse el desayuno y pidió una hamburguesa que se comería en cuestión de minutos.

Cuando el camarero les sirvió los desayunos con tostadas, magdalenas y, por supuesto, la hamburguesa, comenzaron a hablar.

—¿Habéis encontrado alguna pista que nos lleve al lugar del siguiente crimen? —preguntó Jesús mientras engullía la comida.

Habían pasado la larga noche sin dormir. La cara de cada uno de los dialogantes era un poema. Estaban demacrados, no solo por aquella noche, sino por cada uno de los días que llevaban con aquel tormentoso caso.

Las ojeras se habían convertido en un adorno más en cada una de sus caras. Así como la mirada de desilusión por el último asesinato. La búsqueda de pistas y encontrar el significado en cada una de ellas, habían minado la autoestima y, con ello, el grado de motivación del equipo.

Clara quería continuar. La presencia de María era una buena ventaja para poder descifrar los enigmas que el asesino o asesinos les habían dejado. Sin embargo, la conciencia de la historiadora estaba debilitada. Sabía que parte de las muertes habían sido culpa de ella. No tenía experiencia en asesinos en serie. «Este trabajo me ha venido demasiado grande». En un primer momento, estaba ansiosa por comenzar la investigación, no solo por colaborar con la Policía, más bien por el tema que escondía detrás: la masonería. Pero tras cada uno de los crímenes, se sentía más incapaz, menos inteligente. Pensaba que era una experta en el tema, y lo era, pero a la hora de la verdad, las piezas que encajaba eran las equivocadas. Era demasiado consciente de que sus errores en la interpretación de las pistas habían traído consecuencias desastrosas: más muertes.

—Creo que la pista para el lugar del siguiente crimen según el asesino es la estrella de cinco puntas y el ojo de Horus —explicó Clara.

—Vale, pero ¿qué lugar es ese? —preguntó Vivian.

María miraba a Clara, escéptica, era un símbolo masónico, pero no un lugar.

—No tengo ni idea. ¿Alguna sugerencia, María? —dijo Clara.

—La verdad es que no se me ocurre nada. Quizá si analizamos el lugar escogido deduzcamos el siguiente —sugirió.

—No lo creo. El lugar escogido es por la pintura que nos dejó en el metro de Goya. Además de que fue el cementerio en el cual estuvo enterrado él mismo y algunos masones importantes —respondió Clara.

—Vale, pero tiene que existir un porqué. Esa explicación es un tanto vaga. Me resisto a simplificar tanto la elección del sitio —añadió María dando un sorbo al café.

Clara se levantó y entró al bar.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —preguntó María al resto de acompañantes.

—Nada, déjala, ella es así. No le intentes buscar explicación —contestó Jesús, que ya había terminado la hamburguesa, continuando con las patatas.

—Sí, déjala. Continuemos. Una vida corre peligro y, si estamos en lo cierto, es el gran maestre en el día de Año Nuevo, ¿no?

—Si tenemos tan claro que es así, solo tenemos que seguir al gran maestre —concluyó Jesús.

—No, tiene que haber una explicación. Si no la encontramos, morirá una persona. Tenéis que entender que quizá la víctima no sea el gran maestre. Si no conseguimos comprender el motivo, morirá alguien, y quizá lleguemos tarde —explicó María.

Clara hizo la aparición con un zumo y una gran fuente de patatas fritas. Se sentó con una gran sonrisa, mirando a Jesús, el cual le respondió con el mismo gesto.

—¿Qué? —dijo Clara con los ojos de las chicas clavados en ella.

—Nada, nada. Venga, Clara, piensa —rogó Vivian.

—Pues es que, si soy sincera, no entiendo al asesino. Creo que simplemente se ríe de nosotros —argumentó mientras comenzaba a comer.

—Bueno, Clara, esto ya es el colmo. Estás aquí por un motivo muy específico: coger al asesino y que no muera más gente. ¡Si quieres hincharte a patatas fritas puedes hacerlo cualquier otro día! —gritó Vivian.

El resto de comensales se quedó con la boca abierta ante el estallido de Vivian.

—Escúchame, Clarita, ya sé que estás triste y desmotivada. Pero cada error tuyo cuesta una vida, ¿sabes? Así que ya te puedes poner las

pilas. No quiero que muera otra persona más por tus fallos de cálculos, ¿entendido?

—Ya lo sé, pero no soy policía, ni tampoco criminalista, soy historiadora. Eso sí lo entiendes, ¿no? —reprochó Clara.

—Por supuesto, pero si no podías llevar el caso, no haberlo aceptado. Ahora, asperger o no, tienes una responsabilidad: que no muera nadie más. Es lo único que tienes que evitar. Es una idea sencilla, ¿no?

Jesús estaba con los ojos abiertos de par en par. Conocía el carácter de Vivian. No había llegado a ser respetada en la comisaría por ser una persona dulce y cariñosa. Sabía que estaba regañando a Clara con el propósito de motivarla, que no se hundiera en el fondo de un pozo. Era un caso complicado, pero el equipo ya lo sabía antes de comenzar. La vaga excusa de no entender o la sensación de frustración, no servían para Vivian. Tenían que acabar con aquello.

—La gente tiene miedo, y nosotros tenemos la obligación de zanjar el problema de raíz. Clara, has hecho mucho y has mejorado. Los errores son normales, y se pueden cometer, pero cuando estás hablando de que cada error es una muerte, tienes que dejar de compadecerte y ponerte de pie una y otra vez. Nadie es perfecto, pero si se trata de aprender y conocer claves masónicas, eres la mejor. No te hundas ahora, no tires la toalla. Ahora no. Es ahora cuando más te necesitamos. Eres nuestra piedra filosofal para encontrar al asesino —concluyó Vivian.

Clara reaccionó al instante. Se levantó de la mesa, tirando la silla al suelo de la fuerza empleada al levantarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Jesús estupefacto pensando en una escapada de Clara a lo Houdini.

—Lo tienes, ¿verdad? —Sonrió María.

—¿Qué has dicho, Vivian? —preguntó Clara.

—No sé, ¿qué he dicho? —respondió Vivian sin darse cuenta de la importancia de sus palabras.

—Pues acabas de dar con la clave de la pista del lugar.

—¿Perdona?

—La piedra filosofal, es decir, la alquimia —concluyó Clara sonriente, de pie, con las manos en la mesa y mirando a sus compañeros.

—Exacto. La estrella de cinco puntas es una representación masónica desde hace muchos años. En la actualidad representa el símbolo masónico de la escuadra y el cartabón, pero si miramos atrás es mucho más que eso —intervino María.

—Pero ¿el ojo de Horus? —murmuró Clara para sí.

—¿Qué pasa? No me estoy enterando de nada —dijo Jesús desesperado.

—Clara, empieza por el principio, que ellos necesitan la historia al completo para poder ayudarnos —dijo María.

—Sí, necesitamos vuestra ayuda —dijo Clara.

—Podéis empezar cuando queráis —habló Jesús.

Carlos llegó a la mesa donde estaban todos desayunando. Había llegado en el momento justo para escuchar la explicación a dos que María y Clara iban a empezar en esos instantes.

—Carlos, siéntate, por favor. Vamos a empezar con la historia de la estrella de cinco puntas, luego creo que seguiremos por el ojo de Horus. —Sonrió Jesús.

—¿Empezamos?

—Sí, por favor —dijo Carlos mientras se sentaba.

—Hemos encontrado el cuerpo decapitado en la Pradera de San Isidro, como supusimos con el anterior asesinato, debido a que nos dejó el cuadro en una carpeta que llevaba la víctima. Ese cuadro era una de las Pinturas Negras de Goya. Casualmente, en este lugar fue donde se enterró al pintor por un tiempo. De manera posterior, se trasladó el cuerpo a la ermita de San Antonio. Sin cabeza. No sé si este detalle es importante, pero tenéis que saberlo, por si acaso. La cabeza se perdió, no estaba. Se dice que cuando un masón había sido importante para la logia, se decapitaba y se guardaba la cabeza. Detalle importante que nos lleva a la confirmación de por qué decapitaba a las víctimas. Ya que a los herejes lo normal era ahorcarlos.

—Es decir, que nos ha llevado hasta la pradera porque es donde se le enterró, dejó el cuadro y, además, ha decapitado a la víctima, como a Roberto, por un motivo masónico, ¿no? —recapituló Carlos.

—Vale, ¿qué más? Yo en lo que has dicho no veo relación con el siguiente —dijo Jesús mientras levantaba los hombros, gesto que expresaba la incomprensión de la argumentación de Clara.

—Espera y escucha —interrumpió María.

—Continúo. Cuando hemos comprobado que el asesinato no coincidía con el día que habíamos deducido, hemos llegado a la conclusión de que el dibujo del triángulo equilátero nos quería decir que la suma de los catetos es igual a la hipotenusa. Es decir, que un asesinato era el tercer día y el siguiente será el cuarto. Entendiendo que el cuarto será contando desde el tercero, claro.

—Apura, Clara, que me pierdo —dijo Vivian.

—Tienes razón. El siguiente asesinato será el día treinta y uno de este mes. También es fiesta para los masones, y tiene origen pagano en Mitra, que ya os lo conté y no me quiero repetir.

—Mejor, porque si no el cerebro nos va a estallar —dijo Carlos.

—Clara, es mejor que sigas una argumentación más lineal para que no se pierdan —dijo María.

—Sí, es verdad, pero son tantas cosas que a veces me atropello —explicó Clara.

—Da igual, vamos con el tiempo justo, así que dinos datos sobre el siguiente crimen. Por los pasados no podemos hacer nada —dijo Carlos.

—Está bien. Con este crimen confirmamos el día del siguiente asesinato, el día treinta y uno. En cuanto al dónde, Vivian nos ha dado la clave: la piedra filosofal.

—Ahora sí que lo entendemos —dijo irónico Jesús.

—¡Genial! —exclamó Clara.

—No, es de manera irónica —explicó Vivian a la vez que resoplaba.

—Ah, ya decía yo. Entonces, ¿continúo?

—Eso es —dijo Carlos.

—Bueno, pues ya tenemos la explicación del lugar y el día. —Cerró la explicación del asesinato anterior—. Entonces, ahora tenemos la nueva pista: un masón decapitado. El cuerpo está en la ermita y la cabeza en la tumba de Goya. Ahora bien, ¿qué nos quiere decir esto?

Ninguno respondió, se miraban unos a otros esperando alguna respuesta recurrente. No fue así.

—Continúo. Tenemos la cabeza en una bolsa como el asesinato de El Capricho, que nos representa los herejes de la época de los templarios.

—El símbolo, Clara.

—Voy. Nuestro símbolo para encontrar el lugar es la estrella de cinco puntas, que es muy antigua y nos lleva a distintas explicaciones dependiendo del contexto. En este caso, la estrella nos representa la escuadra y el cartabón que únicos forman la estrella, pero en este caso tendríamos que desechar la idea, ¿por qué?

—Sí, ¿por qué? —dijo con el ceño fruncido Vivian.

—Porque lo que nos ha puesto nuestro asesino, o asesinos, es de cinco puntas, no de seis, como es la masónica.

—¿Qué? Anda, yo no me había dado cuenta —dijo Carlos.

—Exacto, ha dejado una pista un poco ambigua, si no nos fijamos nos podemos confundir.

—Muy bien, Clara. ¿Qué significa entonces la estrella de cinco puntas?

—Primero, aclara que la G es de GADU, que, para los masones, como ya he dicho alguna vez, es la representación de Gran Arquitecto, que para ellos es Hiram Abif.

—Vale, eso ya lo sabíamos —dijo Jesús echándose hacia atrás en la silla.

Vivian y Carlos sonrieron. Estaban orgullosos de haber aprendido tanto en tan poco tiempo.

—Está bien. Ahora tenemos la estrella de cinco puntas, que es un símbolo de la alquimia y que, además, coincide con la estrella que inunda el libro de *El principito* —aclaró—. La base para la alquimia es la búsqueda de la piedra filosofal, como Vivian ha averiguado sin querer.

La inspectora sonrió orgullosa, chocó la mano con Jesús.

—Somos buenos, ¿eh? —susurró Jesús a Vivian.

—Entonces, lo que nos quiere decir es que tenemos que buscar un lugar basándonos en la alquimia y en el significado de ella para los masones. Esto hace que nos tengamos que remontar atrás para encontrar el lugar en el que ocurrirá el siguiente asesinato.

—¿Nos quieres decir que no sabes dónde será el siguiente asesinato?

—No quiero cometer más errores. La estrella de cinco puntas está basada en los principios masónicos de fuerza, sabiduría, belleza, virtud y caridad. Sin embargo, este símbolo, para la alquimia significaba los cinco elementos que utilizaban para hacer sus mezclas.

—Alquimia significa «echar juntos». Ellos hacían mezclas. Eran los primeros químicos, para que lo podáis entender. Está relacionado con multitud de artes universales, igual que la masonería —dijo María.

—Un momento, ¿cuáles son los cinco elementos? —preguntó extrañada Vivian—. Yo solo conozco cuatro.

—Exacto. El quinto era la piedra filosofal, que sería el elemento que convertiría todo en oro, según los alquimistas. Los primeros alquimistas querían conseguir a través de sus descubrimientos y mezclas la fórmula de la conversión al oro de cualquier sustancia —dijo Clara.

—Entonces, ¿el quinto elemento es el oro?

—No, para nada.

—El quinto elemento, para los alquimistas, se convirtió en el éter.

—¿Qué es eso? —preguntó Jesús.

—El éter es como si fuera el cloroformo, para que me entendáis. Se utilizaba para dormir, incluso de manera posterior se comprobó que se podía utilizar para anestesia y operar a los enfermos —explicó Clara.

—La explicación está genial, pero ¿en qué nos ayuda con el lugar del crimen? —preguntó indeciso Carlos.

El comisario estaba nervioso, se notaba en cada uno de sus gestos. Quedaban pocos días para el siguiente asesinato y no sabían dónde ocurriría. Se jugaban demasiado. No dejaba de pensar en Óscar y en si sería él la siguiente víctima.

—¿No sería más fácil seguir al maestre? —insistió Carlos.

—Eso mismo ha dicho Jesús antes de que llegaras. No quiero que el siguiente asesinato sea por mi culpa. Es una decisión vuestra. Pero puede ser que la víctima sea una persona diferente, y no el gran maestre —respondió Clara—. Tenemos que investigar sobre la alquimia y la masonería.

—Tienes razón. Primero vamos a intentar encontrar el lugar. Si no damos con el sitio, tendremos que vigilar al gran maestre. Por cierto, hoy tendremos que hablar con él. Es importante comunicarle la muerte de Tomás. —Se le entrecortó la voz al pronunciar el nombre del director de la científica.

—Además de la lista. Tenemos que descubrir los motivos de cada uno de esos ex miembros masones —explicó Vivian—. Puede ser que nuestro asesino esté en ella.

—Tienes razón, Vivian. Es importante la colaboración de la logia con el asesinato. Ellos mismos se están jugando mucho. Además del desprestigio de la masonería —argumentó Jesús.

—Después de estar hablando, me surgen varias preguntas. ¿Cada una de las víctimas no quiere decir nada? Me explico: lo que quiero decir es si la elección de cada una de ellas, no significa nada

Clara y María se miraron.

—Yo no lo había pensado. Yo creo que simplemente las escogen porque es una manera de dejar a la organización sin la parte más alta del

organigrama. De hecho, tendríamos que averiguar si Tomás se había convertido en uno de los eximios maestros —respondió María.

—¿Crees que esa información nos la darán en la logia?

—No lo sé, pero creo que sí. Además, la situación es bastante preocupante. Si no quieren dar información acerca de la logia, solo aumentarán el odio de la sociedad. En España todo el mundo es experto de cualquier tema, y les gusta opinar y criticar, aunque no sepan ni de lo que hablan. —Suspiró María.

—Ahí te vamos a tener que dar la razón. En España la gente opina sin saber. Cualquiera es experto en cualquier tema solo por haber mirado en la Wikipedia. Por eso es mejor hacer lo que se crea porque, de todos modos, cualquiera con un perfil en redes sociales lo va a criticar, aunque no tenga ni puta idea de lo que habla —insistió Jesús.

—Vamos apañados. Con todos los expertos que hay entre la población, no sé cómo no damos con el asesino. Si tan listos son aquellos que se permiten criticar nuestros pasos, no sé por qué no están aquí ayudándonos —dijo Carlos enfadado.

—Creo que hay gente desde dentro de la logia que está colaborando. Si no, es imposible que sepan los pasos y el cargo que ocupa cada uno de los hermanos —especificó María.

—Puede que tengas razón. Voy a pedir más bebida. Creo que nos queda un buen rato aquí —dijo Jesús levantándose.

—El ojo de Horus está ahí con un motivo. Tenemos que saber qué nos quiere decir con él. No entiendo qué tiene que ver con el lugar —pensó Clara en voz alta.

—A ver, recapitulamos: Tenemos despejada la incógnita del día, lo que significa la estrella y la G, pero ¿el ojo de Horus? —contestó María.

—Yo creo que lo mejor es empaparnos de la idea de la alquimia. Tengo la corazonada de que algo nos quiere decir la estrella sobre el lugar. No sé, ¿qué dices? —preguntó Vivian mirando a Clara fijamente.

—Puede ser que la clave esté ahí. Pero yo soy historiadora, no conozco detalles de la alquimia. Tengo ideas demasiado vagas sobre su

hermetismo en la sociedad y los éxitos alcanzados por los alquimistas, pero ya está —explicó Clara.

Jesús se sentó. El camarero le seguía con las bebidas. Las depositó en la mesa, que se había quedado en silencio, y se marchó.

Ninguno abrió la boca. Sabían que se estaban jugando demasiado. Los presentes se quedaron en silencio durante varios segundos. Estaban pensativos después de la explicación de Clara sobre la alquimia.

—Así no vamos a ninguna parte. Yo me encargo de la lista y de hablar con la logia. Clara, Jesús y Vivian buscad todo lo que podáis de la alquimia y encontrad un lugar, sin falta. María, ¿nos ayudas?

La viuda sonrió satisfecha. No quería molestar, pero estaba deseosa de formar parte de ese equipo y cumplir la voluntad de su marido asesinado.

—Por supuesto. No tengo nada mejor que hacer. Además, necesito hacerlo por mi marido.

—Genial. Te encargarás del ojo de Horus —le asignó Carlos.

—Un momento, ¿qué hay de las víctimas? A lo mejor hay alguna explicación, no que simplemente sean la cabeza de la logia —intervino Vivian.

—Tienes razón. Te encargas tú de eso. Recoge hoy todas las pruebas de la científica sobre las pistas y la autopsia de Tomás. Lo siento, pero yo no puedo. Era mi amigo —explicó Carlos, más afectado que nunca.

—De acuerdo, lo haré yo. También era el mío. Le haremos justicia, puedes estar seguro —dijo Vivian.

Terminaron las bebidas y abandonaron la terraza del bar. Tenían que realizar las investigaciones que fueran necesarias para dar caza y zanjar los asesinatos.

Antes de irse, Carlos se quedó rezagado. Le había surgido una última pregunta y quería conocer la opinión de Clara.

—Necesito que me respondas una pregunta, Clara.

—¿Qué?

—¿Crees que el asesinato de Año Nuevo será el último?

—Creo que sí. Los asesinatos hacen referencia a la estrella de cinco puntas. Serían cinco crímenes. Aunque si pienso en cómo ha realizado los asesinatos, creo que no. Quiere acabar con la logia. Hasta que no lo consiga, no parará. A medida que vayan siendo elegidos, los irá matando —respondió cabizbaja.

—Tengo la solución. Hablaré con Óscar. Hasta que no demos con el lugar, no habrá votación para elegir los maestros que ocuparán los cargos.

—Ojalá acepte la proposición, pero me temo que la logia tiene principios que seguir, y la influencia sobre ellos por nuestra parte es nula. Sintiéndolo mucho, no creo que sigan nuestros consejos.

—Lo intentaré de igual manera. Ahora, con más razón, tenemos que darnos prisa. No podemos perder a otro masón.

María escuchó la conversación. Se paró en seco. Varias ideas le llegaron a la mente. «Dentro de la comisaría habrá más masones, estoy segura. Muchos entran por recomendación. Es lógico pensar que dentro del mismo círculo social se encuentren más miembros».

La viuda empezó a cavilar. No estaba convencida de sus conjeturas, pero la inseguridad de que el asesino estuviera dentro del equipo se apoderó de su razón.

Solo hablaría con Clara de las indagaciones sobre el tema. Era posible que, si Tomás era un masón, Carlos también lo fuera. Decían que por estatus solían conocerse entre ellos. La logia no era clasista, pero en ocasiones, por los círculos que frecuentan los miembros, podía considerarse como tal. Los individuos solían tener comportamientos endogámicos, lo que hacía que ellos mismos, aunque defendieran lo contrario, terminasen convirtiendo la logia en miembros del mismo estatus social.

«Ojalá me equivoque».

Capítulo 56

Abandonaron la última escena del crimen. Ningún miembro del equipo se fue a descansar. Incluso María se dirigió con ellos hacia comisaría. Tenían que hacer las investigaciones oportunas acerca de las pruebas encontradas, así como esperar los resultados de la autopsia de la muerte de Tomás.

Carlos tenía que llamar a la logia. Era necesaria la colaboración por parte de los masones. No tenían un sospechoso principal. La investigación era confusa, no existían pruebas suficientes para encontrar la identidad de la persona que estuviera cometiendo los crímenes.

El comisario entró en su despacho. Tenía que concentrarse en la llamada, comunicar al gran maestre que el nuevo eximio maestro había sido asesinado. Existían indicios de que su integridad física corría peligro. Óscar no quiso volver a Madrid. Para él las reuniones de la logia eran sagradas, no quería despertar más temor en las filas de la organización. Si se escondía, era lo que pasaría. Quería evitar que las miradas inquisitorias se unieran para desprestigiar más la logia, hacerlos culpables de unos crímenes en los que eran las víctimas.

Carlos se sentó en la silla de su despacho, delante de la pantalla del ordenador apagada. Colocó sus manos en los laterales de la cabeza, pegadas a la sien. Comenzó a recapitular las escenas de los crímenes y las pruebas encontradas. Tenía que decirle a Óscar lo que había ocurrido, pero no sabía cómo hacer algo tan inhóspito sin que Óscar sintiera que los habían dejado a la deriva. Estaban haciendo las investigaciones posibles para descubrir lo que estaba pasando, pero sus capacidades mermaban, no conseguían llegar a una idea en firme. Sus fuerzas empezaban a flaquear.

Sacó el móvil del bolsillo y llamó al gran maestre.

—Hola, Carlos —contestó—. Lo he visto por las noticias.

—¿Qué? ¡No puede ser!

—Han interrumpido la emisión para dar con urgencia la noticia. La gente se está manifestando en la puerta de la logia.

—Pero ¿cómo se han enterado?

—Yerai vendrá para Santiago a lo largo de hoy. No quiere más incidentes, y yo tampoco. Creemos que lo mejor es cerrar el templo hasta que sepamos qué pasa. No te preocupes, sé que no es culpa tuya —dijo apenado.

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Pero creemos que corres peligro.

—No os preocupéis por mí. Aquí estamos varios masones. Tenemos que tomar varias decisiones debido a los sucesos que están teniendo lugar en Madrid.

—Lo siento. Si hay algo que podamos hacer...

—Encontrad rápido a la persona que está haciendo esto. Su finalidad es acabar con la logia. Creo que es imposible que un hermano quiera algo así. Tengo que repasar la lista que hablamos. He pensado que, quizá, si os ponemos los motivos de la expulsión os pueda ayudar. Pero tal vez no estéis buscando en el sitio adecuado.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si aún no tenéis un sospechoso es porque os estéis empeñando en buscar en el sitio equivocado. Mira, Carlos, yo pondría la mano en el fuego por cada uno de mis hermanos. No creo que esté dentro de la logia. Puede que haya sido uno de los expulsados, no lo discuto. Pero lo que sí tengo seguro es que quiere aniquilarnos, como ya ocurrió con la orden templaria y con los propios masones anteriormente.

—¿Me estás queriendo decir que tienes un sospechoso?

—A mi pesar, no —respondió consternado—. No me atrevería a hacer vuestro trabajo.

—Creemos que el próximo serás tú, el día de Nochevieja.

—Imposible. Esa noche estaremos todos juntos, reunidos. Yo no soy el objetivo. Además, si no es entrometerme en vuestros asuntos, tampoco creo que sea el último. Creo que la finalidad es acabar con nosotros, es una lucha mediática más que una criminal, ¿me explico?

—No lo creo.

—Si acaba con nosotros, habrá más maestros. Siempre habrá gente que sustituya a otra gente, pero si acaba con la logia, es imposible que resurja. La lucha mediática nos está hundiendo, ¿no lo ves?

—Puede que tengas razón. —Carlos se recostó en la silla, pensativo. Lo que acababa de escuchar no era ninguna locura. ¿Quién mejor que el maestre para conocer la logia?

—Está bien. Daré una vuelta a tu idea. Pero es urgente que me pases la lista con los motivos y, sobre todo, que tengas mucho cuidado.

—Yo no soy lo importante. Es la logia, Carlos. Ya te he dicho que nosotros somos sustituibles, como cualquiera. Pero la idea y los principios deben seguir vivos. Espero que me entiendas.

—Te entiendo.

—En un par de horas te enviaré la lista con los nombres y los motivos que necesitas. Por cierto, ¿cómo han matado a Tomás?

—Ha aparecido decapitado, Óscar. Ha sido horrible. Le conocía desde hacía años, ni siquiera sabía que era masón.

—Lo sé. Ahora has aprendido a vivir sin prejuicios gracias a que has vivido con masones cerca sin saberlo. Pero si Tomás no te lo quiso decir, era porque pensó que no estabas preparado para oírlo. No le tengas rencor por eso. Él te tenía gran aprecio. Nosotros te conocíamos a ti antes que tú a nosotros, por las palabras que te dedicaba en las reuniones —añadió Óscar.

—Gracias. No se lo tengo en cuenta. Creo que en el fondo tienes razón. —Suspiró—. Estamos esperando la autopsia.

—Si puedes, habla con los medios que están dando la noticia. Están destruyendo nuestra imagen.

—Voy a intentarlo. Muchas gracias por tu colaboración. Quedo a la espera de la lista.

Se despidieron. Carlos quedó pensativo después de escuchar a Óscar. Sabía que, si tenía algún indicio y no estaba convencido, nunca se lo diría.

«Si Roberto dejó un mensaje cifrado para María, es porque se sentía cohibido de alguna manera. Puede que Tomás también lo sintiera así».

Se levantó rápido. «Tengo que ir al despacho de Tomás. A lo mejor me ha dejado alguna pista».

Capítulo 57

Pasaron varias horas, el equipo estaba agotado. Llevaban demasiado tiempo sin descansar ni dormir. Cada uno estaba inmerso en la tarea que Carlos le había encomendado.

Vivian recibió los informes de la autopsia de Tomás, era la inspectora del caso, motivo por el que iba en copia en el mail para Carlos.

Al abrirlo, entrecerró los ojos. No sabía qué estaba pasando, pero estaba segura de que las chicas le podrían dar una explicación.

Según los informes de la científica, Tomás había sido ahogado y, de manera posterior, decapitado. Eso explicaba por qué las ropas estaban mojadas. El equipo pensó que sería por la sangre y la humedad de aquel ambiente, pero se equivocaron.

Se levantó rápido de su sitio. Fue hacia las mesas donde se encontraban María y Clara enfrascadas en los ordenadores buscando información.

—Chicas, ha llegado la autopsia. Tomás ha sido ahogado. ¿Os dice algo? —susurró Vivian.

—¿Ahogado? —preguntó pensativa Clara.

Jesús llegó al corrillo que habían formado las chicas.

—¿Qué pasa?

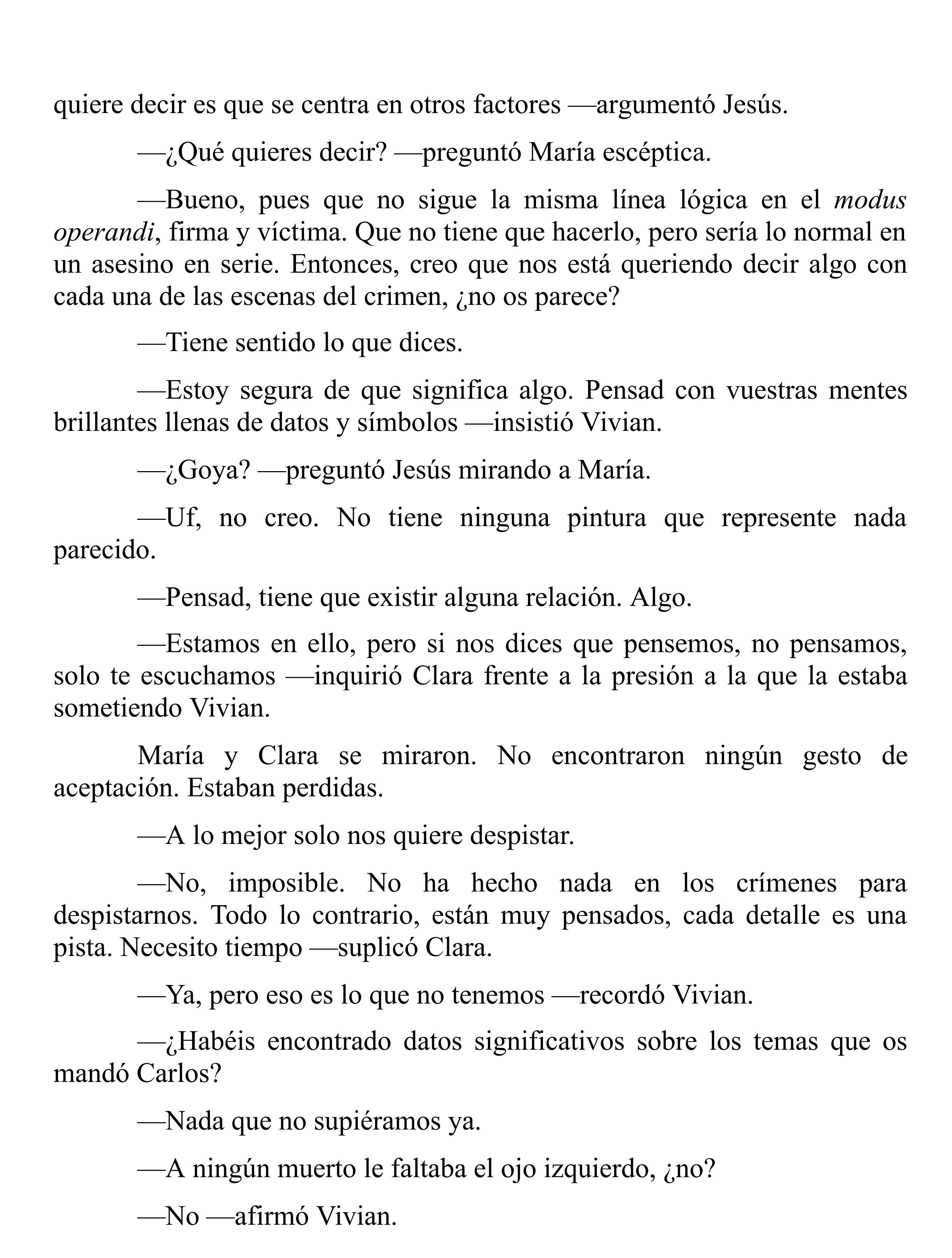
—Jesús, perdona, no me he acordado de ti. Tomás fue ahogado, luego le decapitaron.

—¿Significa algo? —preguntó Jesús frunciendo el ceño.

—No lo sé —respondió María.

—A ver, los franceses fueron quemados, Roberto fue por muerte de abejas, David por el tren, y Tomas ahogado. Tengo que pensar. Ahora mismo no se me ocurre nada.

—Un momento, el *modus operandi* no es el mismo. Por lo que el asesino no está siguiendo una lógica para continuar un ritual, lo que nos



quiere decir es que se centra en otros factores —argumentó Jesús.

—¿Qué quieres decir? —preguntó María escéptica.

—Bueno, pues que no sigue la misma línea lógica en el *modus operandi*, firma y víctima. Que no tiene que hacerlo, pero sería lo normal en un asesino en serie. Entonces, creo que nos está queriendo decir algo con cada una de las escenas del crimen, ¿no os parece?

—Tiene sentido lo que dices.

—Estoy segura de que significa algo. Pensad con vuestras mentes brillantes llenas de datos y símbolos —insistió Vivian.

—¿Goya? —preguntó Jesús mirando a María.

—Uf, no creo. No tiene ninguna pintura que represente nada parecido.

—Pensad, tiene que existir alguna relación. Algo.

—Estamos en ello, pero si nos dices que pensemos, no pensamos, solo te escuchamos —inquirió Clara frente a la presión a la que la estaba sometiendo Vivian.

María y Clara se miraron. No encontraron ningún gesto de aceptación. Estaban perdidas.

—A lo mejor solo nos quiere despistar.

—No, imposible. No ha hecho nada en los crímenes para despistarnos. Todo lo contrario, están muy pensados, cada detalle es una pista. Necesito tiempo —suplicó Clara.

—Ya, pero eso es lo que no tenemos —recordó Vivian.

—¿Habéis encontrado datos significativos sobre los temas que os mandó Carlos?

—Nada que no supiéramos ya.

—A ningún muerto le faltaba el ojo izquierdo, ¿no?

—No —afirmó Vivian.

—La verdad es que no encuentro explicación lógica al ojo de Horus. —Suspiró María.

—¡Vaya novedad! —exclamó Vivian.

—No empecemos a ponernos nerviosos. Creo que tenemos que seguir buscando. Si ha dejado esas pistas es por algo, tienen un significado. Lo único que tenemos que hacer es tranquilizarnos —apaciguó la situación Jesús. Intentó dar ánimos a sus compañeras.

—He pensado, pero no tiene lógica, que quizá con el ojo de Horus hace referencia a la decapitación de Goya. El significado es «el que está completo». El dios Thot le regaló el ojo a Horus, que perdió en una batalla contra su hermano Seth. Puede que por algún motivo lo haya colocado en la bolsa.

—Imposible, María, no tiene lógica.

—Es el ojo izquierdo, el que representa a la Luna. El otro ojo es el de Ra, que es el derecho, y representa al Sol. A lo mejor es algo lunar o solar —insistió María.

—Déjame que piense. El día ya lo tenemos, comprobaremos el estado lunar. Puede que tenga relación —dijo Clara mientras levantaba los hombros.

—Puede ser que estemos buscando en el sitio incorrecto. A lo mejor no se comete aquí el crimen, ¿no? —interfirió Jesús.

—¿En Francia?

—Bueno, yo no he dicho Francia, he dicho otro lugar. Puede ser en otro país o fuera de Madrid.

—Eso es una barbaridad, entonces estamos barajando que puede ser en cualquier lugar del mundo.

—En Jerusalén, donde empieza todo —dijo Clara.

—¡Donde mataron al Gran Arquitecto! —dijo María.

—Vamos a centrarnos en el lugar que nos digan las pistas, por favor, es importante. Tenemos pocos días y el Año Nuevo se acerca —intentó parar el entusiasmo sin sentido de las chicas.

—Dejando a un lado la información de la alquimia de la que hemos hablado esta mañana, ¿tenemos algo más?

—No, nada que nos sirva y nos dé un lugar de dónde se producirá la muerte —dijo Clara.

—Tenemos que dar con el sitio. Puede que muera otro masón por nuestra culpa, y será así si no conseguimos encontrar dónde será el próximo asesinato. Haced lo que podáis. Sé que estamos cansados, pero ya dormiremos cuando acabemos, ¿vale?

—Por supuesto —respondieron.

Volvieron a sus sitios para continuar con la investigación. Clara y María estaban cercanas en sus puestos improvisados de trabajo en la comisaría, lo que las llevó a comenzar a cuchichear cuando Vivian les dio la espalda para dirigirse a su ordenador de nuevo.

—¿Crees que las muertes tienen un significado?

—Seguramente —contestó Clara.

—¿Cuál?

—No lo sé. Pero cada una es distinta por un motivo.

—Las pistas son sencillas. No entiendo cómo no podemos ver el significado.

—Están delante de nosotros y no las conseguimos descifrar. —Resopló la historiadora.

Clara se quedó callada. Dejó a María con la palabra en la boca, empezó a teclear sin control en el ordenador. Tenía la extraña sensación del indicio de una pista. Le habían venido a la cabeza la multitud de símbolos utilizados en los diferentes asesinatos.

Capítulo 58

Carlos estaba rebuscando entre los cajones del despacho de Tomás alguna nota o pista que le hubiera dejado el director. Pensó que, si Roberto dejó tanta información cifrada con el libro de *El principito*, Tomás podría haber hecho lo mismo. Estuvo varios minutos buscando una mínima pista, pero no encontró nada. «Él no sintió la amenaza como Roberto».

El comisario pensó que iba a tener suerte y terminar con el caso de un plumazo, pero no fue así. No había ninguna pista, solo el informe del caso encima de la mesa, lo que le pareció sospechoso. Era demasiada casualidad que, siendo el director de la científica, le diera tanta importancia al caso. Aunque, siendo masón, la coincidencia tenía sentido.

Carlos abrió la carpeta, podría haber información adicional apuntada. Estaba desesperado. Nunca había sido tan observador como estaba demostrando desde que empezaron los asesinatos. Allí estuvo pasando una hoja tras otra, comprobando los expedientes de las muertes.

La única diferencia que encontró fue que Tomás había subrayado las causas de las muertes. No era una declaración de sospechosos, pero al menos tenía algo. «¿Por qué subrayó las muertes?».

Sin duda, era algo que había llamado la atención del director. Desempeñando ese puesto durante tantos años, siendo masón, y trabajando en multitud de asesinatos, le pareció que debía dedicarle unos minutos al porqué de aquel hallazgo. «Lo ha marcado por una razón. Seguro». Incluso había escrito en un lateral la causa de cada una de las muertes.

1. Quemados

2. Abejas

3. Vías tren

4.

5.

El director dejaba explícito que esperaba cinco muertes, lo que no sabría era que la suya sería la cuarta. Carlos estaba sentado en el despacho

de Tomás, pensativo. Estaba inmóvil, su mente no dejaba de repasar información. Había aprendido mucho en esos días. Sin Clara no hubiera adquirido tales conocimientos, pero ahora se sentía con la fuerza de descubrir alguna pista sencilla para su entender.

Se había desinflado al comprobar que solo tenía aquella nota al margen de uno de los folios. Pero sabía que tenía un significado que tendría que encontrar.

Ensimismado con sus pensamientos y observando la nota con los ojos fijos en la causa de las muertes, llamó Vivian.

Carlos se sobresaltó al escuchar el sonido del móvil. «Espero que no sea otra mala noticia».

—Dime.

—Carlos, no te quiero molestar, pero he hablado con el equipo, estoy convencida de que las causas de las muertes tienen un significado.

—¿En serio? —respondió sorprendido.

Si Vivian había llegado a la misma conclusión que Tomás, no era simple casualidad.

—¿Por qué lo piensas?

—Bueno, a lo mejor te parece una locura, pero creo que, si las causas de las muertes son tan diferentes, probablemente es porque cada una representa algo en la masonería. He hablado con las chicas, pero no hemos llegado a ninguna conclusión.

—Vivian, estoy en el despacho de Tomás, pensé que tendría alguna pista para mí. Tenía el expediente de las muertes en la mesa. Había subrayado las causas. Seguro que él también pensaba lo mismo que tú. Creo que tenéis razón —dijo animado el comisario.

—Genial. Reunión.

—Ahora mismo voy para allá. Esperad a que llegue. Tengo que hacer una llamada.

—Vale, te esperamos. Date prisa, creo que tenemos algo importante. Si conseguimos descifrarlo, tendremos el lugar.

—Estoy contigo. Ahora nos vemos.

Colgó el teléfono y decidió llamar a una de las cadenas de televisión más importantes. Era necesario descubrir cómo era posible que recibieran información de los asesinatos tan rápido. Si tenían un policía dentro del equipo que les pasara información, era vital para el caso conocerlo. Era fundamental.

Buscó el teléfono por Internet en su móvil. Después de varios intentos consiguió hablar con el equipo técnico. La chica que le atendió le dijo quiénes eran los encargados de recibir el material.

Estuvo esperando más de cinco minutos con el tono sonando hasta que por fin una voz masculina contestó.

—Buenos días, me han pasado la llamada porque pregunta por el caso de los masones. ¿Es así?

—Buenos días, eso es. Mi nombre es Carlos y soy el comisario encargado de la investigación. Necesito de manera urgente que colabore con nosotros, se están produciendo asesinatos y los periodistas están llegando a las escenas del crimen casi antes que nosotros. Nos deberían explicar esto si no quieren que demandemos a su cadena. Es un caso muy grave y están obstaculizando la justicia con sus informaciones —dijo con rotundidad—. Además del miedo que están esparciendo en la población civil. Si no puede ayudarme, dígame quién puede hacerlo. No puedo perder el tiempo —abrevió.

—Está bien. ¿Cómo puedo saber que eres policía?

—Le puedo asegurar que lo soy, pero si es necesario que nos presentemos con una orden judicial para cerrar la cadena por los motivos anteriores, tampoco tengo ningún problema. Lo dejo en sus manos —contestó alzando la voz.

—No, tranquilo. Ahora mismo le paso con el jefe de contenidos.

—Espero. Dese prisa, no estoy para perder el tiempo.

Después de unos segundos, otra persona contestó.

—Buenos días, comisario. Me acaba de comentar mi compañero lo que está pasando. No teníamos ni idea de la gravedad del asunto.

—Disculpe, pero verter opiniones erróneas sobre la logia y descubrir las investigaciones, así como inculcar miedo a la sociedad sobre la masonería, no es algo para lo que se necesite una inteligencia superior y comprender que está mal. —Suspiró Carlos—. Necesito que me diga cómo están recibiendo la información, en este mismo instante. Hay gente que va a morir por vuestra culpa. ¿Quién os está pasando la información? Necesito saber si es un agente del equipo de investigación del caso. ¿Entiende la gravedad?

—Por supuesto. Pero creo que no le vamos a poder ayudar mucho. Nos llega un sobre sin dirección con un *pendrive* dentro. Contiene toda la información de los asesinatos. Así como del lugar de la logia y de los rituales y símbolos para poder realizar nuestros artículos.

—¿Cómo que un sobre anónimo?

—No aparece remitente. Solo nuestra dirección y a mi atención. Pero no sé quién puede ser —contestó preocupado—. Si lo supiera, se lo diría.

—De acuerdo. Necesito unas fotografías, ahora mismo, de cada uno de esos sobres. Es muy urgente.

El comisario les dio la dirección de mail y se despidieron. «No me lo puedo creer, sobres con la información».

Salió del despacho de Tomás con la copia del expediente en la mano. Quería que el equipo lo viera, sobre todo para poder sacar alguna conclusión.

Se dirigió hacia la reunión, donde le esperaban para comenzar.

Capítulo 59

El equipo estaba esperando cuando Carlos llegó. Al verlo, fueron entrando al despacho con los adelantos de la investigación.

Se palpaba la tensión en el ambiente. Los miembros del equipo de investigación estaban tensos, malhumorados y expectantes por lo ocurrido. Un agente acababa de morir a manos de un desalmado, pero además se habían enterado de que pertenecía a la logia.

—Carlos, ¿María puede entrar? No es del equipo —preguntó Clara.

El comisario no se sorprendió por la pregunta sin filtro. Ya era costumbre alguna salida de tono de la historiadora, pero así al menos prescindían de algunos rituales sociales que les quitaban tiempo. A veces, hasta le agradecía que fuera tan directa.

—Sí, entra —contestó mirando a María—. Después de esta reunión te puedes ir a casa. Te agradecemos la ayuda, pero no es necesario que continúes.

—De acuerdo.

Se sentaron en el despacho, unos en las sillas y el resto en el sofá que tenía justo al lado de la pared.

—Empezamos. Es urgente. Sabemos que las muertes significan algo, quizá el lugar. ¿Alguna idea?

Negaron con la cabeza, excepto Clara. Después de la interrupción de Vivian, pensó que nada en ese caso era casualidad, por lo que debería buscar el nexo de unión de esas muertes. Clara estuvo todo el tiempo detrás de la idea que se había formado en su cabeza y pensaba que estaba en lo cierto. Las hipótesis que había realizado confirmaban su teoría.

—¿Clara? —preguntó Jesús, que ya la conocía.

Comenzó a ponerse nerviosa. Estaba convencida de lo que iba a explicar a sus compañeros, pero haber fallado en los asesinatos anteriores le había creado un sentimiento de inseguridad.

Levantó la mirada del suelo y miró a Carlos. Estaba a punto de llorar al cruzarse con sus ojos. Notaba en ellos la decepción de los errores cometidos. Clara no dejaba de echarse en cara que las muertes habían sido por su culpa. Si hubiera enlazado las pistas de la manera correcta ya tendrían al asesino entre rejas, pero no fue así. Llevaba en su conciencia la muerte de David y Tomás. No se lo perdonaría.

—Bueno, he estado investigando una teoría y he confirmado algunos hechos. Creo que sé el significado de esas pistas y el lugar, pero no me quiero confundir y que muera más gente por mi culpa. —Agachó la cabeza.

—Clara, no te hundas ahora, necesitamos que lo compartas. Además, el responsable de este equipo soy yo. Por lo que las muertes son responsabilidad mía, no tuya —zanjó Carlos.

—Venga, Clara, desembucha —animó Jesús, que se había incorporado con gran interés para escuchar a Clara.

Vivian iba a tocarle el brazo para trasmitirle su tranquilidad y apoyo, pero reaccionó a tiempo para evitar el contacto.

—Vamos, empieza. No quedan muchos días —dijo la inspectora con voz pausada.

—De acuerdo —dijo volviendo su mirada hacia María, que la escuchaba atónita. Sabía que las capacidades de Clara eran elevadas, pero sus anteriores descuidos habían sido provocados por sus inseguridades. Al menos eso pensaba ella.

Clara hizo un silencio. Tragó saliva antes de comenzar a hablar de nuevo.

—He pensado que, si en el primer asesinato fueron quemados, en el segundo la causa fueron las abejas, en el tercero fue el atropello y el cuarto ahogamiento es porque el quinto será por éter.

—¡Eso es! ¡Has dado en el clavo! Yo no lo había visto. Tiene que ser. ¡No me había dado cuenta! —exclamó María con las palabras amontonadas de la emoción.

—¿Podéis explicarlo de nuevo? No sé mis compañeros, pero yo no me he enterado. —Jesús tenía la sensación de no comprender la deducción que tanta alegría le había provocado a María.

—Yo tampoco me he enterado —dijo Vivian con los ojos entrecerrados. Aunque, según terminó la frase, reaccionó—. Ah, vale, eso es. Eres genial, Clara.

Carlos terminó de entender al ver cómo Vivian se emocionó.

Jesús se sintió tonto, no lo comprendía. Parecía que todos habían asistido a una clase que él se había perdido.

—Pues yo no lo pillo —contestó enfadado.

—Me explico —añadió Clara, mirando al agente—. En el último asesinato nos ha dejado la estrella de cinco puntas, que representa la alquimia para los masones. Cada uno de esos puntos son los cinco elementos, que coinciden con las muertes. El asesinato de Francia es el fuego, son quemados vivos, como Molay. El segundo, a través de las abejas, que es el aire. El tercero, es arrollado en las vías, que sería el elemento tierra. El cuarto asesinato es ahogado en la ermita de San Isidro, que es el agua. El quinto no puede ser de otra manera que por éter —explicó Clara.

—Ahora sí. ¿Estás segura?

—Es lo único que tiene sentido con la estrella de la alquimia.

—Hasta ahí, vale. Pero ¿cuál es el lugar?

—El éter se utilizaba hace muchos años para drogarse en las altas esferas de la sociedad. Un doctor vio qué efectos producía en las personas, y pensó que era buena idea dárselo a los pacientes y poder operar sin que sintieran dolor. En España se adelantaron y probaron. Fue en el primer lugar donde se operó a un enfermo cuya anestesia utilizada fue el éter.

—¡Qué casualidad! ¿Crees que será en ese lugar dónde será el siguiente? —preguntó Vivian.

—¿Estás segura? —preguntó Carlos.

—Estoy pensado como un masón, y todas las pruebas me llevan a pensar que así es —afirmó Clara.

—¿Qué lugar es? —preguntó Jesús.

—Santiago de Compostela.

—¿Cómo? ¡No me jodas!, ¡allí es donde está el gran maestre hasta finales de año! —intervino Carlos.

—No hay duda de que será el siguiente. Tenemos que llamarle —adelantó Vivian.

—Un momento, solo estoy segura del sitio y el lugar, pero no de quién es —despejó dudas Clara.

—Pero tiene que ser él. ¿Quién si no? —preguntó María.

—No lo sé. Además, este año es Xacobeo. Lo que significa que es Año Santo. Es la ruta que tenían que hacer los masones para llegar a cumplir con su formación, y anteriormente los templarios. La catedral representa el resurgir de la oscuridad. La luz se cierne sobre los nuevos masones al llegar al fin de su peregrinación ante la catedral. Este año se utilizará el botafumeiro.

Carlos se levantó y empezó a andar ansioso. Lo dicho por Clara tenía sentido, las piezas iban encajando. Se acordó de las notas de Tomás. «Él pensaba lo mismo, por eso las apuntó». Cogió la carpeta y se la enseñó a Clara. La extendió abierta por donde aparecía la nota escrita a mano por él.

Clara cogió la carpeta y miró la nota. Al comprobar su teoría con aquella pequeña lista, asintió con la cabeza. Además, la historiadora le confirmó a María, con la mirada, un detalle nimio que al comisario se le había pasado por alto. El número de la hoja lo había dejado rodeado por una estrella de cinco puntas. Ahí se encontraba la pista que Tomás les había dejado. Clara lo señaló con el dedo.

—Sabía que no me fallaría —murmuró Carlos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jesús.

—No estoy seguro. ¿El símbolo del ojo?

—No lo cuadro en ningún lado —respondió Clara.

—¡¿Cómo que no?! La catedral de Santiago de Compostela está repleta de simbología masónica. Incluso en el interior tienen una exposición de tapices de Goya. Tiene que ser ahí, todas las pistas encajan. Si miráis las esculturas, veréis hasta a los alquimistas en figuras esculpidas en la fachada. Esa catedral es masónica, siempre lo ha sido. Creo que está vez no existe un posible error —argumentó María.

—¿De eso estamos seguros? —preguntó Vivian.

—Por supuesto, puedes comprobarlo en Internet. Las escenas de los crímenes son masónicas, en uno u otro sentido —insistió María.

—Está bien. Nos quedan pocos días. Id a casa a descansar. Mañana salimos de viaje —decidió Carlos—. María, gracias por tu ayuda. Esperemos que tengáis razón.

—La tendremos —respondió María.

Se despidieron de la viuda en la puerta de comisaría. Echarían de menos su presencia, había colaborado en la investigación como todos los demás. Gracias a que supo identificar las pistas de su marido, ahora sabían que el asesino era masón o, al menos, eso pensaba Roberto.

Clara y María habían tenido complicidad con sus personalidades y sus intereses, por lo que estaban convencidas de que no perderían el contacto.

El equipo se fue a descansar. El día siguiente no sería apacible. Llegados a Santiago de Compostela tendrían un día para investigar la catedral y preparar el dispositivo para impedir el asesinato.

Carlos estaba en su despacho, absorto en las ideas vertidas en la reunión. Deseaba que Clara no se equivocara, pero cualquier cosa podía salir mal, las pistas parecían erróneas después de los anteriores crímenes. No tenían otra opción que viajar a Santiago. Las pistas los habían llevado a la ciudad donde acababa el camino y se producía la resurrección de los masones.

Apagó las luces para irse a casa a descansar cuando el teléfono avisó de que había llegado un correo electrónico.

Capítulo 60

Carlos abrió el correo, era la cadena televisiva con la que había hablado por teléfono. Como habían quedado, le habían mandado una fotografía con el sobre que les llegó de manera anónima. La dirección de la cadena estaba escrita a bolígrafo. Tenían que descubrir de quién era esa letra. Le era familiar. Se sentó en el sofá de su despacho con las luces apagadas. Estaba derrumbado. Se iban a Santiago de Compostela, pero no tenía la sensación de que aquello fuera a salir bien. Era cierto que todo encajaba, pero también había encajado en las anteriores muertes, y se volvieron a producir los asesinatos.

—Espero que el Gran Arquitecto nos ayude —murmuró sonriente en la soledad de su despacho.

Carlos se levantó y se marchó. Demasiadas noches sin dormir le estaban pasando factura. Esperaba que al día siguiente pudiera descansar en el viaje. Aunque sabía que al llegar a la catedral tendrían que hacer un reconocimiento del terreno que les llevaría horas.

Si era cierto lo que dijo María, habría multitud de pistas dentro y fuera de la catedral. Había aprendido más de lo que al comenzar los asesinatos imaginó. En ese momento, tenía conocimientos que le ayudarían a averiguar dónde se produciría el crimen. Además, si el asesinato tendría como causa el éter, tenían que tener los ojos abiertos.

Al día siguiente, durante el trayecto, tendría que llamar al gran maestre. Aunque no estaba seguro de que darle el aviso de los avances no le perjudicara. Tenía que hacer los movimientos que en un principio estaban planeados para conseguir atrapar al asesino. Si algo cambiaba, quizá se pudiera dar cuenta y no daría ningún paso. Lo consultaría con el resto del equipo, pero la decisión más acertada era mantener los descubrimientos en secreto. Estaban en la meta del caso y no podían echar todo a perder por un aviso que, a lo mejor, no significaba nada.

El comisario salió del edificio y se montó en su coche, camino a casa. Dentro del vehículo creyó que aquella información debería compartirla con la inspectora. Conocía a Vivian y sabía que era más

observadora en los detalles más irrisorios. Quizá la letra que estaba escrita a mano en el sobre enviado a la cadena le resultara familiar.

Respondió a la cadena. Era urgente que les enviara las imágenes que estaban en los *pendrives*. Tenía que descubrir la información que enviaba y cómo.

Le respondieron al correo de manera casi instantánea. La cadena estaba preocupada por haber dado esa información sin contrastar absolutamente nada con la Policía. Era un crimen y estaban metidos en un gran lío judicial si no conseguían que ese detalle se pasara por alto debido a la colaboración con la Policía.

Llamó a Vivian. Resumió la llamada a la cadena y lo que había conseguido. Estaba pendiente de las imágenes. Esperaba que llegaran lo antes posible.

—Creo que las imágenes llegarán a lo largo del día de hoy. Tenemos que echarles un vistazo antes de que lleguemos a Santiago. Quizá tengan un dato revelador y nos estemos equivocando en el lugar. Una vez que estemos allí, no habrá vuelta atrás si no vemos las imágenes antes del día del crimen. Creo que se ha reído de nosotros. —Suspiró el comisario.

—Tranquilo, Carlos. Seguro que nos las mandan esta misma noche. Es muy irresponsable lo que han hecho. Por no decir que es ilegal. No han contrastado la información que han recibido y, para colmo, la han publicado, obstaculizando a la Policía.

—Lo sé. Esperemos que lleguen lo antes posible. De todas formas, te mando las fotos de la letra. Me resulta familiar. Dime algo cuando las hayas visto, por favor. Me voy a casa a descansar.

—De acuerdo. Ahora te llamo.

Carlos encendió el motor y puso rumbo a su casa. Necesitaba descansar al menos esa noche. No dejaba de pensar en dormir. Estaba agotado y abatido, pero sabía que no lo iba a conseguir, al menos de manera continuada. Se levantaba varias veces hasta que finalmente el sol volvía a aparecer por su ventana.

Capítulo 61

Cuando salieron de la comisaría para irse todos a casa a descansar, Jesús vio a Clara sentada en una terraza. Estaba bebiendo un zumo y comiendo patatas fritas, como no podía ser de otra manera. Le pareció que la historiadora estaba triste y compungida. Decidió que era buena idea acercarse a ella, aunque no estaba seguro de la reacción que tendría al verle. Esa chica era una caja de sorpresas. A veces reaccionaba con una actitud un tanto grotesca hacia Jesús, lo cual provocaba su alejamiento.

Ese día era diferente, el final del caso se acercaba. Faltaban pocos días para coger al criminal, si todo salía como ellos esperaban. Deseaba que así fuera. Al recordar que se separarían en un periodo breve de tiempo, al agente le embargó un sentimiento de tristeza. Le gustaba Clara, pero estaba seguro que no tendría un final feliz. Tenía un carácter que, a pesar de que Jesús se esforzaba en comprender, no lo hacía.

Comenzó a andar hacia Clara, ella todavía no se había percatado de su presencia. La manera de andar era indecisa, así como su gesto, que expresaba la impaciencia por la reacción de su compañera.

Al llegar a la altura de donde se encontraba sentada, a sus espaldas, comenzó a hablar. Aunque después de lo ocurrido en el despacho de Carlos, se podía imaginar la presión a la que estaba sometida y lo que significaba para ella llegar a realizar el viaje y que sus conjeturas fueran erróneas.

—Hola, Clara, ¿qué haces aquí sola?

—Hola, Jesús, ¿quieres tomar algo conmigo? —respondió, secándose los ojos. Había estado llorando en esa terraza, de manera silenciosa y sin llamar la atención.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó preocupado al sentarse en la silla más cercana a Clara.

—Se acerca el final —resumió.

—Lo sé, pero ¿qué te pasa? —Jesús tocó su cara para conseguir que le mirara. Se notaba que había estado llorando, pero quería descubrir el motivo real de aquellas lágrimas.

—No estoy segura de que el caso acabe como planeamos, Jesús. Si el gran maestre muere, será culpa mía. Si es que es la siguiente víctima, claro.

—No tienes que echarte encima tanto peso. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Somos personas, Clara. Además, los asesinos también lo son. Lo que quiero decir es que ellos, en ocasiones, también cambian de opinión o dejan pistas erróneas para confundirnos. A veces los casos no terminan como esperamos a pesar de nuestro esfuerzo, ¿lo entiendes? —dijo Jesús con tono tranquilizador.

El agente abrazó a Clara. No estaba seguro de la reacción de la chica, pero lo hizo sin pensar, sin evaluar las consecuencias de ese abrazo que ambos necesitaban.

Los músculos de la historiadora se tensaron con el contacto físico. Sin duda lo necesitaba. Le pareció un movimiento arriesgado por parte de Jesús, decidir abrazarla. Ella misma se había sorprendido al corresponderlo. El vínculo formado entre ambos era efímero. Pronto sus caminos se bifurcarían, pero Clara quiso aprovechar el momento. Quiso guardar ese instante, hacerlo suyo y recordarlo para siempre.

Al sentir los brazos del agente alrededor de su cuerpo, sus sentimientos afloraron con más fuerza. Las lágrimas volvieron aparecer. No pudo reprimirlas, querían, necesitaban salir. No solo estaba derrumbada por la posibilidad de la equivocación que le acechaba de manera continua, sino por la idea de no volver a trabajar con aquel equipo que con tanto cariño la había acogido y cuidado durante días. Sobre todo, Jesús.

El agente era perfecto, olía de una manera especial que nunca olvidaría. Estaba segura de que el equipo se despediría después de Año Nuevo con una promesa falsa de volverse a ver. Pero, para ser sincera consigo misma, ella no entraba en los planes de vida de Jesús, provocando que la desolación se volviera insoportable en sus sentimientos. Sabía que era el fin. Nunca más volvería a verlos. Se había enamorado de ese agente tan guapo y carismático. La experiencia del caso y de su amor platónico terminaría con el inicio del día de Año Nuevo. El cambio de Sol también sería importante para ella esta vez. Diría adiós a lo vivido y un nuevo Sol empezaría. Renacería. Pensarlo no la llenaba de vitalidad, sino todo lo contrario.

Sus cuerpos se separaron después de un largo abrazo. Jesús comprobó las lágrimas de Clara. Con la punta de su dedo índice recogió una de ellas. Con los ojos aún brillantes cubrió la mano de Clara.

—No llores, Clara. No hay nada que merezca la pena para que una chica tan especial como tú llore. No derrames más lágrimas, ¿vale?

Clara no podía hablar. Asintió con la cabeza.

Jesús era consciente de los sentimientos de Clara. Había conocido a demasiadas chicas a lo largo de su vida para poder reconocer con una sola mirada que estaba enamorada de él. Pero a pesar de que los sentimientos eran mutuos, Jesús no estaba seguro de que pudieran encajar y no hacer más daño aún a la chica. No quería hacerla sufrir.

—Clara, ¿solo es por el caso?

—Por supuesto, ¿por qué iba a ser sino?

—Está bien. No te preocupes, todo va a salir bien, vamos a encontrar al asesino y a cerrar el caso. Yo también estoy contigo en que el crimen se producirá en Santiago. Tiene lógica, y más aún después de conocer el significado del juego de la oca —terminó de decir acariciando la mano de Clara.

—Espero que tengamos razón.

—Voy a pedir algo dentro. Ahora mismo vengo. Luego te llevo a casa, ¿vale?

Jesús se levantó de la mesa seguido por la mirada de Clara. Estaba enamorada de él, lo notaba en sus ojos y en su manera de hablar. Con él se transformaba en otra persona distinta. Se sentía protegida. El instante de ese abrazo lo guardaría para siempre. Jesús perduraría en su recuerdo.

Clara terminó de beber y comer lo que la aguardaba en la mesa.

Jesús pidió en la barra. Mientras esperaba, una chica se acercó a él. Entre risas con unas amigas, le pidió el teléfono al agente. Llamaba la atención entre la población femenina. Jesús se negó y se escapó de aquella situación incómoda para él en ese momento. Quizá en otro momento hubiera continuado el juego, pero aquel no era el día. Estaba cansado y emocionado por el momento que acababa de compartir con Clara.

Cogió la bebida de la barra para salir a la terraza donde antes había estado hablando con la historiadora. Al salir por la puerta comprobó que Clara se había marchado.

Jesús se quedó inmóvil. La primera reacción del agente fue llamarla por teléfono. No recibió respuesta. Lo había apagado.

—¡Joder! —mascullό el agente.

Capítulo 62

A mitad del viaje hacia la casa de Carlos, volvió a sonar el móvil. Otro correo. No podía esperar. Estaba demasiado impaciente. Paró el vehículo en un lateral de la carretera y descargó el archivo.

Carlos se echó las manos a la boca y soltó un pequeño grito de asombro. Eran unas imágenes grabadas desde la perspectiva del asesino. Esa era la razón por la que los periodistas llegaban primero a las escenas de los crímenes. Habían recibido la información de primera mano.

Arrancó el coche y dio un volantazo para cambiar de dirección. No podía ser. Era un hallazgo. Iba de camino a casa de Vivian. Aquellos *pendrives* habían sido enviados por el autor del crimen. Tenían que verlos antes de hacer el viaje a Santiago, no precipitarse. Se había acostumbrado a no dormir, así que un día más no sería problema.

Llamó a su mujer para decirle lo que había ocurrido. Llegaría tarde. De manera posterior, llamó a Vivian. Ya estaba cerca de su casa.

—Enciende el ordenador, Vivian. Las imágenes están grabadas por el asesino. En cinco minutos estoy allí.

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer!

—Ahora te veo.

—De acuerdo —contestó con la música de Windows de fondo.

Tenía tantas ganas de llegar que cometió varias infracciones en el trayecto. En menos de lo que había pensado, estaba tocando el telefonillo de la inspectora. La curiosidad de ver las imágenes hizo no poder esperar los minutos a que llegara el ascensor a la planta baja. Subió hasta el piso con grandes zancadas. Al ver a Vivian y Raúl en la entrada de la puerta, apuró la marcha. Carlos llegó con el aliento entrecortado.

—Toma —extendió su móvil en la mano de Vivian.

Los tres entraron lo más rápido que pudieron. Enchufó el móvil con el cable al ordenador de sobremesa que tenía en una de las habitaciones. Abrió los videos que se habían descargado del mail al móvil del comisario. Había cuatro archivos.

No parpadearon con ninguno de los vídeos. No se oyó ni una palabra. Los tres estaban consternados. Habían llegado a las manos de los medios unos videos que el asesino grabó cometiendo los crímenes y preparando la escena de los asesinatos. Estaban horrorizados. No podían imaginar tanta maldad y sangre fría. En el primero, había grabado la decapitación de Roberto. Cuando comenzaron a verlo, no pensaron que el asesino fuera tan sádico como para grabar esas escenas, pero se equivocaron. Sí lo fue. No pudieron ver los vídeos hasta el final. Cuando previeron que se acercaba la decapitación del cuerpo, tuvieron que apartar la vista.

—Es un psicópata con demasiado rencor. Le gusta matar, sentirse superior a nosotros. No es una simple venganza. Disfruta de ello —dijo Carlos todavía afectado.

Estaban alrededor de la pantalla del ordenador. En la silla estaba Vivian, que no había conseguido cerrar la boca, sus ojos intentando retener las lágrimas de horror. A cada uno de los lados se encontraban Carlos y Raúl, apoyados en la mesa para descansar las piernas, dando la espalda a la pantalla.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Raúl.

—No lo sé —contestó Vivian sin dejar de mover la cabeza a los lados, signo de su incredulidad por lo que acababan de contemplar.

—Esto es demasiado para cualquiera. ¿Qué hicieron en la logia para dar con semejante monstruo? —preguntó Carlos retóricamente.

—Tenéis que tener cuidado. Lo cierto es que no creo que acabe aquí. Tengo la sensación de que ha encontrado una afición nueva. Le gusta matar. Tenéis un verdadero psicópata suelto —argumentó Raúl.

—¿Estás seguro de que será en Santiago? —incidió Vivian.

—Ya has oído a Clara, ella cree que sí. Es la persona que sabe de todos estos temas. Tenemos que hacer caso a su intuición, no podemos ignorarla —respondió Carlos. No dejaba de moverse por los alrededores de la habitación. Estaba demasiado nervioso para quedarse quieto.

—Vale, pero ¿y si se equivoca? Estaremos muy lejos para llegar a tiempo.

—Eso ya lo sé. ¿Qué piensas?

—¿Dividirnos?

—Estás loca, eso no lo podemos hacer. No sabemos si el asesino estará allí, y si lo está, ¿qué?

—Vale, pero si no está, nos equivocamos. Carlos, te juegas tu reputación a una sola carta. Bueno, la tuya y la de la Policía. Estamos en el punto de mira. Cualquier fallo por nuestra parte será ferozmente juzgado, ya lo sabes.

—Lo sé, Vivian. Pero no creo que sea buena idea dividir al equipo. —Resopló Carlos. Salió de la habitación y entró en la cocina de la pareja.

El matrimonio salió detrás del comisario.

—¿Un café? —intervino Raúl.

—Sí, por favor —respondió Carlos de camino al sofá.

—Carlos, estate quieto. Vamos a pensar, ¿vale?

—Está bien. ¿Qué propones?

—Separarnos. Es la única salida que tienes para que podamos, sí o sí, reaccionar. ¿No lo ves?

Carlos no contestó. Pensaba. No podía estar quieto. Se levantaba y se volvía a sentar en el sofá una y otra vez. Finalmente, se asomó por la ventana del salón, mirando la calle.

—Raúl, ¿tú qué opinas?

—Creo que es lo mejor. Os cubrís las espaldas por si Clara se confunde. Piensa que las otras veces se ha equivocado, puede que esta vez no sea diferente —explicó Raúl.

—Vale, y en el caso de que nos separemos, ¿cómo lo hacemos? —Carlos cruzó los brazos y se apoyó con todo el cuerpo en la pared. Estaba agotado, pero pensaba con nitidez. Su cansancio no estaba interviniendo en la conversación.

Los amigos estaban afligidos por las imágenes que acababan de ver, sabían que no se habían ocupado nunca de un caso con tanta crueldad en los

asesinatos. La frialdad de cómo grabó los vídeos y preparó las escenas de los crímenes puso a los amigos los pelos de punta. Era un asesino metódico y organizado. No dejaría ningún crimen a la improvisación.

—Para ser realistas, me parece poco probable que el asesino viaje hacia Santiago para llevar a cabo el siguiente crimen. De hecho, se me ha pasado por la cabeza que el criminal sea el gran maestre —dijo la inspectora cabizbaja.

—¿Qué? —reaccionó Carlos sobresaltado.

—Estás de broma, ¿no? —Raúl no se esperaba esa hipótesis por parte de su mujer.

—¿Por qué no? Mira lo tranquilo que está. Nadie mejor que él para moverse delante de nosotros sin levantar sospechas. Seguro que tiene a varios masones para llevar los crímenes a cabo.

—Bueno, esto ya es el colmo, creo que se te está yendo la cabeza con la presión del caso.

—Pero ¿no ves la tranquilidad con la que sigue haciendo su vida? —reaccionó alterada—. ¿A ti te parece normal? Porque a mí no —dijo enfadada, acomodándose en el sofá—. Lo que pasa es que no queréis ver las pruebas con objetividad. Hay alguien dentro que tiene acceso, de manera extra, a los sitios y lugares, ¿quién sino? Decidme, soy toda oídos.

—A ver, no te voy a discutir que también he valorado la idea, pero no quiero pensar que nos ha engañado como a niños pequeños.

—Escuchadme, dividíos —afirmó Raúl—. Es la única manera de tener ambos sitios cubiertos. Aunque seguro que será en Madrid.

—Pero, si es como dices, Vivian, el gran maestre está en Santiago. Por lo que tu línea de pensamiento nos hace llegar a Santiago —explicó Carlos.

—Vale, pero ¿de verdad piensas que lo está haciendo solo? —Resopló Vivian.

—Vale, tranquila. Entonces, según tu criterio, donde tenemos que esperar que ocurra el crimen es en Madrid. Si no tienes un lugar pensado, el riesgo de separarnos no merece la pena. —Suspiró Carlos.

—En la tumba de Goya, en la ermita de San Antonio —dijo Vivian.

—Pero no tiene sentido.

—Ah, ¿no? Todo tiene que ver con el pintor. La cabeza la dejó en la tumba donde estaba en primer lugar. A lo mejor eso quiere decir que el siguiente crimen será allí. Tiene más sentido. La lógica de Clara es demasiado rebuscada, ¿no te parece?

—No sé, Vivian —contestó pensativo. Se rascaba el mentón y la barbilla sin parar. Tenía la mirada perdida en el suelo. Había que tomar una decisión rápido. Su decisión haría que la resolución fuera un éxito o un fracaso total.

—Puede que tenga razón. La tumba de Goya en la ermita de San Antonio es donde se encuentra el cuerpo. Tiene símbolos. —Raúl extendió una foto de la tumba del pintor.

Carlos cogió el móvil, no dejaba de observar la fotografía que Raúl buscó en Internet. El interior de la ermita estaba adornado con los frescos que el pintor había realizado. Además, la claridad desde el ángulo de la tumba dejaba entrar la iluminación, que posiblemente hacía referencia a la luz que los propios masones consideraban tan importante.

—Además, cerca se encuentra la estatua del pintor sentado en una silla. Pasa la foto —le indicó—, ya las estuvimos mirando antes de que tú llegaras —explicó Raúl—. Carlos, es complicado, te entiendo. Piénsalo y decide. Si te equivocas y no hay nadie del equipo aquí, será vuestro fin, y lo sabes —zanjó Raúl, escondiendo el labio inferior.

—Está bien. Me parece buen lugar, ya estuvimos barajando la opción de la tumba desde el principio. No podemos jugarnos la partida a una carta. Creo que es más lógico que el crimen se realice aquí.

—Claro, jefe. Además, piensa que el gran maestre, para estar en peligro, no se ha preocupado por un momento de pasarnos la lista de sospechosos de la logia. Si yo fuera él, sería lo primero que hubiera hecho, ¿no te parece?

—Ya. Esta noche pensaré en cómo nos organizaremos. Espero que no nos equivoquemos.

—Carlos, es lo más razonable. No sabéis quién es el asesino, pero tampoco quién es la víctima.

—Lo sé. Solo tenemos suposiciones sin mucho fundamento. —Cogió el abrigo. Se dirigió hacia la puerta y, con un leve movimiento de mano, salió.

El equipo tenía que ser dividido en dos grupos. Uno viajaría hacia Santiago y el otro se quedaría en Madrid. Habría que dar cobertura a las diferentes suposiciones. No podía ser un inconsciente y no evaluar las posibilidades. A pesar de no tener pruebas robustas, tendrían que cubrir ambas opciones.

Entró en el vehículo para descansar la mente sin nadie alrededor que interfiriera en sus pensamientos, aunque sabía que la conversación con Raúl y Vivian le había descolocado y el momento de conciliar el sueño se quedaba demasiado lejos para esa noche.

En la oscuridad de la cocina de su casa, con un té en la mano, pasarían las horas muertas hasta que llegara a tomar la decisión adecuada para el caso. Ser comisario era, sobre todo, ser objetivo con los hechos y con las pistas encontradas. Al ser crímenes con símbolos, la objetividad era un criterio complicado, ya que dependía del punto de vista con el que se mirara.

Al día siguiente, a primera hora, comunicaría al equipo quién viajaba y quién se quedaba en Madrid.

Tenía una difícil decisión que tomar en pocas horas.

Capítulo 63

Carlos finalmente tomó la decisión menos perjudicial para el caso. Separó al equipo. Después de la charla con Raúl y Vivian, pensó que lo más lógico era la división para abarcar los dos terrenos en los que podía tener lugar el siguiente crimen.

Vivian y Jesús se quedarían en Madrid y organizarían el día de Año Nuevo alrededor de la tumba de Goya. Por otro lado, Clara y Carlos viajarían a Santiago.

Carlos era el comisario y Vivian la inspectora, por lo que la opción más lógica por rango era que cada uno de ellos vigilara la posible escena del crimen.

A la mañana viajarían rumbo a Santiago.

Llegaron el día treinta, tenían poco tiempo para echar un vistazo a la catedral. Clara y María habían supuesto que el crimen sería en Santiago por la cantidad de símbolos masónicos que adornaban el edificio. Carlos deseaba que tuvieran razón, aunque, en realidad, mientras descubrieran al asesino y no hubiera ningún crimen más, le bastaba.

Era un trayecto largo que Carlos tendría que hacer conduciendo. No querían que ningún efectivo de la Policía, excepto el propio equipo, supiera de aquel viaje, motivo que hizo que se tratara como un secreto.

Nadie supo que el comisario y la historiadora abandonaron Madrid.

Durante el trayecto, Carlos llamó al gran maestre. La lista de sospechosos no llegaba, y era prioritario repasar los nombres con los motivos de la expulsión de los iniciados en la logia. Óscar estaba enfrascado en sus propios quehaceres diarios y, a pesar de querer ayudar, le dificultaba avanzar con la dichosa lista.

La conversación tuvo lugar en el interior del vehículo con el altavoz del móvil activado. Así Clara la escucharía al completo.

—Óscar, soy Carlos. Estamos de camino a Santiago. Necesitamos esa lista con los motivos de manera urgente. Se acerca el día de Año Nuevo.

Puede que estés en peligro.

—Perdona, Carlos. Tienes razón, he estado muy ocupado. No me ha dado tiempo. A lo largo de esta tarde te intentaré mandar la lista.

—Es importante que sea por la mañana. El crimen puede producirse hoy a partir de las doce de la noche.

El maestre se quedó en silencio. Se dio cuenta de que había ayudado poco o nada a los agentes. Si tenían razón, él mismo o alguno de los masones estaba en peligro. Aquella dejadez por su parte no se la perdonaría nunca.

—Disculpadme, ahora mismo me pongo con ello. Espero mandaros la lista a primera hora de la tarde.

—De acuerdo.

El camino a Santiago fue demasiado largo para Carlos. Estaba tan nervioso por llegar que apenas quiso parar para estirar las piernas. Los descansos se redujeron a cuatro de alrededor de quince minutos.

Capítulo 64

Llegaron a Santiago y se dirigieron directamente a la catedral. Dejaron el coche en un parking cercano que les indicaron varias personas a las que preguntaron.

Hacía demasiado frío y estaba lloviendo. Clara pensó que nunca había pasado tanto frío como ese día. Estaba oscureciendo y las luces de las farolas estaban encendidas.

La ciudad de Compostela era preciosa. Los amigos se quedaban pasmados mirando cada uno de los edificios por los que pasaban. La piedra adornaba muchas fachadas, y el ambiente húmedo y grisáceo daba un aura especial a cada una de aquellas piedras. Tenía un encanto indescriptible. Ninguno supo identificar si la sensación que tuvieron al entrar era por el motivo que los había llevado allí o bien por la mística que rodeaba las leyendas que perseguían a la ciudad de Santiago de Compostela.

Estaban en fiestas navideñas y hacía un frío horroroso, pero aun así el ambiente era acogedor en cada una de las calles.

Al llegar a la plaza del Obradoiro la mandíbula se les desencajó. La estampa de la catedral era espectacular y difícil de describir a quien no la ha observado por sí mismo. La fama que tenía era más que merecida.

Clara se quedó fascinada. Las luces encendidas le daban todavía más esplendor a la entrada principal de la catedral. Brillaba de una manera vertiginosa.

—Creo que vamos a ser incapaces de encontrar solo un símbolo masónico —dijo decepcionada Clara.

—No digas eso. No hemos venido hasta aquí para que te derrumbes ahora —animó Carlos.

—Ya lo sé, pero creo que es demasiado para mí.

—Clara, escucha lo que te voy a decir, tenemos que salvar a la siguiente víctima. Si estabas tan segura de que sería aquí, es porque tenías tus razones, así que, por favor, no te vengas abajo ahora.

—Lo sé.

—Venga, vamos a mirar dentro. Estate pendiente de todo. Puede que el asesinato sea incluso hoy mismo. No tenemos tiempo que perder.

—Está bien. Vamos.

Las afueras de la catedral y el interior de la misma estaban repletas de peregrinos que habían terminado el camino. La alegría era máxima cuando terminaban delante de aquella majestuosa entrada. Se abrazaban, reían y lloraban. Los peregrinos llevaban chubasqueros, mochilas y, algunos, incluso habían realizado el camino en bicicletas. Todos ellos compartían anécdotas, ampollas y dolores de pies. Pero, sin embargo, les había merecido la pena. La alegría y el recuerdo de la experiencia quedarían en sus corazones.

Clara y Carlos tenían un objetivo urgente que cumplir. La historiadora estaba en un estado diferente que nunca había experimentado en su vida. Por eso no dejaba de latirle cada vez más fuerte el corazón.

Al subir las escaleras y terminar en el interior de la catedral las sensaciones fueron cambiando. Sabía que el asesino, de algún modo, conseguiría matar a la siguiente víctima dentro de la catedral. No sabía cómo, pero estaba convencida de que así sería. No podían dejar pasar el tiempo, era mejor darse prisa e inspeccionar cada uno de los adornos y pinturas que adornaban el edificio santo.

—Carlos, ¿crees que será en la exposición de Goya que dijo María?

—Puede ser. En este caso, todo es posible. No descartes nada, por muy irracional que lo veas. Cada vez estoy más seguro de que no es solo un criminal.

—Sí, yo también lo creo. Es obvio que una persona sola no puede ser.

—Clara, tengo que preguntarte algo —dijo con un gesto serio en sus facciones. Paró de andar—. ¿Piensas que el maestre tiene algo que ver en los crímenes?

—¿Qué?

—Lo que has oído —susurró. El comisario pensaba que, si había una convención de masones, cualquier de esos viandantes podía ser masón o incluso el asesino.

—Creo que no. Aunque, para serte sincera, lo he pensado en algún momento. Tanta parsimonia con la lista me hace desconfiar —argumentó—. Si yo supiera que estoy en peligro no me lo tomaría tan a la ligera, y menos aún si compañeros míos han sido asesinados en tan corto periodo de tiempo y de una manera tan atroz.

—Cada vez estoy más desesperado y enfadado. Nos están tomando por estúpidos y eso me cabrea bastante, la verdad.

—Lo sé. No es para menos. A mí también me molesta que quiera demostrar de manera continua que debería ser masón o que es el mejor masón. Cuando he entrado por la puerta y he visto la belleza de la catedral, he sabido que no hay mejor sitio para terminar su plan. No solo porque coincide con la utilización del quinto elemento, sino porque es el broche de oro.

—Ya —contestó Carlos mirando a ambos lados—. ¿Estás segura de que será aquí?

—Creo que sí. Ya oíste a María. La catedral tiene más significado masónico de lo que los propios peregrinos se piensan. Además, este año es Santo. Puede que sea una coincidencia, pero no lo creo.

—Clara, voy a salir fuera. Tengo que terminar algunas gestiones de patrulla para esta noche con la Policía local.

—Está bien. Yo seguiré mirando por aquí. Creo que encontraré algo.

Carlos no quería levantar sospechas a los ojos del asesino, por lo que nada cambiaría la rutina habitual de cierre de la catedral.

Había estado hablando con la Policía y harían guardia en los alrededores para que no se escapara ningún detalle. Los preparativos estaban listos para el asesino.

Los masones tenían una convención dentro de la catedral. Les habían dejado una parte abierta para que pudieran reunirse dentro y hacer el ritual de Año Nuevo sin sobresaltos.

Carlos y Clara no quisieron ir a cenar. No tenían hambre por los nervios de la situación. Clara se limitó a sentarse en uno de los bancos después de dar multitud de vueltas por el interior. Estaba impaciente por la llegada de la media noche.

Capítulo 65

Vivian y Jesús se habían quedado en Madrid preparando el operativo alrededor de la tumba de Goya. La inspectora tampoco estaba convencida de dónde sería, pero la mejor opción, sin duda, era separarse. Quería acabar con el caso lo antes posible. No sabían si aquel sería el último asesinato planeado por el psicópata, pero esperaba que sí lo fuera al ser localizado.

Mientras Clara estaba dentro de la catedral revisando cada uno de los detalles, Carlos llamó a comisaría. Quería hablar con Vivian sobre la lista y el gran maestre.

—Vivian, estoy preocupado. Óscar no me ha mandado la lista y estoy escéptico. Parece que no entiende que puede morir esta noche. ¿No te resulta raro?

—Puede que él sea el criminal, Carlos. Su forma de actuar es algo extraña, como si contralara la situación y no tuviera de qué preocuparse.

—Revisa los correos de los compañeros con los que ha hablado. Puede ser que se haya confundido de dirección de mail y haya enviado la lista a otra dirección. No quiero importunarle más —contestó Carlos.

—De acuerdo, ahora mismo reviso los correos de la comisaría. César no está, así que revisaré el general desde su ordenador.

—Tiene contraseña, míralo en otro ordenador. Ya sabes cómo es con sus cosas. Está de vacaciones esta semana, así que, si puedes evitar llamarle para pedirle la contraseña, mejor.

—Está bien.

Ya era de noche y todos los operativos estaban montados en ambas ciudades.

Se acercaba la hora y no había habido ningún movimiento destacable cerca de los lugares en los que tenían previsto que ocurriera.

Vivian se acercó al ordenador de César para comprobar si lo había dejado con contraseña o no antes de irse de vacaciones.

Al acercase se quedó paralizada. Ahogó un pequeño grito de incredulidad a lo que Jesús reaccionó rápidamente, posicionándose a su lado. La mirada de Vivian no parpadeaba, la dirección de sus pupilas señalaba unos papeles en la mesa de César.

—¿Qué pasa? —preguntó Jesús preocupado.

La inspectora no reaccionaba. Estaba inmóvil, solo acertó a mover la mano y señalar con el dedo índice los papeles de encima del escritorio.

—¿Qué? No entiendo, Vivian.

Sin decir ni una palabra y comprobando los agentes que había a su alrededor, sacó del bolsillo su teléfono móvil. Buscó en las fotografías y le enseñó a Jesús el sobre que habían mandado a la cadena de televisión.

El agente abrió aún más los ojos. Se quedó mudo. Miró a Vivian con el gesto desencajado.

—Es él, Jesús —susurró al oído de su compañero.

—No puede ser. Estaba tan cerca de nosotros que no lo hemos visto.

—Pero ¿qué tiene que ver con los masones?

—Necesitamos la lista. Ten cuidado, no hables con nadie. Actúa con normalidad.

—Mándale un mensaje a Carlos. Con cuidado, puede ser que exista alguien más dentro del cuerpo. No entiendo nada.

Vivian comprobó las direcciones de mail de la comisaría, pero no había ninguna lista.

Avisó a Carlos de que llamara a Óscar. Estaba convencida de que el gran maestre sabía quién era el asesino y lo estaba ocultando para proteger a la logia de alguna manera. Estaba amenazado por la Policía. Ese hombre tenía unos grandes valores, no dejaría que se ensuciara la imagen de los masones a pesar de que él mismo tuviera que sacrificarse.

—Óscar, es urgente que me mandes la lista, tenemos una pista nueva —respondió Carlos.

—Ya te la he mandado. ¿Qué pista?

—Imposible. Acabamos de comprobar todas las direcciones de mail, no ha llegado nada.

—No puede ser. Te la mandé a primera hora de la tarde. Buscadla. Puede ser que esté en la bandeja de *spam*. Lo siento, pero estamos en plena reunión. Ahora no te puedo atender —dijo Óscar, incómodo por la llamada, y colgó.

Carlos revisó la dichosa bandeja. Allí estaba el correo, como el maestre le había dicho. Abrió el archivo. Había al menos treinta nombres de personas que no habían conseguido pasar el filtro de la logia. Quedaban pocas horas, lo cual hacía imposible que pudieran encontrar al criminal. Al menos, sabía que Óscar estaba vivo y rodeado de sus hermanos masones. La voz de fondo que le advirtió que colgara sería uno de ellos.

—Clara, ven aquí. Tenemos la lista.

Los agentes estaban situados en uno de los laterales de la plaza del Obradoiro. Estaban esperando algún movimiento destacable, o bien un aviso del resto de agentes. La calle estaba en silencio. Había caído la noche y no había prácticamente ningún viandante.

La historiadora echó un vistazo.

—Carlos, esto es absurdo. No vamos a encontrar nada.

—¿Por qué no? A pocas horas hemos descubierto que César está involucrado en el crimen. Le buscaremos y daremos con él.

—De acuerdo, pero no lo hizo solo —recordó Clara.

—Yo también lo pienso —contestó Carlos mientras ladeaba la pantalla de su móvil para comprobar aquellos nombres.

—Puede ser que también esté dentro de la Policía.

—No digas tonterías. —Carlos se quedó mirando a su compañera—. Estás pensando en alguien, ¿verdad?

—Por supuesto, pero no te lo voy a decir —concluyó.

—Venga, Clara, dilo. Estamos solos y se acerca la medianoche. Espero que nos hayamos confundido y no muera nadie más, pero me temo que no será así.

—Lo sé, miremos la lista. Si César es la persona que tanto sabía de la logia y ha realizado el crimen, estará en esa lista, ¿no te parece?

—Sí, debería ser así.

Los dos se pusieron a buscar en aquella lista los nombres, el agente que los había traicionado y matado a los masones tenía que estar allí.

—¡Joder, Clara! —gritó Carlos.

—¿Qué?

—Mira. —Señaló el nombre de César en la lista.

—¡No me lo puedo creer, es él! —gritó Clara también.

Los dos se miraron, estaban a punto de salvar a la siguiente víctima.

—Comprueba el motivo, rápido.

El gran maestre sospechaba del agente, no había dejado lugar al error con la nota que desarrolló al lado. Había sido incluido en la logia por Tomás y por la amistad que les había unido en el trabajo. Pero tanto David como Óscar, Roberto y; posteriormente, Tomás, decidieron que las causas para pertenecer a la masonería no eran las adecuadas o sinceras. Clara recordó las citas que Roberto había subrayado en el libro de *El principito*. Tras varias reuniones decidieron que abandonara la formación, y por consiguiente la organización.

Todos los involucrados habían sido asesinados por César, por lo que aquella información no podía ser contrastada.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Clara.

—Está con él ahora mismo.

—¿Tú crees?

—Carlos, sabemos que cometió los crímenes por la letra de los sobres en los que mandaba los videos. Está de vacaciones está semana, ¿casualidad? No lo creo. Ha venido a Santiago para matar a Óscar. Sabía que no sería problema para él acceder a la reunión. Seguro que conocía a los demás masones.

—Tienes razón. Habrá cogido por sorpresa Óscar. Para que no mueran más masones, se lo habrá llevado ante los ojos de los demás. Probablemente Óscar haya accedido para que no muera nadie más.

—Se acerca la medianoche, da aviso. Tenemos que entrar.

—Voy a llamar a los agentes efectivos de alrededor, que se vayan acercando a la entrada principal sin llamar la atención.

—Eso es, venga. —Se levantó Clara de su escondite.

—Un momento, Clara. No sabemos dónde tenemos que buscar. La catedral es gigante y solo quedan quince minutos —dijo Carlos apenado—. No llegaremos para salvarlo en el caso de que lo tenga retenido. —Suspiró.

—No hemos visto ningún movimiento extraño alrededor porque lo ha perseguido, y de manera voluntaria Óscar se está sacrificando por la logia, para que no continúe matando masones, pero está con él. No tenemos tiempo que perder. Sé dónde está. —Sonrió Clara.

—¿Qué? —siguió los pasos de la historiadora de camino a la entrada.

—Llevo todo el día pensando, desde que hemos llegado, pero solo existe un sitio donde puede matarlo y completar el entrenamiento masón dentro de la catedral —dijo amontonando sus propias palabras con el aliento entrecortado mientras corría.

—En el ojo, Carlos —gritó.

—¿Qué hablas?

—Es Año Santo. Lo que significa que este año utilizarán el botafumeiro. Es una tradición antigua que antes se utilizaba para eliminar los olores que desprendían los peregrinos al llegar a la catedral cuando terminaban el camino. La finalidad era que dentro de la iglesia hubiera buen olor.

—¿Y? Venga, Clara, ¡no tenemos tiempo! Explícate rápido —interrumpió la explicación.

—El botafumeiro cuelga del techo en donde se aprecia el ojo que todo lo ve, el ojo de los masones. Lo va a matar allí.

—Joder, Clara, ¡eres increíble! Lo tenemos —concluyó para abrir la puerta que habían dejado sin cerrar por si necesitaban entrar los agentes para hacer una incursión.

—Date prisa. Tenemos que llegar a tiempo —dijo sin dejar de correr.

Capítulo 66

Accedieron a la catedral. César no sabría que la puerta estaba abierta. Fuera del horario habitual permanecía cerrada

La reunión de los masones era en la parte alejada, una estancia cerrada y silenciosa. Los asistentes al ritual masónico, con toda probabilidad, no le habrían dado importancia al hecho de que ambos se fueran juntos.

Por las citas de Roberto a través del libro de *El principito*, Clara dedujo que la formación de «iniciado» a «compañero» al menos se completó el año que dura. Por ese motivo le fue fácil no llamar la atención entre los masones asistentes a la fiesta, ya los conocería.

Óscar no dejaría que nadie más muriera si él era el último eslabón para terminar la cacería a los masones.

Carlos comenzó a ponerse demasiado nervioso. Recorrieron la entrada de la catedral hasta el botafumeiro. Carlos vio de lejos cómo César tenía atado al maestre. Efectivamente, Clara tenía razón. Carlos miró el techo y comprobó el dibujo del ojo. «¡Joder!, ¿cómo no lo vi antes?, ¡si estaba encima de mi cabeza!», se maldijo.

Carlos observó la escena, era demasiado peligroso para que la historiadora estuviera presente. Estaba consternado por lo que estaba haciendo un agente tan cercano a él. «Puede tener el arma. Clara tiene que irse de aquí, puede que dispare si nos ve».

—Clara, escóndete, César puede tener el arma. Eres una civil. Ya me has ayudado bastante. Vete fuera hasta que lleguen los refuerzos. Diles dónde está ocurriendo todo, por favor —susurró apenado mientras tragaba saliva.

—Está bien —contestó Clara recorriendo de nuevo el camino a la entrada.

Carlos se quedó contemplando cómo César estaba ensimismado realizando el ritual. No dejaba de hablar a Óscar y decirle que se lo habían buscado.

—Bueno, Óscar, este es tu fin. Si tienes unas palabras como el último gran maestre de los masones, este es tu momento —dijo César, sin dejar de reír—. Os voy a matar a los dos.

El comisario no veía bien desde su posición. Se sorprendió al escuchar «los dos». Se incorporó despacio para poder comprobar las personas que estaban presentes en aquella cacería.

«¡Dios mío! ¡Yo pensaba que estaba implicado él también!».

Comprobó que, en el suelo, con la cara sangrando, estaba amordazado Yerai. Durante toda la investigación, fue uno de sus sospechosos principales. Nunca había vivido una situación igual. Estaba intranquilo, nervioso y decepcionado con él mismo. Cada uno de los poros de su piel estaba emitiendo sudor. Estaba solo, tenía que evitar la muerte de los masones, pero no sabía cómo hacerlo.

«Piensa, Carlos, piensa».

Se acercó aún más al lugar donde estaba Yerai. Estaba más lejos que César y Óscar. Por cómo estaba distribuida la escena y cómo estaba atando a Óscar al botafumeiro, sería el primero en morir.

César estaba de espaldas. Carlos se acercó despacio, agazapado en el suelo hasta llegar a uno de los bancos de la catedral donde Yerai descansaba a los pies.

El psicópata estaba tan seguro de que nadie le molestaría para hacer la fechoría que solo miraba los nudos para asesinar al maestre. Al lado tenía un bote de éter con un pañuelo. No tardaría en usarlo.

Mientras seguía con el ritual, Carlos se acercó a las cuerdas de Yerai. Ante la mirada de alivio que le dedicó, cortó las cuerdas que le tenían maniatado.

Carlos le movió las manos, simbolizando que se estuviera quieto. Seguidamente, con el dedo índice en la boca, el comisario le indicó que guardara silencio.

Se acercaba la hora de la muerte del gran maestre. Le había puesto una bolsa en la cabeza y le había vestido como a Roberto, simbolizando el ritual de iniciación masónico.

—Pues ya estamos a punto de terminar con tu asquerosa vida —advirtió César.

Carlos no paraba de pensar en lo que esperaba que no fuera el error de su vida. Conocía a César desde que entró en el cuerpo. Sabía que había sido un delincuente cuando fue menor de edad. Pero para él entrar en el cuerpo fue un cambio de vida. Cuando era menor, robaba en casas ajenas, en las que había estado entrando durante años forzando las cerraduras. Por ese motivo, pudo entrar sin problemas en la catedral francesa, en El Capricho y en la ermita de San Isidro. Tenía experiencia en el oficio de abrir cerraduras ajenas.

Cuando César se dio la vuelta para coger el frasco del éter, el comisario comprobó que tenía la pistola en el pantalón. «Estamos perdidos».

—Ahora serás el siguiente. Vete preparando —gritó a Yerai.

El masón no se movió. Tenía mucho miedo. Estaba seguro que sería el último día de su vida.

César administró el éter al maestre. En pocos minutos se percibía cómo la droga había hecho efecto.

Ya habían pasado algunos minutos de las doce de la noche. Se acercaba el momento. Carlos tenía que actuar. César ya le había terminado de colocar la cuerda del botafumeiro alrededor del cuello. El siguiente paso era ahorcarlo.

Mientras César subía el cuerpo para dejar sin aire al gran maestre, Carlos salió de su escondite arma en mano.

—¡Alto, César! Ya vienen los agentes. ¡Suéltalo!

En ese instante, el cuerpo de Óscar estaba en lo alto, sujeto por la cuerda que César tenía en sus manos.

—¡Suéltalo! ¡Lo vas a matar! —gritó Carlos.

—Está bien.

Yerai salió corriendo cuando César soltó la cuerda y el cuerpo cayó de golpe al suelo. Dio con la cabeza en el suelo, la bolsa blanca de la cabeza

se tiñó de rojo vivo.

Rápido, César cogió su pistola.

—Carlos, vete de aquí, esto no es asunto tuyo —gritó.

—Estás matando a gente. Por supuesto que es asunto mío.

—Carlos, tengo que acabar lo que he empezado. No lo entiendes, pero son unos estafadores, te mienten. Te hacen creer que te quieren y te apoyan y luego te dan la espalda. Yo solo quería unos hermanos en los que apoyarme, pero me echaron de sus vidas. Ahora lo están pagando.

—César, tranquilo. Suelta la pistola y lo hablamos, ¿vale?

—No, de eso nada —dijo mientras disparó para matar a Yerai, que se escondía en uno de los bancos.

El disparo lo alcanzó y el vacío de la catedral hizo aumentar los gritos de dolor del masón.

—¡No, César! —gritó Carlos.

—Este —Propinó una patada al cuerpo del maestre— ya está muerto. No puedes hacer nada por él. —Sonrió—. No es como yo hubiera querido que acabara, pero me tendré que conformar.

—César, por favor, entrégate. Suelta el arma, ya has hecho bastante daño —suplicó Carlos sin dejar de apuntarle.

—Tienes razón en una cosa, ya he hecho bastante. —Se metió el arma en la boca y disparó.

Carlos corrió al cuerpo de César, pero su vida se había esfumado.

El comisario comenzó a gritar. No podía creer lo que acababa de suceder.

Fue corriendo a comprobar si Yerai estaba bien.

—¡Yerai! ¡Yerai! —gritaba mientras le movía.

Le había disparado en el estómago. El masón reaccionó entreabriendo los ojos. Estaba perdiendo mucha sangre.

Los agentes entraron por la puerta de la catedral, corriendo. Pero ya era tarde, los sucesos habían ocurrido en pocos minutos.

Llamaron a la ambulancia. Carlos dejó a Yerai con uno de los agentes. Se levantó rápido para alcanzar el cuerpo del gran maestre. Esperaba que estuviera vivo, pero no tenía demasiadas esperanzas. Según su cabeza tocó el suelo, comenzó a sangrar por el gran impacto desde aquella altura.

Clara había entrado de nuevo con el apoyo de la Policía. Al observar a Óscar en el suelo, fue corriendo hacia él. Los miembros del equipo se encontraban en el punto dónde el maestre había caído con la soga al cuello.

Carlos le quitó la bolsa y comprobó el pulso, buscando con los dedos las pulsaciones del maestre. Estaba tan abrumado por la situación que las manos no dejaban de temblarle al acercarlas al cuello del hombre.

Esperaba que la cantidad de éter que inhaló y el impacto no hubieran sido suficientes para acabar con su vida.

La cara del comisario cambió. Soltó un gran suspiro al comprobar como aún tenía pulso.

Levantó la mirada, que se cruzó con los ojos llorosos de la historiadora. Sin dejar de mirar el cuerpo tendido en el suelo de la fría catedral, sonrió y asintió con la cabeza. El maestre tenía pulso. Era débil, pero al menos tendría otra oportunidad.

—Está vivo, Carlos —chilló sin dejar de llorar—. Lo hemos conseguido, le has salvado.

—¡Lo hemos conseguido, Clara! Todo gracias a ti —contestó pasando el brazo por los hombros de la historiadora que agarraba la cabeza del maestre, sin parar de tomarle el pulso.

Le dio un gran abrazo. Esta vez no le importaba ni lo más mínimo que se fuera enfadar por abrazarla. Era un momento especial que quedaría en el recuerdo de los dos para siempre. Gracias a la unión de fuerzas, confianza y compañerismo, habían logrado salvar a los masones.

Durante unos minutos, y sin soltar la cabeza del maestre, los compañeros se abrazaron sin dejar de llorar. Habían conseguido saborear la

victoria de cuando el caso termina de la manera más justa y equitativa para los implicados.

Los servicios sanitarios se llevaron a Yerai y a Óscar ante la mirada inundada en lágrimas de los compañeros.

—No os preocupéis, se pondrán bien —les tranquilizó un médico antes de montarse en la ambulancia.

Capítulo 67

Después de lo ocurrido en la catedral, Carlos llamó a la comisaría para explicar los acontecimientos.

Vivian y Jesús se tranquilizaron al escuchar la voz de Carlos. Cuando Clara les llamó desde la entrada de la catedral, después de estar con Carlos y comprobar la escena, los agentes vivieron momentos de tensión. La inspectora se puso en la peor de las situaciones, aunque no quería que su cabeza le jugara malas pasadas. Pero no pudo evitarlo. Estuvo sufriendo hasta que oyó la voz de su jefe.

El equipo había pasado unas navidades poco convencionales, pero aprendieron que lo fundamental era trabajar con un objetivo en común. La confianza depositada unos en los otros los había llevado al éxito del caso.

Carlos y Clara descasaron un día antes de volver a Madrid. Llegaron el día dos de enero a comisaría para ver a sus compañeros y terminar con el papeleo acumulado por el caso. No querían dejar el trabajo administrativo a Jesús y Vivian, que se habían quedado en Madrid.

Al cruzar la puerta de la entrada, Jesús y Vivian los recibieron corriendo y los abrazaron.

Clara se sintió tremendamente feliz, pero no solo eso. Era la primera vez en su vida que tocaba la felicidad plena, se sentía parte de un grupo social, y aquel contacto físico con el resto de miembros, no le importó. Lo agradeció y respondió.

Jesús apartó a Clara de la multitud de agentes que hablaban y felicitaban a los dos por lo acontecido y la resolución del caso.

Algunos agentes estaban tristes porque César había muerto, pero ninguno se explicaba lo que había hecho y cómo se había podido enajenar su cerebro de aquella manera con los miembros masónicos.

Después de ver la muerte tan cerca, Jesús supo que tenía que estar con la historiadora. Al menos lo intentaría. Había sufrido demasiado con su viaje a Santiago. Temió por su vida por los acontecimientos ocurridos en la catedral. Sintió que tenía la necesidad de estar cerca de ella, de protegerla

de los peligros. Se había enamorado por primera vez. Tenía que permanecer a su lado, no podía ignorar sus sentimientos.

Finalmente, decidió que tendría que intentar que aquella chica le concediera una cita. El hecho de estar cerca de ella y poder hablar de cualquier cosa le hacía feliz. Con su presencia llenaba cualquier habitación, así como el corazón del agente.

En un lugar más apartado de la comisaría, Jesús comenzó a hablar con ella. Estaba nervioso, sus manos no dejaban de sudar. No quería incomodarla y que se diera media vuelta como ocurrió en la terraza del bar. No encontraba las palabras adecuadas para hablarle. Aunque esta vez se arriesgaría. No podía dejar escapar a Clara sin haberlo intentado. Su personalidad peculiar le atraía sin razón aparente. Le encantaba y volvía loco a partes iguales. Era amor puro y sincero, sin maldad ni interés, lo que sentía por la chica asperger.

—Clara, hoy es tu último día —dijo visiblemente nervioso—. He estado pensando mucho durante tu viaje a Santiago. No quiero que desaparezcas de mi vida. Quiero que estemos juntos, que compartamos nuestras vidas. No puedo dejar de pensar en ti. Creo que me gustas. —Se sonrojó—. ¿Me concederías el honor de cenar conmigo esta noche? —preguntó Jesús tímidamente, cogiéndola de la mano.

—¡Por supuesto! Pensé que nunca me lo ibas a pedir —contestó mientras sonreía.

La historiadora tocó la felicidad plena en aquel instante que nunca pensó que llegaría.

Al terminar de hablar, ambos se abrazaron. Vivian sabía lo que iba a ocurrir desde el principio. Fue la espectadora de la historia que comenzó en la biblioteca de la universidad. Observó de lejos aquel abrazo y sonrió satisfecha por la decisión de su amigo. «¡Menos mal! Ya era hora de que se decidiera», pensó sin que desapareciera la sonrisa de sus labios.

Durante el recibimiento de la llegada de Carlos y Clara, el teléfono del comisario sonó. Miró la pantalla, era el maestre.

—Hola, Óscar, ¿qué tal estás?

—Hola, Carlos. Estoy mejor. Llamaba para daros las gracias. Sin vosotros no estaría vivo ahora mismo.

—No hay que darlas, es nuestro trabajo. Me alegro de que estés mejor. Espero que Yerai también se encuentre bien.

—Sí, estamos mejorando poco a poco. En unos días nos darán el alta y volveremos a Madrid —dijo Óscar más animado.

—Es una buena noticia.

—Gracias de nuevo —balbuceó—. Cuando lleguemos a Madrid nos gustaría agradeceros personalmente lo que habéis hecho por nosotros y por la logia. Un café estaría bien, ¿no?

—Por supuesto. Cuando estéis en Madrid me avisas, ¿vale?

—Genial, es lo que haremos. Gracias, una vez más.

El comisario intuyó que el masón estaba llorando. Si no hubiera sido por la rápida intervención de Clara en el lugar del crimen y el detalle del ojo, nunca habrían llegado a tiempo. La valentía de Carlos en realizar una incursión solo, sin apoyo de policías, les salvó de morir a manos de César.

—Por suerte llegamos a tiempo. ¿Te puedo preguntar una última cosa?

—Claro.

—¿No sospechaste de nadie?

—Lo cierto es que pensaba que había sido Yerai. Éramos muy pocos los que estábamos en la elección de Tomás como eximio maestro, y al morir tan rápido…

—Eso tiene una explicación, Óscar. Hemos encontrado micrófonos por la logia. Uno de ellos estaba en el altar. César cogió material del almacén de la Policía. Colocó unos micrófonos por la logia. Creo que intuyó que le ibais a echar y tomó la determinación de acabar con vosotros —explicó Carlos.

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer!

—No lo planeó de un día para otro. Fueron meses. Por esa razón sabía las fechas de tu viaje a Francia y tu visita a Santiago. Cuadró los sucesos de tal manera que los asesinatos no perdieran significado por tus viajes, sino todo lo contrario. Tú siempre estabas cerca de los crímenes.

—Vaya, nunca me lo hubiera imaginado. De nuevo, muchas gracias, sé que te jugaste la vida por nosotros.

—No tiene importancia. Es mi trabajo. Lo volvería a hacer una y otra vez.

—Carlos, ¿te puedo dar un consejo como amigo?

—Por supuesto.

—«*La cadena es tan fuerte como el eslabón más débil*».

Carlos sonrió.

—Después de lo ocurrido aprendí la lección. Sin confianza no hay equipo —añadió orgulloso.

—¿Nos volveremos a ver?

—No lo dudes.

Se despidió del masón.

El equipo estaba esperando en el despacho a que Carlos terminara con la llamada.

Carlos entró por la puerta irradiando felicidad. Estaba contento con el final de lo ocurrido. El cierre del caso había terminado sin más muertes y habían identificado al criminal.

Aunque en su interior sentía demasiado la pérdida de su amigo Tomás y de los masones asesinados.

Suspiró al llegar a la entrada del despacho con el recuerdo de Tomás en su mente. «Espero que descanses en paz, amigo». En unos días podrían dar sepultura al cuerpo del agente.

—Chicos, ¿seguimos con el siguiente caso? —preguntó el comisario con gesto alegre al ver a su equipo reunido.

—Por supuesto. Ahora estamos todos. —Sonrió—. ¿Sabes? Os hemos echado de menos —dijo Vivian mientras extendía una carpeta.

—¿De qué va el caso?

—Ha ocurrido un asesinato. Junto al cadáver han dejado el libro de *Un psicópata dentro de mí* —dijo Vivian.

Carlos abrió la carpeta. Levantó los ojos buscando a Clara, que estaba con el gesto impregnado de tristeza por su fulminante final como asesora externa.

—¿Te unes? —preguntó sonriente Carlos.

—Obvio —contestó mientras se sentaba en una de las sillas cercanas a Carlos.

El equipo estaba de nuevo reunido. Un nuevo caso les esperaba.

Biografía

Nací en Madrid en 1983. Me licencié en Sociología por la Universidad Carlos III de Madrid. He estado trabajando en diferentes empresas dedicadas a la selección de personal.

Además, soy correctora profesional por la empresa Cálamo&Cran y la Universidad Europea de Madrid.

Siempre he querido ser escritora, pero un desafortunado encuentro con una profesora de literatura en el instituto me hizo dejar mi sueño a un lado.

En 2020, debido a la pandemia mundial, decidí que todas aquellas novelas que había creado durante mi vida debían ser compartidas. Aprendí que hoy estamos aquí y mañana puede que no. Los sueños hay que perseguirlos, y no dejarlos a un lado porque alguien te haga creer que no eres digno de ellos.

En cuanto a mi vida personal, vivo en Madrid con mi pareja, mi hijo y mi perro, Nibble.

Agradecimientos

Cuando empecé a documentarme y hacer los esquemas para esta novela, mi padre me daba su opinión, quitábamos y poníamos pistas hasta que decimos que la historia estaba perfecta.

A lo largo del proceso de corrección y maquetación, mi padre ha fallecido y no ha podido ver la novela publicada. Fue mi lector cero. Gracias a él, se pulió tantas veces como fueron necesarias hasta que ha llegado a vuestras manos.

Aunque ya no está con nosotros, le quiero agradecer a mi padre su esfuerzo y apoyo durante la creación de esta novela. A él le encantó y espero que a vosotros también.

Muchas gracias por todo, papá.

Para los escritores es muy importante tener reseñas de lectores. Si puedes poner tu opinión en Amazon sobre el libro te lo agradecería mucho.

Espero que te haya gustado «El enigma masón» tanto como a mí escribirla.

Me encanta leer vuestros mensajes, así que si quieres contactar conmigo lo puedes hacer a través de:

Instagram: veronica_caballero_sanchez
Twitter: @VernicaEscrito1
Facebook: Verónica Escritora
www.veronicacaballerosanchez.com

Si te ha gustado este libro también puedes adquirir: «La tristeza del marinero», «Un psicópata dentro de mí», «El juego de la caza» o «Lo pagaréis».

Muchas gracias, lector.